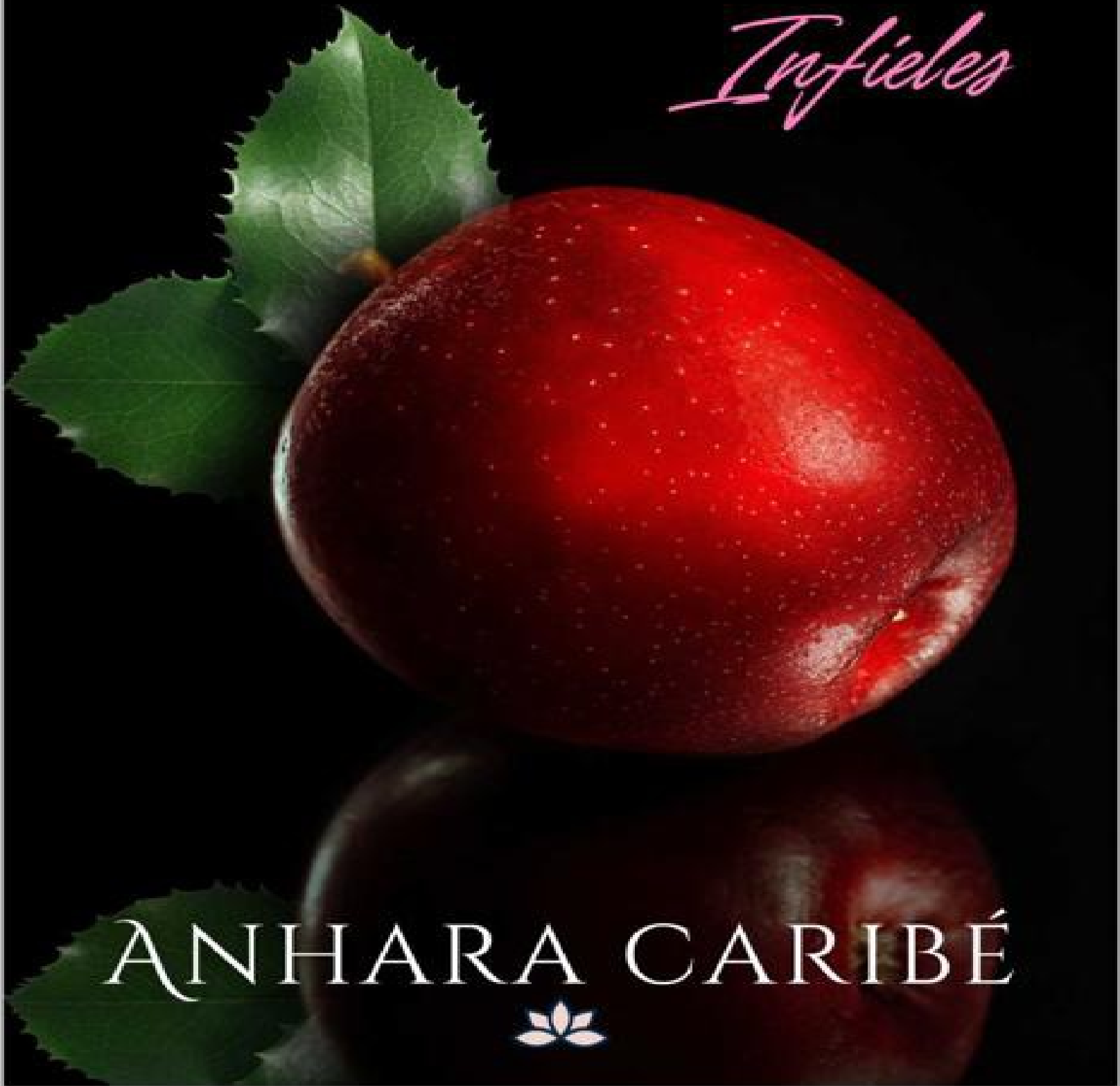
Nunca digas nunca

Infieles



ANHARA CARIBÉ

NUNCA DIGAS NUNCA

Infieles

Anhara Caribé

Copyright © 2024 Anhara Caribé

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
Para obtener permiso para realizar cualquier uso de este libro, por favor contacta a: anhara.caribe@gmail.com

A mi familia, porque ellos están siempre a mi lado, sin importar las adversidades que encontremos en nuestros caminos.

Nunca digas nunca

Infieles

PRÓLOGO

—Mamá, ¿has visto esto? —preguntó la niña, mostrándole animada su diminuta mano abierta con un nuevo hallazgo que había encontrado en la orilla del mar mientras jugaba.

La madre cogió el objeto y lo observó con detenimiento.

—¡No me lo puedo creer! ¿Sabes qué es esto?

La niña, tras escuchar el entusiasmo de esta, puso atención.

—¡No! ¿Qué es?

—¡Es un tesoro! ¡Has encontrado un tesoro!

La pequeña abrió los ojos y le arrebató la concha para observarla mejor.

—¿Un tesoro? —preguntó, no muy convencida.

—¿Ves los colores que tiene? —insistió su madre.

Su hija volvió a mirar la concha sin entender nada. Era una concha de mar de colores vivos y llamativos. Entre ellos destacaba el rojo y el verde.

—¿Y qué tiene de especial?

—¿Tú has visto alguna vez una igual? ¡Además, tiene un agujero!

No, jamás había visto una parecida, al menos no con esos colores. Eso le llamó más la atención y comenzó a creer que, quizás sí, tuviera un tesoro entre las manos.

—¿Y vale mucho dinero?

—Cariño, esta concha no tiene precio, porque es mágica.

—¿Mágica? —La niña cada vez estaba más asombrada por las revelaciones que su madre le hacía.

—Así es. Tiene el poder del amor, de atraer mucho amor a tu vida. Quien se cuelgue esta concha en el cuello, nunca le faltará amor.

A la pequeña le brillaban los ojos de emoción al tener en su poder un objeto mágico que le daría amor.

Salió corriendo hacia el mar en busca de su hermano, pero lo encontró metido en el agua. A ella le daba miedo ese mar tan agitado y decidió esperar a que regresara sentada en la orilla.

No muy lejos de ella, escuchó un llanto apenas audible entre el sonido del romper de las olas. Con la mirada, buscó ese triste lamento que, al parecer, provenía de un niño un poco mayor que ella. Este chico se encontraba lanzando piedras con rabia al mar y dejaba caer diminutas lágrimas por sus mejillas. La niña, siempre preocupada por los demás, no lo dudó y se levantó para acercarse a él.

—¿Por qué lloras? —le preguntó con su dulce voz.

El chico se giró y se encontró de frente con la sonrisa de la niña.

—Por nada. —Agachó la cabeza avergonzado.

—Por nada no se llora —insistió la pequeña.

—Mi padre se ha marchado —soltó con un hilo de voz.

—¿A dónde? Seguro que vuelve.

—No sé a dónde, pero mi madre dice que no va a volver. —El chico rompió a llorar de nuevo sin importar la presencia de ella—. Que ya no nos quiere —sollozó.

La pequeña lo abrazó sin pensarlo; odiaba ver a la gente triste y su padre siempre le decía que un abrazo era el mejor remedio. El niño se tensó al sentir el contacto de la niña. No estaba acostumbrado a recibir ese tipo de afecto. En cambio, ella apretó con fuerza el puño donde tenía su tesoro.

—Toma —le dijo, mostrándole la mano abierta.

El chico miró el objeto extrañado, sin entender por qué le daba una simple concha de mar.

—¿Para qué quiero esto?

—Es mágica —contestó la niña con la mejor de sus sonrisas.

El joven, la agarró indeciso y observó todos sus rincones para ver qué tenía de especial.

—¿Mágica? —preguntó escéptico. Él sabía que la magia no existía, aun así, preguntó—: ¿Y qué hace?

—Mi madre dice que tiene el poder de traerle el amor a la persona que lo lleve colgado del cuello.

La miró incrédulo, después miró la concha.

—Yo no necesito amor —escupió con expresión de asco en el rostro devolviéndole la concha.

La niña no podía creer lo que acababa de decir, pero era el dolor el que hablaba por él. Sabía que había perdido el amor de un padre y confiaba en que, con esa concha, se le llenaría el vacío que le había dejado.

—Es un regalo. —Se la dio de nuevo—. Además, es muy chula y se verá bonita colgada en tu cuello.

El chico la miró y pensó unos segundos antes de cogerla. Era cierto que era una concha singular y única, podría quedarle muy bien como colgante. Aceptó el regalo creyendo que solo era un objeto, que no tenía magia alguna, que era imposible que algo tan diminuto pudiera atraer el amor.

Sin compromiso

Ciro

Después de salir del trabajo, mi mejor amigo Robert me insistió una y otra vez en salir a tomar una copa y, como yo no sabía decirle que no a nada, apenas le costó convencerme.

—Solo una copa —me rendí mostrándole el número uno con el dedo índice de la mano.

¡Ya me había embaucado de nuevo!

—¡Vale! Solo una —contestó con una sonrisa maliciosa y con la expresión de la cara diciendo: «Sabes que no va a ser solo una».

Lo conocía demasiado bien para no saber interpretar las expresiones que hacía con su rostro.

—En serio, mi chica me echará a patadas si vuelvo a llegar tarde otra vez —le advertí con cara de niño bueno.

—¿Y por qué no la llamas para avisarle?

Esa parecía la mejor opción, pero no la conocía como yo.

—¿Tú estás loco? Si la llamo, olvídate de esa copa.

Y esa copa me apetecía demasiado como para dejarla escapar. «Hazlo y pide perdón después», decía siempre mi abuela, que en paz descanse. Para ella la vida era así, disfrútala al máximo y arrepiéntete después. Y nunca dejé de seguir sus consejos, aunque siempre los adaptaba en mi propio beneficio.

Mi novia era una buena chica, pero no le gustaban mis salidas nocturnas —y con razón—. No era de extrañar que después de «una noche de hermanos», que era así como bautizamos Robert y yo a nuestras escapadas nocturnas, acabara llegando a casa a las tantas de la madrugada oliendo a alcohol y en un estado deprimente. Y eso a ella no le gustaba en absoluto, por lo que las continuas discusiones y peleas no escaseaban en nuestra relación. De ahí que dejara de avisarla cuando tenía pensamiento de ir a tomar unas copas. Total, hiciera lo que hiciese, la discusión estaba asegurada. Y la entendía, ¡claro que la entendía! No debía ser muy agradable verme aparecer por la puerta casi sin poder sostenerme por mí mismo o tener que limpiar vómitos por cualquier rincón. No sabía beber, de eso estaba de acuerdo con ella, sin embargo, me encantaba y era la única vía de escape de mi mierda de vida. Además, no era un alcohólico, tampoco es que bebiera todos los días.

Esa noche, me prometí que sería bueno, que no tomaría más de una copa —o como mucho dos —, y que llegaría a una hora razonable. Esa noche, me prometí que no me emborracharía y que llegaría sereno a casa. Esa noche, me prometí que sería un buen novio y me alejaría de todas las féminas que se acercaran a nosotros.

Nada más lejos de la realidad.

Llegamos al pub Sky, uno al que solíamos frecuentar en nuestras «noches de hermanos». El lugar estaba a reventar, apenas cabía un alma más. Y no sé si fue el calor humano, el cansancio acumulado tras doce horas de excesivo trabajo o qué, pero todas mis promesas se fueron al garete en un santiamén. Sí, todo iba a la perfección. Robert y yo bebíamos y bailábamos con tranquilidad, hasta que perdí la conciencia pasadas las tres de la mañana. No fue una copa sino ocho las culpables de mi pésimo estado de embriaguez. Mi colega Robert lo permitió, aunque no puedo culparle, pues seguramente, habría intentado detenerme en más de una ocasión y yo no le había hecho ningún caso, como solía ocurrir. No era la primera vez que yo me emborrachaba y él se mantenía sereno. Robert tenía un gran control del alcohol y en cuanto veía que con la siguiente copa se perdería, automáticamente pasaba al zumo de naranja. Mientras que yo... yo no

tenía esa alarma interna y nada me avisaba de que estaba a punto de perder la conciencia. De ahí que siempre pensara que existía un sexto sentido, el cual, yo no tenía nada desarrollado.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que recobré el sentido. Cuando abrí los ojos estuve seguro de que había vuelto a pasar: la había liado de nuevo. Porque ya no me encontraba en el interior del pub ni de ningún otro local, sino que estaba sentado en el asiento de un coche. Y no estaba solo, una despampanante chica rubia permanecía sentada y semidesnuda sobre mí.

La miré bien —o lo que pude, porque desde la perspectiva en la que me encontraba era complicado— y no la reconocí. No tenía ni la más remota idea de quién era. Observé el interior del coche y desde luego, no era el de mi colega, con el que habíamos llegado. Este olía a nuevo —porque lo era— y los asientos de polipiel negra estaban muy cuidados, nada comparado con el de Robert, que parecía salido de un desguace.

"¿Qué cojones estoy haciendo aquí y cómo he llegado?"

No recordaba absolutamente nada, tampoco me disgustó la situación en la que me hallaba. Y con seguridad, no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad que se me estaba brindando. Nunca decía «no» a un buen polvo.

—Veo que has vuelto a la carga, campeón —me susurró la chica animada tras ver que recobraba la conciencia.

Imagino que se refería a que con lo borracho que iba, aquello no se levantaba ni por asomo. La miré a los ojos y le sonreí. Estaba dispuesto a poner remedio a aquel pequeño inconveniente. ¡A mí ninguna mujer me iba a decir que la había dejado insatisfecha! ¡Tenía una reputación que mantener!

—¿Lo dudabas, mi reina? —le contesté con una sonrisa traviesa y colocando las manos sobre su estrecha cintura. Comencé a moverla sobre mi miembro para hacer que se despertara y no tardó en hacerlo. Ya estaba preparado para el siguiente asalto. Y le di más de lo que esperaba: un sexo salvaje y descontrolado en el asiento de piel del copiloto.

Después de varios gritos y unos pocos orgasmos, pudimos dar por zanjado el asunto. Ambos satisfechos, por supuesto. No cabía decir que eso fue un simple polvo, que no habría ni flores ni chocolates al día siguiente.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —me soltó al sentarse en el otro asiento, mientras se ponía las bragas.

¡Mierda! Ella no lo tenía tan claro. ¿Cómo se llamaba?

—Esto... mi reina, no nos volveremos a ver. No intencionadamente, al menos.

«Mi reina», qué apelativo tan brillante había encontrado. Lo comencé a utilizar cuando comprendí que recordar el nombre de las mujeres a las que me tiraba no formaba parte de mi naturaleza. ¡Era un desastre! O les cambiaba el nombre, o directamente, las confundía con otra. Así que llamarlas «Mi reina» cumplía su cometido a la perfección, a la par que les encantaba.

—¿Estás casado? —preguntó molesta.

¿Casado yo? Solté una carcajada sin querer.

—No exactamente, pero como si lo estuviera.

Y en cierto modo, así era. No había contraído matrimonio, aunque sí convivía desde hacía varios años con mi novia.

—¡Todos sois iguales! —gritó—. Espero no volver a verte, ¡cerdo!

¿Me follaba primero y después preguntaba mi estado civil? ¿Y se quejaba? Pues que lo hubiera preguntado antes. Otra cosa no, pero mentiroso no era. Quien se quisiera acostar conmigo, sabría la verdad. Y muchas, conocían que estaba en pareja y no les importaba. Ahora bien, si no preguntaban antes... no era mi problema. Le sonreí con malicia, lo que provocó que su

enfado aumentara. Me invito a salir de su coche sin que hiciera falta verbalizarlo. Sus continuos bufidos mientras se acababa de vestir y las miradas asesinas que iba lanzándome, eran suficientes como para interpretar que ya no era bien recibido.

Me dio igual su enfado, esa rubia no era nadie para mí, tampoco es que hubiera hecho nada malo... Fue consentido por ambos, o al menos por ella, porque yo... no sé si le dije un sí, ya que no recuerdo ni el momento en que la conocí. Le dije adiós con la mano a modo de burla, sabiendo que esa nunca volvería a tocarme ni con un palo, pero ya habría más con las que gozar. ¿Quién era ella para mí? Nadie, una simple desconocida que me había propiciado un rato de placer. Le hice correrse no una, sino dos veces, ¿qué más quería de mí?

Planes de boda

Sara

—Lista de invitados, confirmados. Invitaciones enviadas, hecho. —Tachaba todas las tareas de la preparación de la boda en mi agenda nupcial. Era una agenda con un montón de recortes de vestidos, de lugares donde celebrar el convite, de contactos de todo tipo, donde llevaba el seguimiento de todas las tareas necesarias para conseguir una boda perfecta—. Juez de paz, contratado. Música para el baile, pendiente de revisar con Manolo. —Habíamos intentado ponernos de acuerdo para poner en consenso la música que queríamos, ya que siempre surgía algún imprevisto para dejarlo para otro día.

Todavía recuerdo el día en que mi futuro marido me pidió matrimonio. ¿Cómo olvidarlo si tan solo había pasado un poco más de un año? Será uno de esos momentos difíciles de borrar de la memoria, porque...

Después de varios años esperando esa proposición, llegó el día en que dejé de esperarla. Porque ¿quién después de siete años de relación se esperaría que le pidieran matrimonio? Desde luego, yo no. Llamadme romántica o ilusa, pero conocí a Manolo a los veintiún años y hasta tres años después esperé esa propuesta cada vez que me decía de salir a cenar a solas. Sí, era joven y sigo siéndolo —aunque los niños me llamen señora de vez en cuando—, pero al no quedarme apenas familia, deseaba formar una con él.

Ya pensaba que no pasaría por el altar. A ver, no es que fuera el sueño de mi vida, aunque siempre me había imaginado caminando por una alfombra roja vestida con un elegante traje de novia blanco y diciendo sí quiero con vistas al mar. Soñar era gratis ¿no?

Pues un sábado cualquiera de hace un año, estábamos en el sofá sentados. Mi pareja jugaba a la videoconsola, mientras yo ojeaba las redes sociales desde el móvil. Era un día de frío, y en invierno salíamos poco, por no decir nada. Preferíamos quedarnos en casa con la calefacción puesta y no gastar dinero en «tonterías» —como siempre decía Manolo—. Trabajábamos para ahorrar la entrada de un piso y dejar el cuchitril en el que nos habíamos metido nada más independizarnos, por lo que nos costaba tirar el dinero en salidas y cosas innecesarias.

—¿Qué hay de cenar? —me preguntó sin desviar la vista de la pantalla.

—No sé, ¿qué te apetece? —le respondí pasando historias de Instagram.

—Pues no sé, ¿hacemos una pizza?

¡Benditas las pizzas! Era nuestra comida estrella cuando no teníamos ganas de cocinar —que solía ser a menudo—.

Dejó el mando de la consola sobre la mesa y se levantó para ir a la cocina a meter la pizza en el horno.

—¡Oye! —gritó desde la cocina—. ¿Sabes que Dani se casa?

Lo que dijo llamó mi atención e hizo que levantara la vista del móvil.

—¡¿Dani?! —exclamé confundida—. ¿Tu Dani?

Era su amigo de la infancia. No podía creer que ÉL, ese que las novias no le duraban ni dos días, fuera a casarse. Apenas llevaba saliendo unos meses con Alicia y, aunque ella era un amor de persona, nadie daba un duro por esa relación.

Me levanté deprisa y corrí hasta allí. Cualquier cotilleo era bueno para hacerme levantar del sofá.

—Sí, todavía no se lo ha pedido, pero el otro día me lo confesó —continuaba gritando a viva voz porque pensaba que seguía en el salón.

Me acerqué hasta él para seguir indagando.

—Ostras, pues no me lo esperaba —dije ya a su lado, lo que provocó que se sobresaltara.

—¡Coño, Sara! No me des esos sustos, ¡joder!

—Perdona, quería oír esta historia de cerca y no gritando —me excusé entre risas—. Así que se casa...

Mientras cerraba la puerta del horno, se giró hacia a mí y me soltó:

—¿A ti te apetece que nos casemos?

«¿Perdón? ¿Había oído bien?», pensé, no sé si indignada, molesta o simplemente, sorprendida.

No reclamaba una pedida de mano de cuento de hadas, ni si quiera hacía falta que hincara la rodilla, pero... ¿que te lo pidieran como si estuvieran comprando algo de comer? Como si te preguntaran: ¿A ti te apetece un Big Mac?

¡No! Por un momento, pensé en dar media vuelta, hacer las maletas y salir corriendo de allí. ¿Tan poco me merecía?

Me contuve, dejé pasar unos segundos y lo medité. Manolo no era muy romántico, tampoco detallista. Quizá eso para él era más práctico que emocional. Quise darle una oportunidad.

—¿Te apetece a ti? —contesté con indiferencia, continuando con el ritmo de la conversación que había iniciado él.

—Pues no sé. Estamos bien, así que no me importaría.

Lo dicho: como si estuviera escogiendo un restaurante para cenar un sábado cualquiera. No quise ilusionarme y esperar a que me entregara un anillo, porque sabía que había sido todo improvisado y que no había ninguno. Y no me equivoqué. Así que le ofrecí una sonrisa algo falsa y me largué de allí.

No me apetecía seguir viéndole la cara. Un momento que tenía que haber sido bonito y romántico, se había convertido en algo sin sentido para mí.

Aquella noche no cené pizza con la excusa de que tenía el estómago revuelto y me fui directa a la cama para pensar en lo que acababa de ocurrir.

«¿De verdad quería casarme con un tipo al que no le daba la misma importancia que yo al matrimonio?»

—¿Se puede saber qué haces? —La voz de mi amiga me sobresaltó. No esperaba que fuera puntual, porque siempre que quedábamos, Merche era la última en llegar. Al parecer, ese día decidió personarse minutos antes de la hora acordada.

—Estoy revisando los preparativos de la boda —le contesté mostrándole la agenda que ella ya tenía demasiado vista.

Merche la agarró y comenzó a ojearla. Pasaba página tras página mientras hacía muecas con la cara. Y eso era digno de ver. Era una mujer muy hermosa, de exótico atractivo. Sus ojos de un azul muy intenso y rasgados; el cabello corto y negro como el carbón. Aunque ella nunca me lo confirmó, estaba segura de que tenía antepasados asiáticos.

—¿Crees que es necesario tener los contactos de todos los restaurantes de la zona? Si tienes reservado uno desde hace meses —me increpó vacilante.

Me salió una risilla nerviosa.

—Por si acaso. Una no sabe qué puede pasar en el futuro. ¿Y si se anula la reserva por un motivo de fuerza mayor? —le solté.

—¿Como que se prenda fuego? —se burló—. ¡Ay, Sara! —Negó con la cabeza y la entendía. Mi excesivo control por todo podía enervar a cualquiera. Y si hablábamos de organizar una boda, mi manía se magnificaba, hasta tal punto que la agenda nupcial —que era así como la había

bautizado— siempre me acompañaba donde fuera, aunque solo hubiera quedado con una amiga para tomar una cerveza —como era el caso—. No tienes remedio —se compadeció mi amiga, que ya había aceptado esa faceta mía.

—Pero me quieres igual —le solté enseñándole la lengua divertida.

Dejó la pesada agenda sobre la mesa y se sentó en la silla de enfrente, observándome de una manera atípica.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

No me extrañó que se diera cuenta de que no estaba bien, ella solía ser muy observadora y sabía leer a las personas. En especial a mí, que nuestra relación superaba los ocho años de amistad.

—En realidad llevo días rara —me sinceré. Con ella no tenía secretos—. Creo que estoy incubando un virus.

Como era tan protectora, se levantó deprisa y colocó la mano sobre mi frente.

—No pareces tener fiebre. ¿Qué te pasa?

—Tengo náuseas y me siento mareadilla. Y no sé, mal cuerpo en general —le solté nada preocupada porque realmente pensaba que estaba en los inicios de un virus gastrointestinal—. Ahora vuelvo, voy al baño, que últimamente tengo la vejiga que me va a explotar. —No esperé a que dijera nada, me levanté apresurada porque me iba a estallar.

Regresé a los pocos minutos con la vejiga ya vacía y Merche me esperaba con el rostro serio.

—Sara, tenemos que hablar.

La miré desconcertada porque en pocas ocasiones la había visto tan seria. Su sonrisa era lo que la caracterizaba: desbordante y contagiosa.

—No me asustes. ¿Qué te ocurre?

—A mí nada. Es a ti.

—¿A mí? —le pregunté confundida.

—Náuseas, muchas ganas de mear, mal cuerpo... ¿Tienes las tetas hinchadas? —preguntó tocándose las suyas.

Solté una carcajada al preguntarme lo de los pechos. ¿Por qué iban a estar hinchados? Espera, ¿no pensará que estoy...? ¡Ay, Dios! Al entender por qué lo preguntaba comencé a sudar. ¡No podía ser! Rápidamente amasé los pechos en busca de cualquier signo de molestias y para comprobar si estaban algo hinchados. No, no parecían estarlo. Aun así, no pude evitar entrar en pánico.

Manolo y yo nunca habíamos hablado de tener hijos. Tampoco entraban en mis planes a corto plazo y menos, embarazarme antes de la boda. ¡No podía ser! ¿Qué pensarían mis futuros suegros? Ellos que eran tan... petulantes y tradicionales. ¡Por Dios! Si pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron de que su adorado hijo viviría en pecado conmigo.

Noté que me faltaba el aire y dejé de oír lo que Merche me decía. Creo que tuve un ataque de pánico. Sentí las manos de mi amiga rodeándome el cuerpo y pudo calmar mi ansiedad.

—Respira, Sara, respira.

Hice lo que me pidió, pero de poco servía. Saber que era probable que estuviera en estado, ponía mi mundo patas arriba. Todo por lo que había luchado durante tantos años se veía en peligro. ¿Y Manolo? ¿Qué pensaría cuando se enterase? ¿Él querría hijos? Lo dudaba, pues con los gemelos de Merche, que tan solo tenían dos años, nunca congenió. Y eso que eran unos enanos encantadores y simpáticos.

—No puede ser, Merche. ¿Qué voy a hacer? —Comencé a llorar a lágrima viva y ya no pude parar.

—A ver, Sara, no es seguro. No saques todavía conclusiones precipitadas —intentó sosegar mis nervios con palabras alentadoras, pues tenía razón, no era seguro y yo ya estaba dándolo por hecho.

La miré con cierta esperanza de que lo que decía podía ser cierto y consiguió calmarme. El aire ya entraba en los pulmones con normalidad y las manos dejaron de temblarme. Una fina, pero disimulada sonrisa volvió a aparecer en mi cara. Me aferré a ello, todavía había una mínima oportunidad de no estar embarazada.

Me dejó en casa, preocupada por la exagerada reacción que había tenido. Ella me entendía a la perfección, porque cuando casi tres años atrás se enteró que estaba embarazada, tampoco le sentó nada bien. Ella siempre fue un alma libre y hacía poco que había conocido al padre de sus hijos. ¡Y qué decir cuando descubrió que no venía solo uno!

Subí las escaleras a un ritmo muy lento. Parecía que llevara varios kilos encima, pues me costaba levantar los pies. No quería llegar a casa, no quería confesarle mis sospechas a Manolo, porque no tenía ni la más remota idea de cuál sería su reacción. Al fin llegué, busqué las llaves en el bolso y con un pulso terrible abrí la puerta. Me temblaba todo.

Me encontré a mi novio sentado en el sofá jugando a la consola. Apenas reparó en mi presencia, más bien, ni se había dado cuenta de que había llegado. Estaba tan sumergido en ese estúpido videojuego que le nublaba el cerebro.

—Tenemos que hablar —le solté sin pestañear.

—¡Ay, Sara no te he oído entrar! ¿Qué ocurre? —preguntó sin desviar los ojos del televisor.

Que no me mirara podría haber sido perfecto para soltarle el bombazo, pero aquello me molestó. Era algo importante y necesitaba toda su atención.

—¿Puedes darle al *pause* un momento, por favor? Es importante...

Resopló, le fastidiaba tener que dejar la partida a medias. Pero me dio igual, lo que tenía que decirle era más importante que cualquier otra cosa en ese momento. Me senté a su lado, cabizbaja. No sabía de qué manera empezar aquella ardua conversación.

—¿Qué ocurre? —Ahora si noté el miedo en su voz.

¡Perfecto! Ya estábamos los dos en perfectas condiciones para tener la charla.

No hay dos sin tres

Ciro

Llegué a casa pasadas las cinco de la mañana y en un estado pésimo —cómo no—. Después del encuentro con aquella mujer, comencé a beber de nuevo y volví a perder el control. El alcohol de la sangre triplicaba la tasa máxima permitida para cualquier conductor. Suerte que aquella mañana no era yo el que conducía. Aunque, a decir verdad, siempre solía hacerlo Robert, pues conocía cómo acababa la noche.

Apenas pude meter la llave en la cerradura al primer intento. Me costaba andar erguido y tenía que apoyarme en las paredes, que parecían estar en continuo movimiento.

Intenté hacer el menor ruido posible, no quería despertar a mi chica en plena madrugada. Más bien no quería despertarla por no tener otra discusión con ella.

Surgió efecto. Llegué hasta la cama con algún que otro tropiezo, pero ella pareció no inmutarse. Me deshice de la ropa que llevaba, calzoncillos incluidos y me metí en la cama. Ella dormía a mi lado. ¡Menos mal que seguía dormida y mi torpeza no consiguió despertarla!

No era la primera vez que llegaba a deshoras sin que ella supiera nada y con unas copas de más encima. Y siempre acababa enfadada y yo durmiendo en el sofá.

Si supiera que no solo era culpable de beber alcohol...

Sí, era infiel por naturaleza, ¿qué podía hacer? Era superior a mí, cuando bebía se me nublaban las ideas y perdía la poca conciencia que tenía. Pecaba sí, pero jamás repetía con la misma mujer. Se podría decir que era un estilo de vida, el cual, mi novia desconocía. ¡Y mira que la isla era pequeña! Nunca me pilló, nunca supo que cada vez que salía, alguna morena, rubia o pelirroja pasaba por mi entrepierna. Y no me sentía culpable, bueno, a veces sí, sobre todo cuando se me pasaba el efecto del alcohol.

Ella era buena chica, trabajadora y de buen corazón. Aunque pensaba que no se merecía mis traiciones, no podía evitarlo. Quizá, en el fondo sabía que no era la mujer con la que estaría toda la vida, si existía esa persona. Pero resultaba fácil vivir con ella en pareja. Nos compenetrábamos bien y el sexo no era malo.

Me desperté con un terrible dolor de cabeza. Me encontraba solo en la cama y miré el reloj: las diez. Solo había dormido cinco horas, mas no necesitaba más. Me levanté con la esperanza de que mi pareja ya se hubiera marchado al trabajo. Entraba a las once y, aunque estuviera relativamente cerca, le gustaba llegar antes para desayunar con sus compañeras.

Me puse unos calzoncillos limpios y salí del dormitorio en busca de un café bien cargado y un par de aspirinas para paliar aquel dolor tan intenso de cabeza. Al entrar en la cocina, me topé con una cara de mil demonios, con los brazos cruzados bastante amenazante.

¡Se venía drama!

—¿Se pude saber dónde estuviste anoche? —me increpó en el momento justo que abrí la boca para decirle un «buenos días».

—¿Me dejas tomar un café antes de ponernos a discutir?

Aquello la cabreó más, si cabía.

—¿Te estás quedando conmigo? —Resopló—. Has llegado a las cinco de la mañana. Te estuve llamando toda la noche y tú sin dar señales de vida. Además, llegaste borracho como una cuba.

—Quise hablar, pero no me dejó. Continuó hablando—: ¡Eres un puto egoísta, Ciro! ¡Solo piensas en ti, joder!

Comenzaban a resbalarle lágrimas por las mejillas. No me gustaba verla llorar, y más, sabiendo que tenía razón.

—Lo siento, mi reina. —Me acerqué y la abracé—. Ya sabes como soy —le susurré al oído en un tono suave para calmarla.

Sin embargo, surgió el efecto contrario.

—¡¿Que lo sientes?! ¡¡Que tú lo sientes?! —Me apartó de un empujón—. Tú no sientes nada. Y dime, ¿por qué llegaste oliendo a perfume de mujer?

¡Oh, no! ¡Mierda! Aquello sí que no me lo esperaba. Me quedé en silencio sin saber qué contestar con la cabeza cabizbaja. Quería decirle la verdad, pero sabía que si lo hacía acabaría con nuestra relación.

—¡Lo sabía! ¡Te has estado acostando con otra! —Detenerme a pensar tanto tiempo, me había delatado—. ¡Eres un cerdo cabrón! —Comenzó a llorar de nuevo.

Intenté acercarme y ella me rechazó. Lo entendía, acababa de enterarse que le había sido infiel, porque no tuve el coraje de negárselo.

—Lo siento, yo... —Quise disculparme.

—¡Lárgate de mi casa y no vuelvas nunca! —Su cara mostraba una expresión de rabia que jamás le había visto. Y podía echarme, porque aquella era propiedad de su familia y yo solo era el invitado.

—Pero...

—¡He dicho que te largues, Ciro!

Me fui al dormitorio, cogí unos pantalones, una camiseta y la gorra. No tenía pensado tirar la toalla, dejaría pasar el tiempo para que ella se tranquilizase y pudiéramos conversar con calma. Aunque, ¿qué iba a decirle? No podía prometerle fidelidad eterna, porque jamás lo cumpliría y, tarde o temprano, acabaría pecando de nuevo. Me conocía demasiado. ¿Y si era lo mejor? No, ella me gustaba, y mucho. Estábamos muy bien juntos.

¿Por qué no podía dejar la polla encerrada en los pantalones? Tenía que cambiar, lo haría por ella. En cuanto se calmara, le diría que intentaría darlo todo por nuestra relación, incluso el serle fiel.

—Vendré luego para hablar —le dije cuando iba a marcharme.

—No, Ciro. —Sus ojos enrojecidos de tanto llorar me partieron el alma—. Esto es definitivo, no quiero estar contigo.

Se me paralizó el corazón. Sabía que el asunto estaba chungo, pero no tanto. No podía permitir que ella rompiera la relación. ¡Llevábamos cinco años juntos!

—No puedes mandar todo a la mierda —le dije—. Perdóname, soy un capullo. — La agarré del brazo con suavidad y la miré a los ojos—. Dame otra oportunidad, cariño—. Le estaba implorando perdón, se lo decía de verdad. No quería alejarme de ella.

—¿Otra oportunidad? ¿Te piensas que soy imbécil? —No sabía a qué se estaba refiriendo—. Dime, Ciro ¿cuántas han sido?

“¡Joder!, habla rápido”, pensé.

No pude decir nada. ¿Cuántas habían sido? Ni yo mismo lo sabía, perdí la cuenta.

—Eso no importa ahora, cariño. Cambiaré por ti. —La besé, por si con ese acto la ablandaba.

Volvió a apartarme de ella de manera brusca.

—¡Qué te den! ¿Me oyes? Ni tú mismo sabes a cuántas te has follado. —Se dio la vuelta indignada— ¡Qué ciega he estado! ¡Seré imbécil! —hablaba para consigo misma, como si yo no estuviera allí.

—Cariño...

Se giró rápido y con el dedo acusador, exclamó:

—¡Vete! Llamaré a tu amigo para que venga a recoger tus cosas. —¿Cómo? Aquello iba en serio. Quise rogarle que no, que no me dejara, mas ella, se negó a escucharme—. Y ahora, por favor, ¡vete!

No pude hacer nada más, ella había tomado la decisión de romper con todo, conmigo, y no podía reprochárselo. Había sido un cabrón con ella, me había portado como un verdadero cerdo.

No obstante, no me daría por vencido tan rápido. Le dejaría tiempo y espacio para calmar los ánimos y después, le pediría perdón una y mil veces, o las que hiciera falta.

Guardé las prendas y zapatos que tenía a mano en la maleta, pues como ella había dicho, Robert se encargaría de todo lo demás.

¿En qué piensan los hombres?

Sara

Los ojos de Manolo me irritaban, así que decidí no mirarle a la cara.

—¿Puedes decirme de una vez qué está pasando? —Se estaba impacientando, pero es que no era nada fácil tener que dar ese tipo de noticia a alguien que estaba casi segura de que no iba a recibirla con felicidad.

Estaba decidida a manifestarle mis sospechas y lo hice de la siguiente manera:

—No sé si has notado que estos días he estado rara —comencé. Levantó las cejas, indicándome que ni se había dado cuenta—. He tenido náuseas, dolor de cabeza, llevo días muy cansada... —El muy idiota me miraba sin entender lo que intentaba decirle así que le solté—: Creo que estoy embarazada.

Si no hubiera sido porque ya estaba sentado en el sofá, con seguridad, se habría caído redondo al suelo. Vi cómo su rostro se tornaba de tonos blanquecinos y la boca quedó entreabierta. Como ya esperaba, la noticia de que podría ser padre le cayó como una jarra de agua fría. Se levantó y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo mientras maldecía:

—¡No puede ser! ¿Por qué? ¿Por qué a mí? —Me miraba mientras soltaba sus comentarios y preguntas retóricas. Después desviaba la vista hacia otro lado—. ¿Es mío? —¿Perdón? ¿Acababa de decir lo que había escuchado? —Claro que es mío, ¿de quién si no? —se respondió a sí mismo.

Y suerte de que lo hizo porque hubiera roto el compromiso en aquel mismo momento si de verdad se preguntaba eso.

—¿Manolo?

No me oía, seguía en trance maldiciendo y soltando tacos. Ya tenía la respuesta que esperaba: él no quería tener hijos en ese momento.

—¿Esto es seguro? —Se giró hacia mí con los ojos llenos de lágrimas.

Bajé a la farmacia a por un test —en realidad fueron diez— y subí rápidamente a casa, pues no podía perder más el tiempo. Entré en el baño a hacer la prueba, pero me resultaba imposible porque entre los nervios y tener a Manolo esperando afuera y escuchar cómo resoplaba, no me dejaba concentrarme.

—¿Ya? —preguntó dando unos toquecitos en la puerta.

—¿Por favor, puedes dejarme un poquito de intimidad? No puedo hacer pipí contigo ahí detrás escuchando.

—¡Joder! —Oí que maldecía apartándose de la puerta.

Si para mí era una pesadilla, para manolo debió ser un calvario, y eso, en cierto modo, me preocupó. Porque en ese momento no pensaba en tener hijos, pero sí en un futuro y viendo las reacciones de mi prometido, para él sería en un tiempo muy muy lejano, si es que quería tenerlos algún día.

En cuanto llené el palito, lo dejé sobre el lavabo. En un principio, pensé en salir y esperar con Manolo, pero en el estado en el que se encontraba, no me apetecía en absoluto. Preferí sentarme en la taza del váter y esperar sola el resultado. Se hizo eterna la espera. La pierna derecha comenzó a temblarme y ya no había nada que hacer. Cuando llegó el momento, cogí la prueba y miré el resultado. Un palito. ¿Qué coño significaba eso? De los nervios, no leí el prospecto y no tenía ni la más remota idea de qué tenía que esperar.

Cogí rápido la caja, extraje las indicaciones y comencé a buscar lo que quería decir el

resultado.

¡Negativo! Menos mal.

Para cerciorarme, realicé todas las pruebas que había comprado. Todas fueron negativas. No estaba embarazada.

En ese instante, aparecieron unas terribles náuseas e intenté echar la comida. Con el ruido, Manolo llegó de nuevo a la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás... ya sabes...? —le costaba pronunciar la palabra mágica. Salí fatigada del esfuerzo de vomitar. Le enseñé el palito y me senté en el sofá—. ¿Qué quiere decir esto? —preguntó desconcertado.

—No estoy embarazada —solté desanimada.

—Pero eso es muy bueno, ¿no?

—No lo entiendo. Tengo todos los síntomas y las pruebas dan negativo.

—¿Las has hecho bien?

—¡Joder, Manolo! Sé mear en un palito, ¿no crees?

Y entonces caí en la cuenta. Me levanté deprisa del sofá y llegué hasta el dormitorio. Cogí de la mesita de noche mi agenda personal —sí, tenía varias de ellas. Una para lo profesional, otra para la boda y la que cogí, para lo personal—. Pasé páginas con nerviosismo hasta encontrar la que estaba buscando. ¡No!

Regresé al salón ante la atenta mirada de Manolo.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó sin dejar de observar mis movimientos.

No le contesté, primero debía asegurarme de las sospechas que tenía.

Cogí de nuevo las instrucciones y leí.

—¡Mierda! —exclamé.

—¡Qué! ¡Por el amor de Dios! ¿Puedes decirme qué pasa? ¿Estás embarazada o no?

Levanté la vista hasta sus ojos y le contesté:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Manolo se impacientaba por momentos y con razón.

—Pues que estas pruebas son fiables solo unos días antes de que venga la regla. A mí me falta más de una semana.

—¿Y? —Parecía no entender.

—Pues que la hormona del embarazo es imperceptible en la orina en este momento. Ese negativo no sirve. Tendremos que esperar a que baje la regla o a que no baje, mejor dicho.

—Esto me está matando. ¡Mierda! ¡Joder! Pero a ver, ¿tú no usas las pastillas esas?

Me levanté como un torbellino de nervios. ¿Qué estaba queriendo decir?

—¡¿En serio?! ¿Ahora me vienes con esas?! Habla Don sensaciones, que no quiere ponerse el preservativo para tener más sensaciones cuando hacemos el amor —le recriminé.

—¿Quieres dejar de ser tan mojigata? ¿No puedes decir follar? Además, con lo poco que FOLLAMOS...

¿Me acababa de llamar mojigata? ¿Por no decir la palabra follar? Era cierto que me costaba hablar de sexo y que la palabra... —esa palabra— no estaba dentro de mi vocabulario, pero de ahí a ser una mojigata... Creo que en el sexo me defendía, aunque debo reconocer que lo practicábamos con poca frecuencia y no por falta de ganas, sino porque llegábamos cansados de trabajar, sobre todo yo, que compaginaba mis dos trabajos y apenas tenía tiempo para dedicarle a la relación. Sin embargo, nunca se quejó, hasta ese momento. Creí que a él ya le bastaba, pues podía dedicarle más tiempo a ese dichoso juego que lo tenía abducido.

La pelea estaba subiendo de tono, y yo era de esas a las que no le gustaba discutir, por lo que

intenté calmarme y suavicé el tono. Tampoco era el momento para hablar de nuestras relaciones íntimas.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—¿Y si vas al médico para que te despejen las dudas?

Me fastidiaba que hablara en singular. El «problema» nos incumbía a los dos, aun así, no quise volver a la batalla y me comí todos los reproches que le hubiera profesado.

—Está bien, ahora pido cita.

De muy mal humor, llamé al ambulatorio, y aunque me costó que cogieran el teléfono, conseguí hablar con la recepcionista, que muy amablemente, me apuntó a urgencias para esa misma tarde, que justo coincidía con mi turno de trabajo. No podía hacer otra cosa, era primordial saber si estaba en estado o acabaría por volverme loca.

—¿María? —llamé a mí jefa—. Necesito un gran favor.

—Dime, cielo. ¿Qué ocurre?

María era mi jefa y mi segunda madre. Era una mujer de 64 años que nunca había logrado formar una familia y, desde el día que entré por la puerta de la cafetería, y al enterarse de que acababa de quedarme huérfana, me trató como a la hija que siempre había deseado.

—Tengo que ir al médico esta tarde y necesito unas horas.

—¿Estás bien? ¿Estás enferma? Ay, hija, dime qué te ocurre —se alarmó.

Y sin querer, me sacó una sonrisa. Que ella se preocupara de esa manera por mí, me hacía sentir querida. Pensé en contarle lo que ocurría, pero las paredes de la cafetería hablaban y no deseaba que nadie más se enterara.

—Estoy bien, no te preocupes. Ahora en cuanto llegue, te lo cuento.

Con aquella respuesta se quedó más tranquila, aunque conociéndola, sabía que ella ya estaría sufriendo por mi salud.

La cruda realidad

Ciro

Todo estaba mal, muy mal. Desde que rompí —rompió— la relación más estable que había tenido jamás, mi vida se volvió oscura, tanto que no había ni un resquicio de luz por ningún rincón.

Volver a casa de mi madre no sé si fue un acierto o no, pero no encontré otra opción. O era regresar con la persona que me dio la vida o vivir con Robert, y esto último no lo consideraría en ningún caso. Ya lo hicimos en el pasado y casi destruye nuestra sólida relación de hermanos.

Había pasado algunas semanas y no levantaba cabeza. No conseguía conciliar el sueño, por lo que salía en las noches a no sé qué hacer, pero no hacer nada en la calle era mejor que mirar a un techo durante horas.

Aquella noche, tampoco pude dormir. Era cerrar los ojos y la imagen de mi rubia aparecía para atormentarme.

Me levanté, cogí lo primero que encontré en el armario y salí de allí con cuidado de no despertar a Isabel. Si lo hacía, no podría irme sin antes escuchar algunos de sus sermones y no tenía el cuerpo para eso.

Llegué a la playa, me senté sobre la arena y observé el mar en calma. Era tanta la tranquilidad que tampoco pude borrar cualquier rastro de los pensamientos que en las últimas semanas me torturaban.

Decidí buscar consuelo —o distracción— en otro lugar. Con la música alta del Pub Sky tendría más que suficiente.

Llamé a Robert y le insistí en que me acompañara, pero era martes y al día siguiente trabajaba, por lo que rechazó la invitación.

Me personé en aquel lugar y, para ser un día de entre semana, estaba a reventar.

Entré, me senté en un taburete de la barra del fondo y pedí la primera copa.

Notar cómo aquel fluido agrio y a la vez tan frío bajaba por mi garganta fue enriquecedor. La copa no me duró ni un asalto, la terminé con tres largos tragos y pedí otra, que tuvo la misma suerte, para mi desgracia. No sé cuánto alcohol ingerí aquella noche, pero a escasas horas del amanecer, perdí la conciencia.

—¿Qué hacemos con este? —Oí que alguien decía.

—Pues no sé, pero yo quiero irme a casa ya —contestó otra voz.

Tenía los ojos cerrados, aunque no podía abrirlos, no podía mover ni un solo músculo. Sentí cómo alguien estiraba del pelo de mi cabeza, pero tampoco pude hacer nada.

—¿Este no es el amigo de Robert?

—Sí, siempre los veo juntos. Espera que lo llamo.

Sé que se apartó porque ya no entendía las palabras y se escuchaban desde muy lejos.

Volví a verlo todo negro y ni veía ni oía nada, hasta que la voz de mi hermano me sobresaltó.

—¡Joder tío! —Apoyó la mano sobre mi hombro—. ¡Qué mal te veo! —Intentó cogerme del pecho, pero era muy pesado—. ¿Podéis ayudarme?

Y enseguida noté varias manos sobre el cuerpo.

Supe que estaba fuera del local, porque el aire arañaba mi cara. No hacía frío, sin embargo, debía ser las tantas de la madrugada y la brisa corría.

—Lo siento —intenté pronunciar.

—Ya hablaremos tú y yo. Ahora descansa —dijo mientras me metía como podía dentro del

coche.

Robert era peor que mi madre en estos menesteres. Siempre era la voz racional de mi conciencia, no necesitaba de vocecitas en mi cabeza que me advirtieran del bien y el mal, ya se encargaba él.

No supe ni cómo ni cuándo llegué a casa. Solo recuerdo que me desperté en la cama a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza.

Me levanté e inmediatamente, tomé una pastilla para paliar el dolor. La casa estaba en silencio, mi madre no se encontraba allí, con seguridad, habría salido a hacer algún encargo o compra.

¡Menos mal! Desconocía qué sabía respecto a mi salida nocturna y no tenía ganas de escucharla.

Todavía no había encontrado trabajo. A duras penas me quedaba dinero en el banco y, tener que lidiar con la ruptura, se me hacía complicado en aquella situación. Salí a dejar currículums por tiendas y restaurantes y, cuando empezaba a oscurecer, recibí una llamada de mi amigo.

—¿Ya te has levantado? —preguntó en un tono burlón—. ¡Menuda liaste ayer, tío!

—Lo sé y lo siento. ¿Cómo es que viniste a buscarme?

En ese instante, caí y recordé que él me trajo de vuelta a casa. ¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —Se hizo el sorprendido—. Me llamó un tío con el que ligaste y me lo dijo.

—¡¿Qué has dicho?! —¿Había oído bien? Yo, ¿había ligado con otro hombre? No tengo nada en contra de los homosexuales, pero de ahí a que tenga algún tipo de *affaire* con uno…

¡Imposible!

Por instinto, me toqué el trasero. Mi imaginación iba a cien por hora y, solo de pensar que un maromo hubiera profanado mi culo, hacía que me doliera todo.

Y entonces, oí unas carcajadas al otro lado del teléfono.

—¡Madre mía! Te has quedado mudo y blanco —se burló mi amigo—. Deberías verte la cara.

—¿Y tú cómo sabes...? —Lo busqué entre la gente. Miré hacia un lado y al otro hasta que lo vi, partiéndose de risa a mi costa.

Colgué la llamada y malhumorado llegué hasta él.

—¡Hola! —me saludó sonriente.

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de salir de trabajar. ¿Recuerdas que trabajo allá? —dijo señalando un pequeño restaurante de la acera de enfrente.

No lo recordaba. No era un lugar que soliera frecuentar.

—Es verdad. ¿Puedes explicarme cómo me encontraste ayer?

—Para eso necesito una cerveza. ¡Vamos, te invito!

Acepté sin pensar, pues se acercaba la noche y la tortura diaria estaba por comenzar. Nos sentamos en un bar de copas no muy lejos de allí. Acababan de abrir y no había demasiada gente. Solo un par de parejas casi escondidas al fondo y un grupo de cuatro amigas al otro lado.

Nos sentamos en una de las mesas vacías cerca de la puerta.

—Bueno, cuéntame. No recuerdo cómo llegué a casa, solo tengo algunos breves recuerdos en tu coche.

—Pues sí. Me llamó uno de los camareros, que es conocido mío. Te reconoció y, antes de llamar a la policía, me llamaron.

—¡Menuda borrachera! —exclamé compungido.

—Sí, hermano. Llevas una temporada...

Se acercó el camarero.

—¿Qué quieren?

Mi amigo se pidió una jarra de cerveza, yo dudé. No sabía si pedirme otra o algo más fuerte para calmar los futuros pensamiento que, con seguridad, tendría después.

—Un Gin Tonic para mí.

Comenzaría por algo más suave. Robert me lanzó una de sus miradas reprochadoras, pero no le hice el menor caso.

—Ciro, ¿qué ocurre? —me preguntó con algo de preocupación en su voz—. Te veo extraño y... ¿no crees que estás abusando del alcohol?

—Nada y no, solo bebo para no pensar en ella.

—Pero...

—Pero nada, Robert. He dicho que estoy bien.

—Ok, ok —dejó de insistir—. ¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —Cambió de tema.

—Mal, tío. No encuentro nada. —Bufé poniéndome las manos sobre la cabeza.

—Oye, no sé si es un buen momento para ti —levanté la vista—, pero mi jefe busca personal para días y turnos esporádicos. Quizá te inter...

—¡Claro que me interesa! ¡Mi cuenta está temblando!

—Pero son solo días sueltos y no puedes fallar. Lo digo por tus recientes salidas...

Lo miré confuso porque no me gustó lo que estaba insinuando. Tampoco salía todas las noches a emborracharme, ¿no? Me quedé pensativo e hice algo de memoria. Él tenía razón. Los últimos nueve o diez días había salido todas y cada una de las noches sin excepciones.

Lío embarazoso

Sara

—¡Qué tarde llego! —exclamé al aire angustiada porque llevaba un buen retraso para la cita que concerté esa misma mañana.

Había tenido una tarde desastrosa, con demasiada faena de la que no me pude librar tan fácilmente. Éramos tres dependientas para una cafetería de no más de cien metros cuadrados. Aun así, la cantidad de personas que pasaban a tomar el cafecito de la tarde eran muchas, sobre todo justo a la hora en la que tenía que marcharme si no quería llegar tarde.

Se me acumularon tareas que no podía dejar para mis compañeras. No me parecía justo dejarles la faena que tenía asignada para mí, aunque María, la supervisora, me repitió en varias ocasiones que las haría ella. Lo rechacé, mis tareas eran cosa mía y debía cumplir con mi trabajo.

Me deshice el delantal morado y la gorra a juego lo más rápido que pude y los dejé dentro de una bolsa, que guardaba en el estante que llevaba mi nombre del armario.

—¡No puedes irte! —me gritó Coral desde la puerta del vestuario.

Y digo vestuario por llamarlo de alguna manera, porque eran cuatro paredes de tamaño más bien pequeño con un armario de cuatro baldas y un perchero. Ese era el espacio que teníamos para cambiarnos de ropa todo el equipo.

—Lo siento. Hace más de veinte minutos que tenía que haber salido —me excusé con indiferencia mientras me ataba los cordones de mis deportivas.

—¿Tú has visto la de gente que hay ahí fuera? —continuó replicándome de mal humor.

Coral era una de mis compañeras de la cafetería, una con la que no tenía una relación demasiado... sana. Y no precisamente por mi culpa. ¿O sí?

Aterricé en aquella empresa hacía nueve años y ella lo hizo pocos meses después. Al principio, éramos buenas compañeras, incluso podría decirse que amigas. Hasta el momento en el que mi jefe decidió que yo fuera su trabajadora de confianza y la protegida de la encargada. Los celos y la envidia pudieron más que nuestra amistad y, si podía hacerme la zancadilla para que quedara en un mal lugar, no perdía oportunidad alguna —siempre acabando en fracaso—.

Lo que Coral no sabía, es que la dulce y dócil niña que entró acababa de quedarse huérfana. Acababa de perder a mis padres en un trágico accidente de coche y María, la encargada, que aun ansiando ser mamá nunca pudo tener hijos, se encariñó de mi situación y me adoptó como a una más de su escasa familia. Coral no entendió ese acercamiento, más bien me tachó de trepadora, cosa que no fue así. Yo simplemente me dejé querer por las personas que valoraban mi amistad y María fue sin duda, un gran apoyo en esos momentos tan difíciles. Eso no hizo más que alejarnos y afianzar esa enemistad que se había creado entre nosotras.

En aquel entonces, con veinte años, no me tomaba demasiado bien sus ataques o reproches, pero con el paso de los años, me acostumbré y conseguí que sus acciones —siempre malas— dejaran de atormentarme.

—María está al tanto y tengo su permiso —le contesté para que dejara de molestarme de una vez y poder salir de allí cuanto antes.

Coral se mantuvo firme y de brazos cruzados en la puerta, impidiéndome el paso.

—¿Y qué es eso tan importante como para dejar la cafetería, así como así?

«En serio, Coral, ¿a estas alturas sigues intentándolo?», pensé mientras decidía cómo librarme de ella.

Y es que ya había caído más de una vez en sus ¿trampas?. Utilizaba cualquier información

privada para dañarme, así que no me quedó más remedio que aprender a filtrar lo que decía y jugar con ello.

—Tengo cita en la peluquería —le contesté con la sonrisa más traviesa que pude poner. Lo hice adrede para enfadarla, porque, aunque no me gustaran los conflictos, nunca perdía oportunidad de molestar a Coral y ver sus exageradas reacciones. Era un pasatiempos para mí —debo reconocer—.

Me miró con reproche y vi cómo fruncía el entrecejo.

—¡Qué graciosa! Veo que no me lo vas a decir, así que ya hablaré con Tomás porque esto no puede ser. Te vas en el momento que hay más clientes y nos dejas colgadas a las demás.

Tomás era el hijo del dueño. Alguien al que no le tengo ningún aprecio por todo lo que me hizo pasar desde que llegué.

—Si hay tanta gente como dices, ¿qué haces perdiendo el tiempo discutiendo conmigo? —Estaba cansada de escucharla y necesitaba salir de inmediato o perdería la cita.

Salí corriendo de la cafetería dejando a Coral despotricando sobre mí, pero tenía permiso de los jefes, por lo que me fui con la conciencia tranquila y sabiendo que no me traería problemas en el futuro.

Suerte que el ambulatorio no estaba muy lejos, solo a unas manzanas de allí, así que no tardaría en llegar más de diez minutos. Me detuve en la puerta fatigada y miré en el interior. Quedé impresionada de la gente que había allí esperando en urgencias. ¡De ahí no saldría esa tarde!

Manolo llegó a la media hora. Aunque no le apetecía, le obligué a acompañarme en esos momentos tan susceptibles para mí. Era lo lógico ¿no? Pues al parecer, para él no tanto porque me puso más de una excusa para no ir. Pero esa vez, no iba a dar mi brazo a torcer, porque el «problemilla» era de los dos.

Esperamos en la sala de urgencias con los demás pacientes. La mayoría parecía que tuvieran algún virus de gripe o resfriado, al resto no se les veía de manera visible ninguna enfermedad.

Me llamaron por el nombre y, muy temblorosos, entramos a la consulta. La doctora que me atendió me hizo unas cuantas preguntas y como nosotros sospechábamos, ella también pensó que podría tratarse de un embarazo. Le contamos que las pruebas que me hice resultaron negativas y aquello le extrañó.

Me mandó hacer unas analíticas y suerte que la enfermera que estaba allí se ofreció voluntaria, si no, hubiera tenido que esperar otro día más de agonía.

Los resultados tardaron en llegar más de una hora, pero eran tales nuestras ansias de saber que no nos importó. Casi estaban a punto de cerrar y al fin, la doctora volvió a llamarnos.

—Sara, no estás embarazada.

Manolo y yo nos miramos sorprendidos. Él mostró su sonrisa más amplia, mientras que yo, no pude más que preocuparme más, porque si no estaba embarazada, ¿qué era lo que tenía?

Regreso al pasado

Ciro

Una de las siguientes noches, decidí no salir de casa. Me había llegado muy hondo el comentario de mi amigo, como si no pudiera controlarme bebiendo, y tenía que demostrarle —o, mejor dicho, a mí—, que yo era dueño de mí mismo y que no estaba dominado por el alcohol.

Pasaban las horas y no sabía dónde meterme. Necesitaba salir, tenía que quitarme todos esos pensamientos que se iban apelotonando en la cabeza y que no me dejaban conciliar el sueño.

Eliminé de mi cabeza todos los pensamientos. No iba a renunciar a mi chica por las palabrerías de mi madre. ¿Qué sabía ella de mis sentimientos?

Necesitaba hacer algo o me volvería loco. Pude salir a beber, pero me contuve, aunque para no pecar, llamé a mi fiel amigo Robert. Él siempre respondía cuando lo necesitaba y conocía mi estado anímico.

—¿Nos vemos? —le pregunté nada más descolgar el teléfono.

—Uno trabaja, ¿sabes? Son las dos de la mañana —me contestó adormilado—. Entro en unas horas y termino a las cuatro, si quieres, ven a buscarme cuando termine. ¿Estás bien?

—Vale, te iré a buscar y sí, estoy bien —le mentí apurado.

—Por cierto, el jefe me ha pedido que te diga si quieres trabajar mañana por la noche.

Era lo que menos me apetecía, sin embargo, era lo que necesitaba. No tenía trabajo y cualquier empleo que me ofrecieran, debía aceptarlo sin rechistar. Robert era camarero como yo, de hecho, nos conocimos trabajando hacía ya más de diez años. Trabajamos en un restaurante que a los pocos años cerró y después, cada uno siguió su camino profesional con lo que encontraba. Él tuvo más suerte que yo y fue contratado en un pequeño bar de tapas mientras que yo, saltaba de empleo en empleo sin encontrar un lugar donde quedarme fijo.

Necesitaba un respiro económico y aunque Robert siempre se quejaba de lo agotador que era su trabajo, no me quedó más remedio que aceptar.

—Dile que a las nueve estaré allí —le respondí sin un ápice de alegría.

Conseguí cerrar los ojos y dormir.

En cuanto me desperté, decidí dar un paseo por la playa para matar el tiempo. El olor a arena mojada y el sonido de las olas eran unos de mis mayores *hobbies*.

Me cambié de ropa, cogí un bañador y una de mis gorras y me fui para allí.

Cuando llegué, coloqué la toalla y me senté en ella a observar el mar agitado. Me hubiera dado un baño si la bandera no hubiera estado de color roja. Las olas, de casi tres metros, chocaban con fuerza contra la orilla. Pocos bañistas había, alguno muy valiente o que no se había dado cuenta de lo peligroso que era el mar tan salvaje.

Observé a las personas que se encontraban a mi alrededor. Una familia con varios mocosos jugaba a hacer castillos de arena; varios grupos de jóvenes charlaban amistosamente mientras que otros le daban al balón. No pude evitar fijarme en una pareja que paseaba de la mano por la orilla. Se les veía sonrientes y bromeaban. Me hubiera gustado preguntarles qué sentían el uno por el otro para saber en qué se diferenciaban con mi ya no relación.

Se me hizo tarde, tanto que, si no corría, me quedaría sin comer. Eran las tres de la tarde y apenas faltaba una hora para encontrarme con Robert.

Me di una ducha rápida para quitarme cualquier resto de arena que hubiera podido quedarse en mi cuerpo y me cambié ya para trabajar en la noche.

Llegué hasta su bar justo en el momento en que salía.

—Como siempre, tan puntual —dijo dándome un abrazo como solíamos hacer siempre que nos veíamos. Se separó un poco—. ¿Cómo estás?

Le solté la verdad:

—Bien jodido, tío. Sé que la he cagado muchas veces, pero esta vez, va en serio —resoplé—. No quiere saber nada de mí.

—¿Y qué esperabas? Algún día tendría que pasar esto, no podías seguir engañándola.

Tenía toda la razón, pero escucharlo de él me dolía más. Era mi mejor amigo y me echó el sermón que me merecía.

Cariño, cuánto te odio

Sara

—Y entonces, ¿qué me ocurre? —logré preguntar después de esa noticia tan satisfactoria para Manolo.

La doctora se puso seria y contestó.

—Tiene usted diabetes.

—¿Qué? —pregunté atónita por la información que acababa de recibir.

Después de explicarme con gran lujo de detalles en qué consistía la enfermedad y cómo debía afrontarla a partir de ese momento, nos marchamos a casa.

—¡Menos mal que no estás embarazada! —soltó Manolo muy risueño.

—¿Crees que tener diabetes es mejor que quedarme embarazada? —le contesté molesta por su comentario.

—Bueno, sí, no... Es una putada para ti, la verdad, pero...

No estaba dispuesta a oír ese «pero», así que lo mandé callar y continuamos caminando en silencio. Me acababa de enterar de que tenía una enfermedad crónica y no solo eso. Lo peor era que era incompatible con mi segundo trabajo, mi pasión, mi sueño, porque ¿os imagináis a una repostera con diabetes?

Desde luego yo no. Era algo incomprensible para mí, pues el ingrediente más importante de las tartas y pasteles era el azúcar, justo el que provocaba mi enfermedad. ¡Maldita sea! Y Manolo preocupándose del puñetero embarazo.

Eran casi las nueve de la noche y estaba tan cansada —física y emocionalmente—, que me acosté y no me levanté hasta el día siguiente.

Un robot de cocina fue lo que marcó mi destino. El cristal de un escaparate de una pequeña tienda de electrodomésticos del barrio me mantuvo separada de ella por mucho tiempo, demasiado. ¿Quién me iba a decir que una simple máquina de hacer comidas iba a ser la protagonista del giro de 180 grados que dio mi vida?

En realidad, no eran grandes proyectos profesionales a los que aspiraba por entonces, pero sí explotar algunas habilidades que había heredado de mi abuela materna —o eso me dio a entender ella cuando aún vivía—. Cada vez que le daba a probar una de mis tartas, siempre decía orgullosa: ¡Qué arte tienes, hija! ¡Como el de tu abuela!

Si soy sincera, no recuerdo el momento exacto en que comencé a ahorrar para hacerme con una de esas máquinas. Pero es que lo hacía todo: pesaba, mezclaba, picaba, molía, cocía al vapor, trituraba, amasaba, cocinaba, batía, calentaba, emulsionaba, removía... ¿Qué repostera no querría tener en su poder una de ellas?

En cuanto conseguí reunir todo el dinero —que no era poco— y en contra de lo que opinaba mi novio, me autorregalé el robot de cocina más caro que había en el mercado. Nunca había sido caprichosa y tampoco había tenido en mi vida nada de valor, pero trabajé muy duro para poder comprarlo y me lo merecía. Nadie iba a impedir que lo hiciera.

Y no me arrepentí. Si antes conseguía cocinar unos pasteles casi perfectos, con el robot se convirtieron en inmejorables. De ahí que pudiera compaginar el trabajo con el hobby de los pasteles. Sabía que no me iba a hacer rica, pero si calculaba el beneficio que había obtenido vendiendo mis pasteles en los últimos años, ya había triplicado la inversión que hice.

Mientras pensaba en cómo empezó mi aventura de repostera y cómo mis sueños se acababan

de romper con la noticia de la diabetes que me dieron el día anterior, desayunaba en la hora de descanso en el office.

No podía dejar de pensar en ello y para ocupar la mente, revisé la agenda de mi otro trabajo, ese del que tanto me aportaba y del que no tenía claro cuál sería el futuro.

Había estudiado repostería durante años y me fascinaba hacer pasteles, cuanto más sofisticados y originales mejor. Así que hacía unos años decidí dedicarme a hacerlos personalizados por encargo en mi tiempo libre. Y aunque no tenía muchos pedidos, cada mes me sacaba un pequeño extra que iba directo a la hucha para la compra del piso.

Ojeé toda la semana y para el día siguiente tenía un cumpleaños de unas gemelas de cinco años, por lo que esa tarde debía cocinar dos magníficos pasteles infantiles, que ya tenía pensado desde que los encargaron. No podían ser más diferentes: a una, le encantaban los ponis y unicornios, la otra, se decantaba por los superhéroes. Así que mi reto era crear dos pasteles del mismo tamaño y forma, pero con decoraciones completamente diferentes.

—Tu descanso ya ha terminado —soltó Coral de repente en un tono de desprecio.

¿Por qué había cambiado tanto? Con lo buenas amigas que fuimos... Aquello quedó en el pasado y con el paso de los años, su enemistad por mí fue creciendo hasta el punto de que apenas me soportaba. Cuando hablaba, ella tenía algo que decir; cuando me equivocaba, lo utilizaba en mi contra delante de los jefes. María, en cuanto vio aquello, se posicionó a mi lado y gracias a ella, aprendí a no entrar en el trapo.

No levanté la vista de las hojas y, con tranquilidad, contesté:

—Me quedan cinco minutos. —Y continué leyendo sin hacerle el menor caso posible, tal y como me había enseñado María.

—¡No! ¡Ya se terminó! —se exasperó.

Y no era cierto, todavía me quedaban mis cinco minutos de descanso.

Callé y seguí con la agenda, hasta que se cansó y se fue de mala gana. A veces me preguntaba por qué se comportaba como una niña, si no había tenido el amor y el cariño suficiente, pero lo dejaba estar. No se había comportado nada bien para que yo andara preocupándome por ella. Coral decidió alejarse de mí, decidió convertirme en su enemiga y nada le haría cambiar de opinión. Así que, lo acepté.

Cuando ya casi pasaron los cinco minutos, me levanté de la mesa que teníamos en el Office para desayunar y comer y me topé con Tomás, el hijo del jefe.

—¿No tenías que estar hace rato despachando?

«El que faltaba», pensé controlando la respiración para que no se notara que su presencia me ponía nerviosa.

Sabía que Coral andaba detrás de aquello. Ella le había dicho que me estaba retrasando en mi tiempo de descanso. No era la primera vez que utilizaba su poder de persuasión con Tomás, y este, que no era muy inteligente, que digamos, se dejaba persuadir.

Me giré despacio, y con toda la calma del mundo, le contesté:

—Estoy en mi descanso. —Miré el reloj de la muñeca—. Y en menos de un minuto se acaba mi tiempo.

Lo dejé con la palabra en la boca y pasé por su lado para regresar a mi puesto de trabajo.

Por su cara, no le gustó mi respuesta tan cortante y me lo hizo saber cogiéndome del brazo y diciéndome:

—Recuerda quién soy... —Y me soltó, no sin antes lanzarme una mirada amenazante.

«Sé quién eres. Un hombre patético que se cree superior por ser el hijo del jefe», dije en mi mente.

Tomás, era el hijo mayor del dueño de la cadena de las cafeterías. Un pez gordo, vamos. Él era director de área y se encargaba de gestionar las más de doscientos que había en toda Cataluña. Aunque más que trabajar, se dedicaba a conquistar a las empleadas de los locales, y, cuando alguna se le metía entre ceja y ceja, no dejaba de agobiarlas. Ese era mi caso.

Desde que me vio por primera vez, hacía ya ocho años, no cesó en querer conquistarme a toda costa. De la seducción, pasó a la obsesión y acabó con el acoso.

Siempre que estaba por la zona pasaba a verme y, con cualquier excusa, me invitaba a tomar un café para hablar de la nada. Después, llegaron los detalles que me hicieron ver que no era algo común, pues solo los recibía yo.

Y el colmo fue, cuando intentó sobrepasarse en el almacén una tarde a punto de cerrar. Lo recuerdo a la perfección y todavía no olvido el olor que desprendía su mal aliento cuando intentó acercarse más de la cuenta.

Desde ese día, no ha vuelto a tocarme, pues creo que todavía tiene dolor de huevos solo de recordar la patada que le di con todas mis fuerzas en sus partes nobles.

Después de aquello sus insinuaciones fueron más directas, pero en la distancia. Había pasado ocho años y seguía como el primer día, aun sabiendo que estaba a punto de casarme.

Lo ignoré y me fui derechita al mostrador para continuar con mi trabajo.

—¿Estás bien, cariño? Tienes una cara... —me preguntó María tras mi encuentro con ese malnacido.

—Lo de siempre —contesté con indiferencia y levantando los hombros.

Ella estaba al tanto de todo lo ocurrido con Tomás y, siempre que este venía, intentaba distraerlo con cualquier tontería para alejarlo de mí. Unas veces lo conseguía, otras, recibía malas palabras y no lograba retenerlo.

—¡Ay niña! Si pudiera hacer algo...

—No, María, ya sabes lo que pasó la última vez. —Asintió defraudada.

Ella más que nadie sabía lo que podía ocurrir si se enfrentaba a él. La última vez que interfirió por mí, tuvo consecuencias, además de unas palabras duras y nada agradables.

Aquella vez, Tomás quiso cambiarme el turno al de tarde. Solo una se tenía que quedar para el cierre de la cafetería y quería aprovechar eso para encontrarme a solas.

Lo hablé con María y ella me cambió el turno a mí sin decir nada a nadie. Cuando el jefe se encontró a María en vez de a mí, puso el grito en el cielo y no pudo echarla porque su padre la estimaba demasiado, si no... ella ya estaría de patitas en la calle.

Desde entonces, le prohibí cualquier enfrentamiento con él. No merecía la pena que pusiera en riesgo su trabajo para ayudarme. Aprendería a defenderme y así lo hice.

Me puse a despachar a los clientes. Serví unas cuantas tazas de café con la bollería industrial que pedían. Cada vez que veía un croissant o cualquier pasta, se me encogía el estómago, pues yo era experta en repostería y sabía que podía aportar mucho, aunque nunca me lo permitieron. Claro que, sería casi imposible atender a todas las franquicias, pero sé que hubieran ganado valor.

—Necesito que te quedes esta tarde. Harás tú el cierre —me soltó Tomás justo quince minutos antes de acabar mi jornada.

¡No podía ser cierto! La historia se repetía y algo en mi interior se estremeció. No deseaba quedarme a solas con él, y tampoco podía.

—Lo siento, pero con tan poco tiempo de preaviso me es imposible —le contesté sabiendo que poco le importaba lo que yo dijese.

Me lanzó una mirada de desprecio y sus ojos se encendieron. ¡Comenzaba el espectáculo!

—¡No te lo he pedido, te lo he ordenado! —alzó el tono de voz.

—Yo ya he hecho mi turno. Le toca a Coral doblar hoy. A mí me toca mañana. Y de verdad, que no puedo.

No mentía, tenía un nuevo encargo de un pastel personalizado para el día siguiente.

Veía cómo la vena del cuello se le hinchaba por momentos y debo reconocer, que sentí miedo.

—Coral no puede quedarse, así que tú tienes que cubrirla.

¿Que Coral no podía quedarse? ¿Y yo sí?

—Mira, Tomás —suavicé el tono de voz—, cualquier otro día no me importaría quedarme, pero tengo otro trabajo y ya me he comprometido.

Quise ser sincera, para que él viera que no era por capricho, sin embargo, de nada sirvió.

—¿Así que tienes otro trabajo? ¿Y es más importante que este?

Me pilló desprevenida porque este era mi principal empleo, el que pagaba todas las facturas.

—No, claro que no. Este es mi trabajo, lo otro es un complemento, pero me he comp...

—¡Tonterías! Si no quieres perder este empleo, te quedarás.

Tomás y sus continuas amenazas. No era de extrañar que utilizara esas técnicas, porque habilidades de liderazgo... cero. Claro que, ¿quién necesita trabajar en sus habilidades personales y profesionales siendo el hijo del jefe?

No era la primera vez que amenazaba con despedirme, y con seguridad, no sería la última. Estaba completamente segura de que, algún día, su padre accedería a sus deseos y acabaría haciéndolo, mientras, intentaba no cabrearle y hacer caso de sus exigencias —siempre que podía —.

—De acuerdo, ¿puedo hacer mañana el turno de tarde? —le pregunté seria y cortante. Si me permitía cambiar el turno, podría hacer los dos pasteles por la mañana y decirles que vinieran a buscarlo a la cafetería.

Vi cómo se le curvaba los labios, formando una sonrisa malévola.

—¿Me estás pidiendo un favor, Sara?

En realidad, no lo era, ¿o sí? No quise darle ese gustazo ni tener una deuda pendiente que, seguramente, utilizaría en su beneficio propio.

—Olvídalo. Haré yo el cierre —me rendí, agotada de hacerle cambiar de opinión.

María observaba la discusión en la lejanía. Veía todas sus expresiones y sabía que, si no le hubiera pedido que se mantuviera al margen, ella habría ocupado mi lugar. Si bien no estaba dispuesta a que se jugara su puesto de trabajo por mí. A sus 64 años, ¿dónde iría?

Pensé que Tomas se quedaría conmigo para continuar con su acoso, pero no. En cuanto el turno de mañana acabó, él se largó como alma que lleva el diablo. En cierto modo, me alegró, aunque todavía temblaba al pensar que pudiera regresar al cierre, cuando me encontrara sola.

Paso de ti

Ciro

Me faltó el alcohol que tanto ansiaba para escuchar los reproches de mi amigo, pero se negó a dejarme beber. Primero, porque quería mantener esa conversación los dos sobrios y segundo, porque me había comprometido a trabajar esa noche en el bar donde él trabajaba y no estaba dispuesto a que le dejara en una mala posición ante su jefe.

No me apetecía en absoluto trabajar aquella noche, pero la economía escaseaba y lo necesitaba.

Cumplí con sus exigencias, con la promesa que después del trabajo, me acompañaría en mis penas. Acordamos que nos reuniríamos al acabar mi jornada para salir a tomar unas copas en el Pub de siempre.

Me acompañó al bar y llegué diez minutos antes de la hora acordada. El servicio de cenas ya había comenzado y me puse manos a la obra sirviendo mesas en la terraza. Suerte que el tiempo acompañaba porque normalmente solía refrescar en cuanto oscurecía.

Trabajar me entretenía y me ayudaba a no pensar en mi rubia. Llevaba varias horas tomando comandas y sirviendo platos. Todo marchaba bien hasta que una voz me alertó;

—Perdona, tenemos una reserva. —Me giré y al verla, mi cuerpo reaccionó—. ¿Ciro? No sabía que trabajabas aquí...

Era ella. Estaba preciosa, con un vestido muy ajustado en color azul y unos tacones demasiado altos para mi gusto. Era todo un espectáculo y ya me había percatado de las miradas de otros comensales hacia ella.

—Hola, ya sabes, hago lo que puedo.

En ese instante, vi cómo llegaba un hombre y pasaba sus monstruosos brazos sobre los hombros de ella.

Todo cambió. Ver ese gesto me partió en dos. La sangre comenzó a hervir y yo estaba a punto de saltar sobre él.

—Nena, ¿ya te han dado la mesa? —le preguntó sin ni siquiera mirarme.

Ella disimuló, zafándose de sus brazos, pero yo ya me había percatado que esos dos no solo eran amigos. ¡Maldita sea! La vena del cuello comenzó a hincharse solo de pensar que ella pudiera estar en brazos de otro hombre.

—No, todavía no. Este es Ciro... —me presentó.

—¿Ciro? —Se apartó de ella. Me conocía, debió de hablarle de mí. El «musculitos» alargó la mano y me saludó—: Hola, tío.

¿Que si le estreché la mano? Ni en broma. Los celos me habían absorbido y no pensaba con claridad. Le ignoré y me dirigí a ella:

—¿Podemos hablar? —Miré al chico que le acompañaba y solté—: En privado.

No le di tiempo a que respondiera, porque la agarré del brazo y la llevé a un lado.

—¿Qué quieres?

—¿Ya me has olvidado? ¿Ya estás con otro? ¿Quién es el? Si solo han pasado cuatro días, ¡joder! —la avasallé enfadado.

Ella cogió aire y vació los pulmones lentamente. Era lo que solía hacer antes de una pelea.

—En primer lugar, a ti no te importa quién es ni si estoy con él. Y en segundo... ¿Qué más da el tiempo que haya pasado? —Su voz irradiaba seguridad y calma, como si ya no le importase, y eso provocó que me cabreara todavía más.

—¡Porque yo te quiero, joder! —grité tan alto que todos se dieron la vuelta mirando en nuestra dirección.

Llegó corriendo el dueño del bar después de ver el espectáculo que se estaba formando afuera.

—¿Hay algún problema, Ciro?

Pensé durante unos segundos qué decir, pero la rubia se adelantó y me susurró muy bajito:

—Vamos, Ciro, dejemos las cosas así, por favor.

La miré y vi en sus ojos ternura, cariño.

—No pasa nada —contesté más tranquilo.

—¿Seguro? No quiero problemas en mi bar.

—Sí, seguro. Todo está bien.

Me largué de la escena y le rogué a una compañera que sirviera su mesa por mí.

Durante el resto de la noche, no estuve nada cómodo. No podía verla con otro, aunque de vez en cuando les observaba desde lo lejos. ¡Craso error!

No soportaba ver cómo se sonreían ante cualquier bobería que se decían, mucho menos cuando él acariciaba su mano o le quitaba algún mechón de la cara. Para apaciguar los nervios, tomé la decisión de beber un trago de un licor fuerte. Noté un extremo ardor en la garganta en cuanto aquel líquido la atravesó, pero consiguió el efecto esperado. Después de tres o cuatro chupitos más, apenas recordaba que ella se encontraba allí. Aunque también casi olvidé cómo se sujetaba una bandeja sin que su contenido cayera al suelo. Perdí la cuenta de cuántos platos y vasos rompí aquella noche.

Fruto de aquello, el jefe decidió enviarme a casa y prescindir de mis servicios de por vida. Mandó llamar a Robert para que se hiciera cargo de mí y en cuanto lo vi... me abracé a él sin dudarlo.

—Tío, la has jodido, pero bien —me soltó mientras intentaba sujetarme para no caer.

No dije nada, tampoco podía pronunciar palabra. El alcohol había nublado mi juicio y cegado el resto de mis sentidos. En ese estado era imposible que fuéramos a algún lado, tampoco es que nos fueran a dejar entrar. Decidió llevarme a la playa a dormir la mona, conocía el carácter fuerte de mi madre y lo poco que le gustaba que llegara ebrio a su casa.

Me dejó tirado sobre la arena mientras él se apoyó en una roca. Apenas había gente, un par de grupitos de chicos jóvenes con bebidas y música y alguna que otra parejita en plan romántico.

Allí pasaron varias horas hasta que el sol me despertó. Me costó abrir los ojos del terrible dolor de cabeza que tenía —no era de extrañar—.

—¿Ahora puedes explicarme qué ocurrió anoche? —me preguntó Robert tras ver qué había abierto los ojos.

Me acomodé a su lado, de espaldas a la roca.

—¿Qué quieres que te diga? Se me fue la olla —respondí sin ganas de hablar.

—Sí, se te fue la olla y perdiste un curro. ¿Sabías que buscaba a una persona de manera fija?

Lo miré horrorizado. Ese podría haber sido el trabajo que tanto había esperado. ¡Mierda!

—¡Estúpido, estúpido, estúpido! —Me golpeé la frente mientras me insultaba a mí mismo.

—Sí, ahí te doy la razón.

¿Por qué era tan duro? Yo mismo me bastaba para fustigarme y lo que menos me apetecía era tener que oír de mi mejor amigo lo capullo que había sido. Pero callé y acepté cada palabra que me dijo.

—Necesito encaminar mi vida —solté al aire más que para Robert—. Tengo 34 años y no tengo nada en la vida. Por tener no tengo ni trabajo. ¡Y por Dios! ¡Vivo con mi madre!

—Hombre, hace solo unos días que vives con ella —me corrigió.

—Sí, pero cuando vivía con mi ex, era ella quien pagaba todos los suministros y el alquiler. ¡No! ¡Tengo que espabilar!

Me levanté deprisa y comencé a andar en dirección al paseo marítimo.

—¿Se puede saber dónde vas? —me preguntó Robert impresionado por mi repentina marcha.

—¡A la biblioteca! —grité muy seguro de lo que pretendía hacer.

Corrió hasta llegar a mi lado.

—¿Y qué vas a hacer allí? Sabes que solo hay libros, ¿verdad?

Lo fulminé con la mirada, pero solo le dediqué una sonrisa triunfadora.

—Y ordenadores. Escribiré mi currículum y lo enviaré a las empresas por internet.

Robert se carcajeó y no entendí por qué.

—¿Y ya sabes cómo hacerlo? —se mofó divertido.

—Pues no, pero seguro que alguien me ayudará.

—Esto no me lo pierdo —murmuró Robert frotándose las manos cómicamente.

No le di importancia a su extraño interés por ver cómo me desenvolvía con las nuevas tecnologías. A decir verdad, pensé que no sería tan complicado, nada más lejos de la realidad.

La proposición

Sara

Recogí todas las mesas, limpié el mostrador y las neveras, hice la caja... y esperé a que el malnacido llegara en algún momento. Pero veía que los minutos iban pasando en mi reloj y Tomás no aparecía.

Llegó la hora del cierre y salí de la cafetería aliviada de no haber tenido que compartir tiempo con él. Aunque su comportamiento me pareció extraño porque nunca perdía oportunidad de verme a solas. Lo dejé estar, pues todavía tenía mucho trabajo por delante. No podía dejar tirada a esa familia, a esas niñas que al día siguiente cumplían años y esperarían un pastel de superhéroes y de unicornios. Esos pasteles se iban a hacer, aunque tuviera que pasar toda la noche cocinando.

Suerte de mi excesiva planificación con antelación, pues ya disponía de todo lo necesario para crear la magia.

Llegué a casa agotada después de más de quince horas trabajando. Al entrar, me horroricé de ver cómo estaba todo: la cocina sin recoger, ropa por doblar, ¡hasta la cama sin hacer!

El mal humor se apoderó de mí y fui hasta el salón, donde escuchaba sonidos que debían provenir de la televisión. Y ahí estaba mi queridísimo prometido, pasando el rato jugando a la videoconsola.

—¡Hola, cielo! ¿Ya has llegado? No te esperaba tan pronto —dijo sin desviar la mirada del juego.

—¡Son casi las nueve de la noche! ¿Crees que es normal que me encuentre la casa así después de más de quince horas en la cafetería? —Salía fuego de mis orejas y no pude contener la rabia.

—¿Las nueve ya? ¡Se me ha ido el santo al cielo! Perdona…

—¡Ni perdona ni perdono! ¡Ya está bien! Seguro que no has hecho nada de cena —me quejé y con razón.

Manolo tenía un buen horario, llegaba al mediodía y no podía creer que hubiera pasado desde entonces jugando a ese maldito juego. Ya no era un niño y tenía responsabilidades que cumplir. ¿Entendería eso algún día?

—Ya sabes que la cocina no es mi punto fuerte —se excusó.

¿Y cuál era su punto fuerte? Me sentí indignada por la poca empatía que había depositado ese día, sabiendo que iba a llegar a las tantas.

—¿Y recogerla tampoco? ¿Y la ropa?

Estaba fuera de mí, muy enfadada.

—Lo siento. Ya te he dicho que me he liado y no me he dado cuenta de la hora.

Tenía ganas de llorar. Todavía me quedaban horas y horas de trabajo por delante y no veía el final del día.

—Pues yo tengo que hacer dos pasteles para mañana, así que ya puedes levantar el culo de ahí y ponerte a hacer cosas. —No le di oportunidad a rechistar. Dejé mi abrigo y bolso encima de la mesa del comedor y me fui directa a la cocina a comenzar el dichoso pastel. Pero antes de salir del salón, le solté—: Y cuando tengas la cena hecha, me avisas.

Suerte que la cocina era de gran tamaño —lo único del piso—, porque mientras él hacía la cena, yo me encargaría de hacer el pastel sin apenas cruzarnos.

A las diez ya tenía preparada la mesa con un par de sándwiches sencillos. No era nada del otro mundo, pero se me hacía apetecible porque con los nervios no me entraba mucha cosa más.

Aproveché el tiempo del horneado para cenar. Nos sentamos en la mesa y comimos en silencio, sin ni siquiera mirarnos a la cara. Estaba cansada de esta situación, porque no era la primera vez que me encontraba con algo parecido. Yo trabajaba con el objetivo de ahorrar dinero para el piso que queríamos. Más bien, para el piso que él siempre había deseado. Porque ¿cuándo había deseado yo un piso? Me detuve a pensar. No, yo no quería un piso nuevo, mi anhelo era una pequeña pastelería decorada con colores llamativos y adornos de fantasía. Ya era tarde para proponérselo, aun así, me prometí que algún día cumpliría mi sueño.

Mientras cenábamos, recibí una llamada de mi tía.

—No puedo ir Raquel —le contesté cuando me pidió que acompañara a mi abuela a Tenerife.

—Mi niña, claro que puedes, pero no quieres —me contestó molesta—. Tu abuela no puede venir sola y hace cinco años que no nos vemos.

—¿Cinco ya? ¡Cómo pasa el tiempo! Pero no puedo, tengo mucho trabajo. ¿Por qué no vienes tú?

Raquel era mi tía favorita y no porque fuera la única tía que tuviera, sino porque ella era muy especial. Era la menor de cuatro hermanos varones y apenas nos separaban quince años, así que siempre nos habíamos llevado muy bien. Sin embargo, desde que se marchó a vivir a Tenerife, nuestra relación se enfrió y nos alejamos.

—¡Sara Martínez, haz el favor de hacer caso a tu tía por una vez en tu vida! —me gritó enfadada—. Tu abuela nunca ha cogido un avión y antes de morir le gustaría hacer este viaje.

¿En serio acababa de utilizar el chantaje emocional con la muerte de mi abuela? Sí, lo hizo y surgió el efecto que esperaba. ¡Será malvada!

Y sabía qué botón apretar para convencerme. Mi abuela, la yaya, era una de las personas más importantes de mi vida. Ella se encargó de mí durante toda mi infancia, mientras que mis padres trabajaban como mulas. Había sido un gran pilar en mi vida, como mi segunda madre, y si ella tenía el deseo de hacer un viaje antes de irse al otro lado, yo haría todo lo posible por cumplírselo.

Se oyeron risas al otro lado. Raquel sabía que acababa de ganar esa batalla.

—¡Eres mala malísima! Vale, me has convencido. Lo haré por la Yaya, aunque no te prometo nada porque hay mucho trabajo en la cafetería —le solté.

—Ven solo el fin de semana, sales el viernes por la tarde y te vuelves el domingo.

No era una mala idea.

—Lo pensaré. Déjame organizarme y te digo cuándo.

—Está bien, sobrina. Aunque tengo la seguridad de que cuando pises esta isla, serás tú la que me implore regresar.

—Lo dudo. —No quise insistirle más—. Tengo que dejarte tita. Un besote.

—Un beso, mi niña. ¡Y no trabajes tanto!

—Adiós... —No le di pie a decir nada más. Ella pensaba que mi adicción al trabajo era algo malo, pero sin duda, era el que pagaba las facturas.

No era muy común que cogiera vacaciones. En todo el tiempo que llevaba trabajando en la cafetería, preferí que me las pagarán y las trabajé —aunque no fuera muy legal—.

Si queríamos ahorrar, no podía permitirme ese lujo. Además, estaba mi otro trabajo, el de hacer pasteles de cumpleaños, y los fines de semana aprovechaba para adelantar faena.

También era consciente de que sería yo quien tuviera que regresar a por la yaya, pero intentaría hacerlo en algún fin de semana que no tuviera que trabajar.

En cuanto colgué, Manolo me miraba desde el sillón de una manera peculiar, con una ceja levantada y los labios apretados.

—¿Tengo algo en la cara? —Fue lo primero que pensé.

—¿Tú cogiendo vacaciones? —me preguntó sorprendido y revisándome de arriba abajo con la mirada—. ¿Quién eres tú y que has hecho con mi novia?

—¡Ja; ja! ¡Qué gracioso eres! —ironicé—. Tengo que llevar a mi abuela con mi tía. ¿Quieres acompañarme y pasamos unos días allí?

Eso estaría genial. ¿Cuánto tiempo hacía que no viajábamos juntos? Años y años. Nunca encontrábamos el momento idóneo o no coincidíamos en los días. Pero unas minivacaciones no nos irían mal. No es que nuestra relación estuviera pasando por una mala racha, sino que casi no había relación. Hacía tiempo que no hacíamos nada como pareja ni siquiera salíamos juntos a dar un paseo. Nuestra relación se basaba en trabajar, gastar el dinero que ganábamos y ya. ¿Cuándo fue la última vez que nos besamos? Meses quizá. Y lo peor de todo es que ya no recordaba la última vez que hicimos el amor.

No es que me quejara de aquella situación, a mí ya me venía bien por el trabajo, y supongo que a él también, porque nunca se había quejado ni me había reclamado nada.

—No puedo, estoy en medio de un proyecto y es imposible que pueda cogerme unos días hasta que no lo cierre —me contestó.

No me sentó ni bien ni mal, era de esperar que no pudiéramos coincidir, siempre pasaba lo mismo.

—¿Y si vamos de viernes a domingo? —le insistí.

—Sara, de verdad, no me apetece mucho. ¿Qué pinto yo allí con tu tía y tu abuela?

¿Que qué pintaba? Era mi futuro marido y ¿no era capaz de pasar tiempo con la poca familia que me quedaba? No tenía que lidiar con ninguna suegra, y me sentó muy mal que no quisiera compartir tiempo con mi yaya. ¿Qué se había creído?

—Ok —le contesté malhumorada—. Pues iré yo sola.

Estaba cabreada, pero parecía no importarle. El día no acompañaba y decidí no echar más leña al fuego. ¿De verdad quería casarme con él? Continué trabajando en el pastel pensando en lo gilipollas que había sido Manolo. En cuanto terminé miré el pastel de dos plantas de chocolate, y aunque no fue una de mis mejores obras, podía estar contenta con el resultado. Después caí rendida en la cama, necesitaba dormir y descansar la mente de todo lo ocurrido ese día.

Alguien como él

Sara

—¿Puedes ir más despacio? Mis piernas ya no son lo que eran —se quejaba mi querida abuela.

Y tenía razón, estaba acostumbrada a caminar a una velocidad rápida, pero para ella, parecía imposible seguir mi ritmo. Normal, con ochenta y siete años que tenía, sus capacidades físicas eran limitadas. Aunque, a más de uno ya le gustaría tener la energía que ella desprendía a su edad.

Nos recorrimos toda la Terminal 1 hasta llegar a la puerta de embarque, donde nos hicieron esperar en unos asientos incómodos cerca de la entrada. Faltaban diez minutos para que comenzara el embarque de los pasajeros, pero ya había una cola de personas impacientes por entrar. ¡Qué tontería! Cuando los asientos van numerados...

En cuanto avisaron por megafonía la apertura del vuelo, la mayoría de las personas se levantaron y se pusieron al final de la cola.

—Abuela, no te muevas. Nos quedaremos para al final. —Ella asintió sin rechistar.

Una de las azafatas nos vio sentadas en aquellos asientos y se acercó hasta nosotras.

—Buenas tardes. Quiero que pasen las primeras.

Me quedé sorprendida, supuse que tenían prioridad los ancianos. La seguimos de cerca, colándonos entre todas las personas, que nos miraban con cara de envidia. La muchacha nos pidió nuestros DNI. y, no solo nos coló, sino que también nos ofreció los asientos que quedaron disponibles en la primera fila. Vamos, los VIPS. Era un chollo viajar con la abuela.

Le agradecimos aquel magnífico detalle y anduvimos por el túnel que conducía hasta el avión. Nos acomodamos y esperamos a que el resto de los pasajeros tomaran sus asientos.

Observaba a mi abuela de reojo. Estaba muy nerviosa, aunque ella no lo demostraba, tenía la mirada fija al frente y no decía ni mu. El comandante habló en ese momento e indicó que despegaríamos en unos minutos. Se encendieron los motores y el avión comenzó a moverse por la pista de vuelo, encarándose hasta la salida. Volví a mirar a mi abuela y, efectivamente, estaba muerta de miedo. Se santiguó no sé cuántas veces y después se agarró con fuerza a los reposabrazos.

Sentí piedad de ella y coloqué mi mano sobre su brazo para transmitirle tranquilidad, pero ni se inmutó, seguía con la mirada perdida pensando en algo que no logré descifrar.

Una vez en el aire, la vi relajarse.

—¿Estás bien, abuela?

—¡Ay qué miedo he pasado! Yo ya no tengo edad para estas cosas.

Siempre decía lo mismo, pero era ella quien quería hacerlas. De hecho, fui a aquel viaje porque me rogó acompañarla. No se veía capacitada para volar tan lejos sola, tampoco la hubiera dejado.

Así que ahí estaba, sentada en primera fila de un avión con destino a Tenerife junto a mi abuela. Nunca había viajado sola, siempre lo había hecho en compañía de Manolo, aunque por circunstancias de la vida, esa vez tuve que hacerlo sin él.

Mi tía Raquel se mudó a la isla cinco años atrás, después de tocarle un segundo premio en la lotería de Navidad. Lo dejó todo: casa, amigos, familia, ¡hasta su esposo! Era una mujer joven, la pequeña de cuatro hermanos y, aunque rondaba los cincuenta, su vitalidad era similar a una chica de veinticinco años. Apenas nos llevamos casi quince años y ella parecía la menor de las dos, al

menos de cabeza.

Después de casi tres horas de vuelo, aterrizamos a las once de la noche, pero como en Canarias era una hora menos, teníamos parte de la noche por delante. Quería aprovechar el máximo aquel viaje, porque tan solo estaría hasta el domingo.

—¡Bienvenidas! —Raquel nos recibió con una sonrisa en los labios y con los brazos abiertos.

—Hola, tía —la saludé y ella se lanzó a mí para darme un montón de besos.

Igual hizo con mi abuela, pero a esta, la achuchó fuerte entre sus brazos. Ellas dos tenían una conexión muy especial y hacía varios meses que no se veían. Incluso pude ver alguna lágrima resbalar por la mejilla de mi abuela.

—¡Qué pena que te quedas tan poco tiempo Sara!

—Sí, mi trabajo no me permite tener más vacaciones.

—Bueno, no te preocupes, lo pasaremos muy bien. —Sonrió con picardía—. Esta noche tenemos fiesta —soltó divertida y haciendo movimientos como si simulase que bailaba.

—Pero si acabamos de llegar —la riñó la abuela—. Deja que descanse.

—¡No seas aguafiestas! Ella es joven y solo estará tres días. Prometo que la cuidaré muy bien. —Le hizo arrumacos a modo de chantaje emocional y mi abuela desistió. No había nadie que contradijera a mi tía Raquel.

Dejamos acostada a la abuela y nos preparamos para salir a tomar una cerveza. Me vestí rápido y en cuanto Raquel me vio salir de mi habitación con mis *jeans* y una camiseta básica, me soltó:

—No pensarás salir así, ¿verdad? —Revisé mi vestimenta de arriba a abajo y no encontré nada fuera de lugar.

—¿Así cómo? —le pregunté confusa y después de comprobar que no tenía ninguna mancha que hubiera pasado desapercibida.

—¡Ay mi niña! Con lo guapa que tú eres y el poco partido que te sacas —me dijo cogiéndome del brazo y llevándome hasta su habitación.

No era la primera vez que me habían dicho algo del mismo estilo, pero después de diez años con mi Manolo, mi aspecto físico había quedado en un segundo plano. Ya no me arreglaba como cuando tenía veinte años. Ni el pelo lo peinaba con gracia, ni me ponía maquillaje; tampoco utilizaba un vestuario que me favoreciera. ¡Hasta utilizaba ropa dos tallas más grandes para ocultar algún que otro michelín que había adquirido en los últimos años! Y no es que fuera fea, sino todo lo contrario. Mis rasgos latinos, mi pelo largo color castaño claro, los ojos grandes y verdes y mi cuerpo con algunas curvas, me hacían muy atractiva. ¿A quién tenía que impresionar? Yo ya estaba casi casada.

Mientras mi tía balbuceaba palabras ininteligibles para sí misma, buscaba algo en su armario. Se dio la vuelta y vi que llevaba una prenda de color blanca entre sus manos. Era un vestido de esos que nunca pensaría en comprarme para mí; demasiado atrevido y ceñido. ¡Seguro que parecería un chorizo embutido! No estaba gorda, pero había ganado algo de peso y me sobraban unos kilillos.

Cuando deduje que Raquel tenía el pensamiento de meterme en esa tela, repliqué:

—No, no y no. No pienso ponerme eso.

—¡Oh sí! Tienes treinta años y pareces mayor que yo. —Razón no le faltaba. Volví a mirar el vestido y negué con la cabeza. ¿Dónde iría con eso?

Después de debatirlo entre las dos, me rendí, era un imposible llevarle la contraria. Me convenció para que al menos me lo probara, aunque estaba segura de que una vez puesto, no habría marcha atrás y no me dejaría deshacerme de él. Me puse el vestido y me miré en el espejo

de cuerpo entero que tenía en su dormitorio. ¡No era posible! ¡Tenía curvas! Con las camisetas anchas que solía llevar no lo parecía, pero sí, el vestido me quedaba como anillo al dedo.

El verme tan sexi hizo que quisiera sentirme todavía más atractiva. Dejé que me convirtiera en conejillo de indias para probar su habilidad en el maquillaje y la peluquería. Ella siempre había sido muy coqueta y dominaba aquellas artes como si fuera una profesional. Peinó mi melena ondulada; maquilló mi rostro, mis ojos y mis labios y me calcé unos zapatos negros de tacón que me prestó. Volví a ver mi reflejo en el mismo espejo. ¿Esa era yo? Estaba espectacular, incluso diría que muy hermosa. Hacía tiempo que no me sentía tan arrebatadora. ¡Ay si me viera en ese momento mi Manolo...! Él, que siempre me decía que me arreglara más, con seguridad, le hubiera gustado mi nuevo aspecto.

Pensé en él, y lo extrañé. Cogí el móvil y le di a la video llamada de WhatsApp, deseaba que me viera así, pero no obtuve respuesta. Miré el reloj, eran las diez de la noche, por lo que en la península sería una hora más. No me extrañó que estuviera ya dormido —o aprovechando para jugar a su maldito juego—.

Nos marchamos con un par de cervezas cada una en el bolso. Los locales de compra de alcohol ya habían cerrado y no nos acordamos de preparar la bebida para esa noche. Nos dirigimos a la playa, que estaba a escasos metros de su casa y donde había quedado con sus amigos.

Anduvimos por callejuelas estrechas hasta llegar al sendero principal. Unos farolillos iluminaban escasamente el camino, pero era suficiente para no tropezar y caernos. El suelo, hecho con piedras volcánicas y rodeado de vegetación de la zona lo hacían un paseo agradable para los ojos. Pasear en la noche por allí, escuchando el romper de las olas, lograba curar el alma a cualquiera.

A lo lejos, vimos un grupo de personas que, de seguro, eran las amistades de Raquel. Nos acercamos hasta ellos y me sorprendió ver tanta diversidad: mujeres cincuentonas, de veinte y de treinta años, de varias nacionalidades, bailando al son de tambores que varios muchachos tocaban.

Bebían y reían por igual. Aquellas danzas me erizaban la piel. Ver cómo dos personas se movían al unísono, como si fueran una sola, me hipnotizaba. ¡Y yo que no sabía bailar...! No tenía sentido del ritmo ninguno, pero en ese momento, me hubiera gustado saber algo.

Raquel comenzó a presentarme a todos y yo, muerta de vergüenza, solo era capaz de sonreír. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Con lo dicharachera y social que fui antaño...

Me senté en un banco con la cerveza en mano y dediqué el tiempo a observar lo que hacían. Dejaron a un lado la percusión y conectaron los altavoces que alguien había llevado. Sonó algo que parecía bachata y comenzaron de nuevo a bailar. Me fascinó aquella danza tan pegada y sensual. Todos bailaban con todos, no era necesario hacerlo con tu pareja, cualquier persona servía para danzar y nadie decía nada. Seguro que Manolo se hubiera escandalizado de ver todo aquello, pero yo no, disfruté demasiado de esa nueva experiencia.

Cada vez llegaban más y más personas que se unieron al grupo. Algunos se sentaban a mi lado para conversar, supuse que era la nueva atracción y tendrían interés por la novedad. Me sentí arropada por toda esa gente desconocida. Eran tan amables y cariñosos...

Mientras daba sorbos a la cerveza, levanté la vista al frente. Se acercaban dos muchachos, uno más alto y otro más fuerte. Y cómo no, se quedaron con nosotros. Serían amigos de alguien.

Crucé la mirada varias veces con el chico alto. Me pareció muy atractivo, con ojos castaños muy llamativos. Llevaba una gorra blanca que le ocultaba el cabello. Siempre había pensado que los chicos que llevaban gorras eran porque tenían algo que ocultar. ¿Estaría calvo? ¿Tendría

entradas? Se le veía joven como para que le faltara algo de cabello, pero quién sabía... Su camiseta blanca hacía juego con la gorra. Vestía bien, muy bien y lo que había escogido aquella noche, resaltaba su figura atlética.

Cada vez que nuestros ojos se encontraban, yo desviaba la mirada a otro lado sonrojada, mientras él reía con disimulo. Era extraña aquella sensación, y peor aún, no podía dejar de observarle.

Permaneció sentado junto a su amigo en un banco enfrente del mío, bebiendo cervezas. Poco a poco, se fueron animando, hasta a atreverse a aparecer en la pista de baile que teníamos improvisada. Jamás pensé que un chico como ese, alto y guapo, supiera bailar. Lo imaginaba más en el gimnasio o practicando algún deporte más rudo, pero me dejó con la boca abierta cuando hizo sus primeros movimientos de pies. Contoneaba sus caderas con sensualidad, llevaba la música en el cuerpo.

Volvió a mirarme de nuevo y en su rostro se dibujó una bonita sonrisa picarona. Aparté la mirada ruborizada, no estaba acostumbrada a que nadie me mirara con ojos de deseo, como los de él. ¿Por qué actuaba de esa manera? ¡Solo me había sonreído!

Cuando menos te lo esperas

Ciro

Robert llevaba semanas intentando sacarme de casa sin éxito. Me negué una y otra vez, no me apetecía en absoluto salir. Tan solo hacía unos meses que mi novia me dejó y estaba hundido. No podía culparla, le fallé en todo lo que se podía fallar. Me encantaban las mujeres y no sé con cuántas estuve mientras mantenía una estable relación con ella, pero fueron muchas. Hasta que me descubrió. ¿Qué podría reprocharle? No tenía excusa, me pilló oliendo a un perfume que no era el suyo y no fui capaz de negarle que había estado con otra.

Acepté marcharme de nuestra casa. Yo había sido el culpable de nuestra ruptura, por lo que tenía que joderme y salir de su vida en ese mismo momento. Además, esa casa era de su abuela, por lo que no tenía nada por lo que luchar. Y fue días después, cuando entendí que la quería. La echaba tanto de menos... No notarla en mi cama cuando me despertaba me hacía sentir solo, pero ya era tarde, no quería saber nada más de mí.

En cuanto descubrí eso intenté pedirle perdón, sin embargo, ninguna palabra que saliera por mi boca era suficiente para hacer que volviera conmigo. Supe que cerró la puerta y que no permitiría que volviera entrar. Ella me quería, me adoraba, pero no fue suficiente para reconquistarla. Desde ese día, nada fue lo mismo para mí.

Robert estuvo a mi lado todos esos días, animándome. Era un gran amigo y le debía mucho. Esa noche, insistió más de lo normal y yo acepté acompañarle a tomar unas copas. Esos meses no bebí ni una gota de alcohol —muy raro en mí—, y más raro todavía era que no había metido en mi cama a ninguna mujer. ¡Cómo cambian las cosas! Cuando no debía follarme a ninguna, lo hacía todos los fines de semana y cuando tenía carta blanca... no me apetecía.

Me vestí con una gorra de mi gran colección, esa vez la blanca. Solía llevarlas, me sentía cómodo con ellas. Me llevó a un garito que solíamos frecuentar en nuestros días de fiesta y, aunque no me apetecía, ya había tomado la decisión de salir.

Como siempre, estaba oscuro, solo unas pequeñas lámparas con luces tenues iluminaban el local. La música estaba demasiado alta para mi gusto y no era de mi estilo. No me lo estaba pasando bien y solo hacía que beber y beber para olvidar las penas —que no eran pocas—.

Pasamos unas horas allí, pero no me sentía cómodo. Las mujeres se acercaban a mí, era como un imán para ellas, sin embargo, no tenía ganas de sexo, algo muy raro en mí. La imagen de mi rubia me venía a la cabeza una y otra vez y la culpabilidad que sentía hacía que no pudiera pensar en nada más. ¡Tenía que recuperarla!

Cogí el móvil y le escribí unos mensajes, pero desde que lo dejamos no contestó a ninguno, esa noche tampoco tuve suerte. Sé que lo leyó, porque las aspas se volvieron azules y la vi en línea. Eso me ofuscó y comencé a tomar tragos más largos y seguidos. Mi amigo intentaba animarme, presentándome a mujeres muy bellas, si bien no dio resultado. No quería sexo, no quería mujeres, no por ahora.

—Tío —le dije a Robert aumentando el volumen de voz para que me oyera—, necesito aire. Este sitio me está agobiando.

—Está bien. ¿Te apetece ir a la playa? Tengo unos amigos allí, lo pasaremos bien.

No quería pasarlo bien, pero era una buena idea respirar aire fresco fuera de aquel lugar.

La playa no se encontraba muy lejos de allí, en realidad, todos los lugares de interés estaban cerca de cualquier sitio. Esa era la ventaja de vivir en un pueblo de mar.

Caminamos hasta llegar al paseo. Lo hicimos en silencio, ni él sabía qué preguntarme o

decirme ni yo quería responder a nada. Mi amigo me veía pensativo, pero me dejó a mi aire. A lo lejos divisamos una multitud de personas bailando. ¿Más gente? No deseaba estar rodeado de nadie, prefería estar solo, aunque mi colega ya había tenido suficiente paciencia con mis exigencias. Lo de dejé estar, únicamente estaría unos minutos y después me marcharía.

Nos acercamos a la multitud y observé a cada uno de ellos. Me fijé en una chica que estaba sentada en un banco charlando con una mujer. Me miró y al cruzarse con mi mirada, la apartó de inmediato. Reí en silencio, ¿qué mujer del siglo XXI se ruborizaba por una simple mirada?

Me senté en el banco de enfrente con Robert y conversamos de todo y nada. Una simple charla para pasar al tiempo. Oía la música en mis oídos. ¡Me encantaba la bachata! Mis pies se comenzaron a mover solos, necesitaba bailar, pero mi cabeza me decía que no lo hiciera.

Al final, pudo más el ritmo que llevaba en la sangre latina que mi cabeza destrozada. Me levanté y comencé a mover las caderas de una manera sensual, ¡como se bailaba la bachata!

Varias chicas se lanzaron a compartir el baile conmigo y no las rechacé. Bailar era una de las cosas que más me gustaban y disfrutaba de ello sin importar con quién. Si eran altas o bajas, delgadas o rellenitas me era indiferente, solo quería danzar, dejar la mente en blanco y no pensar en nada más. Era lo único que me permitía no recordar a mi ex. Me dejé llevar por la música. Continué bailando una canción tras otra. Comenzaba a sentir el sudor resbalar por mi cuerpo, pero no estaba cansado. Era lo único que me mantenía cuerdo. ¡Bailar era mi estilo de vida! Ojalá pudiera vivir de ello y no de camarero.

Desde que llegué a este país, todo fue un infierno. Era solo un niño, pero mi madre siempre me inculcó el sueño de vivir dignamente en un país como este. Cuando crecí, tuve las ideas muy claras: primero, recorrería cada rincón de la isla, y después, viajaría a las ciudades más importantes de la península donde buscaría trabajo. Pero me enamoré de Tenerife y de sus habitantes y me quedé aquí. Fue cuando conocí a mi ex y decidí quedarme a vivir. No fue fácil. En los inicios solo podía dedicarme a repartir *flyers* o trabajar de camarero cobrando en negro, si bien quería más estabilidad y estudié un módulo de electricidad que me permitió entrar en una pequeña empresa. De eso ya habían pasado muchos años y gracias a la escasez de empleo, no me quedó más remedio que dedicarme a la hostelería.

Sabía que aquella chica de ojos claros me estaba observando y cada vez que daba un giro y nuestros ojos se encontraban, ella desviaba sutilmente la mirada. ¡Qué situación más graciosa! ¿Cuántos años tendría? Parecía de mi edad, pero su actitud inocente me llamaba mucho la atención. Quería saber más de ella.

Mientras bailaba, pensé en la manera de acercarme a esa mujer. Quería descubrir lo que se escondía detrás de esa fachada y por qué le incomodaba mirarme. Dejé a mi acompañante con otro chico y mis pies se detuvieron. En el momento que ella giró su cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos otra vez, le hice señas para que viniera a bailar conmigo. Negó con la cabeza sonrojada. ¿Me había dicho que no? Ninguna mujer se había negado nunca a bailar conmigo y eso mató mi curiosidad y aumentó mi interés por ella. Esa vez, era un reto personal y conseguiría mi objetivo sí o sí.

Espera al último baile

Sara

Terminó la canción y por instinto, volví a mirar a aquel chico. Me devolvió la mirada y con las manos me hizo la señal de que me acercara a él. Mi corazón comenzó a latir más rápido, la pierna derecha temblaba, señal de que estaba nerviosa. Rechacé la proposición y, en cuanto lo hice, se aproximó hasta mí con el ceño fruncido.

—¿Tú no bailas? —me preguntó sonriente.

—No —contesté tímida.

—¿Y eso por qué? —Parecía divertirle aquella situación.

—No sé bailar —le contesté cabizbaja—. No tengo ritmo en el cuerpo. —Reí vergonzosa.

—¿Puedo enseñarte?

No me esperaba aquel ofrecimiento. Por un lado, deseaba aprender algunos pasos de salsa o bachata, por otro... él conseguía despertar en mí sentimientos peligrosos. Y la imagen de mi futuro marido se me aparecía en la mente una y otra vez.

—Soy muy mala alumna, no tengo ritmo en los pies —volví a decirle para excusarme.

Pero no le sirvió. Cogió mi mano con delicadeza y me levantó del banco donde estaba sentada. ¡Ay, Dios! Noté cómo mis nervios iban en aumento; el contacto de su piel con la mía erizó todo el vello de mi cuerpo. ¿Cómo era posible que un simple roce pudiera provocarme aquello?

La música volvió a sonar y él aprovechó para colocar la mano en mi cintura. Sentí otro calambre, pero esa vez, me recorrió por espalda.

—Tu mano debe ir en mi hombro —soltó mientras la cogía y la colocaba ahí—. La otra aquí. —Agarró mi otra mano y la entrelazó con la suya—. Ahora, tienes que dar dos pasos a la derecha y después, dos a la izquierda.

Hice lo que me pidió. Parecía fácil, pero no lo era, al menos para alguien que no tenía sentido del ritmo en la sangre. En más de una ocasión, le pisé sus grandes pies, aunque él no se quejó, solo sonreía.

—Lo siento —le dije después de darle un nuevo pisotón.

—¿Por qué no me miras a los ojos?

Dejé de mirarme a los pies e hice lo que me pidió. Aquel color avellana me hipnotizó. En su iris había algo de verde y dorado. Los tenía muy bonitos, y desvié la mirada azorada. Me sentía un poco incómoda, o más bien, él me incomodaba.

—Lo siento, no puedo mirar mis pies y mirarte a ti —le mentí. Lo que no podía era mirarle a los ojos sin sonrojarme.

—Olvida tus pies. Yo te llevo. Mírame —me ordenó serio.

—Está bien. —Hice lo que me pidió.

—Ahora soy yo el que no puedo mirarte a los ojos —lo dijo serio, no estaba bromeando.

No supe qué contestar. Dejamos de bailar, nos detuvimos en ese momento, aunque la música seguía su curso. Nuestros cuerpos se rozaban, su mano continuaba en ni cintura y la otra, sujetaba mi mano. El pum pum de mi interior sonaba con fuerza y esa vez, no pude apartar la mirada. Se inclinó levemente hasta mí, nuestras bocas estaban cerca, a punto de tocarse. Podía oler el perfume que llevaba y me gustó. Cerré por un instante los ojos porque mi cerebro lo pidió, pero la imagen de Manolo regresó para atormentarme.

—¡No! Lo siento. —Abrí los ojos y salí corriendo de allí.

¿Qué había estado a punto de pasar? ¿Casi nos besamos? ¿Por qué? No podía hacer eso, no

podía besar a otro hombre que no fuera Manolo. ¿En qué clase de mujer me convertiría si lo hiciera? Tantas veces que había criticado esas actitudes en otras chicas...

Nunca había sido infiel, nunca tuve ninguna tentación de este tipo. Pero en los diez años que llevábamos juntos, jamás había sentido nada como aquello. Ese hombre... era pura sensualidad. Alto, de piel bronceada, con las facciones marcadas y... tremendamente sexi. Él logró despertar algo en mí que parecía que estuviera dormido. ¿O quizá era solo el alcohol que había ingerido durante horas? Sí, seguro que se trataba de eso.

Necesitaba un poco de aire, y llegué hasta la arena negra de la playa. Me deshice de los tacones para poder caminar sobre ella con facilidad, porque se hundían a cada paso que daba. En cuanto introduje el pie, noté los finos granos de arena sobre la piel. No estaba fría, tampoco caliente. La sensación era buena.

Me acerqué hasta la zona más oscura, donde las farolas del paseo no alcanzaban a iluminar. Necesitaba estar sola, hablar conmigo misma y analizar lo que había ocurrido. ¡Joder! ¡Había estado a punto de besar a un desconocido!

Me senté sobre la arena. No me importó que pudiera quedar granos en la ropa. Estiré las piernas y me dejé caer hacia atrás. El vestido no me dejaba colocarme en otra posición.

Pensé en mi novio. ¿Cuándo había dejado de amarle? Siempre había creído que, si estando en pareja te atraía otro hombre o eras infiel, es porque no estás realmente enamorada o habías dejado de querer a tu pareja. Yo nunca me había sentido atraída por otro hombre, hasta ese día. Aunque seguía creyendo que quería a Manolo. Si no, no encontraba otra explicación. Él era un buen chico, guapo y trabajador. ¿Qué había cambiado? ¿Qué más podía pedir en un hombre?

«Aventuras», dijo una voz en mi cabeza.

Eliminé de inmediato a esa vocecilla. Intenté recordar la última vez que sentí algo parecido a lo de esa noche, pero nada, no logré recordarlo. ¿Quizá en el inicio de nuestra relación?

—¿Puedo interrumpir tus pensamientos? —Aquella voz... Al escucharla, todo mi cuerpo se estremeció. ¿Por qué? —. Siento si hice algo que te molestara, no fue mi intención —dijo con su sonrisa perfecta.

—Tengo novio. —Quise parecer seria, sin embargo, mi voz sonó más bien triste, como si lo que estaba diciendo deseara que no fuera verdad.

—Entiendo. Podemos ser amigos si tú quieres.

¿Amigos? No era una buena idea, definitivamente, no.

—Sí, claro. — Pero ¿qué estaba diciendo? Mis cuerdas vocales actuaron por voluntad propia.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó de una manera inocente.

Por supuesto que no.

—Por supuesto. —Pero ¿qué me estaba pasando?

Se acomodó a mi vera mientras yo debatía conmigo misma. Apenas nos separaban unos centímetros, pero respetó el espacio.

—Me llamo Ciro, por cierto. —Le miré a los ojos y volví a perderme en ellos. Tenían algo tan especial... Vi en ellos paz, me sentía segura—. Tú eres sobrina de Raquel, ¿verdad?

—Sí, es mi tía. Yo me llamo Sara.

—Encantado. —No hizo intento de darme los dos típicos besos, sabía que me incomodaría—. No he coincidido mucho con ella, aunque se la ve una mujer simpática y agradable.

Mantuvimos una conversación cordial. Su voz conseguía apaciguar los nervios que minutos antes habían aparecido. Noté algo extraño en su acento, no era canario.

—Tú no eres de aquí, ¿cierto?

—¿Se nota? —Rio—. Soy de Venezuela, pero llevo muchos años acá, mi niña.

¿Mi niña? ¡Ah, sí! Los de la isla utilizaban mucho ese apelativo cariñoso. No estaba intentando ligar conmigo, por lo que suspiré aliviada.

—Los acentos se parecen, aunque tú hablas más... ¿meloso? Quiero decir... —intenté corregirme, pero no encontré la palabra que quería decir.

Me puse nerviosa, las manos comenzaron a sudarme y a moverse solas, inquietas por lo que acababa de decir. Ciro, divertido, las atrapó entre las suyas y soltó:

—Estate quieta. No tienes nada que temer conmigo. No haré nada que tú no quieras.

Si intentaba tranquilizarme, consiguió el efecto contrario. Sonó como si tuviera algún tipo de atracción hacia mí, pero me agradó que me respetara. Yo no tenía nada que temer, si él cumplía lo que acababa de decir, ya no estaría en peligro de morder el fruto prohibido. Al fin me relajé y dejé de pensar en lo que no iba a pasar.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —le pregunté curiosa por saber más de él.

—Llegué cuando era un niño. Vine con mi familia y me quedé por amor. Y acá sigo. —Al oír la palabra «amor», sentí un nudo en el estómago.

—¿Estás casado? —No sé por qué, deseé que no lo estuviera.

—No. —Sonrió—. Llevo separado poco tiempo. —Aquella confesión le hizo cambiar el rostro. Me di cuenta de que era un tema delicado para él y por eso, me intrigó más.

—¿Todavía la quieres

Mejor... imposible

Ciro

La miré sorprendido por aquella pregunta. Quise desviar el tema, pero no pude.

—Bueno... —comencé sin saber qué decir— me di cuenta de que la quería muy tarde. Le fallé en muchas ocasiones, hasta que puso fin a nuestra relación—. ¿Por qué le estaba contando eso? Era tan fácil hablar con ella...

Hablar sobre mi ex me apagó, no quería recordarla, no en ese momento.

—¿Le fuiste infiel? —¿Qué debía contestar? No quería mentirle, pero si lo preguntaba era porque podía imaginárselo. Así que asentí avergonzado—. ¿Por qué lo hiciste?

Me hice esa pregunta un millón de veces, pero no supe la respuesta y en ese momento tampoco la tenía. Respiré hondo para intentar explicarme, aunque no tuviera ninguna excusa.

—No lo sé. —Fui sincero—. Ella es preciosa y buena. —Agaché la cabeza, no podía mirarla a la cara para decirle lo cabrón que fui por gusto—. Supongo que lo llevo en la sangre. Durante años, mi padre lo fue con mi madre y supongo que es algo que se marca a fuego en tu interior.

Levanté la mirada y la vi pensativa, como si lo que acababa de decir no le hubiera gustado. ¿Por qué había decidido ser sincero en ese momento?

—¿Te arrepientes? —soltó de imprevisto.

—¿Quieres saber la verdad?

—Siempre, la verdad, siempre. —Esta chica no dejaba de sorprenderme.

—Perdí a una mujer buena y perfecta, por esa parte sí estoy arrepentido, pero ¿sabes?, al hacerlo y perderla, supe lo que era estar enamorado y ahora sé, que la próxima vez que me enamore, no cometeré los mismos errores.

La vi sonreír, le hablé con el corazón en la mano y eso le gustó. La muchacha miró al horizonte en silencio, pensativa.

—¿En qué piensas, mi niña?

—Eh... nada, nada.

Tenía curiosidad por saber lo que le pasaba por la cabeza. ¿Había hecho bien en ser tan sincero? ¡Le acababa de decir que era un hombre infiel! ¡Por Dios!

—Dime en qué piensas —insistí.

—Hay algo que no entiendo —empezó a hablar—. ¿Cómo puedes estar con una persona sin saber que la amas?

—Eres muy perspicaz, ¿sabes? —Sonrió por el halago—. Supongo que el hombre está hecho para estar con una mujer y bueno, yo empecé con ella porque era muy linda. Con los años se hizo la monotonía entre nosotros y como nunca dejé de verme con otras mujeres, no la supe valorar. No pensé que pudiera estar tan loco por ella.

—Entiendo. —Volvió a mirar al frente y se perdió en el horizonte.

La observé de reojo. ¡Era preciosa! Su perfil era perfecto, le acompañaban mechones de pelos que quería apartarlos con las manos, pero me contuve. Ya había quedado claro que ella no iba a caer en mis redes.

—¿Cuánto tiempo vas a estar por acá? —le pregunté sin pensar. ¿Por qué le había preguntado eso?

Ella se giró a mí y el corazón me dio un vuelco que me dejó sin respiración por unos segundos. Necesitaba salir de allí, no podía continuar queriendo besar a alguien que no me correspondía. ¡No podía, tenía novio, joder!

¿No podía o no quería?

—Estaré poco, el domingo regreso a Barcelona.

—Muy bien, espero volver a verte de nuevo, Sara —le dije ante la mirada de desconcierto de ella.

Pero es que no podía quedarme a su lado por más tiempo porque una gran erección apareció en mis pantalones. Y no, no deseaba que ella lo notara y se asustara. Así que me levanté deprisa y le di la espalda para ocultar lo que se notaba a leguas. Suerte de la oscuridad, aun así, no quise probar suerte y que me descubriera.

—Hasta otro día —dijo ella en voz baja.

¡Mierda! ¡Joder! Siempre había tenido un gran manejo de mi propia excitación, y no podía entender por qué mi miembro se comportó de aquella manera por ella, por Sara.

Decidí ir en otra dirección para que nadie pudiera encontrarme en aquel estado y por el camino llamé a Robert:

—Tío, me he ido.

—¿Por qué? ¿No te lo estabas pasando bien con esa chica? —Se alegraba de que, al fin, alguna muchacha hubiera llamado mi atención.

—Solo hablábamos, tiene novio —solté como si solo eso fuera la verdadera razón de no acabar esa noche entre sábanas.

—¿Y eso es un problema para ti? —Oí risas al otro lado.

¿Lo era? Antes no me importaba si tenían marido o novio, de hecho, ni siquiera lo preguntaba. No era mi problema.

¿Esa era la única razón? ¿No me acercaba a ella porque tenía novio? Nunca me había detenido eso ¿por qué ahora sí?

Llegué a casa y me tumbé en la cama con la intención de conciliar el sueño. Eran las tres de la mañana, algo me inquietaba y no me dejaba dormir —no, el alcohol no era—. Cada vez que cerraba los ojos, se clavaba en mi mente la imagen de Sara, la catalana que conocí esa misma noche en la playa.

Hacía meses que no salía, que no bebía, pero mi fiel amigo Robert me convenció. Después de la ruptura, mi vida cambió por completo. Me di cuenta de que ella tenía que haber sido la mujer de mi vida.

No sé si fue el alcohol o mi propia tristeza, pero conocer a Sara, puso un rayo de luz en mi oscuridad. No se parecía en nada a mi exnovia y eso me sorprendió, porque siempre pensé que ese sería mi prototipo de mujer. Mientras ella era alta, delgada y rubia, Sara era todo lo contrario: de cabello castaño, de ojos verdes, más bien baja y con carnes donde agarrar. Pero lo que más me cautivó fue su sonrisa, de labios y dientes perfectos. Era una sonrisa sincera e ingenua, incluso lo hacía cuando estaba nerviosa.

Sentí la tentación de besarla, solo con mirar aquellos carnosos labios, me apeteció devorarla, saborearla, y no voy a mentir, le hubiera hecho el amor allí mismo, en la arena negra de la playa y a oscuras.

Sara deseó lo mismo, de eso estaba seguro. Por un segundo, cerró los ojos para dejar que la besara y, en el último momento, se apartó y me confesó que tenía novio. Me cayó como un jarrón de agua fría porque era la primera mujer que me atraía en semanas y siempre había conseguido la mujer que me apetecía sin esfuerzos.

Y ahí estaba, esa era la razón del porqué no podía dejar de pensar en ella: me había rechazado. Siempre dicen que cuando pasan de ti, más interés tienes en conseguir a esa persona. Así que debía ser eso.

50 sombras liberadas

Sara

Me quedé atónita ante su repentina marcha. ¿Había dicho algo que lo hubiera espantado? Estaba segura de que no, pero en cierto modo lo agradecí.

Me encendí un cigarrillo para apaciguar los nervios. Se lo robé a mi tía, pues, aunque yo no fumaba de forma regular, de vez en cuando —muy de vez en cuando— fumaba uno a escondidas del mundo. Entre calada y calada recordé cada paso que había dado aquella noche. Desde la sensación que sentí al ver a ese chico, el momento que se cruzaron nuestras miradas, el contacto de nuestros cuerpos mientras bailábamos y hasta el casi no beso que no nos dimos.

«¡Tonta, tonta, tonta!», pensé mientras me golpeaba con la palma de la mano en la frente. ¿De verdad había estado a punto de besar a un hombre que no era mi novio? ¿Por qué?

Ciro no era nadie, lo acababa de conocer hacía tan solo unos minutos, ¿y mi cuerpo ya temblaba de esa manera al verle?

No, no, no. Tenía que convencerme de que aquello no había sido real, por lo que culpé al alcohol. Sí, él era el culpable de que despertara excitación en mí.

Nota mental: No beber más alcohol.

—Sara, ¿estás bien? —me preguntó mi tía tras de mí.

Raquel, al ver que pasaban las horas y no llegaba, vino a buscarme a la arena. Me encontró en la misma posición que cuando llegué, observando el horizonte y pensando en todo lo que no debería haber hecho esa noche.

—¡Ay, tía! —me sobresalté. No la esperaba—. Sí, estoy bien —mentí.

¿Cómo podía estarlo después de estar a punto de fallar a Manolo? No, yo no era una persona infiel, ¡joder!

—¿Seguro? —insistió.

Ella siempre había tenido un don, una habilidad de reconocer las emociones de las personas por mucho que lo ocultaran y sabía que, a ella no podía engañarla.

—No lo sé, pero prefiero no hablar de ello. —¿Cómo iba a explicarle que su querida sobrina, la chica más buena y responsable había estado a punto de enrollarse con otro hombre?

—¿Es por ese chico? —¿También era telépata o qué? —. Si no quieres hablar de ello, no lo hagas, pero solo te diré una cosa —se sentó a mi lado—: nunca estés con alguien por estar, porque sea lo correcto. Si sientes algo, lánzate a ello, Sara. Vive todas las experiencias que tengas que vivir.

La escuché con atención. Tenía sentido lo que decía y no sé por qué pensé en su exmarido.

—¿A ti te pasó con Carlos? ¿Dejaste de quererlo? —me atreví a preguntarle.

—No —agachó la cabeza seria—, no dejé de quererlo, Sara —hablar del tema le dolía—. Pero amar a veces no es suficiente.

Lo que dijo me hizo estremecer. Nunca habíamos hablado de su exmarido, del por qué rompió una relación tan sólida. Llevaban años y años juntos y siempre se les veía felices. No supimos lo que en realidad pasó, solo que, al ganar el premio de navidad, lo tiró todo por la borda y se vino aquí.

—Lo siento mucho.

—Yo no. Ahora sí soy feliz de verdad, antes vivía en una mentira, en una como la tuya. —Al decir eso último me sorprendí. ¿Yo vivía en una mentira?

—¿A qué te refieres? —pregunté confusa.

—Sara, te he visto mirando a Manolo un millón de veces y nunca, he visto el brillo en tus ojos como cuando has mirado esa noche a ese muchacho.

—Pero ¡qué dices! —No era posible que ella se hubiera dado cuenta de eso.

—No me malinterpretes, no quiero decir que te hayas enamorado de él. ¡Dios me libre, lo acabas de conocer! —Rio—. Pero hace años que no veo deseo entre tu novio y tú.

Miré a la arena pensativa, todo lo que decía parecía tener sentido. Noté su mano en mi hombro y lo apretó con suavidad.

—¿Crees que no estoy enamorada de Manolo? —me atreví a preguntarle.

—Lo que yo crea no importa, pero si lo preguntas… —Negué con la cabeza, no era posible—. Vámonos, es tarde.

Algo pasa con Pixi

Sara

Me levanté bien temprano. Mi tía y mi abuela ya estaban despiertas y desayunando en el salón.

—¡Buenos días, mi niña! —me saludó Raquel con su entusiasta sonrisa de siempre. ¿Algún plan para hoy?

Todavía con las legañas en los ojos y medio dormida, le contesté:

—Quiero ir a una pastelería del sur de la isla.

En cuanto tuve los billetes de avión, me preocupé en indagar qué pastelerías interesantes había. Aunque ya no viajaba demasiado, siempre que lo hacía, solía visitar aquellas más peculiares del lugar. Nunca venía mal investigar a la competencia y absorber ideas que pudiera introducir en mis productos.

—¿A cuál? A lo mejor la conozco —se interesó.

—Se llama Sueños Dulces. —Y al ver su cara extrañada, no pude evitar reír.

—¿Sueños dulces? ¡Parece el nombre de un puticlub!

Pensé exactamente lo mismo cuando lo leí. Ambas nos echamos unas carcajadas con el nombre de la pastelería.

—Te acompañaría, pero hoy tengo que hacer unos encargos. ¿Cómo vas a ir? —preguntó Raquel mientras bebía el café recién hecho.

Mi tía no tenía un trabajo común, con su hora inicio y final. De hecho, ni contrato tenía. Después de su divorcio y de largarse de Barcelona, se convirtió en su propia jefa. Siempre le habían gustado las manualidades y tenía un don para crear joyas. Creo que mi parte artística la heredé de su familia. Así que abrió unas redes sociales y comenzó a vender sus creaciones. Con una casa pagada y el bajo costo de la calidad de vida en la isla, no necesitaba mucho para vivir. Trabajaba cuando quería o bajo demanda, pero siempre marcaba ella las fechas de entrega. No vivía nada mal, para qué engañarnos.

—Pues he mirado, y creo que tengo que coger dos o tres autobuses. Está un poco lejos —contesté revisando el mapa de las líneas de autobuses del móvil que había descargado.

—Puedes coger a Pixi.

Mi tía y sus excentricidades. Todavía no entendía por qué bautizaba a sus coches con nombres de persona.

—¿Esa tartana? ¿Tú crees que llegaría? —me burlé.

—Esa tartana, como tú la llamas, llega a todos los sitios. Nunca me ha dejado tirada. Aunque si lo prefieres, te vas con todas las guaguas. —Se hizo la indignada y frunció el ceño por meterme con Pixi.

—Es broma, tía. ¡Claro que me llevo el co... Pixi!

En realidad, me alegró poder ir en coche y no tener que dar trescientas vueltas en el autobús. Según Google Maps, en transporte público tardaría alrededor de dos horas y media, mientras que en el coche llegaría en apenas una hora. Qué diferencia, ¿eh?

Pensé en hacer la excursión temprano, haría algo de turismo, pues no conocía esa parte de la isla. Así que preparé una mochila con agua y algo de picar.

Pixi estaba viejo, casi en sus últimos días. La pintura del exterior estaba deteriorada y los asientos muy desgastados. Pero como decía Raquel: «Si te lleva donde quieras, sirve». Y me servía.

Metí la llave para arrancarlo, si bien no tuve éxito. Volví a probar y lo conseguí al tercer

intento. Configuré el Google Maps del móvil con la dirección del lugar y fui para allí.

Conducía con cuidado y sin apartar la vista de la carretera y del móvil. Siempre que me dirigía a algún sitio por primera vez, me atacaban los nervios por el desconocimiento de sus carreteras.

A pocos kilómetros de llegar, oí un ruido extraño que provenía de alguna parte del coche. Si ya estaba nerviosa, aquel sonido lo empeoró. Disminuí la velocidad, porque no me fiaba demasiado del estado de Pixi y eso provocó que varios coches que venían detrás comenzaran a tocar el claxon cuando pasaban por mi lado.

Unos pocos metros más allá, el vehículo dijo basta. Un humo negruzco comenzó a brotar del capó y sentí miedo de que pudiera ocurrir algo peor. Decidí detenerme en el arcén y coloqué todo lo necesario para ser vista desde lo lejos. No podía creer que esto me estuviera pasando a mí. A mi tía nunca le había fallado —o eso decía ella— y justamente el día en que lo conducía por primera vez, Pixi había decidido romperse.

Llamé a Raquel y le conté lo de su pequeño. No acogió la noticia de muy buenas, pero conocía su estado y no le extrañó. Me dio el teléfono del seguro para llamar a la grúa y quedamos en que seguiríamos en contacto.

Esperé apoyada en el coche a que llegara la grúa, más enfadada por no poder ir a la pastelería que por la incomodidad de todo lo que conllevaba una avería como esa.

Pasados unos minutos, alguien montado en una moto se detuvo. Suerte que era de día, si no era posible que me entrara el pánico. Se bajó de la moto y anduvo hasta a mí con el casco puesto. Era un hombre, de eso estaba segura.

Al llegar hasta a mí me preguntó:

—¿Necesitas ayuda? —Esa voz me resultó familiar.

—Ya viene la grúa, gracias —contesté intrigada por conocer su identidad.

En ese momento, se sacó el casco y al fin pude ver de quién se trataba.

—¡Hola, Sara! —Me sonrojé al instante. Era Ciro, el muchacho de la playa—. ¿Ibas a algún lado? Si quieres puedo acercarte.

—¡Ho-hola, Ciro! —balbuceé—. Pues iba al sur, pero no te preocupes, ya iré en otro momento.

—Yo mi dirijo a Adeje, si no está muy lejos puedo acercarte.

¡Mierda! Es justo a donde iba... Pensé unos segundos en si aceptar su oferta. Podría ir con él y luego coger un autobús a mi regreso. Eso sería lo ideal, pero... solo de imaginarme cogida a su cintura en la moto... se activó un fuego en mi interior.

—No te preocupes, de verdad. Esperaré a la grúa y me iré a casa de mi tía.

No contestó, ni si quisiera de despidió, cosa que no me molestó. Se dio la vuelta y caminó hasta su moto, pero no sé subió en ella. Abrió el sillín y extrajo… ¿Otro casco?

Regresó hasta mí con los dos cascos y su sonrisa traviesa.

—Si piensas que voy a dejarte aquí, es que no me conoces —me soltó con un tono burlón.

—Es que no te conozco —solté divertida.

—Pues deberías, no sabes lo buen... amigo que soy. —Sonrió—. Esperaremos a la grúa y te llevo a donde me digas, no voy a dar mi brazo a torcer. —Me entregó el otro casco y no esperó a recibir respuesta. Él ya había tomado la decisión por mí.

—Gracias, pero no era necesario.

Llegó la grúa pasados unos minutos, llamé a mi tía para informarle del nuevo plan y nos fuimos Ciro y yo en la moto hacia el sur, después de darle las indicaciones hasta la pastelería.

Y no me faltó razón en pensar que me sentiría incómoda sentada con él en la moto. En cuanto dio el primer acelerón, tuve que agarrarme con fuerza a su cintura y eso, lo único que provocó

fue que mi cuerpo se tensara. Estábamos tan cerca el uno del otro, que hasta podía sentir el latir de su corazón, que se aceleraba junto al mío.

Tardamos un rato en llegar, tenía el cuerpo cansado, pero en lo único que mi cabeza podía pensar era en alejarme cuanto antes de él. Lo que Ciro me provocaba no estaba bien, yo estaba con Manolo y… ¡Me iba a casar, joder!

Aparcó la moto justo en frente de la pastelería. Se veía tan bonita por fuera. Los comentarios que leí por internet no le hacían justicia. No era un local de grandes dimensiones, más bien, todo lo contrario. La fachada estaba decorada con líneas gruesas alternando los colores turquesa y rosa palo. Un gran cartel circular se encontraba en el centro con las iniciales S y D —sueños dulces —. Dos escaparates con varios estantes del mismo tono que la fachada mostraban las maravillas que creaban, desde grandes pasteles con varios pisos, hasta mini tartaletas.

Se me hizo la boca agua.

—¡Guau! ¡Nunca había estado aquí! —exclamó Ciro aplastando su cara contra el ventanal—. ¡Tienen muy buena pinta!

Y así sin más, le solté:

—Te invito a desayunar como pago por haberme traído.

No sé por qué lo hice, quizá porque me sentía muy agradecida, aunque sabía que no debía hacerlo. No necesitaba pasar más tiempo con él si no quería hacer peligrar mi relación.

—¡A esto no puedo negarme! Un momento. —Extrajo el móvil de su sudadera y llamó a alguien. Supuse que era a una mujer en cuanto la saludó como «mi reina”. Le dijo que tenía que cancelar la cita y que se verían en otro momento—. ¡Listo! Ya estoy disponible para ti, quiero decir, para desayunar.

La cosa más dulce

Ciro

Desde el momento en que noté las manos de Sara abrazando a mi cintura, supe que esa mañana quería pasarla con ella. Ella era la culpable de hacerme experimentar sensaciones extrañas, pero muy agradables y, tenía la curiosidad de saber por qué me provocaba todo aquello.

Después de revisar por última vez el GPS del móvil, estacioné cerca de la pastelería que me había indicado. Nos bajamos de la moto y Sara fue directa al local, inconfundible por su fachada tan llamativa de colores vivos. El cartel, que colgaba de un extremo a otro, logró llamar mi atención. «Sueños Dulces» estaba escrito con letras gigantes y decoradas con pastelitos de colores. Lo leí varias veces y sonreí, aquel juego de palabras podía interpretarse de muchas maneras y la que me hizo gracia fue, sin duda, a que me recordaba a un lugar de *striptease* o casa de señoritas de compañía —por llamarlo de alguna manera más fina—.

Me acerqué a uno de los ventanales de la fachada y empotré la cara en el cristal. En cuanto vi lo que había dentro, un hambre de dulce se apoderó de mi estómago. Quería probarlo todo, necesitaba saborear ese chocolate de aquel pastelito que me estaba llamando a voces.

—¿No es una maravilla? —exclamó Sara yendo de un ventanal a otro admirando cada creación. Se la veía feliz, como si fuera Gretel en la casa de chocolate de la bruja mala.

—Sí que lo es —le contesté más emocionado por verla tan radiante que por todos aquellos pasteles.

Sara me invitó a desayunar a modo de agradecimiento por haberla traído y, aunque no era necesario porque lo hice con gusto, acepté su oferta. Ya no sabía si por querer probar aquellos pastelitos o por pasar más tiempo con ella. No, definitivamente no eran por los dulces, quería, o, mejor dicho, necesitaba pasar más tiempo con ella.

Llamé a uno de mis ligues, con el que había quedado para pasar un buen rato y anulé la cita. En cuanto colgué la llamada, Sara me hizo señas para entrar con ella.

Si por fuera me resultaba muy... pastelón, por dentro era mucho peor —o mejor, según se mire —. Pareciera que estuviéramos en un cuento infantil. Mesas de diferentes tamaños, formas y colores de situaban por todo el local. Las paredes simulaban casas coloridas, con sus ventanas y cortinas. ¡La decoración era una pasada!

Una de las camareras que nos atendió nos indicó la mesa que ocuparíamos.

—Voy a investigar. —Sara no llegó a sentarse, desapareció en busca de pasteles.

La veía muy nerviosa, con los ojos brillantes y muy emocionada.

Se alejó de la mesa y fue a mirar cada uno de los mostradores. Parecía una niña en una casa de golosinas. Me gustó verla sonreír de aquella manera por unos simples pasteles —aunque de simples tenían poco—.

Volvió a los cinco minutos muy sonriente.

—¡Esto es una pasada! ¿Has visto la cantidad de pasteles y tartas que hay? ¡Y de todos los tamaños y sabores!

—Sí, hay un montón donde elegir. ¿Ya tienes claro cuál vas a probar? —le pregunté curioso por su respuesta.

—Creo que escogeré aquel de allí. —Señaló el mostrador de los pastelitos que tenía en frente —. Parece un pastel de boda, pero en miniatura. ¡Tiene una pinta!

Viendo su entusiasmo, decidí cuál sería el mío.

—Pues entonces yo pediré el mismo.

Frunció el ceño y me miró como si hubiera dicho una locura.

—¿No te apetece probar otro? —Agachó la cabeza un poco avergonzada—. Así podríamos compartirlos y probar dos.

¡Claro! ¡Qué idiota!

—¡Por supuesto! ¿Hay alguno más que te gustaría probar? Como pareces la experta… —bromeé.

Levantó la mirada y volví a verle esa sonrisa que me tenía hipnotizado.

—Pues allí hay otros que también tienen muy buena pinta. ¿Te gusta el chocolate blanco?

—Me encanta.

—¡Pues ya sé cuál pedir! Déjamelo a mí, ya verás que no te vas a arrepentir.

Le hizo señas al camarero más cercano y este llegó a la mesa de inmediato. En cuanto Sara pidió con los nombres tan raros que tenían, supe que sí era una experta en estos menesteres.

—¿Y a qué te dedicas, Sara? —le pregunté por disponer de más información sobre la mujer que, poco a poco, me estaba robando el sentido.

Me contó que trabajaba en una cafetería sirviendo desayunos y meriendas. Supuse que fue ahí donde obtuvo el conocimiento de los pasteles y sus ingredientes.

—¿Y tú?

—Bueno, yo estoy desempleado en estos momentos. También soy camarero como tú, pero aquí en la isla hasta la temporada de verano no hay demasiados empleos. Ahora voy cuando me necesitan, días sueltos.

Comenzamos a entablar una conversación sobre los pocos puestos de trabajo que había en la isla y ella me contó que en Barcelona era algo más sencillo encontrar este tipo de ofertas.

Resultaba fácil hablar con ella. Aunque parecía algo tímida al principio, con el paso de los minutos, se abrió y dejó la timidez a un lado. Pasamos un buen rato con una charla agradable. Y los pasteles... Puedo confirmar que fueron los pasteles más sabrosos que había probado en toda mi vida. Acertó con los escogidos y los devoramos en un santiamén.

Después de compartir todo ese tiempo juntos ya no me apetecía hacer otra cosa que estar con ella, aun sabiendo que tenía pareja. Pero a cada segundo que pasaba, no sabía qué inventarme para permanecer más rato con ella.

—¿Y qué tenías pensado hacer antes de que te secuestrara? —preguntó en el momento que ya no teníamos más temas de conversación.

Y no supe qué responder, porque la verdad era que había quedado con una chica para follar, pero no quería explicarle eso.

—Había quedado con una amiga.

—¿Una amiga? —me preguntó curiosa. Dejó a un lado el último trocito de pastel que le quedaba para poner toda su atención en mí.

Y ver aquellos ojos verdes cómo me miraban... me ponían todavía más nervioso.

—Sí bueno, una amiga, ya sabes.

No entendía por qué no le podía decir las cosas claras. Había mil maneras de decirlo: un rollete, un polvo, una amiga con derecho a roce, pero no podía. Quizá todavía guardaba la esperanza de tener algo con ella.

—Pues lo siento por entrometerme.

—No, me apetecía más estar aquí saboreando este pastel —le solté divertido robándole el último otro trozo de pastelito que quedaba en su plato

—¡No! —Hizo el intento de apoderarse del tenedor, pero fue tarde—. El último bocado es el mejor —simuló estar triste.

—¡Oh! Lo siento, no podía dejarlo ahí —bromeé, a lo que respondió con una sonora carcajada que me supo a gloria.

Aunque lo que en realidad quise decirle fue: que prefería estar con ella.

—Tranquilo, no lo hubiera permitido. —Rio.

Pagó la cuenta y nos marchamos de aquel lugar, yo con el corazón encogido pensando que se me acababa el tiempo con ella y ella, con la cara de satisfacción por haber estado allí.

Hice un último intento para alargar la no-cita.

—¿Tienes algo que hacer el resto del día? —Esperaba recibir un sí, porque tenía un comportamiento prudente conmigo, pero me sorprendió.

—Pues... en realidad no, esto es lo único que tenía en mente para hoy.

Los ojos se me iluminaron, estaba receptiva.

—¿Te apetece dar un paseo? Te invito a comer.

Repasé mentalmente el contenido de mi cartera, por si llevaba dinero suficiente, y sí, había cogido veinte euros para ese día.

Se lo pensó unos segundos y contestó:

—De acuerdo, pero no me hables ahora de comida, que con el pastel estoy más que llena.

Me sentí el hombre más feliz del mundo tras escuchar su afirmación, aunque, por otro lado, me veía indefenso ante esos sentimientos.

La llevé a ver el pueblo pesquero de esa zona y aunque no teníamos el atuendo para pasar el día en la playa, caminamos descalzos sobre la arena. El tiempo acompañaba, aunque veía a lo lejos unos nubarrones negros que se acercaban por momentos. No le di la mayor importancia, pues el tiempo no solía empeorar tan rápido.

Llegada la hora de comer, la conduje hasta un bar donde hacían muy buenas hamburguesas y el precio era asequible. Comimos tranquilos con una conversación agradable. Y cada vez que sonreía una aguja se clavaba en el pecho. Sabía que no tenía nada que hacer con ella y, aun así, no perdí la esperanza.

—¿Nos vamos ya al Puerto? —preguntó después de dar el último sorbo de café.

No quería, pero tampoco podía obligarla a pasar más tiempo conmigo. Asentí compungido, pensando que sería la última vez que la viera, pues al día siguiente por la noche, tenía el vuelo de regreso.

Nos subimos en la moto y apreté el acelerador. A los pocos kilómetros de trayecto, comenzó a llover con gran intensidad. Sus manos se aferraron a mi cuerpo con fuerza, con más de la debida. Noté sus uñas clavándose en mi piel y supe que ocurría algo.

—¡Para! —ahogó un grito desgarrador.

La tormenta perfecta

Sara

La lluvia castigaba la parte de la cara que el casco no cubría. El corazón me comenzó a palpitar cada vez más rápido y, en cuanto vi el primer relámpago, el miedo se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. Entré en pánico, recordando aquel fatídico día en que mis padres perdieron la vida.

Aquella noche llovía a mares. Hacía poco tiempo que había sido su aniversario y, aunque ya había pasado el día en cuestión, decidieron celebrarlo ese fin de semana. Era un sábado como hoy y no tuvieron reparo en coger el coche y conducir unos cuantos kilómetros hasta el restaurante donde tenían hecha la reserva.

Y nunca regresaron.

Recuerdo que el cielo se pintó de luces blancas muy llamativas de tantos rayos que hubo y de ruidos estruendosos provocados por los truenos. Cuando sonó el móvil, algo en mi interior me advirtió de que había ocurrido algo.

La voz de aquella mujer la tenía grabada en la mente, diciéndome con la voz más respetuosa y calmada que mis padres habían tenido un accidente. Cuando llegué al hospital, no había nada que hacer. Aquel día mis padres perdieron la vida y con ellos se fue un trocito de la mía. Desde entonces, en los días de tormenta entraba en pánico y me paralizaba.

Manolo siempre decía que exageraba en la reacción, pero no era verdad, era superior a mí. En cuanto oía el primer trueno, comenzaba a temblar y debía encontrar algún lugar donde esconderme hasta que pasaba la tormenta.

—¡Para! —grité colérica en cuanto vi las primeras luces de los rayos.

La moto se tambaleó por el susto que debí darle a Ciro. Disminuyó la velocidad y, en cuanto pudo desviarse por una carretera, lo hizo.

Se detuvo a un par de kilómetros, en el pueblo más cercano. Vi poco, pues tenía los ojos bien apretados.

—¿Estás bien? —Ciro se giró hacia a mí y me vio tan nerviosa que bajó con cuidado de la moto, puso la mano sobre mi hombro y me dijo—: Vamos a resguardarnos de la lluvia.

Cogió mi mano con delicadeza y me ayudó a bajar. Parecía entender la situación a la perfección y muy despacio, me acompañó hasta un lugar donde protegernos de la lluvia.

Le seguí sin decir nada, tampoco podía, toda yo continuaba paralizada.

—Sara, mírame —me ordenó con voz calmada. Lo hice, levanté la vista hasta sus ojos y el color ámbar de esos me tranquilizó—. Es solo agua. —Alargó la mano hasta donde caía la lluvia y después la colocó mojada en mi cara—. Es agua ¿ves?

Intentó tranquilizarme como pudo, y si soy sincera, consiguió más que cualquier otra persona —incluido Manolo—. No pude resistir y me lancé a sus brazos, refugiándome en su pecho. Me sentí segura, a salvo y, poco a poco, los pensamientos negativos fueron desapareciendo.

—Gracias —le susurré cuando conseguí estabilizar la respiración.

—Ahora cuéntame qué te ha pasado —me pidió preocupado. Seguía entre sus abrazos y comencé a temblar, esa vez de frío—. Estás temblando. —Se calló unos segundos, pensando en qué decir—. ¿Quieres pasar la noche aquí? Dudo que el tiempo mejore en las horas siguientes.

Sé que le preocupaba mi reacción. ¿Pasar la noche con él? Sabía que lo dijo por mi estado emocional y porque estábamos empapados. No lo tomé a mal.

—Sí. —Fue lo único que pude pronunciar. Le debía una explicación, pero no estaba preparada

para hablar de ello.

Me separó de su pecho, observó el lugar en busca de algún alojamiento y, en cuanto encontró un cartel con la palabra «Hotel», cogió mi mano y nos dirigimos hasta allí.

Se encontraba a pocos metros y caminamos bajo la intensa lluvia a paso ligero. Entramos y un recepcionista muy simpático nos atendió.

—Queremos dos habitaciones para pasar la noche —le dijo.

Estiré de su camiseta para llamar su atención.

—¿Puede ser una? —le rogué en un susurro para que solo me escuchara él. Me miró extrañado, con la expresión seria en su rostro—. Tengo miedo de estar sola —le confesé avergonzada.

Asintió.

—Solo una, por favor —le corrigió.

—Pago yo —le dije a Ciro mientras esperábamos que el recepcionista hiciera las gestiones pertinentes.

En un principio, se negó, pero dio su brazo a torcer tras mi insistencia.

Nos fuimos a la habitación en silencio. Ninguno decía nada y yo no sabía si estaba más nerviosa por la tormenta o por pasar la noche entera con él.

Ciro me atraía, y no solo en lo sexual, había algo en él que me tenía extasiada. No sabía si era la forma en que me hablaba o cómo me miraba. Pero lo cierto era que, sentí miedo de que pudiera pasar algo entre nosotros, sobre todo, en esas circunstancias.

Ciro abrió la puerta y antes de entrar, me miró a los ojos y vio miedo en ellos. Cerró la puerta ante mi sorpresa.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Se puso delante de mí y a espaldas de la puerta. Cogió mis manos y me dijo:

—Puedes estar tranquila. No va a pasar nada que tú no quieras que pase.

Aquello no sé si logró calmar mis nervios o, todo lo contrario. Estaba agradecida por ese gesto, pero saber que él había dejado rienda libre a que pudiera pasar algo… ¡No! No podía pasar nada.

—Gracias, pero no sé qué podría pasar. Somos dos personas adultas, ¿no?

Levantó las cejas algo confuso. Él pensó que yo estaba nerviosa por pasar la noche en la misma habitación —y no se equivocaba—, pero no debía dejar que pensara aquello, pues si lo hacía, significaría que yo sentía cierta atracción hacia él. Y no podía ser. Por muy cierto que fuera, debía alejarme de Ciro y centrarme en cualquier otro pensamiento.

—Sí, sí, claro. Yo pensé… —le corté para no hacerle pasar ese bochorno.

—No te preocupes. Vamos a darnos un agua para entrar en calor.

Y así hicimos. No se opuso a que yo fuera la primera. Me despojé de toda la ropa empapada y entré en la ducha. Sentir el contraste del frío de la piel con el agua casi hirviendo fue una sensación extraordinaria. Y entonces, caí en la cuenta de que estaba desnuda y que al otro lado de la pared se encontraba Ciro.

No pude evitar excitarme. Coloqué su imagen en mi mente y mientras el agua resbalaba por todo mi cuerpo, acaricié cada parte pensando en que eran sus manos las que lo hacían.

Fue una ducha muy placentera, aunque en algún momento, tuve que convencerme de que solo había sido infiel de pensamiento, y eso no se consideraba una infidelidad en toda la regla, ¿no?

Amor y otras drogas

Ciro

Oía correr el agua y, saber que tenía a Sara desnuda a pocos metros de mí, me ponía nervioso. Encendí la televisión y subí el volumen para borrar cualquier rastro que pudiera recordarme a ella.

¿Qué le habría pasado? Tenía claro que acababa de tener un ataque de pánico, pero ¿por qué? Numerosas teorías paseaban con libertad en mi mente, si bien no estaba seguro al cien por cien.

Decidí dejarlo a un lado para preguntarle después, así que pensé en la manera en la que íbamos a dormir para no sentirnos incómodos. No había demasiadas opciones, la habitación era más bien pequeña y la cama de matrimonio ocupaba casi todo el espacio. Sí o sí tendríamos que dormir juntos.

En cuanto la vi salir del cuarto de baño, con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en el cabello, mi entrepierna se despertó. Estaba tan hermosa... Todavía le resbalaba alguna gotita de agua por los hombros y eso me pareció de lo más sexy, aunque ella no lo supiera.

—¡Qué bien me ha sentado esa ducha! —soltó con una sonrisa en los labios—. Lo que ahora, la ropa está mojada.

—La pondremos aquí —dije señalando la única silla que había en el lugar—. Ahora me toca a mí, si no quiero coger una pulmonía.

No era verdad, no estaba preocupado por un posible resfriado, más bien necesitaba huir de aquella habitación, estar lejos de ella para que su presencia dejara de excitarme.

—Muy bien, me estiraré un rato.

Me levanté corriendo de la cama. Aún seguía mojado y revisé que las sábanas no estuvieran demasiado empapadas. Con seguridad, se secarían pronto.

Fui directo a la ducha y dejé que el agua caliente recorriera todo el cuerpo. Entré en calor y no por la temperatura del agua. En mi mente solo podía imaginarme a Sara desnuda y eso provocó una gran excitación. Necesité alivio y no dudé en saciar mis instintos primarios bajo el chorro.

Tardé en ducharme más de la cuenta, pero no importó porque teníamos muchas horas por delante para no hacer nada.

Salí del baño con la toalla enrollada en la cintura. En cuanto Sara me vio, desvió la mirada inmediatamente. Le incomodó verme medio desnudo, lo que significaba que le atraía mi cuerpo —o eso quería pensar yo—.

—¿Te importa que me tumbe? —le pregunté después de dejar la ropa mojada sobre la misma silla que había utilizado ella.

—Eh... no, no, claro que puedes tumbarte.

Apenas eran las seis de la tarde y nos encontrábamos estirados en una cama con solo una toalla cubriéndonos el cuerpo. Se notaba la incomodidad en el ambiente. Nos mantuvimos en silencio, centrados en mirar la televisión, aunque en realidad ninguno de los dos prestaba atención.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella me miró y supe que sabía lo que iba a preguntarle.

—Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico por culpa de una tormenta —soltó sin necesidad de hacerle la pregunta.

Su respuesta me entristeció. Entendí el porqué de su reacción y me compadecí de ella.

—Vaya, lo siento. ¿Hace mucho de eso?

—Casi diez años —contestó sin pensar—. Y ahora, cada vez que veo rayos o escucho truenos lo paso fatal. Es superior a mí. Recuerdo cada segundo de ese día y me paralizo, entro en pánico.

Quise agarrar su mano, abrazarla y darle todo mi apoyo, pero me contuve porque desconocía qué reacción podía tener.

—¿Y no has buscado ayuda?

—Debería hacerlo, pero nunca he tenido la valentía para afrontarlo —me confesó muy seria —. Quizá ahora es un buen momento.

Sin querer nuestras manos se rozaron y sentí una señal eléctrica que recorrió todo el cuerpo. Enseguida la apartó, ella también lo había notado.

—Voy a ir a por algo de cenar. —Me levanté rápido, necesitaba salir de allí.

—¡Pero si la ropa está mojada y no ha dejado de llover!

—Cuando llegue la vuelvo a poner a secar —le respondí cogiendo todas las prendas de la silla. Entré con ellas al cuarto de baño y me cambié.

Salí —más bien, hui— de la habitación. Caminé bajo los balcones para no mojarme y en el primer bar que encontré, compré un par de bocadillos de lomo con queso para llevar.

Continuaba lloviendo a mares, si seguía mojándome de aquella manera, tendría que volver a ducharme. Aligeré el paso y pasé por la moto, cogí una bolsa que siempre llevaba en el maletero y fui al hotel.

Entré en la habitación, Sara continuaba en la misma posición y viendo el mismo canal de televisión, que ahora daban anuncios.

—Toma. —Le lancé la bolsa que había cogido de la moto, ante su mirada de confusión.

—¿Qué es esto? —Miró en su interior y extrajo una camiseta y un pantalón.

—Siempre llevo ropa de recambio en la moto.

—¡Qué previsor! —se burló.

—Suelo ir cada día a la playa, y no me gusta conducir mojado ni con arena —le contesté.

Entró con la ropa al baño y salió a los dos minutos con mi camiseta y pantalón puestos.

¡Vaya! Realmente le quedaba muy bien.

—Gracias, pero ¿y tú?

—Yo me apaño con la toalla.

Inconscientemente, ella bajó la vista hasta mis partes íntimas y se sonrojó. Sí, seguía empalmado y ella lo vio.

Me coloqué de espaldas a ella y me metí en el baño para cambiarme de nuevo.

Cuando salí, Sara ya estaba en la cama y me tumbé junto a ella. Pasé la mano por detrás del cuello e hice ver que miraba la película que estaban echando, pero en lo único que pensaba era en la respiración de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó sorprendida. Se colocó de rodillas sobre el colchón muy pegada a mí.

—¿El qué? —Giré la cara para confrontarla porque no sabía a qué se refería.

—Eso. —Señaló con el dedo índice a mi pecho.

Me incorporé y bajé la cabeza en dirección a donde ella señalaba.

—¡Ah, esto! —Agarré el colgante que siempre me acompañaba—. Es un colgante que llevo desde niño.

—¿Puedo verlo?

—¡Claro! —Sara se acercó mucho y le coloqué el colgante en su mano.

Notaba muy de cerca su respiración, comenzaba a ponerme nervioso. Estaba tan cerca…

Levantó la vista del objeto y me miró a los ojos —craso error—, me perdí en ellos. No pude oír lo que me decía. Sólo pensaba en aquellos grandes ojos y en sus... labios.

Tenía que hacerlo, era algo superior a mí.

Mis labios se aproximaron a los suyos como si tuvieran vida propia y…

La besé.

Sentido y sensibilidad

Sara

Ese colgante me resultaba muy familiar. Mil imágenes se aposentaron en mi cabeza: una concha, una playa y un niño llorando. ¿Ciro? Pero no podía ser, no podía ser él. Era ¡la misma concha que encontré aquel día cuando niña!

—Yo encontré una cuando era una niña en…

No pude acabar la frase. Sin esperarlo, Ciro posó sus labios sobre los míos. No pude reaccionar, no me dio tiempo.

Sentí calor en todo el cuerpo. Aquellos labios eran tan suaves, tan…

Y me dejé llevar, más bien no me di cuenta de lo que estaba haciendo. Saboreé su boca, sus labios. Sentí todas sus caricias en mi cuerpo. Hasta que…

—¡No! —Me aparté de él y me di la vuelta—. No puedo hacer esto.

—Lo siento, no he podido evitarlo. Pero... sé que te gusto, lo he notado. —Su mano llegó hasta mi hombro, pero la aparté también.

—Tengo novio, ya lo sabes.

¡Claro que lo sabía! Se lo había repetido en miles de ocasiones. ¿Por qué me había tenido que robar un beso?

—Sé que tienes novio, pero también sé que no le quieres.

Me di la vuelta deprisa, estaba muy enfadada y más con lo que acababa de decir.

—¿Quién te crees que eres para afirmar tal cosa? ¿Acaso me conoces? ¿Le conoces?

—No, no ... pero por lo que dices…

—¿Qué he dicho? ¡A ver, sorpréndeme!

Estaba muy molesta, aunque también confundida. ¿Por qué había dicho eso? Si apenas me conocía…

—Perdona, olvídalo —me contestó.

—Sí, mejor. —Di por zanjada la conversación.

Se dio la vuelta y quedó espaldas a mí. Me sentí extraña, porque ese beso me supo a mucho y no podía reconocerlo. Si lo hacía, le estaría dando la razón en lo de que no quería a Manolo.

Después de ese incidente, nos quedamos profundamente dormidos. Ni siquiera cenamos los bocadillos que compró.

A medianoche, el estruendoso sonido de un trueno me despertó y volvieron a mí aquellos malditos recuerdos. El cuerpo se paralizó y se tensó hasta que noté un brazo rodeándome. Ciro estaba completamente dormido, aun así, fue capaz de sentir mi miedo.

Y ocurrió algo que nunca imaginé: el miedo se fue, desapareció. Entre los brazos de Ciro me sentí a salvo. Me dejé abrazar por él y me acerqué todo lo que pude a su cuerpo. No dejé espacio entre nosotros y a lo cucharita volví a quedarme dormida.

Algo puntiagudo y duro sobre mi trasero me despertó. Abrí los ojos y recordé todo lo ocurrido el día anterior y dónde me encontraba. Y con quién…

Me di la vuelta despacio para no despertarle y me topé con su cara. Estaba tan guapo. Incluso sonreía dormido. Todo iba bien hasta que me di cuenta de que la toalla se le había desenrollado de la cintura y había dejado al descubierto aquello puntiagudo y duro. ¡Madre del amor hermoso! No pude evitar fijar la mirada en aquello.

—¿Te gusta lo que ves? —me soltó con la sonrisa más pícara que jamás hubiera visto.

Roja no, lo siguiente. Me avergoncé tanto que, al querer darme la vuelta, caí de espaldas al suelo.

Oí las carcajadas que provenían de un Ciro muy divertido, mientras intentaba levantarme. Fue gracioso, debí reconocer, pero en aquel momento, me sentí la chica más tonta del mundo.

—¿Ya estás despierto? —disimulé para cambiar el tema de conversación.

—Sí, estamos despiertos —se refirió a su miembro contento de buena mañana.

No sabía dónde meterme o cómo hacer para que dejara ese tema a un lado.

—¿Desayunamos? —improvisé nerviosa.

En ese instante, el móvil de Ciro sonó y se apartó para hablar.

—Hola. Sí. ¡No jodas mamá! ¿Y dónde quieres que encuentre uno hoy domingo? Está bien, lo miro.

Solo escuché lo que Ciro decía. La del otro lado era su madre y algo había ocurrido. En cuanto colgó, la expresión jovial de su cara de minutos antes se transformó en una agria y seria.

—¿Todo bien? —me interesé por él.

—Sí, sí. Ahora a ver dónde cojones encuentro yo un pastel de cumpleaños.

Al escuchar la palabra pastel, se me abrieron los ojos.

—¿Un pastel?

—Sí. Es el cumpleaños de la ahijada de mi madre y al parecer, encargó un pastel, pero la repostera está enferma y no ha podido hacerlo —dijo angustiado—. A ver dónde encuentro una pastelería que tenga un pastel bonito para una niña de ocho años.

—Déjamelo a mí.

Me miró extrañado.

—¿Y qué piensas hacer? —me preguntó curioso.

—¿Te fías de mí?

Torció la ceja y por fin pude verle de nuevo esa sonrisa que me tenía hipnotizada.

—Sabes que te conozco de dos días, ¿verdad?

—Tiempo suficiente para saber que soy de fiar. ¡Anda, vamos!

Nos vestimos con la ropa ya seca y le pedí que me llevara a un par de supermercados que estuvieran abiertos. Ya no llovía y conseguí estar tranquila todo el trayecto. Compré un montón de ingredientes que podían servirme para hacer el pastel. No tenía mis instrumentos de cocina, pero algo digno podría salirme con lo que mi tía tenía en casa.

Cuando compré todo lo necesario, condujo hasta mi casa.

—¿A qué hora es la fiesta? —le pregunté al bajar de la moto y quitarme el casco.

—A las cinco. ¿Estás segura de que podrás hacer uno? Puedo ir a cualquier pastelería y ver qué hay.

—¡Hombre de poca fe! —me burlé—. Confía en mí, a las cinco estaré allí con un pastel digno.

Se despidió no muy convencido, si bien no le quedaba otra alternativa.

Llegué a casa y mi tía estaba esperándome con un millón de preguntas. Aunque ya le había avisado que no llegaría a dormir, le conté lo ocurrido, incluido la presencia de Ciro —obviando el beso, por supuesto—.

Me puse manos a la obra con el pastel. Mi tía se ofreció a ayudarme y trabajamos mano a mano durante horas. Conseguimos hacer un precioso pastel de color rosa con sabor a chocolate blanco. Tenía tres pisos y logré darle forma de unicornio, animal mitológico muy apreciado en niñas de su edad.

—Sara, esto es… ¡Precioso! —alabó Raquel con entusiasmo—. Eres muy buena, ¿lo sabes?

—Lo sé —bromeé.

Comimos algo. Apenas faltaba una hora para la fiesta y ya estaba nerviosa. Habíamos quedado en su casa, que se encontraba a quince minutos a pie de la de mi tía. Debía pensar en cómo llevar el grandioso pastel. Al final, utilicé una caja que tenía mi tía por la casa y lo llevé donde Ciro me dijo.

Nunca entre amigos

Ciro

—Pero ¿qué llevas ahí? —me sorprendí al ver llegar a Sara con una caja enorme entre las manos.

Me sonrió como una niña cuando está orgullosa de un trabajo bien hecho.

—Es el pastel.

Me acerqué para qué había en el interior de la caja, porque dudaba de que ahí estuviera el pastel. Cuando vi el contenido, no pude creer lo que mis ojos vieron.

—¿En serio? —La miré confundido. ¿Cómo era posible que Sara hubiera podido crear esa maravilla en tan poco tiempo? —. ¿Tú has hecho esto?

Asintió contenta.

—Y eso que no te fiabas de mí —me respondió en un tono burlón.

La fiesta se celebraba en el cuarto piso, donde vivía la niña, la ahijada de mi madre. La ayudé a subir la caja, pues no había ascensor y tocamos al timbre. Nos abrió mi madre, que ya nos estaba esperando.

—¿Traes el pastel? —Y entonces, vio a Sara—. ¡Ay, hola mi niña! —No esperaba ver a ninguna mujer, no le comenté nada—. Soy Isabel, la madre de Ciro.

Sara se presentó y le dio dos besos.

—Sí, traemos el pastel. Lo ha hecho Sara.

Me miró desconfiada, claro estaba que no había visto el interior de la caja.

—Gracias —dijo no muy convencida.

Puse el pastel en la cocina, donde me indicó la madre de la niña. Tampoco lo había visto, pero no le importaba el contenido, mientras tuviera un pastel para poner las velas y que su hija las soplara, tenía suficiente.

La música, la bebida y la comida no faltaron. Había mucha gente allí, más niños que adultos, que correteaban por el piso pequeño.

Llegó el momento esperado. Sara ayudó a preparar el pastel.

—Pero ¡¿qué es esto!? —exclamó Isabel, la madre de Ciro al descubrir el contenido de la caja —. ¿Tú has hecho esto? —Sara asintió—. ¡Es... maravilloso! ¡Qué pinta tiene!

La madre de la niña tampoco podía creerse que su hija fuera a tener ese pastel y yo me sentí el hombre más orgulloso de mi... amiga. En ese instante y sin saber por qué, supe que ella tenía que ser mía fuera como fuese.

Sacaron el pastel y la niña alucinó al verlo, como el resto de los invitados. Mientras cortaban y repartían los trozos, le susurré al oído:

—Gracias.

Ella me miró con aquella sonrisa triunfadora y me contestó:

—No te pienses que te va a salir gratis. —Rio.

Y entonces, me acordé de algo.

—Te lo pagaré.

—¡No! Era broma, es un regalo que le hago a la pequeña.

La fiesta transcurrió con total normalidad. Y cuando llegó las siete de la tarde, Sara me soltó:

—Tengo que irme. Mi vuelo sale a las doce y tengo que acabar de preparar la maleta.

¡Mierda! Lo había olvidado lo completo. Era cierto que el día que la conocí me comentó que

solo estaría en la isla el fin de semana. Algo en mi interior se rompió. Pensar que no la volvería a ver de nuevo, me enloqueció.

—¿Volverás pronto? —Ya no le pregunté si iba a volver, daba por hecho que lo haría, tenía que hacerlo.

Y era un pensamiento contradictorio porque ella no estaba soltera; ella no quería tener nada conmigo y, aun así, me resignaba a no verla de nuevo.

—Pues no lo sé. La última que vez que visité a mi tía fue hace cinco años, así que…

—Espero que no me digas en serio que tardarás otros cinco años en regresar.

Mi mundo se vino abajo. No podía esperar tanto. Mi cabeza no dejó de dar vueltas.

—No lo sé Ciro, pero ¿qué importa eso?

—¡Mucho, joder! —grité sin darme cuenta de que todos me oyeron. El piso se quedó en silencio y los invitados se volvieron hacia nosotros.

Sara me miró extrañada y yo... yo no supe qué decir o hacer. La agarré de la mano y sin preguntar, salimos del piso para hablar con ella sin tener público delante.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cuando me detuve al salir por la puerta.

—Me gustas —le solté sin pensar—. Quiero volver a verte y...

—Ciro —me interrumpió—. Tengo novio y no te veo de esa manera.

Supe que mentía, o que al menos, no estaba diciendo toda la verdad, porque no era capaz de mirarme a la cara.

—Pero…

—He dicho que no y si no puedes ser mi amigo, mejor que dejemos esto —nos señaló a los dos— a un lado.

Ni lo pensé, no quería alejarme de ella y si tenía que esperar, lo haría. Ese beso que nos dimos y que no rechazó desde el principio me decía que entre ella y yo había algo. No insistí más.

—¿Cuánto tiempo tienes? Quiero enseñarte algo.

—Pues no mucho, la verdad. ¿Qué quieres enseñarme?

—¿Te fías de mí?

—No mucho —bromeó—. ¿Con media hora tienes suficiente? —dijo mirando su reloj.

—Sí, está cerca.

—Pero ¿dónde quieres ir?

—Ya lo verás. ¡Vamos!

Volví a coger su mano y la conduje hasta la moto. Le di el casco, que se puso sin rechistar y subió en ella después de que yo lo hiciera.

Quería llevarla a un lugar que estaba seguro le encantaría. Lo recordé esa misma tarde y tenía que aprovechar esos 30 minutos que me quedaban con ella.

Llegamos al lugar. Nos bajamos.

—¿Me puedes decir dónde vamos?

—Aquí.

—¿Y qué hay aquí? —preguntó confusa.

Y con toda la razón. Estábamos en un polígono donde solo había fábricas y oficinas a nuestro alrededor.

—Mira allí. —Le señalé el edificio de la acera de enfrente.

Ella se dio la vuelta y miró en la dirección que le indiqué.

—¡¿En serio?! ¡¿Aquí?!

Un cartel gigante de colores llamativos decoraba parte de la fachada de un edificio de oficinas.

—Lo vi hace poco. ¿Podrías apuntarte no?

—¿Yo? ¿A un concurso de repostería internacional? —Estaba emocionada, pero dudaba de sí misma.

—¿Tú has visto lo que has hecho hoy? Eres muy buena, Sara.

—¿De verdad lo crees? —Sus ojos le brillaron tras oírme hablar así de ella.

—¿De verdad que lo dudas?

—No, es que… ¡Uf! —Estaba nerviosa—. Mi sueño siempre ha sido abrir una pastelería —me confesó con anhelo.

—¿Y por qué no lo haces?

Antes del atardecer

Sara

Aquella pregunta caló muy hondo. ¿Por qué no abría una pastelería? Me la había hecho un millón de veces y nunca encontré una verdadera respuesta, porque siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo.

Ciro confiaba en mí. Él pensaba que mi trabajo era bueno, aunque ¿qué sabía él de pasteles? Aun así, me alegró saber que alguien supiera reconocer mi esfuerzo y trabajo. Sí, me encantaría participar en ese concurso, aunque había un pequeño problema: la fecha del concurso coincidía con la luna de miel. Si convencía a Manolo en retrasarla, tenía claro que pensaba inscribirme.

—Me tengo que ir a casa, el taxi tardará una hora en llegar y tengo que acabar de hacer la maleta —le dije algo confundida. No me apetecía en absoluto marcharme, me sentía demasiado a gusto con Ciro. Aunque supiera que no podía tener nada con él, las sensaciones que me producía estar cerca de él eran muy placenteras. Me hacía sentir valiosa….

Ciro parecía no estar conforme, aunque no dijo nada. Asintió con la mirada baja, subió a la moto y esperó a que yo le siguiera.

Condujo despacio, como si intentara alargar el poco tiempo que nos quedaba para pasar juntos. No pude evitarlo. Sé que no debí hacerlo, pero necesitaba recordar el tacto de su piel, o inmortalizar las sensaciones que me producía al tocarle. Me abracé a su cintura con fuerza, apoyé mi cabeza —con el casco— sobre su espalda y cerré los ojos. Señales eléctricas rodearon mi espacio, el cuerpo se relajó junto al suyo y nuestras respiraciones se acompasaron, como si solo fuéramos uno.

Llegamos a casa de mi tía y detuvo la moto a pocos metros de la puerta.

—¿Volveré a verte? —Su cara de cordero degollado me ablandó el corazón.

—No lo sé, Ciro.

Me bajé de la moto y me quité el casco para devolvérselo. Él me siguió, se lo colgó del brazo y alargó la mano para coger el mío. Nuestras manos se tocaron y tuvimos que sentir lo mismo, porque nuestros ojos se encontraron justo en ese momento y se dijeron lo que los labios no pudieron.

—Vuelve pronto. —Más que una orden, fue un ruego.

Se acercó hasta a mí y me dio el beso con más sentimiento que nunca me habían dado, y eso que fue un simple roce entre sus labios y mi mejilla. Aun así, se entretuvo más de la cuenta y numerosos fuegos artificiales se instalaron en mi estómago.

—Lo intentaré.

No sé por qué dije eso, pues, aunque lo hiciera, no podía verle de nuevo. Comenzaba a sentir cosas por ese hombre y si lo veía de nuevo... no sabía lo que podía ocurrir. Nunca le sería infiel a Manolo, de eso estaba completamente segura, por lo que ¿qué sentido tenía verle otra vez para alargar esa agonía?

Llegué con el tiempo justo al aeropuerto, en el mismo momento que el vuelo empezaba a embarcar. Me senté en el asiento de atrás, donde apenas había más pasajeros. Y una vez el avión despegó, las emociones comenzaron a brotar por todos los poros de mi piel. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, el viaje había resultado mucho mejor de lo esperado. Por otro, un sentimiento de culpa acechaba la estabilidad en mi intacta relación. Aquel beso —erróneo— me

había trastocado por completo. Aunque estaba segura de que no había sido nada, un simple descuido, no podía dejar de pensar en si eso podría considerarse una infidelidad. No lo tenía nada claro. Y no solo era por el simple beso, sino que lo que provocó en mi interior me tenía confundida. Aquel revoloteo que sentí en el estómago y el ardor en las entrañas tras solo rozar sus labios hizo que no pudiera dejar de pensar en ello —o mejor dicho en él—.

Era cierto que yo no había sido la que se había lanzado, que no provoqué la situación, pero los varios segundos que nuestros labios estuvieron pegados y las lenguas tocándose, no me aparté. Creo que no fueron más de diez segundos, no importaba, tuve tiempo suficiente para rechazarlo al primer contacto y no lo hice. ¿Por qué? Ni yo misma lo sabía.

Además de todo lo anterior, me sentía muy complacida de saber que se celebraba un concurso de repostería y de que el premio era de 20.000 euros. Quería probarme, saber si lo que otros decían de mi trabajo resultaba certero, y si tenía la mínima posibilidad de ganar. Con ese dinero podría cumplir mi sueño de montar la pastelería y solo de pensarlo, se me iluminaron los ojos y el corazón.

Todas esas sensaciones quería contárselas a Manolo, por lo que, durante todo el trayecto, olvidé —más bien guardé bajo llave— el tema del beso, para centrarme única y exclusivamente en el concurso, de otra manera todavía seguiría dándole vueltas.

Aterricé en mi tierra natal pasadas las doce de la noche. Intenté comunicarme con Manolo, pero no contestó, por lo que no me quedó más remedio que llamar a un taxi, que fue el que me acercó hasta casa. Al llegar, me encontré que mi chico ya estaba dormido y me dio penilla despertarlo. Sin deshacer las maletas, me enfundé el pijama y me acosté junto a él, ni se dio cuenta de mi presencia.

Me costó dormir. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Ciro llegaba hasta a mí una y otra vez. Recordé cada momento pasado con él, desde la noche en la playa, la moto, la pastelería, el hotel... Si lo pensaba fríamente, casi todo el fin de semana lo pasamos juntos. Y aquel beso... No iba a ser tan fácil de eliminarlo de la mente, de eso estaba segura.

El sonido de la alarma del móvil fue el que me despertó a la mañana siguiente. Pensé que en cuanto Manolo se levantara y me viera en la cama, me despertaría para saludarme y preguntarme por el viaje. Sin embargo, él ya se había marchado.

Fui directa a la cafetería, sin llevar a cabo la rutina habitual. El viaje me había dejado agotada y aproveché el máximo tiempo posible para hacerme la remolona en la cama. Ya me tomaría el café con leche largo de café con María. Le mandé un mensaje para avisarla de que llegaría con el tiempo justo para ese café, así ella podría tenerlo preparado para cuando llegara.

No tardé más de lo habitual en entrar por la puerta. Y allí estaba mi adorada María echando leche a una taza que, con seguridad, debía ser la mía. Al verme, me dedicó su gran sonrisa y me invitó a acercarme.

—No tengas prisa. Hoy Coral llegará a las doce.

—¡Ay qué bien! Ya me la estaba imaginando, metiéndome prisa y vigilando si pagaba o no. —Y es que así era ella. Me senté en la barra como una clienta más y bebí un sorbito de café—. ¿Y sabemos por qué viene a esa hora?

—No lo sé. Me lo dijo ayer Tomás.

—Bueno, mejor. Más tranquilas estaremos. —Di otro sorbo al café.

—¿Y tú qué? ¡Cuéntame todo del viaje!

¡Al fin podía hablar con alguien!

—Pues ha ido mucho mejor de lo que esperaba. ¿Sabes que hay un concurso de repostería donde el premio son 20.000 euros?

Me miró con los ojos muy abiertos. Ella estaba al tanto de lo mucho que deseaba abrir la pastelería y sabía lo importante que era para mí.

—Tienes que ir, Sara. Esta es la oportunidad que estabas esperando.

Le sonreí.

—¡Lo sé! Pero hay un problema: son los días de la luna de miel —dije con la voz apagada.

—¿Qué te ha dicho Manolo?

—No lo sabe aún. Ayer llegué muy tarde y todavía no lo he visto.

—Seguro que no te pone ningún inconveniente para retrasar el viaje.

Y eso mismo pensaba yo.

Continuamos con la conversación sin mencionar el dichoso beso. A ella se lo contaba todo, pero preferí no decirle nada respecto a ese tema, para convencerme a mí misma que no había pasado. Le conté todo lo que había hecho. Y hasta a ella le pareció demasiado para los escasos dos días que había estado en la isla. Claro está que, el nombre de Ciro, no apareció en ningún momento.

A las doce llegó Coral muy sonriente y desde que entró por la puerta, llegó el infierno con sus aires de superioridad y creyéndose la jefa. Suerte de María, que sí era la encargada y le paraba los pies a sus continuas exigencias.

Salí de trabajar con dolor de cabeza. Siempre que coincidamos Coral y yo en el mismo turno, acababa de la misma manera.

Llegué a casa pasadas las tres del mediodía. Manolo debería haber llegado hacía media hora y esperaba encontrarlo con la mesa puesta y la comida preparada. Nada más lejos de la realidad, porque en cuanto entré por la puerta, oí una música que reconocí de inmediato. ¡No podía ser!

Y sí podía ser. En cuanto aparecí por el salón, me lo encontré sentado en el sofá, con el mando de la videoconsola entre las manos y muy entretenido jugando al juego de siempre.

Quise gritarle, echarle en cara que no era momento de jugar, pero me contuve. Necesitaba tenerlo contento y tranquilo para hablar del tema del concurso. Así que fui suave:

—¡Hola!

—¡Ah, hola! —Ni apartó la vista de la televisión—. ¿Cómo ha ido el viaje?

¿En serio ese era el saludo para recibir a tu futura mujer después de todo el fin de semana sin verla? A veces me preguntaba si los dichosos puntos que ganaba con el juego ese eran más importantes que yo.

—Muy bien. ¿Hay comida preparada?

—¡Ay no! No he hecho nada, cielo. —Seguía apretando botones del mando—. ¿Puedes hacer algo rápido?

¡Tendrá morro! La sangre me hervía y estaba a punto de estallar. Pero de nuevo, me contuve y no dije nada. Salí del salón y me dirigí a la cocina a preparar algo para llevarnos a la boca.

Abrí la nevera.

—¡¿Qué?! ¡Manolo! ¿No has hecho la compra? —le grité a punto de perder la paciencia. No me contestó, así que salí en su busca—. ¿No has hecho la compra que te pedí?

Esta vez sí le dio al *pause* y me miró con ojitos de corderito.

—No...

—¡Joder, Manolo! Te dejé la lista con los 50 euros. La nevera está completamente vacía —me quejé colocando los brazos en forma de jarra sobre la cintura.

—Lo sé, pero no me ha apetecido salir en todo el fin de semana.

Respiré profundamente para no gritar histérica. Lo único que le pedí es que fuera a comprar, nada más, porque sabía que, si le exigía que hiciera más tareas domésticas, no lo haría. Me

estaba cansando de ser su madre y de irle detrás para que hiciera las cosas.

No quería embarcarme en una discusión, así que guardé toda la ira acumulada en mi interior y le dije:

—Bueno, haré un par de sándwiches de atún, ¿te parece? —le solté suavizando el tono de voz.

—Por mí perfecto. —Y tras decirlo, volvió a darle al *play* para continuar jugando como si no hubiera pasado nada.

Esas actitudes me agobiaban y de vez en cuando, me preguntaba si sería capaz de aguantarle mucho tiempo, pero después, lo arreglaba con cualquier tontería. Si es que yo era tan fácil de contentar...

Preparé un par de sándwiches y después de decirle varias veces que pusiera la mesa, nos sentamos a comer. Era el momento perfecto para hablarle del concurso.

—¿Cómo se encuentra tu tía? —me preguntó como si realmente se interesara por ella, aunque yo sabía que no le tenía demasiada estima.

—Igual de loca que siempre.

—¡Ay! Esta mujer... Desde que se separó del marido, se ha desatado.

No me gustó lo último que dijo, pero no era el momento para enzarzarme con él.

—Sabes, hay un concurso internacional de repostería.

—¿Ah sí? ¿Cuándo? Podrías ir.

—Ese es el problema, que son las mismas fechas de la luna de miel, pero el premio son 20.000 euros. —Mis ojos se iluminaron tras decirlo. Era mi oportunidad.

—¡Ah! ¿Que querías participar? Pensé que querías ir a verlo. Pero bueno, siendo la luna de miel, no podemos.

Me dio una respuesta directa y sin pensar, y eso me dio a entender que sería difícil convencerle.

—Podríamos retrasar la fecha del viaje —lo intenté de nuevo.

Me miró con unos ojos serios y después de unos segundos dijo:

—A ver Sara, seamos realistas. Si es un concurso internacional, irán personas con mucha experiencia. Dudo que tengas algo que hacer contra ellas. Lo tuyo es más bien un *hobby* y perder dinero por un capricho...

¿Capricho? ¡No era ningún capricho! Yo quería ser repostera, deseaba abrir esa pastelería...

Pero tenía razón: ¿cómo iba a competir con los mejores reposteros del mundo? Solo hacía pasteles personalizados. ¡Por Dios! ¿Cómo me había ilusionado tanto?

Necesitaba salir de casa con urgencia. Escuchar la verdad hizo que todo mi mundo se viniera abajo. Manolo pensaba que no servía para eso, o al menos, no de una manera profesional. Hasta yo acabé creyéndomelo.

—¿Sara? —Me sacó de mi trance—. Sien...

—Tengo que salir de aquí. —Me levanté rápido de la silla y me largué de allí.

—¡¿Dónde...?! —Oí que gritaba detrás de mí.

No me detuve, seguí corriendo, bajé las escaleras casi de dos en dos y en cuanto salí, respiré hondo el aire de la calle

Exposados

Ciro

Sara se marchó la noche anterior y, tener la incertidumbre de no saber cuándo volvería a verla de nuevo, me dejó un vacío en mi interior. ¿Por qué? No tuve ni la más remota idea del por qué ella me hacía sentir de aquella manera. Tenía que eliminar esa sensación fuera como fuese, porque no tenía intención de pasarlo mal por una persona que apenas conocía y que, además, las posibilidades de estar alguna vez juntos eran escasas —por no decir nulas—.

Me di una ducha fría para despejar cualquier pensamiento relacionado con ella. Un nuevo día amanecía y tenía muchas cosas que hacer. Seguía en busca activa de trabajo, no pensaba darme por vencido en encontrar algo más estable, uno que me permitiera independizarme de nuevo.

Cuando rompí con mi ex, regresar a casa de mi madre fue dar un paso hacia atrás. Era eso o vivir con Robert, pero preferí hacerlo con la persona que me dio la vida. Él no iba a prepararme el desayuno por las mañanas ni tener listas las comidas como Isabel, que era la mejor cocinera que conocía. Además, ella nunca se metía en mi vida, mientras que mi amigo nunca dejaba de opinar sobre ella.

Vivía en el puerto de la Cruz, en un pisito muy pequeño de dos habitaciones, más que suficiente para nosotros dos. A decir verdad, tenía todo cerca, desde el ambulatorio, supermercados y la parada de guaguas a escasos metros.

—¿Otra vez por aquí? —me preguntó el día que aparecí sin avisar con una maleta en la mano con algunas de mis pertenencias. No era de extrañar aquella pregunta, pues no era la primera vez que reñía con mi novia y acababa durmiendo varios días en su casa. Pero aquella vez, era diferente, porque con seguridad, no se trataba de una simple discusión, fue una ruptura en toda regla y las posibilidades de que me perdonara, eran mínimas, por no decir ninguna.

La miré con ojitos de corderito degollado para darle un poquito más de pena y ella se abalanzó a mis brazos.

—¿Qué has hecho ahora? —me preguntó al oído mientras me acariciaba el pelo.

La aparté con suavidad y la miré a los ojos con recelo.

—¿Por qué he tenido que hacer algo? —le reproché.

Ella sonrió.

—Porque soy tu madre y te conozco muy bien.

Eso era cierto, la persona que mejor me conocía, sin duda, era Isabel. Tampoco tenía que esconderle nada, nunca lo había hecho y aquel día no iba a ser diferente. Hizo que me acomodara en el sofá y ella se sentó a mi lado, esperando a que le contase lo ocurrido con mi novia. Sabía que me reñiría y me daría un sermón, aun así, le confesé:

—Digamos que tienes un hijo con serios problemas con las mujeres —comencé— y le he fallado.

Su rostro cambió, se puso tensa y seria. Sabía a qué me estaba refiriendo.

—Ciro, ¿por qué? —preguntó con mucho dolor en su voz—. ¿No recuerdas lo que sufría cuando tu padre hacía lo mismo?

Sí, lo recordaba casi todos los días. Todavía me dolía el sufrimiento que padeció mi madre tras las numerosas infidelidades de mi padre. Solía verla llorar a escondidas, nunca fue su intención que me percatara de ello, porque siempre lo hacía en silencio, tras la puerta de su dormitorio. Pero yo, como un niño que era, la observaba, oía absolutamente todo y, en los días que Isabel se encerraba, me sentaba al otro lado de la puerta y la escuchaba llorar.

Tan solo tenía diez años cuando él se largó con otra y nos abandonó. Todavía recuerdo ese día como si fuese ayer. Lo vi acercarse a la puerta con unas maletas de ruedas. Los gritos desgarradores de mi madre implorándole que no se marchara resuenan hoy en día en mis oídos. Pero él, con un semblante serio y frío abrió la puerta y se largó sin mi mirar atrás, sin ni siquiera despedirse de mí, de su hijo.

Fue con el tiempo cuando comprendí que esa vez no había sido la primera vez que le había sido infiel, que llevaba haciéndolo años y años, que cada lágrima derramada por Isabel era una nueva mujer de mi padre.

Escuchar de su boca que estaba defraudada conmigo, me partió el alma. ¿Cómo podía haberle hecho a mi chica lo mismo que destruyó a mi madre? ¡Imbécil, imbécil, imbécil! Solo de imaginar que le hice sentir una milésima parte de lo que mi madre sufrió, hizo que me creyera un monstruo sin alma, sin corazón.

Claro que sabía que estaba mal, pero no pude nunca contenerme.

—Lo siento —le pedí perdón como si se lo hubiera hecho a ella—. No sé por qué lo hago, la verdad. Yo la quiero...

—Porque no estás enamorado de ella y nunca te has enamorado —afirmó—. El día que lo hagas, te aseguro que no se te pasará por la cabeza hacer eso.

—¡Qué cosas dices, mamá! ¡Claro que la quiero! De hecho, quiero reconquistarla. ¿Algún consejo?

Me miró con el ceño fruncido y contestó:

—Mira hijo, aunque sea tu madre, no pienso darte ningún consejo para que hagas daño a nadie. No estás enamorado de esa chica, olvídala y déjala tranquila.

—¡Pero mamá! Sí que estoy...

—Shh —me mandó callar poniendo un dedo sobre mis labios—. Cuando te enamores de verdad, lo entenderás.

—¿Entender qué?

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina sin pronunciar ni una palabra. Sus palabras me dejaron descolado y pensativo. ¿Qué tenía que entender?

Eliminé de mi cabeza toda la conversación. No pensaba renunciar a mi chica por las palabrerías de mi madre. ¿Qué sabía ella de mis sentimientos?

Había pasado varias semanas de aquel encuentro y nada había cambiado. Yo seguía sin trabajo y no conseguía olvidar a mi rubia. Aunque, debo reconocer que todo el tiempo que pasé con Sara ese fin de semana, fue alentador. No me acordé ni un segundo de mi ex, ella hizo que me olvidara por unos días de mi mierda de vida.

Aunque lo que sentía por Sara no podía continuar. Vivía en Barcelona, tenía novio y parecía que no hubiera posibilidad alguna de que lo dejara. Lo cierto era que yo sabía que ella no quería a ese hombre, no podía quererlo si cuando estaba conmigo podía sentir esa química que nos unía. ¿Qué más daba? Seguramente, no volvería a verla nunca más y si lo hacía, sería en años. Así que la eliminé de mis pensamientos y me centré en buscar trabajo. De verdad que necesitaba uno cuanto antes, o las deudas y pagos acabarían ahogándome.

Salí a la calle a dejar más currículums. Me había tomado en serio lo de hacer un cambio en mi vida, pero como siempre, nadie estaba dispuesto a darme trabajo, por lo que acabé en el bar tomando unas cervezas para dejar de pensar en todo lo que me estaba ocurriendo.

Mientras bebía, las imágenes de mi ex y Sara se iban alternando en mi cabeza. ¡Por Dios! Tenía que hacer algo para sacarlas de allí de inmediato o iba a acabar loco. Revisé cada rincón del bar por si encontraba alguna chica que pudiera interesarme, ¿no dicen que un clavo quita otro

clavo? Pues era lo que tenía pensado hacer. Ya estaba harto de llorar por las esquinas por una mujer que no quería saber nada de mí y que, Sara, la chica con la que había tenido una atracción desde el minuto uno de conocerla, tampoco tuviera interés en mí. Debía aumentar la poca autoestima que me quedaba.

Encontré a dos chicas sentadas en una de las mesas más alejadas a la mía y sin dudarlo, me acerqué a ellas con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, señoritas —les dije.

Conseguí llamar la atención de una de ellas, porque su sonrisa la delató, pero la que más me había atraído, sin duda, era su amiga, que me observaba con cara de pocos amigos.

—¡Hola! —me saludó la pelirroja —la que no me gustaba.

No me quedó más remedio que comenzar a entablar conversación con ella primero, después ya me camelaría a la otra.

Me invitó a sentarme con ellas, a regañadientes de la amiga. La conversación no faltó, aunque no veía ningún tipo de interés por mí de la chica que me había gustado. Luego, entendí por qué.

Cuando el alcohol comenzaba a hacer efecto en mí y empecé a ser más descarado en mis intenciones, apareció un muchacho de mi edad que, al verme sentado con las chicas, no le sentó nada bien.

—-¿Se puede saber quién es este? —soltó con desprecio y mirándome a mí.

La chica que me gustaba, que se llamaba Laura, se quedó cortada y sin nada que decir, mientras que la otra, María del Carmen, soltó una risilla que acabó por enfadar más a aquel tío.

No sabía quién era, pero podía intuir que se trataba del novio de Laura —muy a mi pesar—. Y como no me gustaban los altercados, decidí pasar su falta de respeto, me levanté de la mesa y me encaminé hasta la barra para pagar y largarme de allí. Sin embargo, ese chico no estaba dispuesto a dejarme ir sin tener unas palabras conmigo.

—¿Se puede saber qué hacías con mi chica? —me gritó cogiéndome del brazo.

Odiaba que me tocaran sin mi permiso y como el alcohol actuaba por mí, me zafé de su mano de malas maneras, con tan mala suerte que le solté un manotazo sin querer. Él no pensó que hubiera sido sin darme cuenta, por lo que me lanzó un directo en toda la mejilla que no puede esquivar.

¡Maldita sea! Ahí comenzó la pelea que, sin duda, no pude evitar —ni quería hacerlo—. Nos enzarzamos a puñetazo limpio, pero como yo no tenía los cinco sentidos intactos —por culpa del alcohol—, acabé más dañado que el otro. Notaba el sabor de la sangre en mi boca, debía tener el labio partido y el ojo morado, pues tampoco veía con normalidad.

Cuando ya estaba pateándole en el suelo, oí cómo entraron varios hombres uniformados y acabaron deteniéndonos. El dueño del establecimiento les alertó del altercado después de que varias mesas y sillas rodaran por el bar y de que la mayoría de los comensales salieran huyendo de allí.

¡Qué vergüenza! Yo no era así, nunca me había peleado con nadie —no de esa manera—. Las personas nos miraban recelosas y molestas con nosotros, con toda la razón del mundo.

No me resistí, aun así, los policías creyeron que sería mejor sacarnos esposados del bar. Nos metieron en dos coches y nos condujeron hasta la comisaría más cercana, donde con seguridad, tendríamos que dar explicaciones que no me apetecían en absoluto.

Acerca del destino

Sara

Sentía que me faltaba el aire y necesitaba salir cuanto antes. Al pisar la calle, me detuve a respirar profundamente, aun así, no logré calmar esa inquietud que me corría por dentro.

Mis sueños acababan de ser pisoteados, machacados, los habían roto. Me sentí hundida, decepcionada de que la persona —que supuestamente más me quería— no tuviera la confianza en mí, en mi esfuerzo, en mi trabajo. Y lo peor de todo es que le creí, pensé que tenía razón. Eso hizo un clic en mi mente, tenía que olvidarme de ese sueño y para ello, como cualquier otra pérdida, debía asimilarlo y superarlo.

Ya desde niña jugaba a que era la mejor pastelera del mundo. Fabricaba pasteles con plastilina de colores y después hacía ver que se los vendía a mis padres. Pensé en mis padres. ¿Qué pensarían ellos? Les había defraudado también a ellos, que siempre apostaron por mí y que, aun no teniendo el dinero, hicieron lo imposible para que me formara en esa profesión.

Fueron muchos los sentimientos y emociones que aparecieron en ese momento y que no supe gestionar. Así que no me quedó de otra.

«SOS», escribí con las manos temblorosas.

«¿Dónde?»

«Bar Jimmy».

No obtuve respuesta, pero no la necesitaba para saber que en menos que cantaba un gallo, ella iría hasta allí.

Caminé tan rápido como me permitieron los pies. Solo de esa manera conseguiría que los nervios que tenía acumulados por todo el cuerpo no siguieran acampando por sus anchas.

Entré en el Bar Jimmy, un local de copas que solía frecuentar. Observé el interior y me decidí por una mesa alejada del resto. Me senté y esperé a que el camarero llegara a tomarme la nota y no tardó.

—Un wiski, solo.

Me miró con una sonrisa de lado. El camarero me conocía bien y sabía por qué había pedido aquello. Toda persona del oficio reconoce las acciones de los clientes y beber sola y algo tan fuerte, solo podía significar una cosa: ahogar las penas en alcohol.

Regresó a los cinco minutos con la comanda y se marchó para dejarme espacio. Di un primer trago más largo de lo que debería y noté un ardor especial en la garganta que hizo que cerrara los ojos para soportarlo. No obstante, volví a beber.

—Sara, ¿qué ocurre?

Levanté la vista y la vi. Merche, mi fiel y única amiga, estaba delante de mí, con los pelos alborotados y unas pintas horrible. Conociéndola, debía haber salido con las mallas y camiseta de estar por casa.

Le sonreí y las lágrimas no pudieron resistir más. Lloré desconsolada hasta sentir sus brazos me rodeaban con fuerza...

—Nunca seré repostera —solté entre sollozos.

Se hizo el silencio varios segundos, hasta que Merche contestó:

—Tú ya eres repostera, Sara.

Levanté la vista hasta sus ojos y lo que vi en ellos me dijeron que me decía la verdad. Merche lo decía en serio y, que lo creyera ella, me hacía sentir una mínima esperanza de que fuera verdad, de que todavía mis sueños no estaban rotos por completo y podían cumplirse.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté mirándole fijamente con los ojos llenos de lágrimas.

—No es que lo crea, es que lo eres. —Estaba muy segura de su afirmación y eso apaciguó mis nervios más que el propio alcohol.

Le conté todo. Desde el concurso de repostería hasta lo que opinaba Manolo sobre mis sueños. Claro está que, no mencioné a Ciro, ni era el momento ni tampoco sabía si merecía la pena tener una preocupación más en la cabeza.

—¿Sabes lo que me dijeron los gemelos? —interrumpió la historia.

Los gemelos eran sus hijos pequeños, Pol y Biel. Eran unos mocosos de cinco años más listos que el hambre.

—¿Qué te dijeron?

Puse atención, porque no sabía qué era lo que esos niños podrían haber dicho para hacerme cambiar de opinión.

—Dijeron: la tía Sara tiene que ser muy rica. Y yo les pregunté por qué pensaban eso, y me contestaron: porque hace estos pasteles y tienen que costar mucho dinero.

Al fin pude sonreír con la anécdota de Merche y, aunque esos pequeñajos no eran expertos en pasteles, saber lo que ellos pensaban, en cierto modo, me animó...

—¿En serio?

—Pues sí, Sara. Tienes un talento innato para crear sueños de la nada.

Sus palabras me reconfortaron, aun así, seguí dudando de mis habilidades. Porque ¿qué más daba lo que pensaran ellos, si no tenía ninguna oportunidad de ir al concurso? Era mejor dejarlo estar.

Tomé el último trago que le quedaba a la copa y Merche, muy a su pesar, tenía que marcharse con sus hijos.

¿Quién iba a decirme que ella, la loca de mi amiga pudiera convertirse en una persona responsable? Todavía recuerdo el día en que la conocí.

Llegó una mañana a la cafetería en busca de un empleo, y por suerte —o por desgracia—, Tomás estaba allí. Merche era unos años mayor que yo, pero lucía un aspecto juvenil, además de una belleza exótica. Su cabello negro, largo y lacio, contrastaban con sus ojos rasgados y de un azul casi trasparente. Nunca le pregunté por sus antepasados, pero con seguridad, debía tener algún familiar de origen asiático.

El jefe no tuvo reparo en contratarla ese mismo día, sin preguntar nada ni hacerle una simple entrevista. Solo por su aspecto físico pensó que merecía la pena tenerla cerca para intentar hacer de las suyas. Aunque le salió caro.

No duró mucho tiempo. Merche era un alma libre y nadie era capaz de manejarla, mucho menos con las amenazas de Tomás —que no fueron pocas—. No pudo doblegarla y ella con su carácter fuerte y su locura sana, lo mandó a paseo en cuanto este intentó propasarse, no sin antes dejarle un buen recuerdo en sus partes nobles. No hizo falta que esperara la carta de despido, porque ella misma renunció al puesto, alegando un trato de acoso sexual por parte del jefe. Le dieron lo que le correspondía y un poquito más para que guardara silencio, y en cualquier otra circunstancia, ella lo hubiera rechazado y llevado a los tribunales, pero con su madre enferma, necesitaba ese dinero.

El tiempo que trabajó en la cafetería nos hicimos amigas, muy amigas. Su madre tenía una enfermedad terminal y la muerte de mis padres estaba reciente, así que estrechamos lazos y nos apoyamos mutuamente.

Desde entonces, Merche se convirtió en una de las personas más importantes de mi vida. Las de fiestas que vivimos juntas. Era un torbellino y siempre estaba dispuesta a pasarla bien,

incluso cuando conoció a su actual pareja, no le impidió disfrutar de sus juergas nocturnas. Yo la seguí hasta poco después de conocer a Manolo. No podía continuar con su ritmo y mantener una pareja estable. Aun así, nos veíamos siempre que podíamos.

Óscar y Merche eran la pareja perfecta. Él, un chico calmado y tranquilo, quien controlaba el espíritu movido de mi amiga, mientras que ella, le hacía experimentar nuevas aventuras. Cuando llegaron los gemelos, Merche dio un giro radical a su vida. Se convirtió en la mejor de las madres y dejó sus locuras atrás. Lo hizo porque quiso y así lo sintió, aunque en el fondo, sé que había días que echaba en falta su destartalada vida.

Se fue del bar y yo me quedé, no me apetecía volver a casa y tener que enfrentarme a Manolo. Llevaba toda la noche recibiendo sus continuas llamadas y mensajes, a los que no le di respuesta alguna. Tampoco hubiera sabido qué contestar.

Colgué la llamada de nuevo, cogí el vaso entre las manos y observé con atención el color de la bebida. Ese marrón cristalino... Y fue en ese momento, que los ojos de Ciro aparecieron de repente en mi mente. Solté una carcajada al pensar que su color de ojos era el mismo que el del wiski. Desde que había llegado ni había vuelto a pensar en él ni en aquel beso.

—¿Se puede saber de qué te ríes y qué haces aquí sola? —Esa voz...

Desvié la vista del vaso y la dirigí en dirección a la voz.

¡No podía ser! ¡Maldita Merche!

¡Vaya resaca!

Ciro

Al llegar, nos separaron y nos llevaron a salas diferentes para dar testimonio de los hechos. Al ver mi estado de embriaguez, dieron por concluido el interrogatorio a los pocos minutos de comenzar y me acompañaron hasta el calabazo para que se me pasara la borrachera.

No sé cuántas horas permanecí allí, pero en el tiempo que estuve, el alcohol poco a poco fue desapareciendo de mi organismo. Creo que pensaron en darnos un escarmiento por el espectáculo tan lamentable que habíamos dado un par de adultos jóvenes. Y todavía no encontraba la explicación del por qué pasó todo aquello. Yo no era así, no me gustaban las peleas y siempre que podía, solía evitarlas. Pero últimamente hacía cosas muy raras. Además, en cierto modo, esa vez, no había empezado yo, por lo que la conciencia la tenía muy tranquila.

Cuando al fin me dejaron hacer una llamada, no supe a quién hacerla. Solo tenía dos personas importantes en mi vida: Isabel y Robert. Y los dos me infundían un miedo terrible. Conocía cómo pensaban y en las últimas semanas, mi comportamiento les había defraudado. Notaba que empezaban a cansarse de mí. Decidí contactar a mi madre, total, iba a enterarse de todas maneras...

—Mamá, soy Ciro.

—Pero hijo, ¿desde dónde me llamas? ¿Y tu móvil? ¿Ya lo has perdido?

Sabía que algo había ocurrido para no haberla llamado desde el mío, porque no solía quedarme sin batería.

—No, no, no lo he perdido. Estoy... —¿cómo decirle dónde me encontraba? —... en la comisaría porque...

Tras escuchar la palabra «comisaría», su tono de voz cambió.

—¡Ay, Dios! ¿qué has hecho esta vez? —¿Por qué tenía que haber hecho algo? ¿Tan mala imagen tenía mi propia madre de mí? — Si es que tú no aprendes.

—Mamá, cálmate. Y yo no hecho nada, un tipo me agredió.

—¿Y estás bien? ¿Y por qué te ha agredido? ¡No entiendo nada!

Estaba muy nerviosa y hablaba deprisa, casi sin respirar.

—¿Puedes venir a buscarme y te lo cuento con más tranquilidad? —le rogué porque el policía que me acompañaba comenzaba a poner caras raras.

—Sí, sí, ahora voy. ¿Estás en la del Puerto?

—Sí, ahí estoy.

—Vale, no te muevas. —¿En serio acababa de decirme eso? Se dio cuenta y me soltó—: Tú ya me entiendes.

—Sí, te he entendido.

Colgué la llamada y me preparé mentalmente para lo que se me venía encima. Tener que escuchar a mi madre y que me culpara de todo —porque tenía claro que para ella yo era el responsable de aquello—, me tenía atormentado.

No tardó en llegar y al verme, frunció el ceño de una manera que no me gustó. Revisé mi aspecto y podía entenderla. Llevaba la camisa desabotonada, mal puesta y con restos de sangre, que con seguridad me pertenecían.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hijo? —suspiró con tristeza—. No te reconozco, Ciro.

¿En serio? ¿No iba a esperar a que llegáramos a casa?

—¿Podemos dejarlo hasta que lleguemos a casa? —le imploré cansado de haber pasado toda noche en aquel lugar.

Asintió, habló con los policías y salimos de la comisaría sin dirigirnos ni una palabra. La seguí. Ella no tenía coche y pensé que habría llamado a un taxi, pero me equivocaba.

—¡Joder, tío! ¡Vaya pintas que me llevas!

El que faltaba.

—Mamá, ¿por qué has tenido que llamarle? —le increpé molesto.

—¿Y cómo pensabas que vendría a buscarte? —me contestó hastiada.

—Si no hicieras las tonterías que últimamente te dedicas a hacer, no haría falta que me llamara ¿no crees? —Robert defendió a Isabel.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —le grité enfurecido.

—Si quieres me largo, ¿eh?

Recapacité. Ellos habían venido tras mi llamada de auxilio y no se merecían el trato que les estaba dando.

—Perdona, no he pasado una buena noche.

—¡Eso está mejor! ¡Sube al coche, anda!

Hice lo que me pidió. Me senté en el asiento de atrás y dejé a mi madre que hiciera de copiloto. Necesitaba echar una cabezadita y para mi sorpresa, no dijeron ni una palabra durante el breve trayecto hasta llegar a mi casa.

Una vez sentado en el sofá de mi madre, Isabel y Robert se quedaron de pie con una mirada inquisidora observándome. Tragué saliva porque sabía lo que se me venía encima.

—¿Y bien? —comenzó mi madre.

Agaché la cabeza avergonzado de lo que había pasado. No encontraba explicación alguna para descifrar por qué últimamente no me reconocía en mis acciones. Y sin quererlo, unas lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Había tocado fondo.

—¡Lo siento joder! —exclamé angustiado.

Y las lágrimas continuaron su camino sin cesar. Lloré como un niño y como tal, mi madre se arrodilló y me acunó entre sus brazos. Robert se colocó entre nosotros y se unió al abrazo.

—No te reconozco Ciro —susurró mi amigo muy preocupado—. Tú no eres así, esta situación te está perjudicando, está acabando contigo y el alcohol no te ayuda.

En ese instante, supe que había llegado el momento de afrontar mis problemas como un hombre y dejarme de tonterías. El alcohol no era la herramienta para olvidarme de mi ex y de mis problemas, de eso estaba seguro.

Después de consolarme durante un buen rato y hablar de lo que era bueno para mi vida y de lo que no, Robert se marchó tranquilo de saber que había decidido dar un cambio a mi vida. Isabel me acompañó hasta la cama. Realmente, estaba muy agotado y necesitaba descanso.

—Mi niño, descansa. Ya verás que mañana verás las cosas de otro color. —Apagó la luz, cerró la puerta y oí sus pisadas alejándose.

Los párpados no tardaron en cerrarse y muy acongojado me dormí.

Y de repente tú

Sara

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté confundida.

Me miró desafiante con su cautivadora sonrisa perfecta.

—Eso he preguntado yo primero. —Se sentó en unas de las sillas vacías sin pedir permiso y continuó analizándome.

—Ya sabes qué hago aquí. Estoy segura de que Merche te ha llamado y te lo ha contado.

—¡Mec! ¡Error! —suelta en tono burlón—. Es cierto que me ha llamado, pero lo único que me ha dicho literalmente ha sido: tú, capullo, tu hermana te necesita en el Jimmy. Ya puedes estar moviendo el culo hasta aquí. Y aquí estoy, como el buen hermano mayor que soy.

—¿Tú buen hermano? No me hagas reír.

Levantó una ceja en modo cómico y continuó con su sonrisa perfecta.

—¡Claro que soy un buen hermano! ¿No estoy aquí?

Era cierto, estaba ahí y no era raro en él que cuando necesitaba ayuda, económica o moral siempre estaba a mi disposición. Igual que yo para él. Pero de ahí a ser un buen hermano mayor...

Me levanté y lo abracé.

—Te he echado de menos. —Me lancé a sus brazos.

—Y yo, peque.

Me estrujó contra su cuerpo con una fuerza algo desmesurada.

—¡Quita, que me haces daño! —le grité soltándome de su abrazo salvaje.

—Sigues siendo una quejica —se burló mostrándome la lengua.

Volví a sentarme y le observé de arriba abajo. ¡Estaba guapísimo el cabrón! Siempre había sido el resultón de los amigos. De esos que por donde pasara, las chicas se volvían para verle mejor. Suerte de ellas, que Javi no tenía ningún interés por las mujeres, porque era un cerdo, un gay cerdo.

No le duraban ni dos días las relaciones, si se les podía llamar así a los encuentros sexuales de una sola noche que mantenía con los diferentes chicos que iban apareciendo en su camino. No tenía ningún tipo de interés en tener una pareja estable y formar una familia. Siempre decía que él no estaba hecho para esas cosas, prefería disfrutar de la vida —y el sexo— sin tener que dar explicaciones a nadie.

—No pienso discutir contigo —me rendí.

—Haces bien. Y cuéntame, ¿qué te ha hecho esta vez ese gilipollas?

—¿Cómo sabes que es por Manolo? —Me hice la indignada cruzándome de brazos.

—¿Y por qué has pensado que me refería a él si solo he dicho ese gilipollas?

¡Hundida! No era un secreto que a Javi no le caía nada bien mi novio —o prometido—. Siempre estaba con la misma cantaleta de que yo me merecía algo mejor que un niñato que se pasaba todo el día jugando a la *play*. Y tenía razón, pero el amor es ciego —solía decirme a mí misma para convencerme de seguir con él—.

—Pues hacer no ha hecho nada.

—¿Y entonces? ¿Quieres contarme de una vez que ha pasado? —El tono de su voz cambió y se tornó más seria, más oscura.

Le hice un breve resumen de lo ocurrido con Manolo y el concurso. Él observaba todos mis movimientos y escuchaba con atención lo que decía sin mostrar ninguna expresión.

—¿Y le has creído? —me preguntó algo molesto.

—No..., sí..., bueno... A ver, tiene razón en que...

—¡No tiene razón, Sara! ¡Joder! Eres la tía con más talento que conozco haciendo pasteles —me interrumpió con tanta indignación que hasta golpeó la mesa con rabia.

—¿Cuántas tías conoces que hagan pasteles? —le grité y esperé a que contestara, pero no lo hizo—. No seas ingenuo. Es un concurso internacional con reposteros de todo el mundo. —Respiré profundamente—. Seamos realistas, ¿qué posibilidades podría tener?

Agaché la cabeza y comencé a jugar con el vaso para no tener que mirarle a la cara, pero me obligó a hacerlo después de darme una de sus famosas collejas, una de esas que siempre me daba cuando éramos pequeños.

—¿Te estás oyendo?

—¡Ay! —exclamé más por el susto que por el dolor. Sus collejas no hacían daño, pero desde luego, te sacaban del trance.

—Sara Martínez Ramos, haz el favor de dejar de ser tan pesimista. Nunca sabrás si eres buena hasta que lo intentes. ¿Ya no te acuerdas de lo que nos decía siempre papá?

Tras escuchar «papá» mi cuerpo se tensó y algo me recorrió por dentro.

—Sí, claro que recuerdo todo lo que él decía —le contesté irritada.

—¡Dilo en voz alta! —me ordenó muy serio.

Lo miré como diciendo «¿En serio quieres que lo diga?», Javier asintió con la expresión de la cara más relajada. Respiré hondo, para después soltarlo de golpe y me armé de valor para pronunciar esas palabras que mi padre siempre nos decía:

—Quien no arriesga, no gana. Yo no quiero ganadores, quiero «arriesgadores» —solté del tirón con la voz afligida. Solo de recordar esas palabras, me ponía triste de recordar a mis padres.

Nunca me detuve a revisar si esa palabra existía, aunque no importaba porque definía a la perfección a la persona que lo arriesgaba todo para cumplir sus sueños.

—¿Y tú eres una arriesgadora?

—Yo... —No me dejó continuar.

—¡Tú y yo somos arriesgadores! ¡Siempre lo hemos sido!

Rompí a llorar de nuevo. Esa vez por pensar que podría haber defraudado a mi padre. Si él estuviera aquí... Y entonces sentí un calor que envolvió todo el cuerpo. Esa calidez solo podía pertenecer al abrazo de oso de mi hermano. Me acurruqué en su pecho buscando consuelo y mis lágrimas dejaron de salir.

—¡Gracias! Gracias por recordarme quién soy... Aun así, no puedo ir al concurso, son los mismos días que la luna de miel.

—¡Mierda! ¿Y no se puede retrasar? Tenéis quince días por matrimonio, ¿no podéis ir después del concurso?

—Sí, pero nos costaría 500 euros cambiar los vuelos y Manolo dice que, para no ganar, no está dispuesto a perder dinero.

—¡Maldito cabrón! —exclamó muy enfadado. Me agarró de los hombros y me obligó a que lo mirara a los ojos—. ¿Estás segura de que quieres casarte con ese patán? Si me dices que no, ahora mismo me presento a por todas tus cosas y te vienes conmigo.

—Javi... Sé que nunca te ha caído bien, pero es un buen hombre...

—¡Puede ser un buen hombre, pero no el hombre para ti! —gritó cada vez más molesto—. Tú te mereces a alguien mejor...

—Pero es a él a quien he elegido para compartir mi vida y tienes que respetarlo.

Se hizo silencio entre nosotros. Parte de lo que decía tenía razón, pero yo quería a Manolo y

llevábamos muchos años juntos para tirar por la borda la relación por lo que pensé que era un capricho.

—Está bien, *petita*, tú mandas. Pero ya sabes que puedes acudir a mí en cualquier momento.

—Lo sé hermanito.

—Venga va, deja de dar pena, que te acompaño a casa —se burló de mí, zanjado al fin la conversación seria que acabábamos de tener.

Quiero que vuelvas

Sara

Pasaron varias semanas y los ánimos se habían calmado. Era cierto que no conseguí hacer cambiar de opinión a Manolo respecto a modificar los días de la luna de miel, tampoco es que lo intentara demasiado porque sabía lo terco que podía llegar a ser. Lo compensó con varios detalles románticos que para mí fueron más que suficientes. Acostumbrada a no recibir ese tipo de afectos, cualquier cosa me parecía lo más maravilloso del mundo y así, me conquistó e hizo que dejara a un lado el tema del concurso. Y como siempre, yo piqué, me conformé y di por zanjado el asunto. Tuve claro que no iría al concurso, y aunque estaba muy asumido, seguía con la espinita puntiaguda clavada en el pecho. Sabía que habría sido una buena oportunidad para mí y que la estaba desaprovechando por un viaje que podía hacer días después, pero en fin…

Los días pasaban con rapidez. Estaba tan ocupada, centrada en el trabajo y en acabar con los últimos preparativos de la boda, que apenas tenía tiempo de pensar en nada más. Además, la jubilación de María se acercaba y ella me hacía trabajar más que a las demás para enseñarme a ocupar su puesto.

En realidad, nadie había hablado conmigo de ningún ascenso, de hecho, dudo que se le comunicaran a María tampoco, pero ella estaba muy convencida de que la próxima encargada debía ser yo. En la tienda nadie se sorprendió y daban por hecho que la persona idónea para ocupar ese puesto era yo, incluida Coral, que veía día tras día como María se involucraba más en mis tareas. Y tenía toda la lógica del mundo. Primero por la antigüedad, porque era de las que llevaba más tiempo trabajando allí, y segundo, porque valía como encargada.

Coral estaba bastante tranquila, apenas me molestaba. De vez en cuando se le escapaba alguna de sus malas acciones hacia mí, pero María intentaba realizar los cuadrantes para que no nos cruzáramos en las jornadas de trabajo.

La fecha de la boda se acercaba y, aunque ya no sentía esa gran emoción del principio, continuaba con los preparativos sin tanto entusiasmo como antes. Sí, ya no me hacía tanta ilusión hacer manualidades para entregarles a los invitados como obsequio y recuerdo de nuestra boda, tampoco preparar las decoraciones ni los detalles extras que en un principio deseaba para el convite. Nada, de hecho, no hice ni la mitad de las cosas que había pensado, seguramente, por el cansancio acumulado de esas últimas semanas. Y, es más, todo esto debía compaginarlo con los pasteles de cumpleaños que me iban encargando y que, cada vez eran más y más.

Al fin, Manolo y yo nos pusimos de acuerdo en la música. Hicimos un popurrí de estilos... Como a cada uno le gustaba una cosa diferente, no nos quedó más remedio que ir alternando nuestras canciones favoritas, además de incluir aquellas imprescindibles para una boda. Debo reconocer que por mi estado de ánimo cedí más de la cuenta, pero tampoco me importó, ya nada me hacía soñar con ese día, mucho menos unas simples canciones para animar la ceremonia.

Saliendo de trabajar y dirigiéndome a casa, recibí una llamada.

—Hola tía, ¿cómo estáis?

Me sorprendió ver su nombre en la pantalla, pues apenas hacía unos días que había hablado con ella y solíamos comunicarnos una vez al mes, a lo sumo.

—¡Ay, Sara! ¡Qué alegría hablar contigo! —Noté algo extraño en la manera en que me saludó —. Tengo que decirte algo.

—¡No me asustes! ¿Qué ocurre? —pregunté al sentir la angustia en su voz.

—Tu abuela.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —Comencé a ponerme nerviosa y algo en mi interior sabía que estaba ocurriendo algo.

—Está... está en el hospital, Sara.

Aquella noticia me cayó como un jarrón de agua fría, no esperaba recibir ese tipo de información y a tan pocos días de la boda. Mi abuela no podía faltar a la ceremonia, ella debía asistir y verme vestida de blanco. Los ojos comenzaron a escocer y necesitaba disponer de más información sobre su estado.

—¿Qué le ha pasado? —Me horroricé al pensar en lo peor.

—No lo sé, le están haciendo pruebas. Se desmayó esta mañana y perdió el conocimiento.

Apareció un nudo en el estómago. Mi abuela, la única que me quedaba viva, estaba mal. Y, además, en Tenerife. Si iba a marcharse al otro lado, yo tenía que estar con ella en sus últimos días.

—Cojo un vuelo hoy mismo y voy para allá.

—Sí, será lo mejor. —Y esas palabras me confirmaron lo peor.

—Te aviso de la hora de llegada para que vengas a buscarme.

—De acuerdo.

Colgué y enseguida llamé a María para contarle lo ocurrido y pedirle unos días de permiso. Como era de esperar, no se opuso y me dio tantos ánimos y muestras de cariño, que sentí su abrazo desde la lejanía.

Llegué a casa asustada, con la cara desencajada y, encontrarme a Manolo sentado el en sofá, con el mando de la consola entre las manos, me enfureció. Pero sabía que era por mi estado de nervios, así que dejé el enfado a un lado y le conté lo que pasaba. Para mi sorpresa...

—¿Y qué vas a hacer allí? Es normal, está mayor y todo el mundo muere.

¿Dónde había dejado su humanidad? No era lo que quería o necesitaba oír. Estaba hablando de mi abuela ¡joder! Aunque tuviera razón, no escogió las mejores palabras y el tacto fue... nulo.

—¡Pienso ir! ¡Es mi abuela! —exclamé al borde de perder los papeles.

—No hace falta que te alteres. Si quieres ir ves, pero yo lo veo un poco precipitado. Espera y que tu tía te informe del estado.

—¿A qué tengo que esperar? ¿A que se muera? —No entendía cómo era capaz de ser tan frío, sabiendo lo que para mí significaba mi abuela.

Le conté con la intención de que él viajara conmigo, pero visto lo visto, decidí desechar ese pensamiento. Prefería ir sola, o mejor, llamaría a mi hermano que, aunque no estaba tan unido como yo, también sentía devoción por ella.

Tal y como pensé, se sumó al viaje. Reservamos los únicos —y caros— vuelos que había para esa noche. Preparé una maleta con cuatro prendas y casi sin decirle adiós a Manolo, llegué en taxi al aeropuerto. Mi hermano fue por su cuenta y nos encontramos allí.

—¿Puedes tranquilizarte un poco? —me soltó ya sentados en el avión.

Lo miré ofendida.

—¿Y tú? Estás demasiado tranquilo. ¡Es posible que no volvamos a ver a la abuela, Javi!

—No será para tanto. Ya verás como mejora enseguida. —No sabía si intentaba disimular su preocupación o si realmente, pensaba así. Para mí era imposible tranquilizarme, sabiendo que mi abuela estaba ingresada en un hospital.

Javi decidió ponerse los auriculares y cerrar los ojos para desconectar de mí y mis numerosas preguntas.

Fue un vuelo tranquilo y llegamos a la hora acordada, sin retraso alguno.

Recogimos el equipaje y llamé a mi tía. No tardó en coger la llamada.

—¿Ya habéis llegado? Estoy esperando en la salida.

—Muy bien. Ahora salimos.

Nos dirigimos a la salida y al pasar por la puerta, oí unos pitidos y gritos. Alguien estaba de fiesta, pero no me preocupó. Busqué a mi tía entre la multitud y...

—¡Bienvenida!

No era posible, no podía ser cierto.

—¿Merche? —Miré al otro lado—. ¿María? ¿Pero qué?

No entendía nada. ¿Qué hacen aquellas dos? ¿Y qué hacían todas vestidas de hawaianas y con...? ¿Penes en la cabeza? Mis ojos no mentían, pero me costó reconocer que me habían preparado una despedida de soltera sorpresa.

—La abuela no está ingresada, ¿verdad? —le pregunté a mi tía con el ceño fruncido.

—¡Lo siento, lo siento! —Juntó las palmas de las manos y pidió perdón—. Pero es que era la única forma de saber que vendrías.

Y era cierto, solo algo así me hubiera hecho coger un vuelo a 3.600 kilómetros.

—¡Anda que tú te lo tenías muy callado! —reñí a Javi—. Con razón no te vi demasiado preocupado...

Rio con descaro y vino hasta a mí para fundirse en un abrazo.

—Te vimos muy triste estos días, así que pensamos en darte una buena fiesta —me susurró al oído.

—Gracias, en realidad, lo necesitaba. —Llegué hasta mi tía y le solté—: La próxima vez no utilices la salud de la abuela. He estado muy acojonada.

Se fundió en un tierno abrazo conmigo para dar su promesa de que esa vez sería la última en la que jugara con mis sentimientos.

—Bueno, ¿estás preparada para desmadrarte? —exclamó Merche muy animada y haciendo círculos con la diadema de penes—. Hoy está permitido todo, y cuando digo todo, es todo. —Subió y bajó las cejas unas pocas de veces divertida.

Yo antes de ti

Ciro

Esas últimas semanas fueron una pesadilla, más bien, una montaña rusa de emociones. Después de lo sucedido en aquel bar y las horas que pasé en el calabozo, me prometí que mi vida tenía que dar un giro radical. No podía continuar sin rumbo alguno y haciendo gilipolleces.

Además, los días que pasé con Sara, me pasaron factura. No creí que conocer a una chica pudiera trastocar mi vida, pero así fue. Cada vez que me cruzaba con una pareja feliz, el recuerdo de lo que vivimos hacía unas semanas volvió para atormentarme. Ya ni siquiera competía con el recuerdo de mi ex, solo aparecía Sara una y otra vez, paseándose por mi memoria.

Me desperté esa mañana con la necesidad de salir a la calle, conocer nuevas personas y tratar de llenar ese vacío que Sara había dejado en mi interior. Mi amigo me sugirió que me embarcara en el mundo de las citas, aunque no estuve demasiado seguro, porque jamás había ligado de otra manera que no fuera cara a cara y por qué no admitirlo, con unas copas de más siempre encima. Eso de ligar por redes sociales o chats, no era lo mío. Aun así, quise darle una oportunidad a lo desconocido. ¿Y si encontraba a la mujer de mi vida?

Al final, hice caso a Robert y, después de me descargara en el móvil algunas aplicaciones y que me ensañara a utilizarlas, comencé a entablar varias conversaciones al mismo tiempo.

La idea era salir con diferentes mujeres y disfrutar de la compañía femenina, pero algo dentro de mí seguía anhelando lo que tuve con Sara, o, mejor dicho, lo que podíamos haber tenido.

Además, hacía dos días que volví a reencontrarme con mi ex y su nueva pareja, al que conocí en el último restaurante donde trabajé. Fue un encuentro casual, pero verla sonreír y ser feliz junto a alguien más me golpeó en lo más profundo de mi ser. Por un lado, me alegraba verla encontrar la felicidad que tanto merecía, por otro lado, no pude evitar sentir un pinchazo de tristeza y nostalgia.

El recuerdo de los momentos que compartimos, las risas, los abrazos y los besos, seguían vivos en mi mente. Aunque más que ella, anhelaba lo que me hacían sentir todas esas acciones.

Me pregunto qué hubiera pasado si las cosas hubieran sido diferentes, si nuestras vidas se hubieran entrelazado de una manera más permanente. Si yo no hubiera caído en la tentación de tener sexo con otras mujeres. Lamentablemente, no podía vivir en el «qué hubiera pasado».

Me enfrenté a la realidad de que el pasado era solo eso, pasado. Si no hubiera sido infiel, jamás hubiera conocido a Sara, una mujer inteligente, cautivadora y sensible, a la que tuve el placer de cruzarme en su vida y ella en la mía.

Esa mañana, me recordé a mí mismo que merecía ser feliz, que había muchas experiencias por vivir y que el amor podía encontrarme en los lugares más inesperados.

A pesar de los obstáculos emocionales que aún debía superar, estaba decidido a avanzar. Quería aprender a dejar ir el pasado y abrir mi corazón a nuevas posibilidades. No era justo para mí ni para las mujeres que conocía llevar el peso de mi anterior vida en cada relación que comenzaba.

Así que di carpetazo a mi pasado, incluida Sara y decidí darme la oportunidad de encontrar la felicidad.

Quedé con mi amigo Robert a media tarde en el bar de siempre con el propósito de conocer a mujeres. Y quién sabía, quizá me llevara alguna a la cama aquella misma noche.

Estaba decidido a encontrar el amor, pero por supuesto no tenía pensado dejar ni una oportunidad de disfrutar del sexo mientras lo conseguía.

Con unos pantalones blancos y una camisa negra, junto a mi fiel gorra del mismo color que los pantalones, me senté en una de las mesas de la terraza. El tiempo era ideal para disfrutar de una copa al aire libre.

Y cuando digo copa, me refería a una sin alcohol. Era la prueba de la verdad. Desde el día que me detuvieron, decidí afrontar los problemas de otra manera que no fuera bebiendo. Apenas salía de casa, si no era por algún trabajo esporádico al que no podía faltar. No probé el alcohol, aunque ganas no me faltaron, pues mi vida seguía siendo un desastre y los pensamientos sobre mi ex y Sara regresaban constantemente.

Se acercó la camarera con un par de vasos de tubo y una botella de wiski. Ya nos conocía y no era necesario que nos tomara nota, pues siempre pedíamos lo mismo.

—Bien cargado, por favor —le ordenó risueño Robert. Esta, le respondió con un guiño de ojo coquetamente mientras le llenaba el vaso.

Cuando acabó con mi amigo, fue a verter el licor sobre el otro vaso, pero antes de que la primera gota cayera en el interior, lo impedí colocando la mano en el vaso.

—Una cola para mí, por favor —le pedí con la mejor de mis sonrisas.

Me miró vacilante y preguntó:

—¿Hoy no bebes?

—He decidido dejar el alcohol por un tiempo... Ejem... no me sentaba demasiado bien —le respondí sincero. Aunque no era una amiga, la consideraba una persona de confianza a la que podíamos hablar de cualquier tema.

—¡Ah! Muy bien, pues ahora te traigo el refresco —me dijo, mientras contoneaba las caderas en dirección a la barra.

—Le gustas un montón —soltó Robert cuando Marta ya no podía escucharnos.

—¿Tú crees? —Tenía mis sospechas, pero mi amigo las acababa de confirmar.

Y bueno, Marta era una mujer resultona y atractiva. No me hubiera importado disfrutar de ella, aunque la descarté porque podría ser algo incómodo para ambos si nos encontrarnos en el bar después.

—¿Pero no has visto cómo te come con la mirada? Está loquita por ti.

—Vale, vale, lo pillo. Pero no, como dicen: donde comas no metas la polla.

Soltó una carcajada.

—Querrás decir, donde tengas la olla, no metas la polla —me corrige divertido.

—Bueno, eso. Ya sabes que con los refranes soy muy malo —le contesté riendo.

—Pero...

—Pero nada. Venimos mucho por aquí y me encanta este bar. No me gustaría que hubiera algún malentendido entre nosotros y tuviera que cambiar de bar —intervine antes de que soltara alguna tontería más. Tengo claro que no quiero complicarme más la vida, y acostarme con ella sería precisamente eso.

—Ahí tienes razón. Y bueno, cuéntame, ¿qué te pasa?

—Nada, ¿por?

—Pues porque me has llamado para salir esta noche y te he notado irascible.

Con el vaso en la mano, bebí un sorbo grande del refresco.

—Nada —vuelvo a contestarle.

—No te creo. Algo ha tenido que ocurrir para que me vengas con esa nueva actitud.

Me sinceré con él.

—Bueno, he decidido que tengo que avanzar y no anclarme en el pasado. Ayer me encontré con mi ex y el tío ese.

—¿Has vuelto a tener problemas? —preguntó preocupado.

—No, no. Solo que la vi feliz y yo quiero tener eso.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—Follarme a la primera que pase —solté bromeando.

En ese momento, pasó Marta, la camarera, a dejar dos cubatas en la mesa de al lado.

—Pues ya sabes —ironizó mi colega guiñándome un ojo y mirando a la camarera.

Me encontraba dando el último sorbo y, tras escuchar la broma de Robert, me atraganté.

Negué con la cabeza y mi amigo se carcajeó.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —intervino la chica, que se dio cuenta que hablábamos de ella.

—No, nada —contesté al momento, pero Robert quería jugar.

—Pues que el muchacho quiere echar un polvo esta noche y justo has aparecido tú... —Rio.

Marta sonrió con descaro, pues a ella no le importaría en absoluto tenerme entre sus piernas.

—Pues si no encuentras a nadie... yo acabo mi jornada a las tres —soltó con picardía.

Carraspeé nervioso y le sonreí.

No tenía intención de acostarme con ella. Ya había decidido descartar esa opción, aunque si no encontraba a nadie más esa noche... ¿Quién sabía?

En cuanto se marchó, Robert me dio una palmada en el hombre.

—Ves como la tienes loquita —soltó divertido. Le eché una mirada furtiva, pero al momento reí junto a él—. Por cierto, ¿cómo vas con la aplicación de ligoteo que te instalé?

Puse los ojos en blanco, porque seguía sin gustarme esa manera de ligar.

—Pues he hablado con alguna, pero no sé, no me acaba de gustar…

—Bueno, tú eres más de acción, no tanto de hablar. —Sonríe—. A ver si tienes suerte y esta noche encuentras a la mujer ideal para ti. Todo es posible, ¿no?

No hizo falta insistirle a Robert de salir esa noche. Él tenía tantas ganas como yo.

Cómo sobrevivir a una despedida de soltera

Sara

Todavía seguía en shock por la sorpresa que acababa de recibir de mi familia y amigos. Toda la tristeza y desilusión que había acumulado las últimas semanas desaparecieron de golpe. Con ellos a mi lado me sentía a salvo, feliz.

Fue mi tía Raquel la que nos llevó a cenar a un bar preparado para este tipo de celebraciones.

En el corazón de la ciudad, oculto entre calles adoquinadas y luces de neón, se erigía el bar, un lugar enigmático y fascinante. Tras leer el nombre del cartel colgado en la puerta, mis mejillas se sonrojaron: Éxtasis de soltería.

—No te asustes, mi niña. Es el lugar más exclusivo dedicado a las despedidas de solteras —me informó Raquel tras ver mi cara de circunstancias.

Tragué saliva.

—¿Solo de solteras? —pregunté incómoda.

—¡Exacto! —intervino Merche abrazándome por los hombros—. Lo que pase en éxtasis, se queda en éxtasis.

Todos comenzaron a reír por la paradoja de las ocurrencias de mi amiga.

Miré de reojo a María, la más sensata de todas, y encogió los hombros sonriendo. Parecía que todo lo que ocurría no sufría efecto alguno sobre ella. Se lo estaba pasando en grande.

¿Qué me habrían preparado esos locos?

La fachada del bar era más bien discreta, pero una vez traspasabas sus puertas, nos adentramos en un mundo de emociones desbordantes y secretos inconfesables. En el interior, la atmósfera estaba impregnada de un aura de seducción y diversión desenfrenadas. Luces suaves y colores vibrantes se entremezclaban creando un lugar de fiesta maravilloso. El sonido contagioso de la música te hacía sentir como si estuvieras en un universo paralelo, alejado del bullicio exterior.

Nos guiaron hasta un salón más alejado del alboroto. Las mesas, elegantemente decoradas con adornos festivos, se encontraban dispuestas en torno a un pequeño escenario, donde me imaginé que habría algún *show* más adelante. Las sillas eran cómodas y acogedoras, diseñadas con formas de pene para que las risas no faltaran. En cada una de las mesas, una botella de champán y copas de cristal reluciente esperaban a ser descorchadas para brindar por la amistad y el futuro que me esperaba como esposa.

El personal del bar estaba compuesto por tres camareros —varones— a cuál mejor parecido. Lucían una sonrisa encantadora y se aseguraban de que en la mesa no faltara comida y cócteles.

Cada detalle estaba pensado para crear una experiencia inolvidable para todas las novias y sus acompañantes.

Estábamos disfrutando de la cena, cuando todas las luces se apagaron.

—Ahora viene lo mejor —soltó Merche divertida.

—¿El qué? —pregunté intrigada.

Y de repente, una voz se oyó por toda la sala llamando a todas las novias para que subiéramos al escenario. El color rojo se apoderó de toda mi cara. Me hundí en la silla, escondiéndome para que nadie me echara en falta. Yo no quería salir delante de todo el mundo. Fue el traidor de mi hermano junto a mi detestable amiga quienes me llevaron a rastras con las demás novias.

Me quise morir.

El escenario se iluminaba con destellos de luces rosadas y doradas, creando un ambiente de ensueño mientras sonaba una música animada y sensual de fondo. Mis amigas y Javier se

acomodaron en torno al escenario, todos emocionados y expectantes por el espectáculo que estaba punto de comenzar.

En el centro del escenario, aparecía un atractivo y carismático presentador, vestido con un atuendo elegante pero coqueto. Con una sonrisa encantadora, dio la bienvenida a las presentes y nos aseguraba que estábamos a punto de vivir una noche inolvidable. Las risas y los murmullos llenaban el ambiente, mientras yo, con una corona de flores en la cabeza, sonría tímidamente por el desconocimiento de lo que estaba por venir.

El presentador daba comienzo al *show* y un grupo de talentosos y sensuales bailarines que prometían sorprender y seducir con sus movimientos, aparecieron de detrás de unas cortinas oscuras. Me ruboricé de ver a tanto hombre semidesnudo y de cuerpos perfectamente trabajados.

Vestidos en trajes sexis y sugerentes, empezaron a moverse al ritmo de la música, desplegando coreografías sensuales y llenas de energía. Cada paso, cada gesto, estaba pensado para cautivar a la audiencia y hacer que esta noche fuera inolvidable para todos.

Mis amigos y familia soltaron carcajadas y aplausos después de que uno de esos hombres se acercara con picardía a mí y comenzara a rodearme de sus bailes sensuales. No pude evitar pensar en la cara que hubiera puesto Manolo si me hubiera visto en aquella tesitura. Y por esa misma imagen, pensé que debía divertirme más, si cabía. Me levanté, me acerqué hasta mis amigos y le robé la copa de las manos de Merche. Bebí de un trago todo el contenido ante las risas de mi amiga, volví al escenario renovada.

No sé qué llevaba aquella copa, pero minutos después, los nervios desaparecieron de mi cuerpo y ya no sentía vergüenza ni timidez. Bailé y toqué a cada uno de esos muchachos como si no fuera a tocar un hombre más en mi vida.

Conforme avanzaba la noche, el alcohol y el ambiente hicieron que apenas quedara algo de la Sara recatada y tímida. Me sentía abrumada de felicidad por pasar ese día con todas las personas que eran especiales para mí y cuando dieron por zanjado el final del espectáculo, sentí nostalgia por que aquella noche terminara.

—¡No quiero que acabe esta noche! —grité con aires de desenfado.

—¿Y quién ha dicho que acaba aquí? —soltó Javier divertido de verme en ese estado. —Tía, ¿dónde podemos ir para culminar esta magnífica noche? —le preguntó a Raquel, quien no dudó en contestar.

—¿Os apetece ir a bailar?

Todos gritamos al unísono un sí, confirmando que lo estábamos pasando en grande. Hasta María parecía otra mujer, más rejuvenecida.

Caminamos un trayecto largo y tendido, pero con todo el alcohol que corría por mis venas, ni me enteré del tiempo que estuvimos caminando. Llegamos hasta la playa y comencé a oír el sonido de la música que aumentaba a cada paso que dábamos. El sonido del ritmo de la música electrónica y los ritmos latinos se filtraba por las puertas abiertas, invitándonos a entrar. Cuando me planté ante aquella majestuosa entrada, pintada de blanca y adornada con flores de colores, quise que aquella noche no se acabara jamás. Lo estaba pasando en grande, como nunca lo había hecho antes. ¿Esto era salir de fiesta con los amigos? ¡Cuántas cosas me había perdido!

Entramos en aquel lugar, que, sin saberlo en aquel momento, era la discoteca más famosa de la región. Con su icónica ubicación frente al mar, se había ganado una reputación única como el epicentro de la diversión nocturna.

El diseño de Sky era una fusión entre la elegancia y la relajación. Cómodos sofás y mesas decoradas con luces suaves se distribuían en espacios estratégicos, permitiendo que los asistentes se relajasen y disfrutasen de las espectaculares vistas del mar mientras compartían risas y charlas

animadas. Para aquellos que preferían una experiencia más enérgica, la amplia pista de baile era el lugar ideal para liberar sus inhibiciones y dejarse llevar por la música contagiosa.

A dos metros de ti

Ciro

Entramos en el pub Sky, un local situado a escasos metros de la playa. Estaba decorado con un gusto exquisito y su punto fuerte era sin duda, la terraza al aire libre con vistas al mar. Era el lugar perfecto para crear momentos ideales para ligar, o al menos, siempre que habíamos ido, acabamos llevándonos alguna a la cama. Vamos, que, si querías follar, no encontrarías un lugar mejor que aquel en toda a ciudad.

Pasaban de las doce de la noche y ya estaba a reventar. La multitud de personas se amontonaban en la pista de baile. En las barras —que eran tres— no había hueco alguno para colarse y pedir una copa. No era de extrañar, pues se trataba de uno de los pubs más concurridos de la ciudad y, aunque nos estresaba que hubiera tanta gente, siempre lo escogíamos con los ojos cerrados.

Agarramos unos taburetes altos de una de las barras del fondo, justo en el momento que dos chicas los dejaron libres. Casi tuvimos que correr para que no se nos adelantaran, pero llegamos a tiempo y aquellos asientos fueron nuestros. Además, desde esa posición, teníamos una amplia visión de todas las personas —o de todas las mujeres—. Mi amigo Robert se había empeñado en que aquella noche triunfara con alguna.

—¿Qué te parece esa? —Señaló a una mujer morena de cuerpo de diez que estaba bailando en medio de la pista. Estaba de espaldas y lo que vi me gustó, pero al darse la vuelta, cambié de idea.

—Demasiado artificial—contesté desviando la mirada después de descubrir varias operaciones que tenía hechas en cara y pechos.

—¡Pero si está buenísima! —se quejó Robert asombrado por el rechazo a esa chica.

—Muy artificial, tío —le repetí de nuevo.

—¡Pero si así son como te gustan!

Pensé en lo que dijo y en cierto modo tenía razón. Nunca había hecho ascos a mujeres de ese estilo.

—Hoy no busco eso —le corté buscando en otro lado.

—¿Y se puede saber qué buscas? —preguntó cada vez más desorientado.

—Cuando lo sepa, serás el primero en saberlo —le solté entre risillas, sabiendo que, en realidad, esa noche no tenía demasiadas ganas de sexo. Pero ver a Robert buscándome ligue, me parecía gracioso a la par que divertido.

Pasaron varias horas y todas las mujeres que Robert y yo veíamos, ninguna era de mi agrado —o eso le hacía creer—. Y estaba comenzando a perder la paciencia.

—¡Joder, Ciro! Estás demasiado exigente, ¿no crees? —soltó tras rechazar de nuevo a una rubia que acababa de pasar por nuestro lado.

—No sé qué me pasa hoy hermano, no encuentro lo que busco.

No quise confesarle nada, pero estaba convencido de que el motivo por el que no tenía ganas de líos de faldas era por Sara. Llevaba días soñando con ella y aunque no había olvidado a mi rubia, la sonrisa tímida de Sara se colaba en mis sueños. Aquella chica de ojos verdes me había calado muy hondo y no supe el porqué. ¡Maldita la hora que entró en mi vida! Y sabía que no tenía nada que hacer con ella —eh ahí lo gracioso—, pues vivía en Barcelona y no había tenido noticias de ella desde que se marchó.

—¿Sara? —preguntó mi amigo sorprendido.

No quería admitirlo, pero parecía que se hubiera metido en mi cabeza. Lo miré alucinado, porque apenas había hablado de ella con él y no comprendía de qué manera adivinar —porque esa era la palabra— que estaba así por ella.

—Ni me la menciones —le contesté molesto.

—¡No joder! Estoy viendo a Sara ahí.

Instintivamente, me di la vuelta y me encontré con los ojos de ella observándome.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —pregunté incrédulo.

—No lo sé hermano, pero viene hacia aquí —contestó.

Y efectivamente, Sara venía a paso ligero hasta donde estábamos nosotros, acompañada de varias mujeres de edades diferentes y un hombre. Lo miré receloso sin pretenderlo.

—Hola —soltó cuando estaba justo enfrente de mí.

Me pareció una situación extraña, jamás hubiera imaginado que pudiera encontrármela ahí con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Cuánto había pasado desde que se fue? Pensé que no volvería a verla en años, y después de unas semanas, la tenía delante.

—Ho... hola —balbuceé incrédulo por la alegría que desprendía.

Me dio dos besos que hicieron que mi cuerpo se tensara. Ese pequeño contacto de sus labios con mis mejillas, lo dijeron todo: esa chica me volvía loco.

—Hola Robert —saludó a mi amigo también y este respondió con un simple gesto de cabeza, también sorprendido por su presencia.

—¿Qué haces aquí? Te hacía en Barcelona —le respondí todavía en estado de shock.

—Es su de... —soltó su amiga, una mujer morena de ojos rasgados. Pero antes de acabar se topó con el codo de Sara en sus costillas, que la hizo callar.

—Hemos venido a pasar unos días con amigos. —Sé que mentía, pero desconocía el motivo.

—Ejem —carraspeó quien debía ser el novio de Sara.

—Sí, voy, voy. Os presento a mi gente. Este es Javi. —me alargó su mano para que la estrechara, pero saber que por ese era por quien Sara no estaba conmigo, me enfurecía.

—Ciro —respondí serio y seco.

—Merche. —La morena se abalanzó a nosotros para saludarnos con besos.

—A mí ya me conocéis —soltó Raquel.

—Y yo soy María, la veterana del grupo. —Sonrió con timidez.

A decir verdad, viéndolos a todos juntos, me encontré con un cuadro bastante pintoresco. Cuatro mujeres de edades muy dispares, un hombre más o menos de mi edad y Sara.

—Bueno, ya hemos hecho las presentaciones —interrumpió Merche—. Necesito una copa, Sara ¿me acompañas?

Ella la miró indecisa y tras otro gesto de cabeza de su amiga asintió y se marcharon, dejándome con todas sus amigas y su novio.

La vi alejarse y a pocos metros se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron. Sonrió y esa imagen se quedó grabada en alguna parte de mis recuerdos.

La señora mayor y su tía bailaban divertidas, mientras que el tal Javier, se aposentó en la barra y comenzó a hablar con Robert.

Me sentía incómodo entre ellos dos, más bien con «el otro», así que di unos pasos hasta la pista para alejarme de él.

Esperé un largo rato a que Sara volviera. Aunque quisiera estar cerca de ella, prefería que se llevara a toda su troupe lejos de mí para no verla en plan romántico con el otro. O mejor, me despediría y le rogaría a Robert para que nos largáramos a otro lugar.

—¿En qué piensas? —Noté el aliento de Sara detrás de mí y el vello de la nuca se convirtió en

púas de erizo.

—En nada —contesté de inmediato.

Se colocó delante de mí y comenzó a mover las caderas. Seguía sin tener ritmo en los pies, aun así, a mi cuerpo —o más bien a mi miembro— le encantó sus movimientos.

Tenía que salir cuanto antes de allí, pero en el momento que di un par de pasos para secuestrar a mi amigo, Sara me agarró de la cintura y se apretó contra mí.

—¡Baila conmigo! —me ordenó desinhibida. Estaba chisposa, seguramente antes de entrar al pub ya se habría tomado algunas copas.

—¿Y qué va a pensar él? —me atreví a decir señalando a Javier.

Me miró extrañada, como si le hubiera preguntado sobre un extraterrestre.

—¿Qué va a pensar? Somos dos personas adultas bailando... —se excusó.

Aproveché su respuesta y me acerqué más a ella.

—Si yo fuera él, estaría muy celoso de verte bailar conmigo —le susurré mientras hacía movimientos sensuales con mi pelvis.

Sara frunció el ceño. Parecía sorprendida o extrañada por lo que le decía.

—¿Qué clase de pervertidos crees que somos? —Hizo el gesto de vomitar haciendo ver qué se introducía dos dedos en la boca —¿Por qué se iba a poner celoso mi hermano?

—¿Hermano? —¿Él era su hermano? El estado de ánimo mejoró notablemente al descubrir que no era su novio y por un segundo, sentí que volvía a estar en el partido—. Pensé que era... tu novio.

—No, no. Él no ha venido.

—Mejor para mí —dije en un susurro para que no me oyera. Coloqué las manos en su cintura y disfruté del baile con Sara.

La noche fue pasando y las ganas de besarla no cesaban, sino todo lo contrario, aumentaban por momentos. Pero sabía que tenía novio y el miedo a que me rechazara de nuevo, impedía que se lo robara.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —me interesé.

—Pues todos se van mañana, bueno, hoy porque ya sabes, pasan de las doce. —El alcohol le hacía hablar más de la cuenta y me parecía encantadora esa actitud desinhibida que desconocía.

—¿Y tú?

—Creo que el miércoles, tengo que mirarlo bien porque si hay un vuelo antes, prefiero cogerlo. ¿Qué voy a hacer tantos días aquí sola?

Tenía cinco días por delante para estar con ella y no pensaba permitir que reservara un vuelo antes de ese día.

—¿Conoces Tenerife? Podrías hacer turismo —la animé. Esa era la excusa perfecta para estar más tiempo juntos.

—Pues no, no la conozco, pero...

No estaba dispuesto a perder esa oportunidad.

—Pero nada. No se hable más. Te enseñaré la isla para que te lleves un buen recuerdo y quieras volver.

—¿Tú me la enseñarás? —Frunció el ceño algo descolocada.

—¿Quién mejor que yo? —Sonreí con picardía.

—No sé, Ciro. Creo que no es muy buena idea...

Sabía por qué lo decía y eso me animó más todavía. Si tenía miedo a pasar tiempo conmigo, solo podía significar una cosa: que le gustaba.

—¿Por qué? ¿Qué tienes miedo de estar a solas conmigo?

Se puso rígida y seria. Me miró con desconfianza y, cuando estaba a punto de decir algo, negó con la cabeza.

—Por nada. Está bien, serás mi guía estos días.

Lo mejor de mí

Sara

¿Por qué había aceptado su propuesta? Pasar más tiempo con Ciro solo me traería problemas, porque había demasiada atracción entre nosotros.

El alcohol no dejaba de recorrer mis venas y cuanto más tiempo pasaba, más efecto hacía sobre mí. Me dejé llevar por la música e hice caso a Merche.

Cuando ella me arrastró hasta la barra en el momento que le presenté a Ciro, me lo dejó bien claro:

—¿Quién es él? —me preguntó inquisitivamente.

—¿Quién?

—No te hagas la tonta conmigo. He visto cómo le miras y cómo te mira —contestó muy seria.

Sin embargo, quise jugar un poco más con ella.

—¿De quién me hablas?

—¿Sara...?

—Es Ciro —contesté divertida.

—Ya sé que se llama Ciro, me lo acabas de presentar. ¿De qué lo conoces? Y lo más importante: ¿qué tienes con él?

Sus preguntas me hicieron reaccionar. No sé por qué, pero me molestaron.

—¡Yo no tengo nada con él! ¿Por quién me tomas? —le regañé cruzándome de brazos.

—Te tomaría por una chica lista. —Y aquello me impactó. ¿Lista por liarme con alguien estando comprometida? Al darse cuenta de la expresión de mi cara, se explicó—: Me refiero a que serías lista en conocer tus verdaderos sentimientos hacia Manolo. Creo que no sabes que no estás enamorada.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba a meterse en mi vida privada? Y lo peor de todo: ¿con qué derecho se creen en desconfiar de mis sentimientos? Yo quería a Manolo, por lo que nunca le sería infiel.

—¿Puedes dejar a un lado tu odio hacia él y centrarte en lo que yo siento? No ha pasado nada con Ciro ni con nadie, voy a casarme en poco tiempo con Manolo y es lo que quiero —contesté seca.

—Está bien...

En ese momento, apareció el camarero con nuestras bebidas y como si nada le solté:

—Solo me dio un beso. —Le di la espalda deprisa y salí corriendo hasta el resto del grupo.

—¡Sara! ¡Espera! —gritó a unos metros de mí—. ¿Qué has dicho?

Giré en su dirección y divertida le repetí:

—¡Solo un beso!

Vi cómo se le desconfiguraba la cara del desconcierto y al final, sonrió. Era lo que quería escuchar.

No estaba segura de querer pasar más tiempo con Ciro a solas y, precisamente es lo que acababa de acordar con él. Teníamos cinco días por delante para recorrer la isla y conocernos mejor. Y solo podía pasar dos cosas: una, que no me gustara su personalidad y me alejara de él —que era lo que esperaba que pasase—; y dos, que me encantara su forma de ser y me enamorara —que era lo que por nada del mundo quería que ocurriera—. Así que estaba metida en un buen lío, porque por el momento, su personalidad me gustaba mucho y veía muy complicado que pudiera caerme mal.

Aquella noche era mía, para mí y seguí los consejos de mi mejor amiga: disfrutar y dejarme llevar. Y es lo que estaba haciendo. Disfrutaba de la compañía de todos, pero en especial de Ciro, que no se separaba de mí ni un segundo —tampoco yo quería que se alejara—.

El sonido de la música, la oscuridad del lugar y el alcohol en mi organismo hicieron que me dejara llevar. Ciro bailaba sensualmente conmigo y yo con él. Sus manos siempre estaban en mi cintura o en la parte baja de la espalda y sus ojos siempre fijos en los míos.

Me sentía feliz, como si no hubiera nada ni nadie que pudiera impedirme disfrutar de lo que quería hacer en ese momento. Y eso era estar con los míos y... bailar con Ciro. Solo me bastaba con eso, sentir sus manos sobre mi cuerpo sin tener la necesidad de caer en la tentación de dar un paso más.

¡Libre! Esa era la palabra correcta.

No sé cómo pasó, pero entre baile y baile, acabé al otro lado de la pista con Ciro, a la distancia exacta para que nadie pudiera vernos. Me acorraló en la pared, pero no me asusté, seguía moviendo las caderas y los brazos acompañando el ritmo de la música. Hasta que noté algo húmedo sobre el cuello. Se sentía bien y no me aparté. Las caricias continuaron y llegaron hasta mi cara. Los labios de Ciro estaban ya sobre los míos, saboreando el dulce néctar de mi boca.

Abrí los ojos y entendí lo que estaba ocurriendo. Tuve un minuto de lucidez, más que suficiente para apartarlo y enfadarme. Iba todo tan bien...

—¿Qué haces? —le grité molesta apartándolo lo más lejos de mí de malas maneras.

Me miró confundido.

—Hago lo que tú y yo queríamos.

—¡Querrás decir lo que querías tú! —Comencé a mover las manos de manera nerviosa. Había vuelto a caer otra vez en sus redes—. ¿Te he pedido yo que me besaras? ¡Joder, Ciro! ¡Lo has estropeado todo!

Salí de allí tan rápido como pude. Las lágrimas comenzaron a asomarse por mis mejillas. Había vuelto a pasar, me había dejado besar de nuevo. No quería traicionar a mi prometido, no deseaba serle infiel. Y una vez puede pasar, pero dos...

Orgullo y prejuicio

Ciro

El desconcierto de Sara me alarmó. No podía haber interpretado mal las señales que me había estado enviando durante toda la noche. ¿Por qué se cerraba de esa manera? Lo vi tan claro... que me sorprendió su respuesta.

La vi alejarse histérica y ante mi asombro, observé cómo les explicaba a gritos lo ocurrido a su amiga Merche. ¡No! No estaba dispuesto a permitir que me culpara de todo a mí.

Me largué de allí como alma que se lleva el diablo. No pude permanecer ni un minuto más escuchando desde la lejanía cómo Sara me rechazaba una y otra vez. La sangre me hervía, estaba muy enfadado, tanto con ella como con la situación.

Era la primera vez que sentía algo tan fuerte y sincero por una mujer y, aunque sabía que era correspondido, Sara se negaba a darnos una oportunidad de ser felices. Me lo negó a mí, y a ella también.

Caminé a paso ligero sin levantar la vista del suelo. No podía quitarme de la mente la imagen de Sara llorando con tanto sentimiento y desconsolada.

¿A eso le llamaban Karma? El destino me estaba devolviendo todo el mal que hice en el pasado, o al menos, una parte. Y dolía, dolía mucho.

Noté cómo a mis pulmones les costaba trabajar. Me comenzaba a faltar el aire, tanto que hasta tuve que detenerme en un rincón alejado de la música para poner mis pensamientos en orden. Podía entender que ella estuviera preocupada por su novio, pero ¡joder!, se estaba engañando a sí misma permaneciendo a su lado sin amarle y estaba jugando conmigo, con mis sentimientos.

Ya había comprendido que su relación era una farsa, ¿por qué tenía tanto miedo de romperlo? ¡Si ni siquiera tenían hijos!

Quise dar una patada a algún objeto con todas mis fuerzas, pero no encontré ninguno con el que desahogarme. Además, Nunca me habían gustado los espectáculos callejeros. Y aquella rabia contenida se convirtió en impotencia. Necesitaba hablar con alguien para desahogarme y cogí el móvil.

—¿Robert? —Oí su voz con mucho esfuerzo al otro lado. La música estaba un tanto subida de tono—. ¿Dónde estás?

—En la barra del principio pidiendo una copa —gritó para hacerse oír.

—Voy para allí.

—¿Qué ocurre, hermano? —notó que algo ocurría por mi voz tan seria y cortante. Se preocupó de inmediato.

—Necesito mujeres.

No sé por qué dije aquello, supongo que por la maldita idea que siempre había tenido de superar las penas con sexo. Nunca me había fallado, aquello que suele decirse: «Un clavo quita otro clavo». Aunque con Sara..., sería complicado. Lo que sentía por ella no lo había sentido nunca y con seguridad, para olvidarme de ella debería conseguir muchos clavos.

—¿Pero no estabas con Sara? ¿Qué ha pasado esta vez? —Apareció de la nada detrás de mí.

Él me conocía, había estado a mi lado en todas mis alegrías y penas. Sabía cómo necesitaba desahogarme en momentos de ese tipo.

—Sí, luego te cuento, ahora necesito una copa.

Sexo y alcohol, una magnífica combinación.

—¿Una copa?

Me miró confundido. Le había prometido que no dejaría que el alcohol me dominara, que solo bebería cuando estuviera tranquilo y no cuando me sintiera mal. Sus ojos reprochadores me hicieron cambiar de opinión.

—Vale, vale, nada de copas. ¿Podemos ir a la terraza a que me dé el aire?

Me sentía frustrado, impotente y lo que menos me apetecía era encontrarme con Sara de nuevo.

—Está bien, ¡vamos! Esto va a ser divertido.

—¿El qué? —le pregunté sin saber a qué se estaba refiriendo.

—A ligar. ¿No has dicho que querías mujeres? —Rio con picardía.

Y razón no le faltaba para sentirse tan contento y divertido. Cuando necesitaba mujeres y él me acompañaba, lo pasábamos en grande. Robert disfrutaba igual o más que yo porque siempre acababa con alguna echándole un buen polvo. Y no es que requiriera de mi compañía para ligar, porque su apariencia física era casi perfecta. Su piel bronceada y sus ojos negros llamaban mucho la atención. El problema era su timidez, le costaba relacionarse con el sexo opuesto y nunca supe el porqué.

Mi amigo y yo salimos a la terraza. Me acomodé en el pequeño muro que separaba la playa del bar y miré al horizonte, donde el mar desaparecía en la profundidad. Respiré profundamente y exhalé el aire. Solía hacer este tipo de respiración para apaciguar los nervios y casi siempre funcionaba. Conseguí calmarme y miré a Robert, que se encontraba a mi lado imitando mis acciones.

—¿Por dónde empezamos? —le solté con una falsa sonrisa maquiavélica.

Le había dicho que quería mujeres, aunque en realidad, lo que más necesitaba en ese momento, era salir huyendo de allí y como mucho, darme un baño en la playa. Pero no, si Sara no quería estar conmigo, otra lo haría. Era cuestión de orgullo.

—Pues a lo mejor te interesa que nos presentemos a aquella muchacha de ahí —dijo señalando a una chica morena de pelo corto.

La revisé de arriba abajo y la encontré bonita. Además, no había ninguna similitud entre ella y Sara, algo muy importante en aquel momento. No podía permitir que nada me recordara a Sara o estaría perdido.

Nos acercamos hasta donde estaba ella bailando con sus tres amigas y comenzamos a mostrar nuestras dotes de baile. Enseguida, se unieron a nosotros y la chica de pelo corto se arrimó a mí. Bailamos con sensualidad varias canciones. Por su forma de moverse, intuí que le había gustado, aunque, en aquel instante, ya no estaba seguro de saber interpretar a las mujeres, por lo que fui bastante cauteloso.

En cuanto confirmé las intenciones de aquella muchacha, decidí lanzarme.

Algo para recordar

Sara

No pude evitar sentirme abrumada por lo ocurrido con Ciro. Decidió besarme de repente, tomándome por sorpresa, y la mezcla de emociones que sentí, me desbordó en aquel instante. En lugar de dejarme llevar por el momento, tal y como me había recomendado mi amiga, me enfadé con él. Mis pensamientos estaban revueltos y atormentados y la rabia e incomodidad que sentía, me impulsaron a salir huyendo y alejarme de Ciro.

Mi cabeza estaba llena de sentimientos encontrados y el corazón comenzaba a dolerme por todo lo sucedido. Necesitaba desahogarme y contarle a Merche todos los detalles de ese momento que terminó en caos emocional. Mientras conversaba nerviosa con ella, me di cuenta de que esta estaba disfrutando de la historia, puesto que mantenía inmóvil aquella sonrisa traviesa que tanto la definía. Y eso me enfurecía más. ¿Qué clase de amiga tenía? Era mi mejor amiga, ¡joder!

La frustración me empujó a buscar una vía de escape en el alcohol y empecé a beber sin control —otra vez—.

Borracha y con la mente nublada, decidí que necesitaba encontrar a Ciro y aclarar las cosas. Me costaba andar derecha, pero mi determinación y mis sentimientos encontrados, me impulsaron a buscarlo por la discoteca.

Sin embargo, cuando di con él, mi corazón se rompió en mil pedazos.

Ciro estaba coqueteando descaradamente con otra mujer, una morena de pelo corto que parecía tener toda su atención. Sentí un fuerte pellizco de celos y traición en el pecho. ¿Cómo podía haberme besado y luego buscar a otra en un espacio tan corto de tiempo?

Me sentí humillada y engañada.

Sin poder desviar la vista de Ciro y su nueva conquista, me alejé de ellos con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Me sentía perdida, y vulnerable, además de los litros de alcohol que recorrían por la sangre. Quise desaparecer, llamar a Merche y al resto de la familia y marcharnos de aquel lugar. Ya no estaba disfrutando.

Sabía exactamente dónde se encontraban mis amigos y, mientras caminaba a paso ligero, choqué con un hombre fuerte que hizo que perdiera el equilibrio. Casi caigo de espaldas al suelo, pero él logró agarrarme a tiempo.

—¿Estás bien? —me preguntó al notar mi estado de embriaguez.

Asentí.

—Sí, gracias. —Le di la espalda y comencé a caminar de nuevo, esta vez, más mareada todavía.

Sentí cómo algo tocaba la piel de mi brazo. Al darme la vuelta, me encontré con los ojos de aquel muchacho. Al parecer, notó mi tristeza y decidió aprovecharse de mi vulnerabilidad.

Me atrajo hasta su cuerpo, se acercó hasta mi oído y me susurró:

—Quiero bailar contigo.

—Lo siento, no me interesa —le contesté.

Creo que fui algo ruda y borde, pero es que no tenía ninguna intención de bailar con él ni con nadie. Quería irme ya, desaparecer de aquel lugar y olvidar todo lo ocurrido aquella noche, sobre todo, eliminar de mi memoria a Ciro.

A aquel chico no le gustó la respuesta, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Su brazo continuaba agarrando el mío y comenzó a bailar demasiado pegado a mi cuerpo. Intenté

zafarme de sus manos y sus abrazos no deseados, pero él era más fuerte y a mí me quedaba poca estabilidad. Me sentí atrapada y apenas podía moverme. Él se dio cuenta de mi situación y no dudó en sacarle provecho. Siguió acosándome, haciendo comentarios inapropiados y tratando de propasarse conmigo. Me asusté y me sentí atrapada, sin escapatoria. El corazón me latía con fuerza mientras luchaba por encontrar una salida.

Justo cuando creí que no podía soportarlo más y a punto de tirar la toalla, mis piernas fallaron y caí de rodillas al suelo. Si no hubiera sido porque alguien me sujetó de las axilas, me hubiera dado de bruces contra el suelo. Cerré los ojos, ya no me quedaban fuerzas para tenerlos abiertos y me dejé caer sobre aquellos nuevos brazos.

Oí una voz fuerte y robusta, que reconocí al instante. Era Ciro, que apareció de repente, interponiéndose entre el acosador y yo. No pude evitar sentir un alivio inmenso al saber que estaba allí, dispuesto a protegerme. Abrí por un momento los ojos para confirmar mis sospechas y, efectivamente, era él. Parecía furioso y determinado, y con su presencia y un par de gritos más, el acosador se alejó con rapidez.

Ciro revisó cada parte de mi cuerpo con preocupación. Me miró a los ojos, sin juzgarme ni hacer preguntas. En ese momento, pude ver la sinceridad y el remordimiento en su mirada. Aunque todavía sentía una mezcla de ira y dolor por lo que había presenciado minutos antes, su gesto de protección y preocupación me hizo darme cuenta de que tal vez había más en esa situación de lo que parecía.

—¿Salimos? —me preguntó más calmado.

Pensé en lo que dijo, pero todavía aparecía en la mente la imagen de Ciro bailando y coqueteado con la otra mujer. Fue el orgullo el que habló por mí:

—No, gracias por todo. Ahora me voy con los demás. —Di unos pasos, pero en seguida, mi cuerpo se tambaleó, perdiendo de nuevo el equilibrio.

Ciro, al darse cuenta, fue rápido y me contuvo.

—¿Podemos hablar? —Fue notar su aliento detrás de mi oreja y el vello de la piel se erizó.

—Otro día hablamos, ahora quiero irme a casa. —No quise dar mi brazo a torcer, pero al intentar soltarme de él, volví a tambalearme.

—Tú no te vas, y menos en estas condiciones —soltó con contundencia y agarrándome con más fuerza del brazo.

—¿Y quién me lo va a prohibir? ¿Tú? —le grité algo molesta—. Creo que tu nueva amiga te está esperando.

—¿Así que estás celosa? —Rio con descaro y picardía.

—¿Celosa yo? ¿De ti? No me hagas reír.

Y dicho esto, le di la espalda, pensando en la acusación de Ciro. ¡Claro que estaba celosa!

Caminé con poca seguridad y de repente, algo que no entendí ocurrió. En menos de cinco segundos, comencé a verlo todo del revés. Ya había comenzado a ver borroso horas antes, pero eso era fruto del alcohol, pero ¿del revés? Y entonces me topé con algo duro, era la espalda de Ciro. Me di cuenta de que me tenía cogida como un saco de patatas y eso me cabreó. Comencé a chillar y a patalear, pero solo recibía las carcajadas de Ciro a modo de respuesta.

Sentí la brisa en la cara y supe que acabábamos de salir de la discoteca. Le exigí que me bajara de una manera poco amigable, a lo que accedió sin rechistar. Se acercó con cautela, pero estaba tan cabreada, que, al ver mi cara, retrocedió unos pasos.

—En tu vida vuelvas a hacer eso —le grité descontrolada.

—¿El qué? —dijo entre risas.

Ver cómo se estaba burlando de mí, me enfureció todavía más. Fui a exigirle más y fuera de

control, llegué hasta él y lo empujé.

—No hagas eso —me advirtió cambiando la expresión de su cara a una más seria y oscura.

—¿Tú puedes hacer lo que quieras y yo no? —No estaba dispuesta a cumplir sus órdenes, por lo que quise darle un nuevo empujón, pero se adelantó y con rapidez logró atrapar mis manos.

Intenté soltarme gritándole injurias, hasta que me di cuenta de cómo las personas de nuestro alrededor observaban el espectáculo que estábamos ofreciendo. Entonces callé y aflojé los brazos y las manos. Estaba muerta de vergüenza.

—¿Estás más tranquila? —me preguntó también calmado.

Asentí avergonzada.

—Lo siento —solté arrepentida y con lágrimas ya en los ojos.

La montaña rusa de emociones y sentimientos que había tenido aquella noche, habían tocado fondo. Me derrumbé por todo y nada.

—¿Puedo abrazarte?

Oír aquella pregunta hizo que dejara de mirar al suelo y levantara la vista al frente hasta topar con sus ojos. Su mirada cálida y su sonrisa sincera hicieron que me embriagara de paz.

Oficial y caballero

Ciro

La noche en la discoteca fue un torbellino de emociones y ver cómo aquel baboso se propasaba con ella, fue la gota que colmó el vaso.

Lo estaba pasando estupendamente con aquella morena de pelo corto. Por un escaso espacio de tiempo, pude olvidar a Sara. Aunque no era del todo cierto, pero al menos, lo intentaba.

Sentía una mezcla de culpa y confusión por las acciones que hice. No debí besar a Sara sin estar seguro de que ella también lo quería —aunque en aquel momento, pensé que a ella le apetecía—. Pero su reacción me desarmó, por lo que en cuanto la vi aparecer cerca de nosotros, decidí dar un paso más con mi nueva amiga.

Quería que Sara reaccionara, que sintiera que verme con otra era doloroso para que despertara de su sueño de fantasía y reconociera que sentía algo por mí. Pero no obtuve la respuesta que esperaba. Se marchó en dirección contraria a paso ligero. Decidí seguirla, sintiendo una necesidad imperiosa de hablar con ella y aclarar las cosas, y por qué no, disculparme sinceramente por aquel beso que no debí robarle.

Y cuando me encontraba a escasos metros de alcanzarla, vi como aquel hombre fornido la molestaba. ¡La ira se apoderó de todos mis sentidos! Estaba cegado. Veía como intentaba propasarse con ella y me odié por llegar unos minutos antes.

Primero, pensé en darle un puñetazo, pero no quería que me echaran de aquel lugar, aunque ganas no me faltaron. En el momento que ella cayó al suelo, me arrodillé y la sostuve entre mis brazos. Después, amenacé a aquel tío y se largó de allí sin buscar problemas.

Intenté hablar con ella, pedirle ese perdón que tanto ansiaba para volver a empezar de nuevo. Pero al parecer, Sara no estaba dispuesta a escucharlo y, con seguridad, a aceptarlo. Se la veía tan graciosa con unas copas de más, que hasta las mejillas se le habían vuelto más rosadas. No pude resistirme ante sus encantos y decidí quitarme de la cabeza la idea de no luchar por una segunda oportunidad.

Después de deshacerme de aquel tipo, la cogí y me la coloqué al hombro en contra de su voluntad, aunque de voluntad, le quedaba poca. Me reía escandalosamente de la pataleta que tuvo. Gritaba y me golpeaba como si fuera una niña pequeña. Nunca la había visto borracha y, definitivamente, no sabía beber.

En cuanto llegamos a la terraza, la bajé con cuidado y sin esperarlo, me empujó enfadada. Quiso hacerlo de nuevo, pero esa vez, se lo impedí. Comenzó a mirar a todos los lados y vio, que las personas que ahí había nos observaban. Y, entonces, le dio el bajón.

Me sentí impotente y devastado, tras ver cómo derramaba sus lágrimas. Sabía que había herido sus sentimientos y que, si se encontraba en ese estado, había sido todo culpa mía. No lo dudé y le ofrecí un abrazo. Me miró con esos ojos verdes que derriban murallas y me rendí ante ella. No esperé a su respuesta, sabía que necesitaba y quería ese abrazo.

La arropé con mi calor y ella se recostó en mi pecho durante varios segundos.

—Sara, lo siento.

Se apartó un poco de mi cuerpo para poder mirarme a la cara.

—Y yo también —respondió con una tímida sonrisa.

No pude evitar dirigir la mirada hacia esos labios. Me retaban, me pedían a gritos que los poseyera, pero esa vez iba a reprimir mis instintos. Nos miramos en silencio, nuestras cabezas se movían por sí solas, atrayéndose la una a otra como si de imanes se trataran. Y entonces ocurrió.

Nos besamos.

Después de ese intenso beso, los labios de Sara se separaron de los míos con timidez y su cuerpo se debilitó repentinamente. Sin previo aviso, Sara se desmayó delante de mí. La preocupación se apoderó de mis sentidos, mientras intentaba sostenerla y llamar la atención de las personas que nos rodeaban para que me ayudaran.

La música continuaba retumbando en el fondo, pero yo estaba en mi propia burbuja de confusión y preocupación. Al instante, se acercó un grupo de personas que habían visto lo sucedido y una de ellas, revisó las constantes de Sara.

Mientras la revisaba, sentí un torrente de emociones mientras la observaba tendida en el suelo, consciente de que su estado de embriaguez y estrés emocional le habían pasado factura, pero no sabía hasta qué punto.

Los minutos parecieron eternos hasta que la muchacha que la atendió —que resultó ser una enfermera—, me comunicó que estaba fuera de peligro.

Eres tú

Sara

Me desperté a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza. Me incorporé sobre varias almohadas y observé mi alrededor. Poco a poco fui recordando todo lo ocurrido la noche anterior. Desde el reencuentro sorpresa con mis amigos y familia hasta con... Ciro.

Tuve lagunas de algunos momentos que pasé con él, aunque algo sí tenía claro: me había besado no una, sino unas cuantas veces con él. Solo de recordarlo mis mejillas cambiaron a un color más rojizo y un ardor agradable se implantó en algunas partes muy sensibles del cuerpo.

Y llegó el arrepentimiento. ¿Qué había hecho?

Me dejé llevar por Merche y el alcohol y el resultado fue nefasto: ¡Le había sido infiel a Manolo, mi futuro marido! ¿Por qué?

Me tapé la cara con la almohada y di unas paletas en la cama, como si fuera una niña pequeña. Estaba enfadada con mi amiga, ¿cómo había permitido que ocurriera algo así? Me levanté de un brinco y fui directa a por el móvil.

Merche y los demás habían alquilado un apartamento no muy lejos de la casa de mi tía. Tenía que verla y que me contara con todo lujo de detalles lo que yo no recordaba, aunque cuantos más minutos pasaban, más imágenes de esa noche me venían a la cabeza. Cogí el móvil, situado en la mesita de noche y al ver la hora me sorprendí. Eran pasadas las doce del mediodía y si no recordaba mal, el vuelo de ellos hacia una hora que ya había salido.

Me encontré varios mensajes, entre ellos uno de mi amiga.

«Hola. Sé que en cuanto te levantes lo verás todo muy negro, que te arrepentirás de lo que pasó anoche. No te rayes, haz lo que sientas y disfruta del momento. Un beso».

Merche me conocía muy bien —demasiado—. Sabía exactamente cómo me sentiría. No podía culparla por haberme animado a que me dejara llevar, ella quería siempre lo mejor para mí y era problema mío si le había seguido la corriente. Aun así, seguía con sentimientos de culpabilidad.

Ya se habían marchado todos y me había quedado sola unos días.

Decidí salir a dar un paseo y poner los pensamientos en orden. Abrí las ventanas y un calor abrasador atravesó hasta el dormitorio, por lo que me vestí con una falda corta y una camiseta ancha que dejaba el hombro al descubierto.

Al salir de la habitación, me di cuenta de que ni mi tía ni mi abuela estaban en casa. Pensé que era lo mejor, no necesitaba los comentarios o consejos de Raquel en ese momento.

Abrí la puerta de la casa y di unos pasos.

—¡Sara! —Oír aquella voz, paralizó todos y cada uno de los músculos del cuerpo.

Me di la vuelta y me encontré a Ciro, sentado en su moto y con la sonrisa más bobalicona que jamás hubiera visto.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —le pregunté confusa a la par que incómoda. Volver a verle tan pronto y sin aclarar mis sentimientos, me hacía más difícil relacionarme con él.

—¿No te habrás olvidado de que habíamos quedado, ¿no?

¿Cuándo habíamos quedado él y yo? Hice memoria y entonces recordé que, en el pub, se ofreció a ser mi guía turístico. ¡Mierda!

—Eh..., lo siento, no recuerdo mucho de lo que hice anoche —le mentí. Aunque no recordaba algunos momentos, no se me había olvidado lo que ocurrió con él, pero improvisé de aquella manera para ganar tiempo.

Levantó la ceja y borró la sonrisa de su rostro.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó.

—No, lo siento. —No me gustaba mentir, pero admitir que había tenido un lío con él, con seguridad, me pondría las cosas más difíciles.

Se acercó despacio hasta a mí.

—¿No recuerdas esto? —Colocó las manos sobre mi cintura y la respiración se me paró. Notar sus manos sobre mi cuerpo, me producían esos fuegos artificiales en mi estómago—. ¿Ni esto?

Plasmó los labios con los míos y me apretó contra su cuerpo. No le di tiempo a más, lo aparté de un pequeño empujón y le recriminé:

—¿Se puede saber qué haces? —Fingí indignación, pues ¡claro que me acordaba de sus besos!, aunque no pudiera admitírselo. Le mentí y me mentí a mí misma.

Ciro, me miró extrañado y al segundo, curvó los labios formando una amplia y maliciosa sonrisa.

—Está bien, jugaremos a tu juego. No volveré a besarte hasta que me lo pidas tú —soltó muy seguro de sí mismo. Se subió a la moto y se colocó el casco—. ¿Vamos? —me preguntó alargándome otro para mí.

Miré el casco y luego a él

—¿A dónde? —le pregunté sin comprender.

—Quedamos que sería tu guía, así que pienso cumplir mi palabra.

Su sonrisa no me gustó en absoluto, pareciera que tramara algo.

—No hace falta, no te preocupes. Como te he dicho ni lo recordaba —volví a mentirle.

Sabía que si me iba con él me metería de lleno en la boca del lobo, y no estaba dispuesta a arriesgarme.

—Sube anda. Te voy a enseñar la isla.

—Eh... no, no.

—¿Que me tienes miedo? —insistió sin perder la sonrisa traviesa.

—¡Claro que no! —¡Por supuesto que sí! ¿Cómo no le iba a temer al hombre que me hacía sentir todas esas sensaciones extrañas a la par que agradables?

—Pues sube y vámonos.

Observé la moto y después mi atuendo, nada apropiado para subir en ella. Le señalé mi falda y ante su risa y su insistencia, me monté con cuidado de que no se viera nada.

—Dónde va-amos —le pregunté justo en el momento que apretó el acelerador, haciendo que tuviera que agarrarme fuerte a su cintura—. ¡Avisa!

Oí su carcajada.

—¡Agárrate fuerte! ¡Ya lo verás, será una sorpresa! —gritó divertido.

Sabía que aquello me traería consecuencias. Pensé que tenía que haberme negado a ir con él, que me traería problemas. ¿Pero cómo iba a negarme con tanta insistencia? Además, una parte de mí deseaba ir, quería averiguar lo que pasaría si iba.

Mi cabeza iba a cien por hora. No me fijaba por dónde íbamos, hasta que noté que la brisa que arañaba mi cara volvía cada vez más fría. Observé cómo íbamos subiendo y subiendo, hasta que comprendí que conducía por el exterior de una montaña.

Desconocía dónde nos dirigíamos, nunca había estado por aquella zona, aunque no era de extrañar, pues no había hecho turismo en Tenerife. Dejé de pensar en lo que me atormentaba para prestar atención al maravilloso entorno que la naturaleza me estaba regalando.

Y allí, justo en medio de la carretera, en un pequeño arcén de tierra, Ciro se detuvo.

—Ya hemos llegado —soltó bajándose de la moto y hacer señas al bosque que nos rodeaba.

Déjate querer

Ciro

No había podido pegar ojo desde que llegué del pub. Las emociones vividas esa noche, me dejaron algo frío e ilusionado al mismo tiempo.

Al fin Sara había reconocido que sentía algo por mí, aunque hubiera sido por efectos del alcohol, pero abalanzarse a mi boca decía mucho. Así que ya volvía a estar en el partido y solo tenía cuatro días por delante para hacerle ver que lo nuestro podría funcionar.

¿De verdad podría funcionar? Ella en Barcelona y yo aquí en Tenerife…

Con ese pensamiento me entraron dudas, pero tenía claro algo: me gustaba estar cerca de ella. Por lo que iba a luchar para que estuviéramos juntos, ya solucionaríamos después el tema de la distancia.

Acordamos que le haría de guía los días que ella estuviera por aquí, así que, sin pensarlo y sin que hubiéramos quedado en nada, decidí que empezaríamos la ruta turística aquella misma mañana.

Después de darme una ducha bien fría, me vestí con unos tejanos y una camisa de manga corta. Escogí esos pantalones porque ya sabía dónde iba a llevarla y serían más cómodos.

Cogí dos cascos de la moto, me subí a mi Scooter y muy nervioso me dirigí a casa de su tía, suponiendo que se habría vuelto a alojar allí.

Aparqué cerca de la casa, aunque no en la misma puerta, por si veía salir a Raquel. En realidad, Sara y yo no habíamos quedado en nada y no necesitaba parecer un acosador a los ojos de su familia.

Además, pensaba esperar hasta que saliera para disfrutar cada parte de su cuerpo sin que ella lo notara. Necesitaba corroborar que lo que sentí los dos días anteriores, no fue fruto de mi imaginación. Quizá rogué al aire que así fuera, porque de lo contrario, significaría que pasaría un día muy complicado. Sin poder tocarla, acariciarla, ¡mierda!, ¡sin besarla! Sabía que me iba a costar conquistarla y seguro que necesitará días para ello, si es que conseguía que se dejara llevar por sus sentimientos.

Lo bueno se hacía esperar, pero… ¡Qué sufrimiento de espera!

Estuve esperando sentado en la moto más de tres cuartos de hora. Mereció la espera, pues al verla salir, mi corazón comenzó a latir más rápido y los nervios se apoderaron de mi cuerpo.

Estaba preciosa. Llevaba una faldita corta que dejaba ver sus estilizadas piernas y unas sandalias que dejaban al descubierto el 80 % de sus pies. ¡Hasta estos eran bonitos! Lucía el pelo liso, con algún que otro rizo a la altura del cuello. Definitivamente, no fue mi imaginación lo que provocó mi interés por ella. Estaba tan... natural, tan perfecta... No necesitaba kilos de maquillaje, de hecho, no se pintó, su belleza era exquisita al natural.

—Buenos días, mi niña —le solté cuando vi que no se había percatado de mi presencia. La hubiera llamado preciosa o hermosa, hasta «mi reina», pero me pareció algo violento. No quería espantarla, porque tenía la esperanza de seducirla, de hacer que ocurriera algo entre nosotros. Prometí que yo no haría nada, aunque si era ella la que se lanzaba a mis brazos, no opondría resistencia.

Se dio la vuelta tras escuchar mi voz y buscó de dónde provenía, aunque ella sabía perfectamente que se trataba de la mía y, en cuanto me vio, me saludó sobresaltada. Se quedó paralizada unos segundos sin saber qué hacer o decir, así que se lo puse un poquito más fácil. Me acerqué despacio y seguro hasta donde ella se había detenido.

Nunca me había costado ligar, de hecho, perdí a mi ex por mi mala cabeza, por no poder mantener la bragueta de mi pantalón cerrada. ¡Qué capullo fui! Y ahora creía que el mundo se había puesto en mi contra porque no sabía cómo actuar con Sara. Mis dones habían desaparecido o no funcionaban correctamente.

—¿Nos vamos? —le pregunté divertido.

Me miró extrañada, como si no supiera de qué le estaba hablando. Le hice recordar en lo que habíamos acordado la noche anterior y, aun así, se negó en varias ocasiones, alegando que no recordaba nada de la noche anterior, pero yo sabía que no era cierto. Podía leer en su cara que era una excusa barata y que, en cierto modo, se arrepentía de algunas cosas que pasaron en la discoteca.

Al fin la convencí con algo de manipulación y aceptó que fuera su guía.

Pero se arrepintió en seguida, al descubrir que nuestro medio de transporte sería la moto.

—No puedo ir en eso —se quejó señalando mi ciclomotor.

Se miró el vestido y después la moto. No llevaba el atuendo adecuado. Reí en silencio por su cara de circunstancia.

—Pues no tengo otro vehículo —mentí. Podría conseguir un coche en cualquier momento, sin embargo, la situación me parecía tan divertida que pasé por alto cambiar de medio de transporte. Además, la sentiría más cerca—. Sube tú primero y te ayudo.

No era lo común que el copiloto montara primero, pero deseaba verla en aquel aprieto. Hizo el intento de subirse y al hacerlo, la falda del vestido se subió, dejando al descubierto sus perfectas piernas y su ropa interior. A mi entrepierna le gustó aquel espectáculo y me pidió a gritos un poco de alivio, aunque desafortunadamente, no era el lugar ni el momento adecuado.

Desvié la mirada de inmediato para evitar que mi mente lujuriosa imaginara otro tipo de escenas más subidas de tono siendo Sara la protagonista. Una vez acomodada ella y su vestido, le entregué el casco.

—¿Puedes ayudarme a atarlo? —decía mientras se peleaba con las cintas de cierre.

Reí sutilmente y la ayudé. Mis manos sintieron calor al rozar —sin querer— su mejilla. ¡Era tan suave! Me entretuve más de la cuenta disfrutando del contacto de su piel, pues desconocía si podría volver a tener un momento semejante.

Me senté delante y me coloqué lo más cerca posible de su cuerpo. Aunque no era necesario, no se quejó. Necesitaba sentirla pegada a mi espalda y cuando ella se dio cuenta de mis intenciones, mantuvo la distancia entre nosotros y apenas podía notarla. Eso iba a cambiar pronto.

Conduje a una velocidad prudente por las carreteras de la ciudad y, en el momento que la dejamos atrás, aumenté el ritmo, haciendo que Sara no tuviera más remedio que agarrarse a mi cintura. Sin pensarlo, coloqué mi mano sobre la de ella y conduje con una sola, pero al primer roce, se separó de inmediato e hizo que perdiera el equilibrio. Tuvo que abrazarme de nuevo, con más fuerza y solté una carcajada que no supe nunca si la escuchó. Respeté su espacio, no deseaba incomodarla y menos aún, que tuviéramos un accidente.

Sonreí para mis adentros y desde el retrovisor la vi con los ojos cerrados con fuerza y la mandíbula apretada. Seguramente, no habría subido en muchas motos.

Llegamos al bosque Anaga, era uno de mis lugares favoritos de la isla. Ese bosque era un tesoro natural y uno de los más antiguos de Europa. Se encontraba en el macizo de Anaga, una formación montañosa de origen volcánico que se extendía hacía el océano Atlántico. El terreno accidentado, las pronunciadas pendientes y los valles profundos creaban un paisaje impresionante y digno de ver al menos una vez en la vida.

Había silencio. Solo se escuchaba el sonido de la naturaleza y se respiraba paz, calma, serenidad... Siempre que necesitaba pensar o relajarme acudía allí. A veces solo, otras acompañado, pero cuando lo hacía con mujeres, disfrutaba de otra manera. Últimamente, desde la ruptura fui unas cuantas veces de más, siempre en soledad.

Estaba claro que quería sorprender a Sara y lo conseguí. Sus ojos brillaron de emoción al observar aquel espacio espectacular. Desde sus cumbres se podían observar profundos valles y barrancos que desembarcaban en el mar. Con las numerosas especies botánicas y zoológicas lo hacían un lugar distinguido y único. Fue un acierto pensar en aquel bosque como primera cita, porque, aunque ella no lo supiera, era una primera cita.

—¡Esto es mágico! —exclamó Sara con los brazos abiertos intentando abrazar todo aquel lugar.

—¡Pues hagamos más magia! —La cogí de la mano y comenzamos a andar.

No se percató de aquel gesto, seguía ensimismada observando todo a su alrededor como si fuera una niña.

Su sonrisa me enamoró de nuevo. Una señal eléctrica recorrió todo mi cuerpo. Me detuve y ella se paró también. En ese momento, se dio cuenta de que habíamos caminado todo aquel trayecto cogidos de la mano. No hizo intento de separarlas, pero sabía que en su cabeza pensaba en cómo deshacerse de ella con educación. Porque Sara era así, dulce, inocente, respetuosa y tímida.

La mayoría de las chicas con las que había estado, eran escandalosas, desvergonzadas, y la palabra timidez no existía en su diccionario. Siempre pensé que eso me atraía, pero acababa de descubrir que me llamaba la atención todo lo contrario. Sara era todo un misterio, apenas se dejaba descubrir y eso me encantaba de ella.

Algo sí tenía claro: sentía algún tipo de atracción por mí. Lo sabía porque desviaba su mirada cada vez que nuestros ojos se encontraban, veía tonos rojizos en sus mejillas y, aquel vestido dejaba entrever unos pezones sensibles, excitados.

Seguía con su mano entre mis dedos, parado delante de ella. ¿Por qué estaba tan nervioso? Solo era otra mujer más, ¡joder! No, no lo era. Mis latidos aumentaron de ritmo y noté que pronto me faltaría el aire. Tenía que relajarme ya.

—Sara... —Tragué saliva y la agarré del otro brazo con delicadeza.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La veía cómo pensaba en algo que no se atrevía a decir o hacer.

—No digas nada. —Su mirada era seria.

—Pero... —Necesitaba explicarle lo que me hacía sentir, aunque no quisiera escucharlo. Tenía que sacarme esto de encima.

—Ciro, no puedo, tengo novio.

Me acerqué a ella todavía más, le pasé la mano por su brazo. Vi que cerró los ojos disfrutando de aquella sensación. ¡Me deseaba!

—Ya me lo has dicho varias veces, pero la pregunta no es si tienes novio. —Se sorprendió y logré descolocarla por completo. Di otro paso más en su dirección y formulé la pregunta que necesitaba respuesta—: ¿Estás enamorada?

No la esperó y reaccionó apartándose unos centímetros de mí. No contestó, se quedó pensativa, lo que me dio a entender la respuesta que buscaba.

—Eh... —No quise escuchar su respuesta, porque sabía que mentiría.

—La respuesta es no —le susurré con dulzura—, no lo amas.

—¿Y tú qué sabes? —dijo molesta, aunque yo tenía razón.

—Si lo amaras, no hubieras perdido ni un segundo en contestar.

—¡No es verdad! ¡Claro que quiero a mi novio! —Estaba enfadada y no dudó en darse la vuelta y andar en dirección contraria.

No la dejé dar más de tres pasos. La agarré del brazo y le hice girar, con la mala suerte que tropezó, perdió el equilibro y cayó sobre mi pecho. La abracé con firmeza, me separé unos centímetros de ella, sujeté su mentón y la obligué a mirarme. La tenía bien cogida entre mis brazos. No tenía escapatoria.

—Dime que estás enamorada de tu novio y te dejaré en paz, no sabrás nada más de mí. —Mi tono de voz se endureció y fue más una amenaza que una pregunta.

La puse entre la espada y la pared, porque lo que sentía por esa mujer me estaba volviendo loco. Y ya tenía el corazón bastante herido como para seguir sufriendo. Si repetía que quería a su novio, muy a mi pesar, me alejaría. Más valía que me olvidara cuanto antes de ella, que seguir encaprichado por un imposible.

—Yo... yo... —comenzó a balbucear.

Me sentí mal por ponerla en aquella tesitura. Relajé las manos, que seguían sujetándola y, en el momento que estaba a punto de tomar la decisión de dejarla ir, Sara apoyó su mano en mi torso, se puso de puntillas y me besó.

Fue un beso corto, solo juntó sus labios con los míos, pero fue la respuesta que necesitaba. Se separó de inmediato y agachó la cabeza avergonzada. No la hice esperar. Esa vez fui yo quien la besé. Cerré los ojos para saborear aquel manjar. Le pedí paso para entrar en su boca y mi lengua buscó con desesperación la suya. ¡Sabía tan bien!

Mis manos comenzaron a moverse solas y recorrieron su espalda con delicadeza, acabando aposentadas en su cintura.

Mi polla se despertó, disfrutando de todas esas sensaciones que Sara nos hizo sentir. Creció y creció en mis pantalones y supe que, si no me paraba justo en ese momento, le haría el amor allí mismo. Y no me paró.

Noté —al fin— sus manos rodear mi cuello y sus besos se transformaron en lujuria. ¡No podía ser! ¡Esta mujer me sorprendía por momentos! La apreté contra mi cuerpo para que notara mi excitación en el suyo. Al rozar mi miembro contra su estómago oí un casi imperceptible gemido que provenía de su garganta.

Y ahí entendí que necesitaba entrar en ella cuanto antes.

El lado bueno de las cosas

Sara

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no pude resistirme? En el momento que me dijo que me dejaría en paz, lo vi claro: sentía algo por él, porque no quería que me dejara en paz, no quería que se alejara. ¿Por qué? ¡Iba a casarme en poco tiempo!

Aproveché ese momento, o sabía que más tarde me arrepentiría. Jamás pensé que podría ser infiel, o que mi mente lo pudiera pensar. Tenía unos ideales firmes, o eso creía yo. Quería a Manolo, pero no sé cuándo dejé de amarlo. Lo entendí en el momento que comencé a sentir algo en mi estómago, un sutil cosquilleo que cogía fuerza cuanto más se acercaba Ciro.

Con él era todo diferente, no sé si porque era la novedad, pero lo que sentía cuando estaba con él eran sensaciones que no solían acudir a mí. No diré que nunca sentí aquello, porque sí lo hice, aunque fue al inicio de la relación con Manolo. En la actualidad, no había pasión ni aventuras. Era pura monotonía. No había nada para poder decir que tenía una vida plena. ¡Deseaba más! ¡Deseaba vivir!

Olvidé mis valores y me lancé al vacío. Acababa de tomar la decisión de que no quería la vida que tenía, ni estar con la persona que estaba. Me dejé llevar, me sentí libre al notar los labios de Ciro sobre los míos. Los saboreé lentamente, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera de placer.

¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía así? Años y años.

Recorrí su musculado cuerpo con mis manos. No estaba nerviosa, pero sí excitada y todo mi ser pedía a gritos que hiciera el amor con ese muchacho. Me armé de valor y seguí mi instinto. Di el siguiente paso. Le desabroché el botón del pantalón y en ese momento, él me detuvo, cogiendo mis manos y apartándose de mí.

—¿Estás segura? —me preguntó con los ojos brillantes y llenos de lujuria.

Sí, sí. No lo dije, lo pensé y para hacérselo entender sin hacer uso de vocablos, lo empujé contra el árbol que tenía detrás. Su espalda quedó apoyada en él y yo volví a lanzarme a su boca. Lo besé de nuevo, busqué su lengua y cuando la encontré jugué con ella. Ciro deslizó los tirantes de mi vestido y bajó la parte de arriba hasta la cintura, dejando al descubierto mis senos desnudos. No me sentí cohibida, sino todo lo contrario. Estaba llena de lujuria y no me importaba que alguien pudiera presenciar aquella escena.

Estaba fuera de mí, no era yo misma y eso me gustó.

Agarró mis pechos con delicadeza y los amasó. Introdujo uno de ellos en su boca, mientras jugaba con sus dedos en mi otro pezón. Lo pellizcó y yo gemí extasiada, lo volvió a pellizcar más fuerte y cuando grité de dolor, de inmediato lo besó, calmando el ardor que me había provocado. Eran sensaciones contradictorias que, juntas, formaban un placer que jamás había experimentado.

Quería devolverle todo el placer que me estaba entregando y...

Sin pensarlo demasiado fui directa a su pantalón. Continué con lo que dejé a medias minutos antes y bajé la cremallera con las manos temblorosas. Lo que estaba a punto de hacer, me tenía confusa a la par que excitada. Continuaba pensando en lo mal que estaba haciendo, yo no debería estar en esta situación con ningún hombre que no fuera mi novio. Dejé de pensar en ello cuando le vi el bulto que escondía en su bóxer. Me apetecía jugar con él, acariciarlo, besarlo y meterlo en la boca. No hice esperar a mis pensamientos pecaminosos y le bajé el calzoncillo dejando libre su sexo duro e hinchado.

Lo agarré con firmeza con la mano y después de quedarme a su altura, mis labios lo rozaron. Al oír su gemido, me dio a entender que le estaba gustando y no dudé en continuar prestando mis atenciones. Lo besé, lo lamí y mi lengua lo recorrió de arriba abajo hasta que lo introduje en mi boca. Comencé a succionarlo. Rápido, hasta el fondo.

Cogiéndome del pelo me guiaba con movimientos bruscos, al ritmo que él necesitaba. Miré hacia arriba y lo que vi me encantó. Ciro tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta de pura excitación. Y cuando ya no pudo aguantar más me soltó:

—Necesito estar dentro de ti ya.

Solté su miembro y me coloqué a la altura de su boca. Lo besé, compartiendo nuestros fluidos. Me dio la vuelta y fue mi espalda la que quedó apoyada en el árbol.

Mientras me besaba el cuello, bajó su mano hasta mi vagina y se topó con las braguitas, que se deshizo de inmediato bajándolas por las piernas con rapidez y sacándolas por los pies. Sentía el aire en mi zona íntima y pronto noté algo más. Las manos de Ciro la acariciaban con delicadeza, hasta que encontró la entrada e introdujo un dedo en el interior. Ahogué un grito de placer mientras él me hacía el amor con los dedos.

Cuando hubo comprobado que estaba completamente preparada para él, me agarró del culo y me elevó unos centímetros. No me dejó otra opción que abrazarlo con las piernas sobre su cintura. Y en ese momento, agarró su pene y lo colocó en la entrada.

—Ya no hay vuelta atrás, mi reina —dijo con la voz sensual.

Me estaba pidiendo permiso para penetrarme y mi sí fue apretar mi cuerpo contra el suyo, haciendo que su miembro quedara en mi interior.

Me miraba con deseo mientras entraba y salía despacio. No podía apartar la mirada de sus ojos que me decían lo mucho que estaba disfrutando. Mi espalda seguía apoyada en el árbol, que le ayudaba para no tener que dejar todo el peso de mi cuerpo en sus brazos.

Aumentó el ritmo y me embistió con dureza. Me besó una y otra vez mientras no dejaba de entrar y salir.

Sentía que estaba llegando al clímax. ¡Hacía tanto tiempo que no hacía el amor...! Y aquello era puro sexo. Ciro me hacía sentir lo que ningún otro. Sus embestidas cada vez iban más rápido, hasta que no aguantó más y se derramó en mi interior.

—¡Ha sido increíble Ciro! —le solté cuando supe que había llegado al orgasmo.

Aunque yo no llegué, disfruté al máximo de aquella experiencia y sabía que la próxima vez, llegaría al clímax. Eso lo tenía seguro.

—Todavía no he terminado —me susurró al oído mientras me dejaba con los pies en el suelo.

—¿No? —pregunté incrédula.

Como respuesta, se arrodilló. Su boca quedó a la altura de mi sexo. Cogió mi pierna y la colocó sobre su hombro. No sentí vergüenza porque tuviera mi sexo a la altura de sus ojos. Lo besó, separó los labios con los dedos para dejar paso a su lengua. Lo lamió y con los dedos buscó el clítoris. Lo encontró de inmediato. Me daba todo el placer habido y por haber, mientras me masajeaba aquella zona tan sensible. No conforme con eso, introdujo dos dedos en mi interior y al mismo tiempo hacía uso de su lengua.

Sentía puro placer.

Y no tardé en irme. Su boca me había provocado el mayor orgasmo que había tenido nunca.

Después de lo ocurrido, ninguno dijo nada. Paseamos en silencio cogidos de la mano por aquel maravilloso bosque de cuento de hadas.

Tenía tanto que decirle y tantas cosas que callar, que preferí mantenerme en silencio, esperando a que fuera él quien diera el primero paso. Pero no lo hizo.

En una nube. Estaba volando en una nube cuando Ciro me dejó en casa de mi tía. Al entrar, me topé con la cara seria de Raquel y la magia se esfumó. No podía engañarla, no a ella. Levantó una ceja tras observar mi sonrisa de boba, la cual, no podía cambiar. Se había tatuado en mi cara, haciendo casi imposible que desapareciera. ¡Estaba feliz!

—Bueno, bueno. Al fin das señales de vida —dijo divertida—. Y por lo que veo, has estado muy ocupada... —Rio.

Y en ese mismo momento, mi rostro se oscureció. Un sentimiento de culpa se apoderó de mi mente. Haber hecho algo inadecuado, traicionero y rastrero me hizo sentir vergüenza. Y pensé en Manolo. No se merecía aquello.

—Sí... —Agaché la cabeza avergonzada y mis lágrimas comenzaron a brotar despacio. Al verme, enseguida se acercó a mí para abrazarme.

—¿Qué ha pasado, mi niña?

Entre sus brazos me sentí a salvo, segura y rompí a llorar desconsoladamente. Ella acariciaba mi cabeza con ternura, intentando apaciguar mi estado.

Una vez me hube tranquilizado, me aparté y me recompuse. Estaba dispuesta a contestar todas sus preguntas con sinceridad. La miré a los ojos y le dije:

—He hecho algo horrendo.

—¿Dónde has estado? ¿Y con quién? —Hizo varias preguntas seguidas algo preocupada.

—En el bosque Anaga y con alguien que no te importa.

Intenté ser lo menos borde posible. No tenía que ser muy lista para intuir que había estado con un hombre. ¿Por qué si no iba a estar de esa manera?

Me vino a la mente la imagen de Ciro y mi mundo se vino abajo. ¡Joder! ¡Acababa de ser infiel a mi novio! ¡Yo! Que era la mujer perfecta, intachable..., una mujer responsable que nunca había hecho algo que alguien pudiera reprocharme. Sin embargo, en ese momento, me sentí la peor persona del mundo, una mala mujer que acababa de destrozar su vida perfecta. ¿Qué había hecho?

Aquel sentimiento de culpa hizo que no pudiera sonreír, que me sintiera infeliz, fue la responsable de que mis ojos pidieran más lágrimas. Miré a Raquel, ante su desconcierto. Apreté los labios para impedir llorar de nuevo.

—Necesito descansar —sollocé—. No me encuentro bien y necesito pensar.

Me levanté despacio para desaparecer de allí cuanto antes, pero mi tía me agarró del brazo, haciéndome detener.

—No tienes que huir, Sara —me soltó.

Pero huir era lo que quería, era lo que necesitaba. Me deshice de su brazo con suavidad y me encerré en mi dormitorio. Raquel entendió que necesitaba estar sola y respetó mi espacio.

Estirada en la cama y mirando al techo, continué llorando. No soportaba en lo que me había convertido: ¡Una infiel!

Y para rematar, en el punto culminante de mi desesperación, el móvil empezó a sonar.

Manolo.

Amor de calendario

Ciro

Llegué a casa abrumado. Pasar todo el día con Sara fue agotador, mentalmente hablando. El debate continuo que mantenían mis dos yo —el bueno y el malo— se hizo inaguantable.

Sentía, y mucho. Me gustaba todo de ella, desde su inusual timidez, su belleza exótica, hasta su sexualidad, porque no nos engañemos, el sexo con ella fue... indescriptible. No encuentro palabras para describir lo que me hizo sentir.

Tan solo habían pasado unos cuantos minutos desde que llegué de estar con ella, y la boca ya la tenía seca. Cogí la cerveza más fría que encontré en la nevera y la bebí en dos sorbos. Noté ese líquido tan apetecible resbalar por mi garganta. Pero no me quedé saciado.

No podía irme a dormir en ese estado de embriaguez —y no de alcohol—. Todo eso me lo provocaba esa mujer menuda, de pechos pequeños y con esa sonrisa que volvería loco a cualquiera.

Me estiré en la cama, después de deshacerme de toda la ropa que me sobraba. Me gustaba dormir desnudo, que mi piel rozara directamente con las sábanas, que solían estar a una temperatura agradable.

Cerré los ojos, con la esperanza de que el sueño llegara a mí cuanto antes, pero no. Mi mente calenturienta solo hacía que molestar, mostrándome recuerdos de Sara semidesnuda en plena naturaleza. Hizo efecto en mí, me endureció el miembro hasta el punto máximo.

Debía hacerlo, no, tenía que hacerlo. Tenía que aliviarme como fuera si no quería tener un dolor de huevos más tarde. La acaricié y la mimé, como solo un tío sabía hacer, aunque me imaginara que era otra persona —por supuesto que en quien pensaba era en Sara—. ¿Por qué no podía sacármela de la cabeza? Si, además, en dos días, estaría de regreso a su ciudad, a su vida, con su pareja...

Pensar en esto último me cabreó. Saber que él tendría la posibilidad de tenerla cuando quisiera, me hirvió la sangre, tanto que hasta yo mismo sería capaz de viajar con ella y huir juntos. ¿Pero qué estaba pensando? Mi vida estaba aquí, siempre lo había estado.

Me centré en mi miembro, que pedía a gritos una atención más personalizada. En cuanto llegué a lo más alto, exploté y esparcí mi semilla por mi cuerpo desnudo. No había de otra, después de limpiar el estropicio, tuve que pasar por una ducha urgente.

En cuanto estuve otra vez estirado en mi cama, con sábanas nuevas y relajado, pude dormir, aunque con un pensamiento en la mente: no la dejaría escapar y solo tenía dos días para convencerla.

Me desperté sobresaltado en mitad de la noche y bañado en sudor. La imagen de Sara se repetía una y otra vez en mi cabeza. Se había colado tan profundamente que era imposible sacarla de allí.

Miré el reloj. Eran las cuatro de la mañana y la necesidad de volver a hablar con ella era tan grande que me decidí a escribirle un mensaje:

«¿Duermes? Necesito hablar contigo»

Le di a enviar sin saber lo que había escrito y me arrepentí de inmediato. Lo de «necesito» parecía desesperación y no quería darle esa imagen. Yo solo deseaba besarla, acariciarla y.… hacerle el amor de nuevo.

Supliqué que no lo hubiera leído antes de darle a eliminar mensaje. Volví a escribir un nuevo

mensaje:

Ciro:

«¿Duermes? Me gustaría hablar contigo»

Eso estaba mucho mejor, nada de necesidad. Aunque, ¿qué iba a decirle? Sería preferible que lo recibiera en la mañana cuando las farolas que iluminaban las calles estuvieran ya apagadas.

Dejé el móvil en la mesa dispuesto a intentar dormir, pero al apoyarlo, vibró. No sé por qué sentí miedo. Sabía que era Sara, solo podía ser ella. Por un segundo pensé en no revisar el mensaje, aunque la curiosidad se apropió de mí y pudo más que el miedo.

Sara:

«"Sí, estoy despierta, ¿De qué se trata esa necesidad de hablar que tienes? (Guiño)»

Mierda, lo había leído y ahora, ¿qué iba a decirle? Quería hablar con ella, pero no de nada en concreto. ¿Qué excusa me iba a inventar para entablar conversación? Mis dedos teclearon de manera autónoma:

Ciro:

«¿Qué haces despierta a estas horas?», fue lo que escribieron.

Sara:

«Mira quién fue a hablar. ¿Y tú?»

Tenía razón, y la respuesta era sencilla:

Ciro:

«No puedo dormir, tú no me dejas»

Sara:

«¿Que yo no te dejo? Pero si has sido tú que has interrumpido mi sueño escribiéndome.»

Ciro:

«No, tú has sido la primera en interrumpir los míos. ¿Qué haces paseándote libremente por ellos?»

Tardó en escribir, aunque la veía en línea. Fue un golpe bajo, lo sé, pero era la verdad, no podía dejar de pensar en ella. Volví a escribirle.

Ciro:

«Necesito saber lo que piensas sobre lo que ha pasado hoy, bueno ayer»

Esa era la pregunta que quería hacerle desde el principio. Me atormentaba no saber qué era lo que realmente pensaba. Sara era una mujer prometida, y según ella nunca había sido infiel o eso decía. ¿Por qué lo había sido conmigo? ¿Qué era yo para ella?

Había muchas mujeres que el arte de la seducción lo llevaban en la sangre y cualquier estratagema era buena para llevarse al hombre que deseaban a la cama. ¿Y si desde el principio había sido ese plan? ¿El parecer una mujer que nunca había roto un plato? ¿Querría llamar mi atención, haciéndome pensar que era inalcanzable? Si era así, lo había conseguido.

Pero no, ella no parecía ser ese tipo de mujer. Ella era... dulce, tímida y buena. No era posible que hubiera estado jugando conmigo.

Sara:

«¿Qué pienso sobre qué?»

Leí ese mensaje y quise estirarme de los pelos. Esa no era la respuesta que esperaba. ¿Se estaba haciendo la tonta? Sé que lo había entendido a la perfección.

Ciro:

«Ayer, tú, yo, nosotros, el bosque Anaga...», le contesté.

Parecía escrito en código morse, pero creí mejor escribirlo de esa manera antes de: «después de haber follado, necesito saber qué soy para ti». Después de volver a leer lo que le envié, no sé

si ella sabría interpretarlo.

Sara:

«Respecto a lo que pasó, necesito pensar con calma».

¡Vaya! Pues sí lo había entendido, pero su respuesta me dejó frío, más ansioso de lo que ya estaba. ¿Qué tenía que pensar? Necesitaba saber de inmediato lo que pasaba por su cabeza.

Me levanté de un salto y cogí lo primero que encontré en el armario: unas bermudas amarillas y una camisa blanca. Me puse la gorra blanca, y salí de mi casa dispuesto a encontrarme con ella y aclarar lo que me preocupaba.

No tardé en llegar, en moto y a esas horas de la madrugada, no había tráfico. Me presenté en la puerta de la casa de su tía. Bajé de la moto, me quité el casco y le escribí:

Ciro:

«Estoy en tu puerta. Sal»

No recibí respuesta, sin embargo, supe que lo había leído por las aspas del chat. Vi la luz de una de las ventanas encendidas. Debía ser la de ella. Por un momento, pensé en colarme en ella. Era un bajo y no me costaría entrar, pero no, esperaría impaciente a que ella saliera. No quería parecer tan desesperado.

Me hizo esperar diez largos minutos hasta que la puerta de la entrada se abrió despacio. Una diminuta cabeza se asomó por ella. Era Sara, que desconfiada quería asegurarse que de verdad estaba allí afuera esperándola. Le hice señas con la mano para que se acercara y vi en su rostro una sonrisa.

Salió y llegó hasta mí rápidamente. Cuando la vi tan cerca, mi entrepierna también la sintió. Aquellos shorts, que dejaban ver sus bronceadas piernas y aquella camiseta de tirantes tan ceñida, hicieron que tuviera la urgencia de estar otra vez dentro de ella. ¿Por qué me provocaba eso? No era una mujer despampanante, no tenía un cuerpo perfecto y, sin embargo, solo con verla me ponía a cien.

Algo duro tenía que salir con urgencia de mis pantalones. Sin poder evitarlo, me llevé la mano al paquete para tranquilizar a la fiera. Necesitaba respuestas y no un polvo. Aunque... ¡No! Había venido para otra cosa.

—¿Estás loco? No son horas para venir—exclamó en un susurro.

Eran casi las cinco de la mañana, tenía toda la razón, si bien necesitaba respuestas.

—Sí, lo estoy por ti—. Me lo puso a huevo, pero es que era la verdad. ¡Estaba loco por esa menuda mujer!

Abrió los ojos tras escuchar mi penosa declaración, la vi sonrojarse. En ese instante tuve la tentación de recordar sus besos, de abalanzarme sobre ella y comerle esa boquita que me volvía tan loco. Me contuve, no era el momento.

Al ver que no decía nada repetí:

—Estoy loco por ti, Sara. No sé qué me pasa contigo.

Y esa vez no le di tiempo a responder. La cogí del brazo con delicadeza y la atraje hasta mí, dejando muy pocos milímetros entre nosotros. Puse las manos en su cintura. La miré a los ojos. La fina brisa que corría hacía ondear un mechón de pelo por su cara. Lo agarré entre los dedos y se lo coloqué detrás de la oreja sin dejar de mirarla.

Nuestras miradas se cruzaron y mis ojos no resistieron en bajar hasta sus labios. ¡Joder! Quería besarla, deseaba saborear aquellos insinuantes labios que me pedían a gritos ser besados. Me incliné en busca de ellos, pero Sara, confusa, se apartó.

—No puedo —soltó agachando la cabeza.

—¿Por qué? Mírame. —La agarré de la barbilla para hacer que me mirara.

Y entonces lo notó. Tenía unas ojeras negruzcas y los párpados hinchados. ¿Había estado llorando?

—No puedo, estoy con Manolo... No puedo hacerle esto. Debería...

No la dejé terminar, conocía el final de esa frase.

—Tu novio no está aquí.

No sé por qué dije eso. Pareciera que le estuviera incitando a ser infiel, pero no. Yo la quería a ella, deseaba que dejara a su novio para estar conmigo. ¿De verdad acababa de pensar eso? ¿Tanto sentía por ella? ¡Por Dios! Acababa de romper una relación. ¿Qué cojones me pasaba con Sara?

—Por eso mismo —dijo—. Tengo que hablar primero con él y no está.

—Sara... yo...

—Ya le he traicionado una vez, no puedo hacerlo una segunda.

—¿Qué más da una que mil? ¿Vas a dejarlo? —me interesé.

—No lo sé —contestó confusa. Comenzó a dar vueltas a mi alrededor mirando al suelo. Se la veía nerviosa, como si esa cuestión se la hubiera estado preguntando durante horas, como si ese fuera el motivo de sus lágrimas.

La agarré de los brazos un poco brusco.

—¿Le amas? —le pregunté algo desesperado.

—¡Es mi novio!

—¡Ya sé que es tu novio, joder! ¿Pero le quieres? —insistí ansioso.

—Sí, no, no lo sé, Ciro.

Estaba hecha un lío, desde luego.

—Sara, déjame ayudarte. —Quería que se diera cuenta de que no estaba enamorada de él.

—¿Cómo puedes...?

Y la besé. Junté mis labios con los de ella sin pedir permiso. La obligué a abrir la boca para que mi lengua entrara y la saboreara. No se apartó y me devolvió ese beso con empeño. Se dejó llevar por lo que realmente estaba sintiendo en ese momento.

Ese beso me hizo recapacitar. ¿Qué podía ofrecerle yo? Nada. ¿Por qué elegiría a alguien que acababa de conocer? No había persona en el mundo que dejara atrás su vida por un polvo de una noche. ¿O sí? Ella para mí había sido más que eso. Sentí más con Sara en esa maldita noche que con cualquier otra persona con la que había estado.

¡No, joder! Me estaba enamorando de esa morenita de ojos verdes.

No es tan fácil

Sara

Se separó un momento.

—¿Cómo podrías tú ayudarme? —Quise saber incrédula a la vez que esperanzada.

—¿Qué sientes cuando hago esto? —Se lanzó de nuevo a mis labios y los devoró con sensualidad.

Fue un acto cruel, porque me gustaba, me excitaba en exceso. No había sentido nada igual. Ese hombre me estaba volviendo loca de todas las maneras posibles. Si con ese beso pretendía que aceptara de una vez que no estaba enamorada de Manolo, lo había logrado.

Abrí los ojos descolocada y lo miré con miles de preguntas.

—Ahí está tu respuesta —me soltó en un tono vencedor—. ¿Sientes lo mismo cuando tu chico te besa así?

Pensé largo y tendido lo que me estaba preguntando, recordando los besos ya inexistentes que no me daba con Manolo. ¿Sentí alguna vez algo parecido con él? Si lo hice, quedó en un mero recuerdo.

—Él no me besa así —le confesé avergonzada.

No esperaba lo que hizo. Me agarró de la cintura y me dio la vuelta. La espalda tocaba su pecho. Pasó los brazos por mi cuello y me abrazó con fuerza. Apoyó la barbilla en mi hombro. Podía sentir su aliento en el cuello.

—¿Y te hace esto? —me susurró al oído. Después, me besó en el cuello. Ladeé la cabeza para dejarle más acceso—. ¿Y esto? —Acarició mis brazos y sentí cómo todos los pelos de mi cuerpo se erizaron.

—No, nada de eso —le contesté entre gemidos, señal que no dudó en utilizar a su favor.

Se alejó unos centímetros de mí, observó a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie cerca. Tras confirmar que estábamos completamente solos, volvió a apretarse contra mi cuerpo y comenzó a acariciar mi barriga hasta llegar al hueso de la pelvis, justo en la cinturilla de mi pantalón corto. Metió la mano en el interior y fue en busca de mi sexo, ya algo mojado. Lo masajeó por encima de las bragas hasta que notó humedad en sus dedos. Apartó la ropa interior, separó los labios y hundió uno de los dedos en la hendidura. Entró y salió despacio, con suavidad, al ritmo de mis suspiros.

No se detuvo ahí, mientras me apretaba más a su pene, introdujo un segundo dedo, que me hizo estallar de excitación. Aumentó el ritmo, cada vez más y más rápido. Me estaba haciendo el amor con los dedos y yo lo gocé demasiado. Quería más y más de eso que me estaba dando.

—Necesito estar dentro de ti —me dijo muy caliente.

—Y yo que lo estés —contesté extasiada por lo que estaba sintiendo.

Sacó la mano de mis pantalones, me dio la vuelta y quedé en frente de él. Me besó de nuevo, disfrutando de todos los rincones de mi boca.

—Mi casa está muy lejos. ¿Está tu tía? —preguntó ansioso.

—Sí que está y es de oído fino.

—¡Joder! —exclamó defraudado.

Pensé en dónde podríamos ir porque una cosa si tenía clara: esa noche quería pasarla con él. No entendía el por qué, pero Ciro me hacía hacer locuras, cosas que nunca pensé que haría. No podía dejar de pensar en sus besos, sus caricias, en la forma de mirarme que tenía, como si de un apetitoso pastelito fuera. Solo de pensarlo, la boca se me hacía agua. No podíamos dejarlo así,

estábamos tan excitados que necesitábamos culminar la noche. ¿Pero dónde podríamos ir?

—¡La playa! —grité.

—¿Cómo no se me había ocurrido a mí? Con la de veces que yo... —No terminó lo que quería decir, aunque lo entendí a la perfección.

Me cogió de la mano y caminamos por el paseo que conducía a la playa más cercana.

Apenas podía seguirle el ritmo. Mis piernas eran más cortas que la suyas y a la velocidad que iba, me costaba seguirle. Tenía prisa, tanto o más que yo.

—¿Puedes no correr tanto? —le pedí casi sin respiración.

No estaba acostumbrada a tanto ejercicio.

—No puedo —me sonrió travieso, aunque aminoró el paso.

—Gracias —le solté aliviada y recuperando el aliento.

Llegamos en unos minutos. Nos acercamos hasta la arena. Me descalcé y él hizo lo mismo. Corrimos hasta el lugar más oculto, justo entre dos rocas negras.

Se quitó la camisa a toda velocidad y la estiró abierta en la arena para que me tumbara en ella. ¡Que considerado! Se colocó encima de mí, con cuidado de no chafarme y comenzó a jugar con mi pelo. Esa vez fui yo la que lo besé. Fue un beso inocente, pero en segundos se convirtió en apasionado, lujurioso diría yo.

Nuestras lenguas no cesaban de buscarse. Las manos rozaban el cuerpo del otro, ansiosas por recorrer cada uno de los rincones inexplorados.

Sujetó la parte baja de mi camiseta y la subió hasta pasarla por la cabeza, dejando a la vista mis pechos desnudos. Los besó, los mordisqueó y hasta los llegó a pellizcar con la única intención de escucharme gemir.

—No aguanto más. Necesito tenerte entre mis piernas. —¿Había salido eso de mi boca?

Estaba dispuesta a darlo todo. No sabía si esa era la última vez que estaría con él. Por lo que me aparté, me deshice de la poca ropa que me quedaba y me senté en su cintura. Yo misma le agarré el miembro, que estaba en su máximo esplendor y lo coloqué en mi entrada. Me dejé caer sobre él y lo sentí muy adentro.

—Me encanta —me susurró en el oído de una manera erótica.

Ciro movía sus caderas a un buen ritmo, intentando que yo sintiera placer. Montaba sobre su duro e hinchado pene como si fuera una experta jinete. Buscaba mi propio placer y por defecto, se lo entregaba a él. Con sus manos en mi trasero, me empujaba hacía su cintura. Quería que la notara muy adentro.

Solo podía gritar de placer ante lo que estaba recibiendo y él me acompañaba en mis gemidos. Estaba muy cerca de llegar al éxtasis. Era yo quien llevaba el control, yo le estaba haciendo el amor. Pero en un abrir y cerrar de ojos, eso cambió. Se colocó encima de mí, me separó las piernas con violencia y hundió su sexo en el mío.

Fuerte.

Rápido.

Sin pausas.

Estaba llegando el final y tenía que ser épico. Entró y salió muy duro y en una última embestida, se derramó en mi interior ahogando un grito de puro placer. Después llegó el mío, fusionándose con el de él.

—¡Joder! ¡El preservativo! —exclamó apartándose de mí con la cara desencajada.

No sé por qué, pero fue verle la cara de espanto, que estallé en sonoras carcajadas. Me miró extrañado.

—Tranquilo, tomo pastillas —le dije divertida.

Se sintió aliviado, muy aliviado de conocer esa información y se tumbó a mi lado. Pasó el brazo por mi espalda y me acurruqué en su pecho hasta que nos dormimos.

Un rayo de luz iluminó mi cara. Me molestaba y me obligó a abrir los ojos. ¿Dónde estaba? Seguía en la playa, completamente desnuda con el macizo de mi nuevo amigo a mi lado, sin ropa también.

Había amanecido. Nos debimos quedar dormidos después del excitante sexo que habíamos tenido unas horas antes. Lo recordé de nuevo. ¿Alguna vez había llegado a tener un orgasmo como aquel? No, pero es que yo no fui yo misma. Saqué una sexualidad que debió estar escondida y que solo Ciro podía hacerla salir. ¡Y de qué manera! Me convertí en una fiera durante decenas de minutos. Sabía lo que quería en ese momento y fui a por ello, sin importar lo que hubiera detrás. Pensé en el presente y no en el futuro. Me sentí fuerte, plena.

—¡Oh no! ¡Mierda! —maldije al ver las primeras personas llegar con toallas y sombrillas en mano—. Ciro, Ciro, ¡despierta! —le grité mientras buscaba mi ropa esparcida por la arena.

Me vestí a toda prisa para que, cuando pasaran por delante de nosotros, estuviera presentable y decente.

Pasó un matrimonio mayor a escasos metros de nosotros y no cesaban de mirarme, sobre todo la mujer, que podía imaginarse lo que había ocurrido allí. Me había descubierto con toda seguridad. Espera, no. No me miraba a mí, sino a...

—¡Ciro! ¡Despierta! —Todavía seguía dormido, tal y como llegó al mundo.

Aunque no era el momento, era digno de admirar. Su cuerpo bronceado y fibrado llamaba la atención de cualquiera. Estaba boca abajo, ¡menos mal! Aun así, su perfecto trasero estaba al descubierto y era lo que esa mujer estaba mirando con una sonrisa traviesa.

Me reí alto, sonoro. Y fue con mis risas que Ciro despertó.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó medio dormido.

Al abrir los ojos se escandalizó de ver que era de día y que las personas pasaban por nuestro lado.

—¡Joder! Podías haberme avisado —se quejó tapándose su miembro con las manos.

No podía dejar de reír por aquella insólita situación. La gente seguía mirando en nuestra dirección, sabiendo que habíamos disfrutado de una noche de locura.

—Llevo un rato avisándote, pero pareces una marmota durmiendo.

Se sentó detrás de mí y pude notar su pene en mi baja espalda.

—¿Por qué sigues desnudo? Podrías vestirte si no quieres tener más admiradoras —le dije sonriente.

—Pues que vengan, tengo para todas —bromeó apretándose más contra mi cuerpo.

—¡Ah no! Apártate un poco de mí. Yo no te voy a servir para cubrirte. —Me levanté rápido juguetona, pero él me alcanzó y tiró de mí.

Caí encima de él y Ciro aprovechó para besarme.

—Buenos días, preciosa —susurró cerca de mis labios.

Y solo con escucharlo, me derretí de amor. Era tan tierno, tan cariñoso... Cómo no, caí rendida de nuevo. Sus besos eran esa droga que me impedía pensar con claridad. Me hice adicta a sus labios en tan solo dos días.

¿Cuántos días faltaban para el no retorno? Porque una cosa era haber descubierto que no estaba enamorada de Manolo y otra muy diferente, enamorarme de Ciro. Eso no era posible, pero era tocarme con esas grandes manos, que mi cuerpo pedía a gritos más y más.

No, no podía ser amor. ¿Quizá lujuria?

Dejé de pensar y me dejé llevar. Quería disfrutar antes de llegar a mi cruda realidad, antes de

tener que despedirme de él, antes de tener que enfrentarme a mi prometido y contarle mi aventura, mi traición.

Una cosa sí tenía clara: lo que había descubierto, había llegado para implantarse en mi vida, fuera con Ciro o con Manolo. No estaba dispuesta a dejar de disfrutar de esos orgasmos.

Un paseo para recordar

Ciro

¡Estaba tan hermosa! Tenía las mejillas sonrojadas por la situación incómoda que estábamos viviendo.

Decidí seguir jugando con su ingenuidad, esa que me volvía tan loco. Las mujeres con las que frecuentaba no se comportarían de esa manera. Eran simples ligues que lo único que querían eran pasar momentos divertidos. Estaba seguro de que en el improbable caso de volviera a suceder lo mismo con otra mujer, esta no tendría vergüenza en ser descubierta por los demás en circunstancias similares.

No pensaba vestirme, así que continué con las provocaciones. La senté de nuevo delante de mí ante su desconcierto.

—Pero ¿qué haces? —dijo mientras intentaba levantarse. Volví a sentarla en mi regazo y apreté mi polla a su espalda.

Mi soldadito quería guerra y así se lo hice notar. En cuanto la sintió en su cuerpo, se quedó rígida y sin aliento.

—¿Notas esto? —le pregunté con voz seductora—. Esto es lo que siento por ti.

Quería estar otra vez dentro de ella, pero en aquel lugar a plena luz del día y con numerosas personas que comenzaban a acceder a la playa, no era el sitio adecuado para hacer lo que mi mente calenturienta estaba imaginándose. La quería de todas las maneras posibles, en todas las posiciones existentes. Quería bañarla a besos, saborear cada parte de su piel.

La abracé y la apreté contra mi pecho. Besé su cuello despacio, recorriendo el camino hasta llegar a la clavícula, donde me detuve para aspirar su aroma.

Agarré su mandíbula y la giré hacia mí. Sus ojos quedaron a la altura de los míos y no pude remediarlo, la besé de nuevo.

—¿Nos vamos? —le pregunté todavía con sus labios entre los míos.

—¿Adónde?

—Tenemos muchas cosas que hacer. Mañana te marchas a Barcelona y quiero disfrutar de ti el tiempo que me queda —dije mientras me levantaba y la ayudaba a ella.

Sonrió y asintió tímida. Entendió que quisiera pasar el máximo de tiempo con ella y no esperé más por si cambaba de opinión. No habíamos continuado hablando sobre el tema de su novio y preferí que fuera así, por si acaso.

—¿Qué cosas tenemos que hacer? —me preguntó con un brillo especial en sus ojos.

Me acerqué despacio, serio. La agarré de los brazos y no dejé de mirarla a los ojos. Dirigí mi boca a la altura de la suya, pero no la besé. Quería que lo hiciera ella, no deseaba robarle más besos. Estuvimos en esa posición durante unos largos segundos, mirándonos a los ojos y diciéndonos muchas cosas solo con la mirada. Y fue ella quien aproximó sus labios con los míos.

—Esto. —Me aparté—. Quiero besarte, quiero follarte y que me folles —le dije con el tono de voz más erótica y sensual que pude.

Ya estaba cachondo otra vez.

—¡Qué descarado eres! —contestó con una sonrisa traviesa.

Sé que, aunque sonara muy pervertido a Sara le gustó. Yo era ese tipo de persona que podía hacerle sacar instintos que tenía dormidos en su interior. Lo veía cuando me besaba, me acariciaba o nos acostábamos. Mientras que yo, había aprendido que el sexo no era solo sexo. Con ella descubrí un cúmulo de sensaciones que recorrían mi cuerpo y me hacía vibrar, porque

esa morenita menuda me provocaba eso y más. Era rozar mis labios, acariciar mi piel y me desmoronaba por completo.

—Ese plan me gusta. — Me dio un pico y se puso a caminar.

¿Había oído bien?

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le pregunté incrédulo ante aquella seguridad que emanaba.

Se dio la vuelta y pude ver aquella sonrisa sincera.

—Porque me estás enseñando a vivir, Ciro. —Y se hizo el silencio entre nosotros—. Además, solo lo hemos hecho en un bosque y en la playa, y estoy a la expectativa de saber dónde más me vas a foll..., a hacer el amor. — Sonrió algo avergonzada.

—¿Por qué te cuesta decir follar? FOLLAR —me burlé.

Sara se puso nerviosa, le incomodaba aquella palabra o cualquiera que sonara vulgar.

—Pues... no sé.

—Quiero escucharte decirla —le pedí divertido.

—No —decía mientras se mordía el labio inferior.

Con aquella acción ya me estaba poniendo tontorrón. Quería mordérselo yo, pero me contuve. La arrimé más a mi pecho, quería que notara lo que ella provocaba en mí. Y lo notó por el breve saltito que dio.

—Si me dices una sola vez la palabra follar, te prometo que te llevaré a la cama para hacerte gritar y llevarte al cielo, mi niña.

Creo que con lo aquello que le dije se calentó, me miró con una sonrisa traviesa, se colgó en mi cuello y me soltó:

—Pues hazme volar, nene y fóllame bien duro.

Nunca creí que una simple frase pudiera excitarme de la manera que lo hizo la de Sara. Tuve una erección de mil demonios y que era muy difícil de ocultar. No aguanté más y le devoré la boca con alevosía, no deseaba que se echara para atrás.

Me vestí rápido y la cogí como un saco de patatas. Corrí con ella por la playa al son de sus risas hasta llegar a la moto aparcada en frente de la casa de la tía de Sara. Saqué un casco del maletero y se lo ofrecí. Ella me miraba divertida ante la rapidez y nerviosismo que hacía las cosas.

Tenía prisa, mucha prisa por enseñar a volar a Sara, le llevaría al cielo y a ver las estrellas si hacía falta. Pero mi polla necesitaba alivio cuanto antes.

Como si fuera la primera vez

Sara

Estaba viviendo un sueño completamente irreal. ¿Quién me iba a decir que alguna vez le pudiera decir a un hombre un «fóllame» o algo por el estilo? Pero al parecer, esa palabra surge un efecto inmediato. Ciro se volvió como loco y con prisas de llegar a algún lado, o más bien, prisas por hacerme el amor.

Me agarró, me colocó en su hombro con las piernas colgando y me llevó a cuestas corriendo por toda la playa. Yo lo único que hacía era reírme, Ciro me provocaba eso, me hacía sentir querida, sexi, importante.

Ya no me carcomía la culpa. Sí, le había sido infiel a Manolo, pero ¿cuántos años llevaba siéndome infiel a mí misma? Sabía que cuando llegase a casa, tendría una charla sería con él, lo dejaría por supuesto, porque no le quería, porque no estaba enamorada de él. No era por estar con Ciro, sino porque era una mujer joven que se había perdido mucho en la vida y necesitaba encontrarme de nuevo. Saber quién quería ser y hacer lo que me hiciese feliz. Y Manolo no me hacía feliz.

Siempre había estado acostumbrada a hacer lo que otros querían y descuidé mis propias necesidades. Y ahora... solo quería que mis deseos más íntimos se cumplieran.

—¿Dónde vamos? —le pregunté cuando me indicó que subiera a la moto.

—A mi casa.

— ¿A tu casa? ¿Y allí me enseñarás a volar?

—¡Claro mi niña! ¡Y sin paracaídas!

Ciro solo hacía que sonreír. Estaba radiante, contento, feliz... como si lo que estuviera viviendo conmigo de verdad le emocionara. Aunque no podía bajar la guardia. Hombres como él había muchos. Corrijo, como él no, pero sí de esos que solo querían sexo y con seguridad, Ciro era uno de ellos. Sin embargo, me daba igual, quería pasármelo bien, disfrutar como nunca. Lo único que debía tener muy presente era no enamorarme de él.

Iba a aprovechar cada minuto con ese Dios del sexo, eso sí, manteniendo las distancias.

Me subí a la moto y de primeras, me agarré a las estriberas de atrás, pero conforme cogíamos velocidad, tuve que agarrarme a él, a su cintura.

—¿Todo bien por allí atrás?

—¡Sí! —grité todo lo fuerte que pude para el sonido de mi voz traspasara la barrera del viento.

Apoyó la mano sobre la mía y condujo el resto del camino solo con una. Nos detuvimos en la puerta de un edificio muy viejo. Me ayudó a bajar y se dirigió a la puerta.

—Aquí es donde vivo. Siento si... —hablaba avergonzado, como si le diera reparo enseñarme dónde vivía.

—Ciro, me da igual donde vivas —le solté apretando su mano—. Me da igual dónde estar mientras que sea contigo.

Y vi cómo sus ojos se iluminaron.

—¡Eres tan especial, Sara! —Y me besó. Fue un beso dulce y tierno.

Metió la llave en la hendidura de la puerta y al entrar, nos encontramos con una portería descuidada, con la pintura de las paredes desconchadas y los escalones algo rotos.

No había ascensor y vivía en un tercero. Hice un poco de ejercicio hasta llegar a su planta. Antes de abrir la puerta, me miró con inseguridad, pensando que en lo que me iba a encontrar me decepcionaría. Asentí con la cabeza para dejarlo más tranquilo y accedió al interior. Aguantó la

puerta para que yo pudiera entrar sin apenas mirarme.

Me sorprendió lo que vi, a bien. Me topé con un diminuto estudio con un salón comedor pequeño, donde apenas cabía un sofá de dos plazas y una mesa para dos. La cocina consistía en una pica de agua y un mueble con dos fogones de esos antiguos. Incluso la nevera no cabía dentro, la tenían colocada en el pasillo que daba a las dos únicas habitaciones.

Ciro me ensañó el piso en silencio, sin dejar de apartar la mirada de mí. Aunque fuera todo de tamaño reducido, no me importó porque estaba decorado con un gusto exquisito. Paredes en tonos grisáceos y adornos de mar. Encima del sofá lucía una red de pescar blanca con conchas y estrellas de mar. Además, varios cuadros con la misma temática transmitían serenidad a la estancia.

—Esto es increíble. —En cuanto lo dije, vi como sus labios se curvaban en forma de sonrisa y relajó los hombros. Había estado en tensión todo ese tiempo.

—¿Te gusta? Mi madre y yo no tenemos mucho dinero, pero como siempre dice ella, «Tu casa es el reflejo de tu alma». No sé exactamente lo que quiere decir, pero entre ella y yo hemos construido este hogar.

—Me encanta, Ciro. Es tan... Marinero —le dije todavía asombrada por lo que estaba viendo —. Y tu madre tiene razón, veo mucho en ti en esta casa.

—¿De verdad? Es que es tan humilde...

—Y auténtico —le corté.

Estaba tan acostumbrada a ver pisos decorados sin gracia, todos con muebles de un fabricante sueco, que presenciar aquella maravilla, te hacía sentir como si realmente estuvieras en un barco. Incluso me fijé que había un timón de uno colgado en otra pared del pasillo.

Me acorraló y me besó.

—Quiero follarte ya, digo, enseñarte a volar ya —me susurró con sensualidad mientras me lamía el cuello con la lengua.

—Déjate de enseñarme a volar, yo quiero que me folles —me atreví a decirle, aunque al segundo, me arrepentí.

En circunstancias normales, jamás hubiera salido esas palabras por mi boca, pero ya no me sentía la misma Sara de siempre. Había cambiado, hasta el punto de no sonrojarme por pronunciarlas. No me sentía sucia ni vulgar. Y es que quería follarle y que me follara las veinticuatro horas que faltaban para que despegara el avión que me llevaría a mi cruda realidad.

Creo que surgió el efecto deseado. Me sonrió con malicia y con paso decidido y sin dejar de mirarme de una forma lasciva, se acercó y me comió la boca.

Las manos rodearon su cuello, las suyas se dirigieron directamente a mi trasero, que lo estrujó con brusquedad. Solté un leve gritito mientras nuestras lenguas se buscaban. Un escalofrío recorrió mi espalda. Mi sexo comenzaba a humedecerse y por el bulto que asomaba en sus pantalones, él también parecía impacientarse por entrar dentro de mí.

Estaba dispuesta a saltarme los preliminares para pasar a la verdadera acción, pero Ciro tenía otros planes.

Me cogió en brazos y me llevó hasta uno de los dormitorios, que todavía no había visto. Era pequeño, como el resto de la casa y también decorado con toques marineros. La pared central, pintada en azul marino contrastaba con el blanco del cabecero de madera.

De un pequeño empujón me tumbó sobre la cama, que, a decir verdad, no era demasiado cómoda. Delante de mí, se deshizo de toda su ropa en pocos segundos, mientras me obligaba a observar cada uno de sus movimientos.

Vamos que si me excité. Con aquella escena, una parte de mi cuerpo comenzó a palmear. No

quise quedarme atrás y le acompañé. Me quité la camiseta y el sujetador, y no conforme con eso, me puse a jugar con mis redondos pechos ante su atenta mirada. Los agarré y estrujé con deleite. Pellizqué cada uno de los pezones con picardía, mientras recorría los labios con la lengua de una manera sensual.

Activé la lujuria en él porque lo encontré mordiéndose el labio inferior con regodeo. Verlo de esa manera hizo arder mi cuerpo, excitándolo hasta el punto de que solté un gemido bastante sonoro.

Se colocó encima de mí. Recorrió con las manos todo mi cuerpo, mientras se deshacía de las últimas prendas que encontraba en su camino. Hasta que me dejó totalmente desnuda.

Agarró mis rodillas y las separó, dejando en primer plano a mi vagina toda mojada.

«¿No pensara en...? ¡Ay, Dios!», no logré acabar la frase en mi mente, porque sus labios ya la estaban besando y, haciendo uso de su lengua, la devoró despacio y sin prisas.

Con los dedos masajeó la zona hasta dar con el clítoris. Supe que había llegado porque nunca sentí nada por el estilo. Para mí, eso del clítoris siempre había sido una leyenda urbana. Porque vale que, las pocas veces que lo hacía con mi Manolo sentía algo, pero nada de lo que escuchaba por la televisión. Al fin, sabía que era cierto, que ese músculo diminuto podía darme mucho placer. Se entretuvo jugueteando con él, de tal manera que me contraje por completo y no pude evitar que escapara un suspiro de excitación.

No suficiente con eso, introdujo dos dedos en mi interior. Al mismo tiempo que entraba y salía con los dedos, chupaba y pellizcaba con los dientes aquella zona nueva para mí.

—No te corras todavía —me soltó cuando estaba al punto de llegar al clímax.

¿Pero cómo no iba a correrme? Este hombre estaba haciendo virguerías con la lengua y el botón del placer. Con esa orden acabé de perder el poco control que me quedaba. No conforme con eso, quise recuperarlo, lo agarré del pelo y lo hice retroceder, aprovechando esa mínima distancia para incorporarme y tumbarlo a él de espaldas a la cama. Y yo encima de él.

No lo pensé, sabía lo que tenía que hacer, o, mejor dicho, sabía lo que quería hacer. Fui directa a su pene, tan erecto y duro. Lo cogí entre las manos y después de lubricarlo con saliva, lo introduje en mi boca. Lo entré y lo saqué; lo chupé, lo absorbí, hasta mordisqueé la puntita.

Ciro estaba fuera de sí, gozando al máximo de aquella nueva experiencia entre nosotros.

—No te corras todavía —le devolví la orden entre risas.

—Pues no aguantaré mucho más, mi reina. Quiero follarte duro y retornarte todo ese placer que me estás regalando.

Quien avisa no es traidor. Se apartó de inmediato y con un juego de manos, subió y bajó la piel de su miembro un par de veces y se corrió en mi pecho.

¡Qué momento tan erótico y placentero!

Tenías que ser tú

Ciro

Me despertó el sonido insiste del móvil de Sara. Ella continuaba durmiendo desnuda en la cama. Había amanecido ya.

—Sara, te llaman al móvil —le susurré con dulzura para no despertarla de manera brusca.

Gruñó un par de veces más y la dejé descansar. Después de la maratón de sexo desenfrenado que habíamos disfrutado aquella noche, era completamente normal que estuviera agotada.

La melodía seguía sonando y busqué su móvil. «Raquel tía», leí el remitente de las incansables llamadas. Pensé un segundo en si cogerlo o no, pero éramos bastantes mayorcitos para tener que escondernos, además, según Sara, su tía intuía algo y se alegró por ello.

—Hola —la saludé tranquilo.

—¡¿Quién eres y qué has hecho con mi sobrina?! —me gritó nada más escuchar mi voz.

—Soy Ciro, amigo de Sara —le contesté para calmarla.

—¿Y dónde está? Quiero hablar con ella —exigió de manera grosera.

Volví a mirar a Sara, pero seguía durmiendo.

—Está durmiendo. Ya he intentado despertarla, pero no lo he conseguido.

—Quiero una prueba de que está viva —dijo muy seria.

¿Lo decía de verdad? Tras oírlo, solté una gran carcajada. ¿Qué culebrones veía esta mujer?

—Pues no creo que le haga gracia que te envíe una foto desnuda de ella —bromeé.

—¿Desnuda? —Hizo una pausa. ¡Oh! Entiendo, eres ÉL.

¿ÉL? Al parecer no le había dicho mi nombre.

—¿Ciro? —Se oyó una voz ronca detrás de mí. Me di la vuelta y me encontré con una Sara preciosa recién levantada.

Tenía el pelo alborotado y legañas en sus ojos. Llevaba puesta mi camisa de ayer, que le llegaba por el muslo, cubriéndole sus partes. ¡Estaba tan sexi! Nunca una mujer me había parecido tan atractiva tras despertarme con ella al día siguiente. Pero ella era diferente.

—Buenos días, mi reina.

—¿Es mi móvil? ¿Con quién hablas? —se alarmó de inmediato al descubrir que estaba hablando desde su teléfono.

—Es tu tía —le dije para tranquilizarla—. Quiere una prueba de vida. —Reí.

Ella me miró extrañada, pero se relajó. Le di el móvil.

—Hola, tía. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? Son casi las diez de la mañana y no sé nada de ti desde ayer. Pensé que te había pasado algo. Tu abuela está muy nerviosa. ¿Qué no piensas en los demás?

—¿Las diez? ¡Joder! ¡Voy a perder el avión! Tía, voy para allá, intenta recoger mis cosas. Ya te lo recompensaré.

Colgó el teléfono y Sara corrió hasta el dormitorio. Se vistió a toda velocidad y sin lavarse si quiera la cara, se marchó de mi casa. No me dijo ni adiós, dejándome desconcertado.

Ella cogería un avión y se marcharía a más de 3.600 kilómetros de distancia. Algo dentro de mí se rompió. Saber que posiblemente no volvería a verla, que no volvería a besarla, que no volvería a hacerle el amor, me deprimió. ¿Por qué?

Pasé la siguiente media hora sin hacer nada. Esperaba con ansias algún mensaje, algo. Pero nada. Revisé varias veces si el wifi funcionaba, por si me había escrito y no lo había recibido. Pero no, todo estaba correcto. Necesitaba hablar con ella, despedirme; verla una última vez.

Salí de casa abrumado, me coloqué el caso de la moto y salí pitando de allí. Creo que nunca había ido a tanta velocidad como aquel día. Tenía la esperanza de encontrarla allí, de que no hubiera salido al aeropuerto todavía.

Me planté en la puerta de la casa de su tía en un santiamén. Piqué como un energúmeno al timbre y alguien me abrió la puerta.

—¿Sa...? —Pero no era ella.

Una señora menuda y rellenita se asomó. Por su edad, tenía que ser su abuela.

—¿Quién eres? —preguntó muy desconfiada y sin abrir del todo la puerta.

—Busco a Sara.

—Pues no está, chico —me soltó todavía desconcertada.

—¿Se ha ido ya al aeropuerto? ¿A qué hora sale su vuelo?

Tras preguntarlo todo aquello, entendió que era de confianza. Si sabía que ella tenía que coger un avión, tenía que serlo. Abrió la puerta y salió a la calle.

—Pues iba con prisas. Exactamente, no sé a qué hora sale el avión.

—Muchas gracias, señora.

No perdí el tiempo. Tenía que llegar cuanto antes al aeropuerto. Sara no podía irse sin saber lo que sentía por ella. Cogí la moto y me encaminé a la misma velocidad que antes. Me daba igual si llegaba alguna multa después, encontrarla era mucho más importante que unos cientos de euros y unos puntos menos en el carné.

Conduje todo lo rápido que pude. A esas horas el tráfico era bastante denso, suerte que iba en moto y podía sortear al resto de coches. No sabía qué modelo ni color tenía el auto de su tía, por lo que no podía evitar mirar en cada ventanilla para ver si veía a una o a la otra.

Llegué en cuarenta minutos, un récord para mí. Dejé el ciclomotor aparcado de cualquier manera, deseando que no pasara ningún revisor para que me multara. Pero también me dio igual. Si no me importaba que me cogieran yendo a más de velocidad de la permitida, una multa por mal aparcamiento, tampoco.

Entré por las puertas giratorias y subí al piso de arriba, donde salían todos los aviones. Me detuve en el cartel que indicaba el número de puerta y busqué con desespero algún vuelo a Barcelona. ¡Mierda! Había dos compañías que volaban a ese destino y más o menos al mismo tiempo. Las puertas de embarque estaban a la otra punta una de otra. Sería imposible llegar a las dos. ¿Qué hacía? ¿cuál de las dos iba a escoger?

Cogí el móvil y la llamé, pero no obtuve respuesta. Decidí arriesgarme y elegí una de ellas.

Dispuesto a dirigirme hasta ella, una voz sonó tras mi espalda.

—Yo a ti te conozco.

«Que sea su tía, que sea su tía», imploré.

Efectivamente, era ella. Le sonreí y la abracé de la emoción.

—¿Dónde está Sara? —le pregunté nervioso.

—¿Así que eras tú el chico misterioso con el que ha estado tonteando estos días? —Rio.

No tenía tiempo para explicarle nada. La cuenta atrás comenzaba y no estaba dispuesto a no despedirme de ella.

—Por favor, tengo que encontrarla. ¿Por qué puerta sale?

Se quedó pensativa.

—Pues creo que me ha dicho por la siete.

—¡Gracias! —No sé por qué le di un beso en la mejilla, supongo que de alegría.

Salí corriendo de allí con la mirada de la tía puesta en mi nuca. Si me hubiera dado la vuelta, con seguridad me la habría encontrado con la boca abierta y los ojos de par en par sin entender

nada. Pero tenía una misión mucho más urgente: encontrar a Sara y confesarle mis sentimientos, que no eran pocos.

En diez minutos cerraban las puertas de embarque. Todavía había un montón de personas haciendo cola. Debía haber algún tipo de retraso porque estaban parados. Al fijarme, las azafatas discutían con un pasajero por el tamaño de la maleta. Aproveché la situación y observé a todos los pasajeros que quedaban por embarcar, con la esperanza que uno de ellos fuera Sara.

Pero allí no estaba. Había llegado demasiado tarde y ella ya estaría subida en el avión rumbo a Barcelona. ¡Mierda! ¡Joder! Quise llorar de rabia, de impotencia, pero no lo hice. Suspiré profundamente y me di por vencido. Algún día volvería a verla.

Me di la vuelta y me marché por donde había llegado. Andaba despacio, sin ganas.

—¿Ciro?

No era posible. Mis pies se detuvieron y la respiración se cortó unos segundos. Su voz era inconfundible.

—¿Sara? —Me di la vuelta en busca de su rostro y ahí estaba, parada pocos metros de mí, con la maleta en la mano y la cara desencajada.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó atónita.

No pude darle la respuesta que esperaba. En ese momento, necesitaba abrazarla, besarla, acariciarla. Y fue lo que hice. Fui hasta ella y la rodeó con los brazos. Su olor me embriagaba. Junté mis labios con los suyos. Su sabor me enloquecía.

Último aviso para el Vuelo a Barcelona 3445, pasen por la puerta de embarque siete.

Sara me miró, yo la miré a ella. Sabía que tenía que marcharse, pero no podía dejarla ir.

—Sara, yo...

—Tengo que marcharme, Ciro. — Me miró con los ojos tristes y brillantes. También estaba emocionada por aquella despedida.

Dio tres pasos, pero la cogí de la mano y la conduje hasta mí. Su cara se estampó contra mi pecho y la abracé tan fuerte, que pensé que la aplastaría.

—Te quiero —le solté.

«¿Le había dicho aquello? No era posible. Me había enamorado como un loco de Sara y acababa de confesarlo en voz alta».

—Ciro... yo... no sé qué decir. —Parecía confusa, a la vez que avergonzada.

—No tienes que decirme nada. Solo hazme una promesa.

—¿Cuál?

—Prométeme que volverás pronto. Prométeme que contactarás conmigo —le rogué acalorado. Sabía que no había demasiado tiempo y con que dijera un único sí me conformaba.

Miró a la azafata que le hacía señas para que corriera. Las puertas de embarque iban a cerrarse.

—Lo siento, tengo que irme.

¿Cómo? ¿No pensaba contestarme? ¿Tanto le costaba decir un sí o un no?

Me di la vuelta para largarme de allí. De la gran decepción que sentía en ese instante, no quise ni verla alejarse. Era demasiado duro.

—¡¡Ciro!! —gritó desde la puerta—. ¡¡Te lo prometo!!

La vi marcharse con una amplia sonrisa en los labios. Me dijo adiós y me lanzó un beso. ¡¡Había dicho que sí!!

El hilo rojo

Sara

Fue una grata sorpresa que Ciro hubiera venido a despedirse al aeropuerto. Con las prisas por no perder el avión, no pude escribirle ningún mensaje. Había salido disparada de su casa y cuando llegué a la de mi tía, me esperaba en la puerta con mi equipaje preparado. Además, mi móvil murió, se quedó sin batería después de tantas horas sin aparecer por casa. No hubo tiempo de ponerlo a cargar.

—Si quieres llegar a tiempo, más vale que salgamos ahora —me dijo tras recibirme en la puerta—. Ya hablaremos de tu comportamiento por el camino.

Tragué saliva y asentí avergonzada. Me sentí como una quinceañera siendo regañada por su madre. ¿Y qué iba a decirle? ¿Que había conocido al hombre de mi vida y le había sido infiel a mi prometido?

Cuando nos subimos en el coche, lo hicimos en silencio. Ella miraba la carretera, mientras que yo al suelo, con la esperanza que no iniciara esa conversación.

—¿Y bien? —me preguntó de manera seca y cortante.

La miré tímida, sin saber qué decir.

—¿Qué quieres saber tita?

—Todo, mi niña —suavizó el tono de su voz y eso me tranquilizó—. ¿Qué ha ocurrido este fin de semana?

Me derrumbé. Comencé a llorar con desconsuelo. El montón de emociones que llevaba acumulado estos días, salieron a la luz.

—Me he enamorado, creo —le solté.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y hasta ese momento, no lo supe. Pero me había enamorado de Ciro, o al menos tenía sentimientos muy fuertes por él. No supe si lloraba porque lo amaba o porque lo echaría de menos. Quizá por ambas cosas.

Se hizo el silencio entre nosotras, hasta que Raquel continuó conversando:

—Sara, nunca te vi feliz con Manolo—se sinceró—. Es normal que tarde o temprano te dieras cuenta de que no eras feliz.

Me sorprendió aquella respuesta. ¿Cómo podría saber eso si ni yo misma me había dado cuenta? Siempre tuve muy buena relación con ella y era mi confidente en todo. Pero nunca le dije que estuviera mal con mi esposo, o que no fuera feliz o nada por el estilo. No sé cómo pudo sacar esas acertadas conclusiones.

—Pero le he sido infiel.

—No sé qué decirte, mi niña. Pero tienes que ser feliz y si para ello has tenido que ser infiel una vez, no pasa nada. —Colocó su mano en mi pierna y la apretó con ternura.

—¿Y si han sido siete veces? —le solté más sonriente.

—¿Siete en tres días? ¡Serás zorrona! —exclamó divertida—. Pues mejor, más alegría para tu cuerpo.

Ambas soltamos unas sonoras carcajadas.

—¿Y cómo se lo digo a Manolo? —Esa era la pregunta más importante de todas—. ¿Debo decirle que me he enamorado? ¿O qué?

Raquel suspiró. No tenía una respuesta para todo, aunque intentó dármela lo más sincera posible.

—Yo prefiero la sinceridad, Sara. ¿Tú sabías que yo dejé a Gonzalo porque me fue infiel? —

me dijo con la mirada perdida fija en la carretera. Le resultaba difícil contarme aquello.

—No, nunca me dijiste nada.

—Porque sentí vergüenza. Llevaba años engañándome con mujeres diferentes. ¿Tú sabes el tiempo que perdí con él? Si lo hubiera sabido antes, ten por seguro que hubiera rehecho mi vida. —Cogió aire y siguió—: Viví una mentira, Sara. Y tu novio no se lo merece. Una cosa es que no estés enamorada, y otra, que le engañes porque sí. Él es un buen hombre, aunque no sea el idóneo para ti.

Tenía razón. Siempre había sido bueno conmigo, un buen compañero. No se merecía lo que le había hecho y tenía que enfrentarme a ello. Le diría la verdad.

Llegamos al aeropuerto a tiempo. Faltaba más de quince minutos para que abrieran las puertas de embarque y ese aeropuerto era muy pequeño, nada que ver con el de Barcelona.

Raquel me acompañó al interior. Nos sentamos en una de las pocas cafeterías que estaban abiertas y pedimos café y bollería para las dos. Todavía no había desayunado y necesitaba tener el estómago lleno para aguantar las casi cuatro horas de vuelo.

Llegó la hora de mi marcha. Nos acercamos hasta la puerta número siete.

—Buen viaje, mi niña. —Me abrazó y me dio un beso en la frente—. Sé feliz, cariño.

—Gracias, tita.

Y se marchó.

Me senté en uno de los asientos, mientras veía como centenares de personas hacían cola. Siempre he pensado que esperar de pie era una tontería. Los asientos del avión estaban numerados y daba igual si entrabas antes o después.

Y entonces, comencé a recordar lo vivido con Ciro. ¿Había sido real? Era un hombre con un gran atractivo físico y, además, parecía ser buena persona. No sabía qué pensar. Era cierto que lo vi muy interesado en mí, pero estaba tan poco puesta en el ligoteo de la actualidad, que no sabría diferenciar si para él solo era un rollete de unos días. ¿Pero qué estaba pensando? Claro que debía ser eso, y si no, tampoco importaba. Nos separaban más de 3.600 kilómetros de agua. Jamás podría funcionar una relación a distancia. Lo único positivo que encontré con aquella aventura, fue darme cuenta de que yo merecía más, merecía ser feliz.

Era tal la obsesión que estaba sintiendo en ese momento, que creí verlo en persona. Eso era imposible. No, espera. Sí, sí que era él. ¿Qué hacía él en el aeropuerto?

Me levanté y fui hasta donde se encontraba. Parecía que estuviera buscándome entre los pasajeros de la larga cola de la puerta de embarque.

—¿Ciro? —le pregunté todavía dudosa de si era él.

Tras escuchar mi voz, se detuvo y se dio la vuelta despacio. Abrió los ojos sorprendido y me abrazó. Me sentí arropada, me sentí protegida y segura entre sus brazos. Y entonces, lo dijo:

—Te quiero.

¿Qué me quería? ¿Había oído bien? No era posible, no podía serlo. Eran palabras mayores y demasiado pronto para que alguno de los dos sintiera algo tan fuerte. Era cierto que tenía muchos sentimientos hacía él, pero hasta el punto de quererle, no. ¿O sí? No, definitivamente no era posible querer a una persona tan rápido.

Por megafonía dieron el último aviso para los pasajeros de mi vuelo. Tenía que subirme o me dejarían en tierra. Ya no quedaba nadie en la cola y la azafata me miraba molesta. Aquella confesión me dejó congelada y sin saber qué decir. Me despedí como pude de él, con el corazón en la mano y sin haber podido decirle que yo también sentía algo por él. Me hizo prometer que regresaría y que me pondría en contacto en cuando pusiera un pie en esa isla. Eso sí que podía hacerlo y al final, le grité un sí desde la puerta de embarque.

Su sonrisa fue lo último que vi antes de subir al avión.

Los primeros treinta minutos, hice memoria y recapitulé cada segundo pasado con Ciro en aquellos días, después, no hice otra cosa que pensar en el discurso que iba a recitarle a Manolo. ¿Cómo iba a decirle que lo dejaba porque me había tirado a otro?

Pasé las casi cuatro horas detallando en mi mente las palabras exactas que le diría. Y al llegar, ya tenía decidido cómo explicarle lo ocurrido con puntos y comas. Ahora solo faltaba ponerme delante de él y vomitarlo.

Pedí un taxi, y al llegar a casa, me esperaba sentado en el sofá leyendo un libro.

—Hola—me saludó sin desviar la vista del libro tras entrar.

No se levantó para darme un beso o un abrazo, al parecer, con ese «hola» tenía suficiente para darme la bienvenida. No esperaba que hiciera otra cosa de la que hizo. Sinceramente, así solíamos saludarnos en los últimos años. En el fondo, lo agradecí, porque si me hubiera mostrado una pizca de cariño, me hubiera derrumbado en ese mismo momento.

—Hola, ¿qué tal? —le dije para empezar algún tipo de conversación y poder dar pie a la maldita conversación.

Me miró con unos ojos extraños, como sin vida.

—Bien —dijo con la voz apagada y continuó con la lectura.

Le ocurría algo, porque, aunque no solía demostrar ningún ápice de cariño o amor, tanta indiferencia no era normal.

—¿Qué te pasa? Por cierto —miré la hora—, ¿qué haces aquí?

Debería estar en el trabajo. No salía hasta las seis de la tarde y solo eran las cuatro. De hecho, tuve que coger un taxi a la vuelta porque en un principio, él no podía recogerme.

—Me han despedido.

¿Había oído bien? Quise preguntarle de nuevo, por la expresión de su rostro confirmaba que lo que había escuchado era lo correcto. Aquello me cayó como un jarrón de agua fría.

Tenía el discurso perfecto preparado para romper con él, para decirle que me había enamorado de otra persona y que me había acostado con otro. Pero al saber eso, todo cambiaba; no era el momento. Si acababa de perder el trabajo, no podía decirle que también acababa de perder a su mujer. ¡Mierda! Pensé en lo que me dijo mi tía sobre la sinceridad, pero lo vi tan hecho polvo que no pude, fue superior a mí.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Dejé la maleta en el recibidor y me acerqué hasta él para darle consuelo.

—La empresa ha quebrado. Al parecer, llevaba años con pérdidas y han decidido cerrar. —Dio un golpe en el brazo del sofá—. ¡Joder, Sara! ¿Por qué me pasa esto a mí?

Se refería a que no era la primera vez que se encontraba en una situación similar. Le ocurrió algo parecido en su anterior empleo. Llevaba seis años en aquella empresa cuando también cerró y ahora la historia volvía a repetirse.

—No sé, cielo. —Me mostré cariñosa y compasiva. Le abracé y se dejó abrazar.

Definitivamente, no era el momento de romper nuestro compromiso.

Todo es posible

Ciro

Ya debería haber llegado a su destino, pero su móvil continuaba apagado. Debía estar conversando con su novio, o, mejor dicho, rompiendo con él.

No me preocupé en exceso, ya daría señales de vida cuando pudiera. Aunque por si acaso, le escribí un par de mensajes.

La imagen de Sara se colaba en mi cabeza. No podía dejar de pensar en ella. Nos despedimos de una manera que no me gustó en absoluto. Me lo había imaginado de manera distinta. Pensé que en cuanto le confesara mis sentimientos se echaría a mis brazos, pero lejos de la realidad, aparte de que se me escapó ese «te quiero», no hubo abrazos ni besos. Lo único a lo que me podía agarrar era a la promesa de que regresaría y cuando lo hiciera, me avisaría.

Eso fue suficiente para retenerla en mis pensamientos.

La espera me estaba impacientando por lo que decidí llamar a mi fiel amigo Robert para entretenerme. Desde que me reencontré con Sara, no lo había vuelto a ver. Siembre había sido mi amigo, mi confidente, mi compañero de fechorías y desde que rompí con mi antigua novia, siempre estuvo a mi lado. Me apoyó en los momentos más difíciles, me vio derrumbarme y sacar lo peor de mí.

Ya era hora de contarle que me había enamorado. Si eso no era amor, no sabía de qué más podría tratarse. Lo que sentía con Sara, jamás lo llegué a vivir con otra mujer. Y no me refiero a excitarme, porque eso sabía reconocerlo desde el primero momento. Era algo más trascendental, algo que se sentía desde dentro de las entrañas o más adentro aún, quizá en el alma. No sabía cómo describirlo, pero creí que era lo más parecido a lo que decían otras personas sobre el amor. No podía ser otra cosa.

Lo llamé por teléfono y quedamos esa misma tarde en el bar donde siempre nos tomábamos la primera copa antes de salir de fiesta.

Al llegar cogimos en una de las mesas de la terraza. El aire corría fresco y se estaba de lujo.

—Buenas, tío —me saludó con nuestro abrazo de siempre—. ¿Dónde te has metido? Has estado muy desaparecido estos días.

Nos sentamos en las sillas de aluminio color plata, un poco incómodas.

—¡Hola! Pues sí, tengo que contarte algo. —Le sonreí.

Me miró con sorpresa. Hacía tiempo que no había visto esa sonrisa tan característica mía.

—Ya veo que estás muy contento. ¿A qué se debe?

En ese momento, llegó el camarero para pedir la comanda.

—Para mí un Gin Tonic —le dijo mi amigo.

—Para mí un café solo con hielo.

—¿Café? ¿A estas horas? —preguntó extrañado.

Por supuesto que le parecía raro porque a esas horas solíamos empezar a beber para ir a tono a las fiestas nocturnas. Era costumbre que los lunes saliéramos a un Pub bastante concurrido. Al estar desempleados, aprovechábamos cada oportunidad para divertirnos.

—No tengo ganas de emborracharme, hermano —le contesté divertido.

El camarero nos interrumpió para dejarnos las bebidas.

—¿Y eso?

—Pues verás, he estado estos días con alguien —comencé.

—Espero que no sea un hombre —se burló—. Porque últimamente me tenías preocupado. Tú,

el gran Ciro, sin sexo tanto tiempo... —Rio.

—Cállate. —Le lancé el envoltorio del azucarillo—. Ya sabes que no soy gay, me gustan demasiado las mujeres.

—Lo sé, colega. Y dime, ¿quién es ella? —se interesó.

Mezclé el café con el hielo y lo removí con la cuchara haciendo tiempo. Bebí un sorbo con tranquilidad ante la atenta mirada de mi amigo. Perdí un poco de tiempo para estresarle y se estresó.

—¿Quieres hablar de una vez? —exclamó irritado.

—Está bien, no te enfades. —Dejé la taza sobre la mesa despacio—. Es Sara.

—¿Sara la catalana?

—La misma. —Hinché el pecho de aire orgulloso de mi conquista.

—Pues no es nada tu estilo —me dijo indiferente—. No es nada del otro mundo para ti.

—Sé que no es el tipo de chicas con las que he tonteado, pero ella es única, Robert. Estoy enamorado hasta las trancas —le confesé.

Y mira que nosotros no éramos de hablar de nuestros sentimientos, pero tenía una gran necesidad de expresar lo que sentía. De contarle lo mucho que me gustaba esa muchacha.

—¡Joder, tío! ¡Quién te ha visto y quién te ve! ¿Y tú ex?

—Ella ya no me interesa, ya la he olvidado.

Y era verdad. Sara hizo que me la quitara de la cabeza. No sentía nada por ella. Estos dos últimos meses que los pasé jodido por haberla perdido, pasaron a un segundo plano.

Robert tras escuchar aquello, hizo una mueca con la cara. No esperaba aquella respuesta y pareció algo aliviado. Él se había preocupado mucho por mí estos meses y supuse que oír que ya no le molestaría con mis tonterías, le agradó. Ya no me vería llorar por las esquinas o beber como un cosaco. Era libre de esa maldita relación tóxica.

—Me alegro, amigo. —Hizo silencio. Estaba más pensativo de lo normal.

—¿Te pasa algo?

—No, no, nada. Y bueno, ¿cómo ha quedado tu amorío con ella?

Recordé que todavía no tenía noticias de Sara. Miré el reloj de mi muñeca y marcaba las ocho. Qué extraño, hacía más de cuatro horas que había llegado y debería haber finalizado la conversación con su pareja.

—Pues no lo sé. Le confesé que la quería antes de irse. Creo que me corresponde, pero ha llegado hace horas y no me ha dicho nada. —Revisé el móvil, pero tampoco tenía ningún mensaje—. ¿Se habrá echado para atrás? Tenía que hablar hoy con su novio y...

—Espera, espera. ¿Tiene novio? —me preguntó confundido—. ¿En qué lío te has metido? —Dio el último sorbo al de la copa que tenía entre las manos.

—Y yo qué sé, tío. Pero esa mujer... me tiene loco.

Y es que no era la primera vez que me metía con una con pareja y sabía las consecuencias que eso podría traerme. Ya me había llevado algún que otro puñetazo de un novio o marido celoso. Pero ese no era mi problema, yo no era el que estaba en una relación y la verdad es que quería a Sara. Esa vez me daba igual si recibía una paliza por su chico, ella merecía la pena.

—Pues ten cuidado y no me refiero al novio. No quiero verte otra vez por los suelos.

—Esta vez será diferente, lo presiento —le dije muy confiado.

—Eso espero, eso espero, por tu bien.

Pagamos la cuenta y cada uno se fue por su lado.

Por el camino, le hice una llamada a Sara y tampoco contestó. ¿Dónde se había metido esa mujer?

Olvídate de mí

Sara

La noticia de Manolo sobre la pérdida de su trabajo me cayó como un cubo de agua fría. No hacía ni tres horas que me había convencido a mí misma de que estaba tomando la mejor decisión, de que yo merecía ser feliz y ahora, volvía a sentirme encerrada y sin salida.

Durante toda la noche no dejé ni un segundo de pensar en el cómo debería afrontar la vida. Tenía claro que algo tenía que cambiar, pero no a cualquier precio. Fingiría que todo iba bien, como cada día y que nada en mi vida estaba fuera de lugar. ¡Todo mentira!

Al día siguiente comencé a trabajar. Como siempre, me presenté antes de mi hora de entrada. Me senté en la sala de los empleados haciendo que revisaba el inventario de la cafetería, pero en realidad no podía pensar en nada más que en lo gris que se había vuelto mi situación. No pude concentrarme, mi mente estaba jugando no sé a qué juego, pero alternaba las imágenes de Ciro y Manolo. Necesitaba normalizar mi vida cuanto antes o se acabaría convirtiendo en un verdadero infierno. Y solo tenía dos opciones: o romper el compromiso y hacer desgraciado a Manolo o vivir una aventura con Ciro, la cual no sabía cómo iba a ser.

Apareció sin esperarlo Tomás, y no hizo más que amargarme más la existencia.

—Tienes que quedarte esta tarde. —Más que una petición fue una orden.

—¿En serio? Acabo de llegar de vacaciones.

—Por eso mismo, eres la que está más descansada. —No esperó a recibir mi respuesta y se marchó.

Sin pensarlo me acerqué al panel de horario, donde teníamos todos los turnos colgados. Esa tarde tenía que doblar Coral. Me enervó saber que tenía que cubrirla a ella puesto que ya hacía tiempo que apenas trabajaba sus turnos de tarde.

Algo en mí había cambiado. Ese viaje a Tenerife me había hecho entender que la vida estaba para disfrutarla y ser feliz y ese trabajo, a la vez que Manolo, ya no me hacían feliz.

Aunque pareciera extraño, me di cuenta tarde. Ni podía dejar a Manolo porque lo habían despedido, tampoco podía dejar mi empleo porque iba a ser el único salario que entraría en casa.

¿Podía ser más desgraciada?

Decidí aguantar hasta que todo se calmara, sin embargo, no estaba dispuesta a hacer más de la cuenta.

—Sara, necesito que me entregues el cierre de toda la semana antes de que te vayas esta noche —me dijo Tomás al entrar en el mostrador.

Levanté la vista hacía él y con indiferencia volví a centrarme en mi trabajo.

—No puedo —le contesté fría y sin apartar la mirada de los dulces que estaba ordenando.

—¿Cómo que no puedes? —No creía lo que estaba pasando. Yo nunca me había revelado—. Es urgente.

—Pues hazlo tú o Coral, que es la que lo tendría que hacer esta semana.

No le di tiempo a reprocharme nada. Se había quedado tan parado que no pudo reaccionar. Me largué de allí deprisa con varias bandejas listas para hornear. Me siguió y se formó una discusión descomunal entre él y yo. Debo reconocer que ese día estuve a punto de perder el trabajo, pero lo pensé con claridad y no era el momento. Me rendí ante sus exigencias y obedecí.

Después de salir, me dirigía a mi casa y me recordé que no había encendido el móvil desde el día anterior, cuando recibí un mensaje:

Ciro:

«Estoy preocupado, ¿por qué no me contestas? ¿Has hablado con tu novio?»

Y caí en la cuenta de que desde que había aterrizado en Barcelona, no contacté con él. Al llegar con todo lo ocurrido con Manolo, puse el móvil a cargar el móvil sin encenderlo. Comencé a recibir todos los mensajes y llamadas que había me había hecho. No supe qué contestarle. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no podía verlo nunca más? ¿Que teníamos que olvidarnos el uno del otro? ¿Que todo había sido un error? No, preferí callar y no decirle nada. Acabábamos de conocernos y cuanto menos habláramos, antes nos olvidaríamos el uno del otro. Pero él parecía no entender que no quería hablar con él y volvió a enviarme otro mensaje de preocupación.

Esa vez, tampoco le contesté. Unas pocas lágrimas aparecieron en mis ojos. Era la manera de decirle adiós a lo que pudo haber sido.

No tenía ganas de llegar a casa y encontrarme a Manolo, necesitaba tiempo para asimilar todo lo que me estaba ocurriendo y mientras caminaba, me topé con una peluquería. Miré por el ventanal y comprobé que no había nadie. Decidí entrar y pasar el resto de la tarde allí.

Al llegar a casa, mi novio se dio cuenta que había ido a la peluquería.

—Deberías cuidar del dinero. Ahora no trabajo —me soltó serio.

¿En serio? Esperaba que me dijera lo bonita que estaba o cualquier otra cosa agradable. Hacía años que no pisaba una peluquería. El dinero que ganaba lo guardaba todo en una cuenta de ahorros y nunca me permití un capricho. Sin embargo, él se compraba de todo: el último modelo de móvil del mercado, cualquier tontería tecnológica que saliera a la venta. Y yo nunca le dije nada.

—Es mi dinero y hago lo que quiera con él, como tú has hecho siempre —le solté muy molesta.

Me fui al dormitorio enfadada.

Recuérdame

Ciro

No saber nada de Sara me estaba volviendo loco. No daba señales de vida, le había escrito varios mensajes y le hice algunas llamadas y a nada respondió.

Me pregunté si le habría pasado algo. Estaba decidida a romper su relación y no tener noticias de ella me preocupó. ¿Le habría hecho daño su novio? Eliminé ese pensamiento de mi mente de inmediato. No conocía a su chico, pero por lo que había hablado con Sara, no parecía un mal tipo.

No sabía qué más hacer para contactar con ella. Solo me quedaba una opción: ir a hablar con su tía. Sabía dónde vivía, por lo que pensé que ella podría darme algún tipo de explicación; saber si se encontraba sana y salva o si, por el contrario, se había echado para atrás en lo nuestro. Si era así y lo que pasaba es que no quería saber nada más de mí, la dejaría estar, por mucho que me doliera.

Tener aquel pensamiento me agobió. Me estaba enamorando de ella, o, mejor dicho, ya lo estaba y no estar con Sara no era una opción para mí.

Necesitaba saber algo cuanto antes si no quería hacer alguna locura.

Esa misma mañana, después de darme una ducha de agua bien fría, decidí hacer una visita a Raquel. Estaba dispuesto a conocer la verdad, fuera cual fuese.

Cogí la moto y me acerqué a su casa. Estacioné donde lo hice la última vez que estuve allí y me dirigí a la puerta de entrada. Llamé dos veces y no tardaron en abrirme la puerta. Reconocí a su tía al instante, ya que no era la primera vez que la veía. Era tan diferente a Sara. Raquel debía de tener alrededor de cincuenta años, pero se conservaba muy bien. Lucía un cabello corto teñido de blanco como los que se llevaban en la actualidad. Era bastante más alta que Sara y mucho más delgada.

En un primer momento, me miró extrañada, como si no supiera quién era. Pero tras observarme con más atención, vi una diminuta sonrisa en sus labios. Me reconoció.

—Hola. ¿Se puede saber qué haces aquí...? —¿No recordaba mi nombre? Me adelanté.

—Ciro.

—Eso, es que no es un nombre muy común —se excusó con media sonrisa—. Pues Ciro, ¿qué haces aquí?

No sabía cómo empezar, porque desconocía qué sabía exactamente sobre nosotros y no quería poner a Sara en un aprieto. Aunque pensándolo mejor, hablé con Raquel el día que Sara se quedó a dormir en mi casa y después nos vimos en el aeropuerto. No era necesario ser muy inteligente para intuir que entre Sara y yo había habido algo.

Me armé de valor y le dije sin rodeos:

—No sé nada de Sara desde que salió en el avión y estoy preocupado.

Raquel me miró apenada y antes de hablar, resopló.

—Ciro, muchacho, lo siento —respondió cabizbaja—. No puedo decirte nada, creo que debería ser ella quién te explicara.

—¿Explicarme qué? —exclamé algo alterado. Había pasado algo y no saberlo me estaba irritando—. Raquel, por favor. Sara no coge las llamadas ni contesta a mis mensajes.

—Yo... —Se debatía entre si decírmelo o no.

Se frotó las manos nerviosa, como si quisiera contarme lo que había ocurrido con su sobrina, pero si lo hiciera, la estuviera traicionando.

—Por favor. Solo dime si está bien —le rogué exasperado.

—Ella está bien —soltó.

¿Nada más? ¿No pensaba contarme nada más? Y si ella estaba bien ¿por qué cojones no se ponía en contacto conmigo? No quería conformarme con aquella respuesta, pero sabía que Raquel no soltaría ni una sola palabra más.

—Necesito hablar con ella —le imploré.

—¿Y qué puedo hacer yo? Cuando vuelva a hablar con ella le insistiré en que te llame, pero no te prometo que me haga caso. Ella es muy tozuda.

Podía conformarme con eso. Si su tía se lo pedía, quizás ella diera su brazo a torcer.

—Está bien. Intenta convencerla, por favor. Gracias, nos vemos.

Me di la vuelta para marcharme.

—¿Y si te olvidas de ella? —preguntó por lo bajo, como si en realidad más que una pregunta fuera una orden o un consejo.

¿Olvidarme de Sara? Debería haberlo hecho desde el momento que llegó a su tierra natal y no se puso en contacto conmigo, pero algo dentro de mí me rogaba que no lo hiciera.

Con aquella pregunta, tuve la respuesta que esperaba. Me di la vuelta de espacio.

—No ha dejado a su novio, ¿verdad?

Por la cara que puso Raquel, supe que así era. ¿Se habría dado cuenta de que sí estaba enamorada? Seguramente le insistí tanto de que no lo estaba que la convencí, pero la realidad era que sí lo estaba, que yo solo había sido la persona con la que tenía que experimentar para darse cuenta de que su relación podía funcionar. ¡Joder!

—No es tan fácil, Ciro. Llevan muchos años juntos y es complicado romper una relación de tanto tiempo —sentenció con un hilo de voz.

Se le notaba que no estaba cómoda explicándome aquello, pero al fin tenía la respuesta que andaba buscando y era hora de poner fin a lo que teníamos ella y yo. Mejor dicho, a lo que creí que teníamos.

—Gracias por decírmelo, Raquel. Tienes razón. Si ella no me ha cogido las llamadas o contestado a los mensajes es porque no quiere saber nada más de mí.

—Creo que debes saber algo. —La miré sorprendido a la espera de que continuara—. Sara va a casarse en unas semanas.

—¿Qué? —Eso era lo último que esperaba escuchar. ¿Sara iba a casarse? Entonces, ¿todo había sido una mentira? —No lo entiendo, ¿por qué no me lo ha dicho?

—Eso no lo sé, pero creo que deberías saberlo.

Estaba muy enfadado y ofendido por aquella noticia. Me sentía engañado, había sido un puto juguete para ella.

—¿Cuándo es la boda?

—En tres semanas. —Hice unos cálculos mentales para saber más o menos el fin de semana que contraería matrimonio.

—Gracias, no te molesto más. —Fui a darme la vuelta, pero recordé algo—. Toma, esto es para Sara—. Le entregué un sobre—. No hace falta que le digas que es mío y puedes dárselo el día de su boda.

Me despedí sin mirarle. Estaba tan cabreado que no quería que me viera en ese estado porque con aquella revelación, acababa de romperme el corazón en mil pedazos y pisoteado el poco orgullo que me quedaba.

Escuché la puerta cerrarse tras de mí y caminé despacio, arrastrando los pies, hasta la moto. Tenía que asimilar que ya no volvería a ver a Sara y eso, dolía.

Mientras me colocaba correctamente el casco, tomé una decisión: debía olvidarme de ella lo antes posible. Estaba convencido de hacerlo, no sería la primera vez que me olvidaba de una mujer. Aunque, si lo pensaba fríamente, ninguna era como Sara, ninguna me hacía sentir lo mismo que ella. ¡Mierda! ¿Podría librarme de ella tan fácilmente?

De vuelta a casa

Sara

Llevaba todo el día como alma en pena. Apenas sonreía y estuve toda la mañana distraída y equivocándome con las comandas de los clientes. María lo notó y decidió darme unas horas libres. Me marché tal y como me dijo mi amiga y jefa, pero no pensaba regresar a casa tan pronto. El humor de Manolo había empeorado y estaba insoportable y mi cabeza no dejaba de pensar en Ciro.

Entré en un bar a tomar una tila, que la necesitaba tanto como el respirar en ese instante para apaciguar todos los nervios acumulados en esos días. Total, Manolo no me esperaría hasta bien entrada la noche.

Mientras bebía un sorbo de ese líquido, revisaba los mensajes de Ciro del móvil. No pude evitar llorar ante las miradas de los curiosos del resto de clientes. Mis lágrimas estaban descontroladas y estaba dando un buen espectáculo. Pero me importaba bien poco. Lo estaba pasando mal y no sabía cómo salir de aquello. ¿Sería capaz de fingir que amaba a Manolo? ¿Por cuánto tiempo?

Pasadas las ocho de la tarde, me dirigí a mi casa con el corazón encogido. Caminé y caminé con la mirada fija en el suelo y con un único pensamiento en la mente: Ciro.

Al llegar a casa, encontré a mi novio en calzoncillos, sentado en el sofá y con una cerveza en la mano. Lo miré detenidamente y supe que ese día tampoco había pasado por la ducha. Además, en la mesa, había varias latas vacías y restos de patatas esparcidos por la mesa. Todo el respeto que tenía hacia él desapareció en ese momento.

—Hola —dije cortante al entrar al salón.

Ni contestó, estaba tan sumergido en el puñetero videojuego al que siempre jugaba, que ni se enteró de que ya había llegado. No me enfadé, me dio exactamente igual.

Me di un baño relajante y por primera vez, me tumbé en la cama a leer un libro. Siempre me había gustado la lectura, pero la falta de tiempo que yo misma me imponía hizo que dejara de lado mis hobbies.

El móvil volvió a sonar y esa vez ni miré de quién se trataba porque solo podía ser una persona: Ciro.

A por todas

Ciro

Me dirigía al trabajo y recibí una llamada desde un número que no tenía agendado. Por un segundo, mi cara se iluminó al pensar que podía ser Sara, que podía estar llamándome desde otro teléfono. Al descolgar la llamada, la voz de una mujer desconocida preguntó por mí.

—¿Señor González?

—Sí soy yo. ¿Quién es?

—Le llamo de la empresa Vera. —Escuché con atención porque aquella empresa me sonaba mucho—. Le llamo porque hace tiempo nos dejó su currículum y estamos interesados en hacerle una entrevista.

Aquella noticia no pudo venirme en mejor momento. Llevaba días afligido por el desengaño de Sara.

El trabajo actual no era nada estable, de hecho, hasta hacía unas semanas solo iba en los momentos que la jefa me necesitaba, pero al enfermar uno de mis compañeros lo suplí, aunque no duraría mucho, pues llevaba alrededor de dos semanas de baja y no tardaría en volver. Encontré esa oferta de trabajo por casualidad mientras caminaba con mi amigo Robert.

Nos hablaron muy bien de un bar de copas al otro lado de la ciudad y teníamos curiosidad por conocerlo. No solíamos salir por aquella zona, básicamente porque estaba bastante alejada de nuestras casas. Accedimos a ir una noche que no encontrábamos plan y me topé con un restaurante algo pijillo con un cartel en la puerta con “Se busca camarero con experiencia”.

En ese momento estaba cerrado, eran pasadas las doce de la noche, pero pensé en acercarme en los días siguientes para entregar un currículum. Había escasez de empleos y demasiadas personas en activo. No podía dejar pasar aquella oportunidad, pues hacía años que saltaba de trabajo en trabajo y no conseguía la estabilidad que tanto ansiaba.

Y así lo hice, a los pocos días, me presenté en el restaurante con un currículum en la mano. Al entrar, me topé con un lugar fino y lujoso. Un local de grandes dimensiones, con lámparas gigantes de cristal colgadas en el techo, mesas y sillas de diseño y multitud de decoraciones de un alto valor económico. Me atendió un hombre bien uniformado al que le expliqué el motivo de mi visita. Este, me revisó de arriba abajo y enseguida mandó llamar a la encargada.

No tardó en personarse. Era guapísima. Una mujer joven de menos de cuarenta años, con un largo cabello oscuro y unos ojos azules muy llamativos. Recuerdo lo nervioso que me puse, solo de imaginar que ella pudiera ser en un futuro mi jefa. Mi mente comenzó a inventar pensamientos calientes sobre lo que podía pasar entre nosotros. Así era yo, cuando conocía a una mujer bonita, no podía pensar en otra cosa que hacerla mía.

Me cogió el currículum y con una sonrisa se despidió de mí, prometiéndome que me llamaría en cuanto necesitara de nuevo personal, pues justo esa mañana ya habían contratado a otra persona para el puesto.

—Sí, sigo interesado —contesté de inmediato.

—Perfecto. ¿Le va bien hacer una entrevista esta tarde?

—Sí, acabo mi jornada actual a las cinco.

—¿Está trabajando actualmente? —me preguntó aquella voz.

—Sí, pero estoy haciendo una suplencia y estoy buscando algo estable.

—¡Ah! Si es así, ¿nos vemos a las seis?

—De acuerdo, ¿en el restaurante?

—Sí, a las seis en el restaurante.

—Muy bien, allí estaré. Gracias —contesté alegre.

No todo salía mal. Aunque no estaba dispuesto a olvidarme de Sara tan fácilmente, tener esa entrevista de trabajo me hizo feliz. Al fin algo estaba saliéndome bien, después de años sin dar un palo al agua, si me cogían podría significar tener un trabajo fijo, uno con el que pudiera independizarme y no depender de nadie.

Con mi ex, ella era la que traía siempre el dinero a casa, yo hacía lo que podía con trabajos esporádicos y mal pagados. Después con mi madre, que la pobre se mataba a trabajar horas y horas, mientras yo seguía en el mismo camino. Y no es que fuera un dejado, echaba currículums casi diariamente, pero en la isla, no había demasiado trabajo para personas como yo, sin estudios.

Así que después de concertar esa entrevista, el día se me pasó volando, sirviendo platos y copas.

A última hora, cuando se acercaba la hora de acabar mi jornada laboral, se me acercó el encargado:

—Ciro, necesito que te quedes unas horas más. Esta noche tenemos una fiesta de cumpleaños y son cincuenta personas —me soltó como si fuera una orden, más que un ruego.

—Hoy no puedo, Alfonso. Tengo algo que hacer —le contesté mientras me sacaba el delantal negro que nos hacían poner.

—Pues te necesito hoy —dijo contundente.

—Te he dicho que no puedo.

Vi cómo una de las venas del cuello, la más gruesa, se le comenzaba a hinchar, pero no pensaba echar marcha atrás. Esa oferta de trabajo era muy importante para mí, si me contrataban podría salir del pozo en el que llevaba años ahogándome.

—Necesito que te quedes —se tranquilizó y suavizó el tono de voy de forma muy forzada—, por favor.

—Te he dicho que hoy no puedo, si me hubieras avisado con tiempo...

—¡Joder! Me cago en la... —Dio un manotazo a una de las mesas que tenía cerca. Se conocía que le costaba controlar la ira y que estaba haciendo terapia, pero no podía ayudarle—. ¡Si no te quedas, olvídate de aparecer mañana! —gritó enfurecido.

Me estaba echando si no accedía a sus órdenes y no pensaba permitir que me tratara así. Tenía una buena oportunidad y no pensaba desaprovecharla por un trabajo que me contrataba cuando le convenía.

—¡Pues vete buscando a otro gilipollas! Porque este no te aguanta más. —Cogí el delantal y se lo eché a la cara de manera brusca. Después me arrepentí, solía controlar la ira, pero no era la primera vez que ese hombre me trataba de aquella manera y con un posible trabajo nuevo, me envalentoné.

—¡Te arrepentirás de esto maldito cabrón! —Así era él, todo falta de respeto—. ¡No volverás a trabajar en este sector, yo me encargaré de ello!

Y podía hacerlo, ya que tenía varios locales de restauración y era bastante conocido en el Puerto de la Cruz. Pero me daba igual, me aferré a esa entrevista de trabajo, rogando a quien estuviera en el cielo que me diera una oportunidad.

Llegué a la entrevista faltando cinco minutos para las seis, la hora acordada. Me había arreglado acorde con el lugar, rebuscando en el armario ropa decente que no solía utilizar. Al parecer, estaba muy resultón, pues mujeres de todas las edades me clavaban la mirada al pasar por su lado. Y a Mónica, que así se llamaba la encargada del restaurante, no le pasé desapercibido. Juraría que, al verme, me revisó de arriba a abajo un par de veces, comiéndome

con la mirada.

—¿Ciro? —me preguntó tras reconocerme como el candidato al puesto.

—El mismo. —Le sonreí.

—Bonito nombre —soltó—. Acompáñame.

La seguí por un largo pasillo que conducía a un despacho decorado con el mismo estilo que el restaurante. Me hizo sentar en una de las sillas y ella lo hizo en un sillón blanco de polipiel.

La entrevista fue algo incómoda. Ella no dejaba de devorarme con la mirada a cada pregunta que me hacía. Si hubiera estado en cualquier otro momento de mi vida, con seguridad la hubiera desnudado, tumbado en la mesa del escritorio y la hubiera penetrado unas cuantas veces hasta quedarse saciada. Pero no me sentía con ganas, la imagen de Sara iba y venía a cada momento que por mi mente pasaban pensamientos sobre Mónica y yo follando.

La reunión resultó ser un éxito. No sabía si porque le había gustado en lo personal o en lo profesional, pero conseguí el puesto y comenzaría a trabajar dos días después.

Quizás para siempre

Sara

¿Así se sentía una cuando estaba a punto de casarse?

Entendía que los nervios y la falta de apetito eran normales, pero había algo más. Una sensación extraña recorría todo mi cuerpo que no me dejaba pensar con claridad.

Suerte de que llegó la estilista y la maquilladora, si no estaba segura de que habría salido huyendo.

—¿Puedes calmarte? —María estaba a mi lado y Merche junto a ella.

—¡Sí, hija, pareces un vibrador! —comentó Merche para romper el hielo. Y razón no le faltaba porque no había ninguna extremidad de mi cuerpo que no estuviera temblando.

—Lo siento, no sé qué me pasa.

—Necesitas una copa bien cargada —dijo mi fiel amiga, saliendo de la habitación en busca de esa copa.

—¡No quiero ir borracha! —le grité para que se detuviera—. ¡Merche! —No regresó en ese momento.

Me senté al borde de la cama, mientras veía como las dos profesiones organizaban todas sus herramientas de trabajo.

Apenas faltaba tres horas para la dichosa boda y algo en mi interior me advertía de que no dijera el sí quiero. Aunque ignoré esa sensación, no me quedé tranquila.

A los pocos minutos llegó Merche con la dichosa copa llena de un líquido ámbar, que debía ser wiski.

—¡No! ¡Llévate ese vaso de mi vista! —le grité más asustada que enfadada.

—Te vendrá bien para calmar los nervios —intentó convencerme.

No dio resultado, porque lo que ella no sabía era que ese color me recordaba al de los ojos de Ciro. Y si algo podía hacer que saliera corriendo de allí en ese instante, sin duda, era pensar en él. En sus caricias, sus besos, sus palabras...

—¡He dicho que saques eso de aquí! —grité histérica. Y sin querer, rompí a llorar.

Merche se puso rígida y en seguida, tomó el mando de la situación.

—¡Tú y tú! —Se dirigió a las dos muchachas que venían a peinar y maquillar—. Salid un momento, por favor. —Se levantaron algo desconcertadas por la reacción de mi amiga—. Y llevaos esto, por favor —les ordenó mostrándoles el vaso.

Ellas lo cogieron sin decir nada y salieron de la habitación, dejándonos a María, Merche y a mí solas y en silencio.

Seguía derramando lágrimas sentada en la cama, abrazando mis rodillas y escondiendo la cara entre ellas. María se sentó a mi lado y acarició mi cabeza, como solía hacer mi madre. Y ese gesto, más que calmarme, hizo el efecto contrario porque me vino a la mente su recuerdo. Mi madre no estaba ahí conmigo en uno de los momentos más felices de mi vida.

—Cariño, ¿qué ocurre? —me preguntó María con su típica voz dulce y cariñosa.

Extraje la cara de las rodillas y la miré.

—No sé si quiero casarme —solté entre sollozos.

De inmediato, sentí el calor de Merche al otro lado, que agarró mi mano con fuerza.

—Si me lo pides, voy a por el coche y nos largamos de aquí ahora mismo. —Sé que lo decía en serio. Si por ella hubiera sido, esta boda no se hubiera celebrado nunca.

La miré a los ojos y le dediqué la sonrisa más sincera que pude. Era la mejor amiga que una

podía tener.

—No, es demasiado tarde. Cumpliré mi promesa —solté muy segura.

—No te agobies tanto, suerte que existe el divorcio —bromeó Merche.

—¡Niña! Deja de decir tonterías —le riñó María.

Aunque fuera una broma de mal gusto, saber que tenía esa posibilidad, me tranquilizó en lo más profundo de mi ser. Quería a Manolo, de eso estaba segura, pero en el pensamiento tenía muy presente a Ciro.

Me armé de valor, me puse en pie, borré el rastro de toda lágrima con la camiseta y exclamé:

—¡Hoy me voy a casar!

Y en seguida me puse manos a la obra. Llamé a las estilistas, que, al parecer, se encontraban detrás de la puerta, supongo que escuchando la conversación y pensando en si tendrían faena para ese día o no.

Les ordené con amabilidad que comenzaran con su trabajo y ellas se pusieron en marcha. No había tiempo que perder, había una boda que celebrarse y ya me había retrasado bastante.

Merche, mientras veía cómo me transformaba, no dejaba de beber y María solo hacía que de decir "oh" emocionada a cada mechón que peinaban.

Me ayudaron a ponerme el vestido entre todas. Alisaron cualquier arruga que hubiera y colocaron todos los detalles a la perfección.

—¡Preciosa! —gritó María tras ver el resultado final. Se limpió los restos de lágrimas que había dejado caer durante todo el proceso y vino corriendo hasta mí para abrazarme.

Me dejé querer. El cariño que sentíamos la una por la otra era muy grande y hermoso. Claro que eché de menos a mi madre en ese momento, claro que me hubiera gustado que estuviera ahí, pero María hizo su papel muy bien y me sentía enormemente agradecida con ella.

Merche, con varias copas de más, intentó no llorar, pero le resultó imposible. Ella, la chica más dura que conocía estaba demasiado emocionada, aunque también podría haber sido fruto del alcohol.

—Y ahora vamos a casarte —soltó mi amiga abrazándome—. ¿Sabes?, por un instante, he pensado que no ibas a hacerlo —me susurró en el oído para que María no lo escuchara—. ¿Sabes que hubiera huido contigo verdad?

—Lo sé —le contesté.

Esa fue su manera de decir que ella estaría siempre a mi lado, tomara la decisión acertada o no. Y se lo agradecí con un fuerte achuchón que casi la dejó sin respiración.

Cuando estuvimos todas preparadas, subimos al coche de Merche, que lo decoró con pomposos adornos de boda. En cuanto lo vi aparecer con lazos gigantes, se me escapó una sonora carcajada. Lo había decorado tan y tan... ¿Ñoño? que hasta sentí algo de vergüenza de tener que ir dentro de ese coche.

Ella fue la que condujo y por primera vez en una boda, la novia no iba a llegar tarde. En realidad, tuvimos que dar unas cuantas vueltas de más por ser demasiado puntuales. El novio no estaba preparado y no se encontraba donde tenía que estar —qué raro—.

Esa espera lo único que hizo fue que siguieran acumulándoseme las dudas, pero no, ya había tomado la decisión y continué con la promesa de contraer matrimonio con Manolo.

Cuando nos dieron el aviso, salimos del coche. María me cogió fuerte del brazo. Como mi padre no estaba y no había nadie más, ella iba a ser quien me entregara al novio.

Los pocos invitados que había se emocionaron al verme caminar hasta el altar. No hubo alfombra roja —como yo había deseado—, pero pasear entre arcos decorados con flores rojas y blancas hizo de ese instante, un momento mágico.

Y ahí estaba Manolo, de espaldas al juez de paz, observando cómo llegaba hasta él.

Dicen, que cuando estás en esa situación, el corazón se acelera y sabes que la persona que tienes delante es «esa persona». Pero en mi caso, no sentí nada. Es más, lo miré y vi que ni si quiera había pasado por la peluquería. Estaba guapo, sí, pero no había sido capaz de cuidar todos los detalles para ese día. Los nervios volvieron a apoderarse de mí —o todavía no se habían ido —.

Llegué hasta su lado y María, cumpliendo con su cometido, me entregó a Manolo.

—Te hago entrega de lo más valioso que tengo en mi vida. —Se le escapó la primera lágrima —. Ella es como mi hija, así que cuídala y respétala como ella se merece.

Aunque yo sentía lo mismo por ella, nunca lo dijimos en voz alta, y escucharlo de su boca por primera vez me enorgulleció. Por instinto, la abracé con fuerza y se marchó sollozando.

¡Suerte que la maquilladora me colocó una máscara de pestañas *resistente al agua*!

Manolo me sonrió y yo hice lo mismo. Nos pusimos de pie, delante del juez de paz y oímos todo el monólogo que recitó hasta llegar a la parte del sí quiero.

La boda de mi novia

Ciro

Veía a Sara, vestida de blanco alejándose de mí. La seguía, corría todo lo que podía detrás de ella, pero nunca la alcanzaba. Y en el momento que mi mano casi tocó la suya, se abrió un agujero negro, en el que caía una y otra vez cuando lograba acercarme a ella.

Me desperté bañado en sudor. Las pocas horas que había podido dormir las pasé sumergido en esa pesadilla de la que quería escapar y no pude.

Me asomé por la ventana. Era de noche y las luces de la calle seguían apagadas. Miré el reloj: las cinco de la mañana. Resoplé. Quedaba mucho día por delante y no sabía cómo lo iba a afrontar. Deseé dormir, no levantarme de la cama hasta el día siguiente, pero sabía que las pesadillas volverían a mí en el momento que cerrase los ojos.

Caminé sin hacer ruido por todo el apartamento, dando vueltas y sin saber qué hacer.

Hice una cafetera, tomé una taza y me senté en la mesa del comedor mirando a la nada.

—¿Se puede saber qué haces despierto a estas horas? Tus idas y venidas me han despertado. —No me regañaba, más bien estaba preocupada.

Me debatí si decirle la verdad o simplemente, decirle que había pasado una mala noche.

—Sara se casa hoy.

Abrió los ojos sorprendía y se sentó a mi vera.

—Sara es la chica del pastel, ¿Verdad? ¿Es por ella que has estado tan chafado estas semanas?

Coloqué los codos sobre la mesa y las manos en la cabeza.

—Sí, mamá. Ella es el amor de mi vida, o bueno, era el amor de mi vida. Y hoy se casa.

Intentaba retener las lágrimas, pero me fue imposible. La ira me consumía por dentro. Seguía enfadado con ella por haberme ocultado que estaba prometida, pero en el fondo de mi ser, lo que sentía por ella era mucho más fuerte que el rencor. Tenía impotencia por no poder ir hasta allí y anular el enlace.

—¿Te has enamorado, hijo? —preguntó muy emocionada. Los ojos le brillaban y disimulaba una diminuta sonrisa.

—¡Sí! Y duele no ser correspondido. Duele y mucho.

—Pero ¿cómo te metes con una mujer que iba a casarse? Ya te dije que, si jugabas con fuego, te quemarías... —me recriminó con dulzura y cariño.

—¡Nunca me dijo que estaba comprometida! —Di un golpe fuerte sobre la mesa, sobresaltado a mi madre—. Solo me dijo que tenía novio, pero mamá, no estaba enamorada de él, no lo quería...

El instinto de madre fue abrazarme. Sentir el calor y el olor de ella, me tranquilizaron.

—Solo puedo decirte que, si ha pasado esto, ella no era para ti o tú para ella.

Levanté la vista hasta sus ojos indignado.

—¡Joder! Ella era la mujer perfecta, mi media naranja. ¡Claro que era para mí!

Lo grité al aire porque realmente lo creí así.

Mi madre se apiadó de mi estado emocional. Jamás me había visto de aquella manera y notaba cómo sufría por mí.

—Ya no puedes hacer nada, mi niño. Intenta hacer algo para distraerte y no pensar en ella.

Tenía razón. Ya era demasiado tarde para ir a buscarla y rogarle que no se casara con él. Asentí todavía con la ira en las venas y de muy mal humor. Me fui al dormitorio y llamé a Robert.

—Necesito alcohol —le dije tras descolgar la llamada.

—¿Qué ocurre? Son solo las nueve de la mañana —contestó intrigado por la petición.

—Hoy es el día.

—¿Qué día? —Robert parecía no entender de lo que le estaba hablando.

—La boda. Hoy se casa Sara —respondí con la voz apagada.

—¿Es hoy? ¿Sabes algo de ella?

No, no sabía nada. Después de enterarme por su tía que había decidido casarse y que me olvidara de ella, no volví a intentar contactarla. Por reproche, por orgullo, por dolor... Por lo que fuera, pero me negué a hacérmelo más difícil a mí y a ella.

Y llegó el gran día, su gran día. Los nervios aparecieron desde que abrí los ojos aquella mañana y ya no pude hacer nada para que desaparecieran. La imagen de Sara vestida de blanco se acomodó en la cabeza y no quería salir. Por un lado, me hubiera gustado estar allí, verla tan preciosa y radiante, pero por otro, no quería verla caminar hacia el altar del brazo de otro hombre.

Necesitaba distraerme, hacer que desapareciera su imagen de mi pensamiento. Y la única opción que vi viable era emborracharme. Al menos, si perdía la conciencia, me olvidaría por un rato de ella y este asqueroso día.

Quedé con Robert en el bar de siempre. Ya me había advertido que él no tenía estómago para comenzar a beber todavía, pero que se ofrecía voluntario para aguantarme y cuidar de mí. Acepté su oferta, era preferible que solo uno perdiera la cordura que no los dos.

—Tienes una cara... —me soltó nada más verme.

—Lo sé, no lo estoy pasando nada bien —me sinceré—. Creo que ahora entiendo a mi madre.

—¿A tu madre? ¿Qué tienes que entender?

Lo miré entristecido, cogí la copa de cerveza y le di un buen trago.

—Me dijo que yo nunca había estado enamorado y que cuando lo estuviera, lo sabría.

—Como siempre, la señora Lola muy sabia. —Sonrió y al verme tan abatido, pasó la mano por mi hombro para darme consuelo.

—No me dijo que dolería tanto. Tengo un dolor aquí... —Me toqué la boca del estómago.

—No duele si no hay desamor, hermano.

—Cierto, pero esto es una mierda.

Y lo era. Saber que tu media naranja, tu otra mitad, que la mujer de tu vida estaba a punto de contraer matrimonio con alguien que no eras tú...

Bebí otro sorbo de cerveza, pero este fue tan intenso que me la acabé.

—Creo que hoy no deberías beber —lo que dijo hizo que me girara en su dirección.

—¿Y eso a qué viene ahora?

Pensó durante unos segundos en qué decir, hasta que comenzó:

—Porque siempre ha sido tu forma de huir de los problemas. Deberías empezar a afrontarlos de una manera más... adulta.

Escuché con atención lo que me estaba explicando ofendido.

—¿Qué cojones estás diciendo? —alcé el tono de voz—. ¿Me estás llamando inmaduro?

—¿Tú qué crees? Desde que te conozco, has hecho lo que te ha dado la gana sin importar cómo hicieras sentir a los demás y cuando las cosas se ponían feas, a beber para olvidarlas. —continuaba con los reproches—. No hace tanto tiempo que tuviste varios problemas por el alcohol. ¿O es que se te ha olvidado la visita al calabozo?

—Lo sé y prometí que me controlaría en el futuro. Pero de verdad que necesito perderme...

Robert me miró entristecido.

—Está bien, está bien, pero por favor, no nos metas en líos.

Asentí, llamé a Marta, nuestra amiga camarera y pedí un wiski.

—¿Tan pronto? —preguntó sorprendida

No supe qué contestar, pero ya lo hizo por mí Robert:

—Mal de amores.

Pude notar una breve sonrisa triunfadora en sus labios.

—¿Así que mal de amores? —preguntó intrigada.

No quise dar más información. Asentí y miré para el otro lado.

Al momento, trajo la bebida.

—Una especial de desamor —soltó con cariño—. Para olvidar las penas y, ya sabes, si necesitas un hombro donde llorar, te dejo el mío.

Veía clara sus intenciones. Quería aprovechar mi estado pésimo emocional. Pero no, no me apetecía en absoluto estar en contacto con otra mujer, por lo menos, no en aquel momento.

Pasé toda la mañana bebiendo y bebiendo hasta que perdí el conocimiento.

Lo recobré a las horas y en cuanto abrí los ojos me asusté. No conocía aquel lugar. Me encontraba en una cama de una habitación pintada con colores cálidos y pocos muebles.

¿Dónde estaba?

Me incorporé y al verme desnudo, me alarmé. ¿Qué había pasado?

Busqué mi ropa por la habitación, y encontré cada prenda en un lugar diferente. No entendía nada, tampoco cómo había llegado hasta allí y qué había pasado.

—¿Ya estás despierto? —Oí una voz conocida tras mi espalda.

Estaba seguro de que era Marta. ¿Se había salido con la suya? Que se hubiera aprovechado de la situación me indignada encarecidamente.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en un tono de voz serio.

Se acercó despacio hasta a mí con una amplia sonrisa.

—No hemos tenido sexo, si es lo que te preocupa. —Suspiré aliviado—. Pero estabas en unas condiciones pésimas y a tu amigo le surgió un imprevisto y tú no querías irte.

—¿Qué imprevisto? Será...

—No lo sé, pero parecía preocupado.

—¿Y qué hago aquí y desnudo? —Tenía preguntas más importantes que hacer.

Se tocó la cabeza con nerviosismo.

—Pues no sabía qué hacer contigo, la verdad. Así que te traje a mi casa y tú solito te desnudaste y te metiste en la cama. Yo solo te dejé dormir y descansar.

Después de haber aclarado todo, miré la hora. Eran las ocho de la tarde y como pretendía, casi se estaba terminando el día y apenas había vuelto a pensar en Sara, que ese era el cometido.

Llegué a casa al poco rato y mi madre, preocupada porque había estado intentando localizarme, se abalanzó a mis brazos histérica.

—¿Por qué eres así? Pensaba que te había ocurrido algo. He estado tan preocupada... —Sollozaba sin consuelo.

—Perdona mamá, he estado algo distraído, como me dijiste.

—¿Sabes algo de ella?

—No, ahora solo necesito olvidarla.

Corazones malheridos

Sara

¿Que si dije el sí quiero?

Nadie me obligó, pero de mi boca salió ese monosílabo. Sí, dije sí. Y al decirlo, algo en mi interior se rompió.

Intenté recomponerme durante el resto de la ceremonia y, entre trago y trago, lo conseguí. El alcohol permitió que los nervios desaparecieran y esos pensamientos que me tenían atormentada se borraran.

Bailé y reí con cada uno de los invitados, incluso con quien se acababa de convertir en mi marido.

Manolo parecía divertirse, también estaba borracho como una cuba y casi al final de la noche, ya ni se aguantaba de pie.

Todos parecían felices, todo menos yo. Tenía la sensación de que en cuanto acabara ese día ya nada sería igual, lo poco de Sara que quedaba, se iría marchitando con el tiempo. ¿Qué había hecho?

Llegado el momento de abandonar el convite, nos fuimos a la habitación que habíamos alquilado. Una suite nupcial con todo lujo de detalles. Hasta tenía una bañera con forma circular.

Los nervios se instalaron en el estómago por tener que pasar la noche con mi marido. Por suerte, cayó rendido nada más entrar por la puerta. Se tumbó en la cama y a los pocos segundos, oí sus espantosos ronquidos.

No me quedó más remedio que desvestirme yo misma. Y lo hice como pude, porque entre el alcohol de mi organismo y las prendas delicadas que llevaba, me resultó algo complicado. Pero lo conseguí.

Me quité el vestido sin el mismo cuidado que me lo puse, rebusqué en la bolsa y cogí el camisón de la noche de bodas que compré expresamente para ese día. Era sexi y sugerente, pero dio igual, porque nadie iba a disfrutar de él. Durmió toda la noche a pierna suelta y cuando se despertó, era hora de largarse de allí.

Así fue mi noche de bodas y tampoco me importó.

Al llegar a casa, decidí que tenía que dar carpetazo a todo lo que pasaba por mi mente. Ahora era una mujer casada y ya no podía echarme atrás en las decisiones que había tomado. Tenía que tirar para adelante y hacer que mi matrimonio funcionara fuera como fuese.

—¡Menuda boda! ¿Lo pasaste bien? A mí me faltó algo. —Me acerqué a mi recién marido y coloqué la mano sobre su pecho de manera sensual.

Tenía pensado seducirle y tener el sexo que debía haber disfrutado la noche antes. Él me agarró de la cintura y me besó. Saboreé sus labios olvidando que fueron poseídos por otro hacía pocos días. Quería empezar de nuevo con él y borré cualquier recuerdo de Ciro.

En ese momento, mi móvil sonó y fui en su busca. Era la agencia de viajes, donde habíamos contratado el viaje de novios. La llamada me extrañó, pues hacía meses que teníamos pagado todo el viaje.

—¿Sí? — contesté algo confusa.

—Hola Sara. Soy Maribel de Tuviaje. Ya tenemos los billetes de avión. Cuando queráis podéis venirlos a buscar.

—¡Hola! Ya los fui a recoger hace un mes, ¿no te acuerdas?

—Me refiero a los nuevos, con la fecha del nuevo vuelo.

Su contestación me dejó confundida. No entendía nada. Y se me encendió la bombilla. ¿Manolo había cambiado los vuelos para que pudiera ir al concurso? Lo miré con devoción y confirmando que la decisión que había tomado de seguir con él era la correcta.

—De acuerdo. Paso esta tarde a por ellos. Gracias, Maribel.

Colgué la llamada y fui hasta mi marido.

—Ha llamado Maribel, de la agencia de viajes. ¿Algo que decirme? —le pregunté seria, para después hacerme la sorprendida.

Se puso tenso y vi cómo sus manos comenzaron a temblar.

—Sí, de eso quería hablarte. He cambiado los días del viaje.

—¿Ah sí? —Me hice la loca.

—Sí, pero no quiero que te enfades.

—¿Enfadarme? ¿Por qué tengo que enfadarme? —Me extrañó que Manolo pensara aquello. ¿Por qué iba a enfadarme si lo había hecho por mí?

Nada más lejos de la realidad.

—Bueno, pensé que lo harías. Como yo te dije que no por el concurso ese...

Ahora sí que no entendía nada.

—¿Y por qué se supone que has cambiado las fechas? —No quería acertar en lo que mi mente se estaba imaginando.

—Esto... —Se colocó la mano en la nuca, como si estuviera muy nervioso y no supiera dónde más ponerla—. Había una competición del juego donde...

¿Me estaba tomando el pelo? ¿Había cambiado las fechas por una puñetera competición de videojuegos? La sangre comenzó a hervirme, mientras la vena del cuello se iba hinchando.

—¡¿Has cambiado las fechas de la luna de miel por un puto videojuego?! —salió un grito desgarrador de mi garganta.

Creo que nunca me había puesto de esa manera. Era la primera vez que algo me había molestado tanto. No era porque fuera un videojuego, sino que él se había negado a cambiarlas por cumplir mis sueños profesionales.

—Lo siento, pero tengo muchas posibilidades de ganar, estoy en el segundo puesto y es un premio de 5.000 euros.

Respiré hondo, si continuaba tan exasperada era posible que pudiera darme un ataque de ansiedad. Cerré los ojos y por un segundo, lo vi claro.

—Quiero el divorcio —dije con total naturalidad.

Manolo abrió los ojos sin comprender.

—¡No digas tonterías, Sara! ¡Nos acabamos de casar! —respondió confuso por la situación y sin poder imaginar lo segura que estaba.

Me senté en el sofá con tranquilidad, y sin mirarle a la cara continué:

—Te quiero, Manolo, pero no eres lo que necesito en mi vida. —Levanté la vista hasta sus ojos, para hacerle entender que los míos no mentían—. Si tú me hubieras pedido retrasar el viaje por esta competición, lo hubiera hecho porque sé que es importante para ti. Sin embargo, tú... No solo no quisiste, sino que destrozaste mis sueños en un segundo.

—Sara, no. Lo siento, tienes razón. Perdóname.

Parecía arrepentido y sabía que estaba en lo cierto. Además, había esperado hasta después de la boda para decírmelo. Él sabía que me enfadaría mucho y le dio igual.

Las dudas que tenía habían desaparecido: no deseaba compartir la vida estar con Manolo, no lo quería. ¡Tenía que haberme dado cuenta antes, pero estaba tan interesada en hacer lo correcto, en intentar forzar una relación de muchos años, que el amor ya no formaba parte de ella!

No fue por Ciro ni por estar con él, fue por mí. Le pedí el divorcio por mi bienestar, porque quería cumplir mis sueños y Manolo solo hacía que ponerme piedras en el camino.

Después a conversar largo y tendido, y aunque él no estuviera de acuerdo en la decisión que había tomado, comencé a recoger mis pertenencias más importantes. Con maleta en mano, me despedí y bajé a la calle. Al respirar el aire del exterior, me sentí diferente, ¿libre? Fue una sensación extraña, como si la Sara del pasado, me hubiera poseído. Quería comerme el mundo y estaba segura de que lo intentaría, que sería una «arriesgadora».

Llamé a Merche.

—Bueno, bueno. ¿Ya te has cansado de la noche de bodas? Si yo fuera tú, no me levantaría de la cama en una semana —bromeó. En otras circunstancias, me hubiera hecho gracia, pero dada la situación...

—Necesito un sitio para dormir un par de días —le solté muy seria.

—Sara, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho esta vez ese imbécil? —escupió muy preocupada, se le habían acabado las ganas de bromear.

—Ven a buscarme y te cuento. ¿Puedo dormir en tu casa?

—¡Pues claro! No tenías ni que preguntarlo. Ahora voy. ¿Dónde estás?

Le di las indicaciones de una pequeña cafetería, donde pensaba pasar el rato. Me acerqué hasta allí con la pesada maleta y me senté a tomar café.

Mi cabeza iba a mil revoluciones por segundos. Tan solo habían pasado unas horas de la boda y ya le había pedido el divorcio. ¿Actué bien o hice las cosas en frío? Por un segundo me arrepentí y estuve a punto de volver a casa y pedirle que no nos divorciáramos. Pero me convencí de que no. Por una vez, había hecho lo que sentía de verdad, solo pensando en mí y no en los demás ni en el qué dirán.

Come, reza, ama

Sara

Pues no, no se trataba de Ciro y aunque tampoco iba a cogérselo, me decepcionó. Saber que estaba ahí, me reconfortaba. Llamadme egoísta, pero así era.

Era mi tía Raquel la que llamaba.

—¿Cómo estás mi niña? —¿Cómo se había enterado tan rápido de lo ocurrido con Manolo?

—Bien. —No era cierto, pero tampoco quería preocuparla en exceso.

Nada estaba bien. Mi matrimonio no había durado ni dos días, mi carrera profesional se encontraba estancada y para colmo, y no menos importante, me había enamorado de un hombre al que debía olvidar.

—Sara..., te conozco.

Y no pude aguantar más. Me derrumbé. Lágrimas y más lágrimas comenzaron a rodar por mi cara y entre sollozos le hablé con sinceridad:

—Tita, no puedo más. Todo ha salido mal y no sé qué hacer.

—¿Es por Ciro?

¿Cómo recordaba su nombre? No lo mencioné en ningún momento, debió escucharlo el día que lo conocimos.

—No —mentí—. Sí —corregí—. Es todo. No soy feliz con esta vida, y me veo sin escapatoria.

—¿Por qué no te vienes unos días aquí? Puedes desconectar y pensar en lo que quieres hacer con tu vida. A veces hay que ser egoísta, Sara.

Y lo de ser egoísta sabía que lo decía por mi marido —futuro exmarido—, pero no quise iniciar un debate, no en ese momento tan frágil en el que me encontraba. Sin embargo, lo de ir unos días allí, no me pareció tan mala idea.

—Pues no rechazo esa propuesta. Me irá bien. Déjame que lo organice y te lo confirmo, tita —dije algo más calmada.

—Está bien, mi niña. Yo solo quiero verte feliz, porque tú te lo mereces. Por cierto, ¿abriste la carta que te di?

En ese momento, caí en la cuenta de que el sobre que me entregó el día de la boda, estaba todavía cerrado en algún lugar de la maleta.

—No, ¿qué hay? —pregunté curiosa.

—Cuando puedas, ábrelo, creo que te alegrará en estos momentos.

Colgué la llamada intrigada por lo que contenía ese sobre, así que, sin esperar, rebusqué en la maleta y lo encontré.

Los ánimos los tenía por los suelos. Mi matrimonio había durado menos que una película romántica. Me sentía fracasada ante la ilusión que siempre había tenido de casarme. Así no era como lo había planeado en mi cabeza, nada tenía que ver con lo soñado desde que era una niña. Pero no pude hacer otra cosa porque era mi felicidad la que estaba en juego. La pena fue que me di cuenta demasiado tarde de que realmente no estaba enamorada de Manolo. Eso de «Más vale tarde que nunca» no sirvió en mi caso, pues di el sí quiero y después me arrepentí.

Ver el contenido, tal y como me dijo mi tía, fue lo que me animó. ¡Era la inscripción al concurso de repostería de Tenerife!

Cogí el avión el día antes del concurso. Era lo único que tenía sentido en ese momento en mi

vida. Aunque no tuviera esperanzas de ganar, las ganas de conocer hasta dónde llegaban mis habilidades reposteras, prevalecían más que cualquier otra cosa. Llevaba conmigo todos mis utensilios de cocina, guardados en una maleta pequeña que no se separaba de mi lado.

Y luego estaba Ciro. ¡Claro que tenía unas ganas tremendas de verme con él y de contarle lo de mi divorcio! ¿Lo haría? Por supuesto que no. ¿Con qué cara podría mirarle después de decirle que quería estar con él a pocos días después de casarme con otro?

No, no se merecía eso, aunque tampoco mereció que lo ignorara y no respondiera a sus llamadas y mensajes.

—¿En qué piensas? —A última hora mi mejor amiga decidió acompañarme. Sabía que no estaba pasando por un buen momento y que necesitaba todo su apoyo.

Dejó a los gemelos con su marido —otra vez—, con la única condición de que a la vuelta él sería el que disfrutaría de unos días de vacaciones sin niños.

—¿Te digo la verdad? —le contesté cabizbaja y con la voz apagada.

—¿En Ciro? —La miré a los ojos sorprendida, ¿cómo sabía ella qué...? — ¿Cuándo vas a aceptar que te conozco casi más que a ti misma?

Me lancé a sus brazos ante las miradas del resto de pasajeros.

—Es que... —Comencé a sollozar—. Es que quiero verlo, pero no puedo.

—¿Por qué no puedes verlo?

—Pues porque cuando volví a Barcelona, pasé de él, le ignoré, le aparté de mi vida y... ¡Joder! ¡Me casé!

—¿Y? —Solo dijo ese «y».

—¡¿Cómo que y?! —respondí alarmada y sujetando con fuerza los reposabrazos de los asientos—. ¿Te parece poco?

Me cogió de la mano y se puso sería.

—Amiga, ¿no crees que eso debería decidirlo él? —Me sonrió—. ¿Y qué pasaría si te perdonara? ¿Vas a perder la oportunidad de saberlo?

¿Podría perdonarme? Aquella duda se implantó en mi interior. Me convencí a mí misma que le vería de nuevo, me disculparía e intentaría hacer que me perdonara. Aunque no las tenía todas conmigo.

—Tienes razón —admití—. Hablaré con él, tampoco pierdo nada porque nunca lo he tenido.

—¡Esa es mi chica! —Me dio un fuerte abrazo y yo lo recibí encantada.

—Pero ahora tengo que concentrarme en el concurso.

El concurso era al día siguiente. Durante el trayecto repasamos juntas la normativa y las bases generales. El tema principal era «La boda» y debería crear un pastel nupcial. Así que cogí papel y boli y me puse a fantasear. Le enseñé varios bocetos a Merche, que, aunque no tuviera mucha idea, en lo visual podía servirme; en el sabor ya era otro asunto.

Justo en el momento que escogí el diseño perfecto del pastel, el piloto anunció que íbamos a aterrizar y no sé por qué, los nervios se implantaron en mi estómago. ¿Era por Ciro o por el concurso? Quizá por ambos motivos.

Mi tía Raquel nos esperaba en la zona reservada para los coches.

—¡Qué alegría de verte de nuevo! Ya te dije que volverías más veces —me dijo con una sonrisa entrañable y un acertado abrazo.

Después de lo ocurrido con Manolo, el calor humano era lo que más me animaba.

—Sí, esta isla es preciosa —le respondí.

Nos dirigimos a su casa con la intención de dejar las maletas e ir de compras. Debía encontrar todos los ingredientes necesarios para el concurso y al no conocer la zona, me resultaría bastante

complicado dar con alguno de ellos.

Merche y yo nos pusimos en marcha y recorrimos todo el Puerto de la Cruz en busca de los ingredientes. Nos resultó más fácil de lo que pensamos, aunque tuvimos que acceder a varios hipermercados.

Teniendo ya todo lo necesario, disponíamos del resto del día libre. Decidimos pasear por la playa y darnos unos chapuzones. El tiempo acompañaba, el sol lucía con fuerza y el calor era abrasante.

Nos pusimos el bikini y unos vestidos frescos y nos dirigimos a la playa más cercana. No podíamos retrasarnos, pues mi abuela ya nos había amenazado de si llegábamos más tarde de las tres, no comeríamos y teníamos un hambre...

Llegamos allí y nos descalzamos. Sentir el tacto de la arena caliente sobre la piel, era una sensación única y maravillosa.

Corrimos por la orilla e hicimos el burro un rato y, cuando ya apenas nos faltaba el aire, decidimos estirar las toallas y descansar sobre ellas.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó mi amiga.

—Aunque no lo creas, estoy más nerviosa por encontrarme con Ciro, del concurso no espero nada. Quiero decir, claro que me gustaría ganar, pero seamos realistas. —Miré al horizonte, donde una línea muy fina separaba el azul del cielo del mar cristalino—. ¿Qué probabilidades hay de que me lleve el primer premio en un concurso que participan personas de todo el mundo? —Le sonreí—. He venido a aprender de otros y a probarme a mí misma. Sin embargo, Ciro... ¡Él sí me tiene atacada de los nervios! —Suspiré con anhelo—. Me gusta mucho, ¿sabes? —le confesé con la voz entrecortada.

—Lo sé y lo supe el día que nos lo encontramos. Lo mirabas con unos ojitos...

Sentí las mejillas sonrojadas.

—¿Y si no me perdona? —pregunté con miedo en el cuerpo.

—Pues... nada. Te centrarás en tu negocio y conocerás a personas nuevas que irán entrando y saliendo de tu vida —me contestó con una seguridad que me puso los pelos de punta.

Asentí convencida de sus palabras. Aunque me sentía sola en esos momentos, a Merche la sentía cerca. Sabía que ella me ayudaría y me apoyaría en todo lo que hiciera falta.

—¿Sara? —Al oír mi nombre tras mi espalda, el vello de todo el cuerpo se erizó y apareció un nudo en mi garganta.

Adicción perfecta

Ciro

Comencé a trabajar en el nuevo restaurante el lunes siguiente a la entrevista. Mónica me esperaba con los brazos abiertos en la puerta. Entusiasmada, comenzó a presentarme a todos los que serían mis nuevos compañeros, que me miraban con recelo.

Durante la mañana, lo entendí. Al parecer, Mónica era una arpía que trataba mal a todos, excepto a mí, que me hablaba con dulzura y me pedía las cosas con respeto, mientras que, al resto, les mandaba a base de gritos y de malas formas. Pero ¿qué podía hacer yo?

Nada, solo pasar desapercibido y evitar las numerosas insinuaciones que Mónica me dedicaba, que no eran pocas.

—Muy bien, Ciro. Como todo lo hagas igual... —me dijo mordiéndose el labio en una ocasión al entregar una comanda.

A lo que yo no supe qué contestar y me limité a sonreírle como un tonto.

«Quién me ha visto y quién me ve», pensé.

El antiguo Ciro, le hubiera guiñado el ojo y le hubiera susurrado algunas palabras obscenas y seguramente, después, me la hubiera tirado en el cuarto de baño o en algún otro rincón.

«¡Maldita Sara! ¿Qué has hecho conmigo?», maldije en mi interior.

Salí de trabajar muy cansado. Ese día habían subido las temperaturas y el calor en la terraza se hacía casi insoportable. No descansé ni un minuto en las ocho horas de trabajo. Quería demostrar a todos que no estaba allí por mi cara bonita, como más de uno pensaba. Y lo conseguí, al finalizar la jornada, ya me había hecho con todo el equipo.

Mientras caminaba en dirección hasta mi casa, el móvil comenzó a sonar. Desconocía el número y al descolgar, una voz que me era familiar habló:

—Hola, Ciro.

—¿Raquel? —reconocí a la tía de Sara. Ya había hablado más de una vez con ella y su voz áspera era inconfundible.

—Hola Ciro. ¿Qué tal estás?

¿A qué venía esa llamada y ese entusiasmo?

—Bien, algo cansado —le respondí intrigado.

Me detuve a unos metros de la puerta de mi casa para atenderla.

—Ya imagino. ¿Tienes algo que hacer en los próximos... —dejó de hablar unos segundos— ...treinta minutos?

Cada vez entendía menos aquella extraña conversación.

—Bueno, iba a comer a comer algo, que acabo de terminar de trabajar. ¿Por qué?

—La comida puede esperar. Deberías ir a Playa Jardín.

—¿A Playa Jardín? ¿Y qué se me ha perdido allí? —le pregunté incrédulo.

—Sara está allí.

¿Había oído bien? ¿Sara estaba en Tenerife? No me dio tiempo a preguntar nada, Raquel me cortó la llamada. ¿Qué hacía Sara aquí? ¿Por qué me había llamado su tía si estaba casada con otro?

Miles de preguntas se implantaron en mi cabeza, que no dejaba de dar vueltas sobre el porqué del regreso de Sara, cuando debería estar en su luna de miel.

El día de su boda, me prometí que la olvidaría. El proceso ya había comenzado, pero esto lo cambiaba todo. No era tan sencillo olvidarse de alguien en tan poco tiempo. Además, si su tía me

había llamado, sería por algo. Pensé en todos los motivos que podría haber, desde que se había dejado algo en mi casa hasta que en realidad era su marido que la había descubierto y quería proteger el honor de su mujer. Lo sé, ¡Menudas idioteces pensaba mi cabeza!

No sabía qué hacer y solo tenía dos opciones: o ignorar el llamamiento de Raquel o ir en busca de Sara y descubrir por qué estaba aquí de nuevo —y si había venido sola o acompañada—.

Caminé a paso ligero hasta Playa Jardín. El calor era sofocante, pero al menos corría algo de aire para hacer el trayecto más llevadero. Llegué hasta la playa y me puse a buscarla como un loco. No la veía en ningún lado hasta que la encontré.

En cuanto la vi a lo lejos sentada en la toalla, mi corazón se detuvo unos segundos. Había esperado encontrármela de nuevo con ansias y ahora que la tenía tan cerca...

¿Qué cojones iba a decirle?

Me acerqué despacio, pensando en qué iba a decirle, pero en ese momento, recogió sus cosas, justo cuando estaba detrás. Se dio la vuelta con intención de marcharse y pude ver sus brillantes ojos sorprendidos de verme. No me esperaba allí, eso lo tenía claro. ¿Su tía no le había dicho nada?

¡Vaya encerrona!, aunque me alegró saber que Raquel hizo aquello por mí, por Sara, por nosotros. Ya le agradecería después ese detalle.

—¿Sara? —le dije serio. No quería asustarla y que saliera huyendo.

—¿Qué haces aquí? —Se levantó de la arena sorprendida y miró a su amiga.

—Creo que me llaman al móvil, ¿no lo oís? —intervino su amiga fingiendo recibir una llamada. Se levantó, me guiñó el ojo y salió corriendo hasta el bar que había al lado.

A Sara le brillaban los ojos, como si se alegrara de verme.

—Tu tía me ha dicho que estabas aquí.

—¿Mi tía? —Pensó durante unos segundos en silencio—. ¿Te ha llamado mi tía?

No sabía si delatarla, pero en esa situación...

—Esto... sí. Pensé que tú lo sabrías, que querrías verme.

Se me quedó mirando y cruzó los brazos algo molesta.

—¿Quién se ha creído que es para meterse en mi vida? —Hablaba para sí misma—. Ya le diré cuatro o cinco cosas.

Me entristeció su semblante serio y molesto. ¿Tan pocas ganas tenía de verme?

—Lo siento, no quería que te enfadaras. Si lo prefieres me voy. —Hice el intento de marcharme, pero enseguida Sara me detuvo agarrándome del brazo con suavidad.

—¡No! ¡Espera!

Me di la vuelta y la encontré con la mirada fija en la arena. Sentí todo el dolor y la culpa que llevaba en sus hombros y en cierto modo, me entristeció. Me había mentido, traicionado y abandonado, pero lo que sentía por ella parecía ser más fuerte que todo aquello. Aunque no iba a doblegarme tan fácilmente.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste que ibas a casarte? ¿Por qué me mentiste? ¿Qué fui para ti un puñetero juguete con el que pasar el rato antes de tu boda?

Solté toda la rabia que tenía acumulada por la boca. Hice pregunta tras pregunta sin dejar que ella contestara.

Me miró con los ojos enrojecidos y a punto de estallar en lágrimas.

—Lo siento..., lo siento... —sollozaba una y otra vez.

Cogí aire para tranquilizarme.

—Sara, ¿por qué? —le pregunté más calmado.

Se sentó en la arena y comenzó a hablar mirando al horizonte.

—Te quiero, Ciro. Esa es la verdad de todo, pero no podría amarte si hacía daño a los demás. —Se detuvo unos segundos, después continuó—: Yo soy así, siempre he antepuesto la felicidad de los demás a la mía propia.

Al oír aquello, lo que murió en mi interior, volvió a avivarse. Ella me quería. Me senté a su lado para continuar escuchando sus confesiones, que eran pura melodía para mis oídos.

Cambió su gesto y lo relajó, pero todavía no había visto aquella sonrisa que me había hipnotizado la otra vez.

—¿Sabes que podría tener un récord Guinness? —soltó con una sonrisa superficial—. He pedido el divorcio en menos de veinticuatro horas de casada.

¿Sara se estaba divorciando? No podía creerlo, esa información llegó hasta lo más profundo de mi ser y no sé si fue una alegría o un tormento. Porque yo había decidido olvidarme de ella, pero, sabiendo que ahora sí estaba libre... Todo cambiaba.

—¿Te estás divorciando? ¿Quieres contarme lo que ha pasado? ¿No te habrá...?

—No, no —me interrumpió—. No me ha hecho daño, al menos no físicamente. —Suspiré aliviado, porque si ese malnacido se hubiera atrevido a tocarle un pelo, sería capaz de volar 3.600 km para encontrarme con él—. El muy... —tragó saliva—, Manolo, cambió la fecha de la luna de miel para asistir a una competición de videojuegos y esperó a estar casados para decírmelo.

—¿En serio?

—Sí. Y ahí me harté y saqué toda la fuerza de mi interior para decir ¡basta! —Dio un golpecito en la arena, cogió un poco y la esparció por el aire. Me miró con ojos soñadores—. No quería esa vida, Ciro. Quiero cumplir mis sueños, ser feliz.

Me sentí orgulloso de Sara. Al fin se había dado cuenta de lo que realmente le convenía, aunque hubiera sido tarde.

—Me alegro de que hayas tomado esa decisión —le dije.

—Y yo. Y siento haberte hecho daño. No espero que me perdones, pero me encantaría ser tu amiga, si tú quieres.

¿Amiga? Yo no quería eso de ella, pero tampoco iba a besarle los pies y a volver con ella después de todo el sufrimiento que me había causado. Necesitaba meditarlo largo y tendidamente. Así que le mentí:

—Claro que seremos amigos.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida—. Gracias por todo. Y, por cierto, gracias por inscribirme en el concurso, te devolveré el dinero.

—Fue un regalo, no hace falta que me devuelvas nada. Solo prométeme que lo harás lo mejor que puedas. —Me sonrió satisfecha y ahí volví a morir de amor. Al fin pude ver la sonrisa que me enamoró de ella.

—Oye, el concurso es mañana. En calidad de amigo, ¿te gustaría acompañarme?

Esa pregunta me llegó desprevenido y contesté sin pensar:

—Mañana no puedo, Sara. Pero te estaré deseando toda la suerte del mundo.

Su sonrisa se apagó de nuevo, pero entendió que no quisiera ir con ella. Me levanté de la arena y, muy a mi pesar, me despedí de Sara. Mientras caminaba en dirección a mi casa, me sentí el hombre más idiota del mundo. Sara estaba en Tenerife y sin que nada se interpusiera entre nosotros. ¿Cómo había desperdiciado aquella oportunidad? Me arrepentí de no haberle dicho lo mucho que la amaba y lo feliz que me hacía poder estar juntos. ¡Maldito orgullo!

Tal para cual

Sara

Ciro estaba allí, enfrente de mí. No podía creerlo y no estaba preparada para decirle todo lo que llevaba tiempo guardando. Esto debería haber sido diferente, pero ahí estaba.

Después de una larga conversación dándole respuestas a todas las preguntas dolorosas que él tenía, le confesé mis verdaderos sentimientos. No esperaba que se rindiera a mis pies a la primera de cambio, pero lo noté tan distante... que supe que lo había perdido, que no pensaba perdonarme todo el sufrimiento que le había causado. Yo, que hice lo que hice, para no hacerle daño a nadie, y resultó que acabé hiriendo a la persona que más quería en este mundo.

Después de marcharse, corrió Merche hasta llegar a mí. Había estado observando la escena a pocos metros. Necesitaba oír y saber de mi boca lo que ella había podido interpretar desde la distancia. Y no estaba lejos de la realidad. Le conté toda nuestra conversación y tan positiva que ella siempre me dijo:

—Sois tal para cual. Se está haciendo de rogar. He visto cómo te mira y está claro que está loquito por ti. Dale tiempo.

—¿Tú crees? —La esperanza de tener una vida junto a Ciro volvió a mí. No había dejado de pensar en ello desde que supe que regresaría de nuevo a Tenerife. Aunque el principal objetivo era participar en el concurso, deseaba volver a verle de nuevo, disculparme y volver a sentir todas aquellas sensaciones que me producía estar junto a él. Sabía que solo era un deseo, porque poniéndome en su lugar, en cuanto me viera, yo hubiera salido corriendo en la dirección contraria.

—No es que lo crea, es que lo sé —afirmó convencida.

Regresamos a casa de Raquel charlando sobre lo ocurrido y sobre temas relacionados con el concurso. Me quedaba mucho que hacer para estar preparada para el día siguiente.

Después de comer, decidí pasar la tarde en la habitación pensando en qué clase de pastel haría. Y qué mejor ironía que hacer uno de boda, sabiendo que me estaba divorciando. Sí, decidí hacer el que me hubiera gustado que me sirvieran en la mía. Cogí papel y lápiz y comencé a hacer garabatos. Dibujé la imagen que veía en mi mente con todo lujo de detalles. Cuando estuvo el boceto terminado, pensé en los ingredientes que utilizaría y escogí una combinación lo suficiente extraña y original para ganar el concurso. Salí por toda la ciudad en busca de cada ingrediente con la ayuda de mi tía y Merche. Si quería conseguirlo todo en una tarde, debíamos repartirnos los supermercados y comprar por separado.

Al fin ya estaba lista para enfrentarme al mayor reto de mi vida. Tenía la certeza de que no quedaría en primer lugar, pero sí de que sería una rival digna para el resto de los participantes.

Aunque me costó conciliar el sueño, me obligue a dormir. Necesitaba estar despejada para el gran día. Sin embargo, algo enturbiaba mis sueños. No dejaba de pensar en Ciro y, sumado a los nervios por el concurso, era una bomba de relojería a punto de estallar. Después de varios intentos y fracasos, conseguí cerrar los ojos hasta la mañana siguiente. Y suerte que mi tía fue quien me despertó porque..., no hubiera llegado a tiempo al lugar de encuentro.

Llegamos con el tiempo suficiente para inspeccionarlo de antemano. El sol de la mañana acariciaba suavemente las fachadas de los edificios que rodeaban la plaza de la entrada, tiñendo todo con tonos dorados y cálidos. El lugar que albergaría el tan esperado concurso internacional de repostería se erguía con majestuosidad a las afueras de la ciudad.

Al entrar en el recinto, me encontré inmersa en un mundo de aromas dulces y emociones palpitantes. El ambiente estaba cargado de anticipación y camaradería, una vibración única que solo los amantes de la repostería podrían entender. Mesas y estaciones de trabajo habían sido dispuestas estratégicamente en un espacio amplio y llamativo. La luz natural inundaba el lugar a través de grandes ventanales, iluminando cada detalle meticuloso de las preparaciones.

El aroma a vainilla, chocolate y frutas frescas se entrelazaba en el aire, creando una sinfonía olfativa que despertaba los sentidos. Las mesas estaban cubiertas con elegantes mantelitos blancos y estaban equipadas con una gama de ingredientes de primera calidad dispuestos en pequeños cuencos, esperando a ser transformados en creaciones mágicas. Aproveché para buscar mi nombre en alguna de las mesas y dejar preparados todos los ingredientes.

Los competidores de distintos rincones del mundo también se personaron con antelación y se veían concentrados en sus tareas. Algunos decorando pequeñas obras de arte comestibles, mientras que otros mezclaban masas con destreza y pasión.

El concurso no había comenzado y supuse, que estarían practicando las técnicas o relajándose. Pensé en si debía hacerlo yo también, pero mis acompañantes, conociéndome, me aconsejaron que despejara la mente con otra cosa.

La atmósfera estaba cargada de una energía inspiradora.

Después de recorrer cada centímetro del edificio, dio comienzo el concurso. Me coloqué en la mesa que llevaba mi nombre y que, previamente, había organizado con alimentos y maquinarias necesarias para el pastel.

El presentador comunicó las normas a todos los participantes y tocó la campana de inicio tras el «suerte a todos y que gane el mejor».

Conversaciones en diversos idiomas llenaban el aire. Risas y palabras de aliento entre competidores creaban un ambiente de apoyo mutuo. El bullicio y la emoción eran palpables, a medida que todos trabajábamos para llevar a la vida nuestras ideas más innovadoras y deliciosas.

El centro del escenario estaba adornado con una mesa larga, decorada con elegancia y lista para recibir nuestras creaciones culinarias. A lo largo del día, los jueces recorrerían cada estación, evaluando no solo el sabor, sino también la presentación, la originalidad, las técnicas utilizadas y la pasión que habíamos vertido en cada bocado.

A pesar de la tensión y la competencia, había una sensación de comunidad entre los participantes. Intercambiamos consejos, compartimos historias y celebramos juntos cada pequeño éxito. En ese lugar, la repostería no solo era una competición, sino una forma de expresión artística que trascendía fronteras y culturas.

Y, de repente, la alegría con la que había empezado el día se tornó oscura. Al querer meter la masa principal del pastel dentro del horno, se resbaló la bandeja entre mis manos. ¡No podía creerlo! Toda la elaboración cayó derramada al suelo y por supuesto que era inservible. Ya había agotado la mitad del tiempo y sin esa masa, no había pastel. Me derrumbé y, aunque no quería llorar delante de mis compañeros, de mi garganta salió un grito fuerte de rabia. Lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Ya no había nada que hacer. Había perdido el concurso y la oportunidad de medirme como repostera. Me dejé caer sobre la mesa abatida.

—¡Tú puedes, Sara! ¡Adelante!

Entre el silencio que ocupaba el recinto, me pareció escuchar la voz de Ciro, pero eso era imposible. Pensé que debía ser mi mente, que me estaba jugando una mala pasada. Aun así, levanté la vista en su búsqueda y, entre todos los familiares y amigos de los concursantes lo encontré. No fue fruto de mi imaginación. Ciro estaba allí, había venido a verme y darme apoyo.

No sé de dónde cogí las fuerzas y las ganas para ponerme de nuevo con la elaboración perdida,

pero lo hice. Corrí todo lo que pude y más y pude terminar la creación tal y como la había diseñado desde el principio. No pude estar más orgullosa.

Loco por ella

Ciro

Me marché a casa confundido. Tuve claro que, cuando Raquel me soltó el bombazo de que Sara se encontraba en Tenerife, mi cabeza no cesaría en dar vueltas y más vueltas. Porque sí, había decidido olvidarme de ella y tan solo había pasado un par de días de aquella promesa. Tampoco sabía que ella regresaría tan pronto y que lo haría sola y divorciada —o al menos, separada—.

No sé si fue un error o no encontrarme con ella, pero sentí que necesitaba despedirme para dar comienzo a una nueva vida sin que Sara formara parte de ella, además, quería oír de su boca una explicación del por qué jamás me contó que estaba prometida.

La vi, hablé con ella y recibí su lo siento por cómo se había comportado y mi mundo se vino abajo.

No quise parecer débil delante de ella, pero saber que ya nada se interponía en nuestros caminos, avivó la esperanza de volver con ella. Aunque, no iba a ponérselo tan fácil.

En cuanto me despedí sin confirmar la asistencia al concurso regresé a casa pensando en si verdaderamente pensaba ir o no. Y la respuesta fue un claro que sí. Por nada del mundo iba a estar un minuto más alejado de ella, aunque ella no iba a saberlo hasta el evento del día siguiente.

No podía creer lo que estaba viviendo. Sara había regresado y sola, ya no había un novio o marido que se interpusiera entre nosotros, aun así, no estaba cómodo del todo. Me sentí como si fuera el segundo plato, los restos. Estaba divido. Dos partes de mí pensaban de manera muy diferente. Mientras que una se convencía de que Sara no me había escogido a mí ante lo demás, la otra, pensaba en que ella era mi alma gemela y no podía dejarla escapar.

Me dormí pensando en qué iba a decirle al día siguiente, o si sería mejor no decirle nada y presentarme allí de sorpresa.

Escogí la segunda opción.

Al levantarme, me aseé y me vestí con algo más de elegancia que de costumbre. Jamás había asistido a algo parecido y desconocía cómo se vestía uno en esos sitios.

Llegué cuando el concurso ya estaba empezado. Entré en el salón sin hacer ruido y me colé entra las personas. Llegué hasta la primera silla vacía y me sentí a observar a Sara. Se la veía muy segura trabajando. Era rápida y eficaz, o al menos eso era lo que parecía desde fuera.

Estaba preciosa con su cabello recogido en una cola y el delantal morado de la organización. No paraba ni un segundo. Cortaba, calentaba, estiraba... No sé cuántas cosas hizo en aquel tiempo, pero fueron muchas.

Cuando llevaba más de la mitad del tiempo gastado, un gritó que provenía de ella se oyó en todo el recinto:

—¡Mierda! ¡No!

Se me paró el corazón al verla de rodillas recogiendo algo que se le había esparcido por el suelo. Era una elaboración, al parecer muy importante, por el gesto y el grito desgarrador que hizo.

Vi cómo se levantó, apoyó las manos en el mármol y agachó la cabeza. Algo le salió mal y se había rendido.

No pude evitarlo y le grité:

—¡Tú puedes, Sara! ¡Adelante!

No me importó que algunos me miraran. Ella era más importante que todo lo que pudieran

pensar de mí en ese momento.

Sara levantó la cabeza y me buscó con los ojos. Al encontrarme, se sorprendió de verme entre el público. Seguramente pensaría que no iría a animarla, pero se equivocó. Me sonrió y asintió. Acto seguido, se puso en marcha y repitió la elaboración que se le había derramado con más esmero.

Era de admirar la fuerza y la destreza con la que trabajaba a contrarreloj. Se movía a gran velocidad y utilizaba los utensilios y productos casi a ciegas. ¡Era un puñetero espectáculo!

Ella se merecía ganar, ella... Y entonces lo comprendí: aquella parte que dudaba de sus sentimientos se acopló a la otra. Sara era libre, Sara tenía que estar conmigo. Nunca había luchado por ella misma y ahora, lo estaba haciendo. También lo estaba haciendo por mí.

La campana sonó, alertando que el concurso había llegado a su fin. El jurado se sentó en una mesa del centro de la parte del escenario, exclusivo para dar el veredicto final.

Cada participante, con ayuda de una persona de la organización, trasportaban con cuidado sus creaciones y las colocaban delante de ellos para ser juzgados más tarde.

Después de varias horas, le tocó el turno a Sara. Merche la acompañó hasta la mesa de los jueces y pusieron el magnífico pastel de bodas delante de ellos. Se apartaron unos centímetros y esperaron a que uno de ellos cortase un trozo. No existían palabras para describir lo que había creado. Era un pastel de tres pisos de forma cuadrada. El color que más predominaba era el blanco y el plata. Adornos en forma de rosas perfectamente incrustados llamaban la atención y por la cara de los jueces, a ellos tampoco les pasó desaparecidos.

Llegó el turno de probarlo y, uno a uno, fueron saboreando trozos del pastel mientras apuntaban en una libreta lo que seguramente eran sus puntuaciones.

Era muy emocionante, nadie sabía quiénes serían los ganadores y tanto los concursantes como los espectadores se mostraban intranquilos esperando el resultado.

Los jueces se marcharon a deliberar. Ya quedaba poco para conocer a los ganadores.

Sara y Merche se reunieron con Raquel y con la abuela. Vi cómo se abrazaban y cómo su familia lloraba de orgullo por ella. Por un momento, sentí la necesidad de ir junto a ellos y abrazarla yo también, pero me contuve. Pareció leerme el pensamiento puesto que, con un gesto de mano, me pidió que me acercara a ellas.

Asentí algo tímido. Estar entre su familia dándole ánimos era algo íntimo, aun así, lo hice. Llegué hasta ella y la abracé con sentimiento.

—Estoy muy orgulloso de ti —le susurré al oído.

Supongo que no se esperaba ese acercamiento, pero se dejó abrazar.

—Gra-cias —balbuceó—. Y gracias por venir a darme apoyo.

Sus palabras parecieron sinceras y se alegró de verme allí, aunque ella dudaba del porqué. Preferí no tener esa conversación en aquel momento para no ponerla más nerviosa, pero en cuanto terminara el concurso tenía pensado confesarle mis sentimientos.

—¿Y ahora qué? —preguntó su abuela.

—Ahora tenemos que esperar. Podemos ir a comer algo, debéis de tener hambre —sugirió Sara todavía con el temblor en la voz.

Había sido una situación muy intensa y llegó a pasar demasiados nervios.

—Yo tengo un hambre... —solté para despreocuparla.

—¡Pues vamos! —exclamó contenta Raquel.

Caminamos por largos y amplios pasillos hasta llegar a un *hall* enorme con mesas redondas repartidas por todo el espacio. La organización del concurso preparó con mucho esmero un pica-pica para todos los participantes y acompañantes. No faltó detalle alguno. Había canapés de todo

tipo, emplatados de manera llamativa. Varios camareros servían la bebida.

—¿Una copa de vino? —nos preguntó uno que pasó por nuestro lado.

—No, gracias —contesté apartando la mirada de la botella.

Sirvió a las tres y Sara, con gesto extrañado me preguntó:

—¿No bebes con nosotras?

—No, he dejado el alcohol por una buena temporada.

Me miró sorprendida.

—¿Y eso? Con lo que a ti te gusta...

No supe si debía confesarle la verdad o simplemente decir que no me apetecía.

—Creo que he estado bebiendo demasiado este último año y he decidido que dejaría sanar el hígado. —Fue una verdad a medias, puesto que ella desconocía que en su ausencia abusé demasiado de la bebida.

—Me parece estupendo. —Y sonrió de la manera más dulce que nunca había visto.

La abuela y Raquel comenzaron a picar comida, divertidas y jugando a ver quién comía más, mientras que Sara se mantenía a un lado mirando al suelo.

—Daría... —simulé que pensaba— cinco euros por tus pensamientos —bromeé para relajarla.

Me miró y sonrió.

—¿Solo cinco? —contestó divertida.

¡Bien! Había logrado mi propósito.

—Siento decirte que sigo siendo pobre. —Reí.

—Bueno, pues es que estoy muy nerviosa y me apetece comer aquellos canapés de ahí —señaló la mesa más cercana—, pero tengo el estómago cerrado y no me entra nada.

Solo ella podía estar preocupada en estos momentos por unos canapés. Me pareció entrañable a la par que gracioso. Y no pude evitarlo, me estuve conteniendo demasiado y ya no pude resistir. Me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza y sentimiento.

—Te he echado de menos —le susurré al oído—, y necesitaba hacer esto. — Apoyó su cara en mi pecho y me pareció que inspiraba el olor de mi cuerpo—. ¿Me estás oliendo? —le pregunté haciéndome el serio y aguantando la risa por dentro.

Se apartó avergonzada tras haberla descubierto. No sabía dónde meterse o hacia dónde mirar.

—Eh... no... —balbuceó apartándose de inmediato, pero antes de que se separara del todo, cogí sus brazos y la apreté de nuevo contra mi cuerpo.

—A mí también me gusta cómo hueles.

Sin reservas

Sara

El reencuentro con Ciro fue emocionante y bonito. Cuando hablamos el día anterior, tuve la impresión de que no se dejaría ver por el concurso. Y lo entendía. Le había hecho daño y no merecía ni un poquito de su atención.

Encontrarlo allí, sentado entre tantas personas y gritando mi nombre ante el resto del mundo. Aquello no tenía nombre. Él fue quien me dio las fuerzas para que no decayera y me rindiera a la mínima de cambio. Gracias a él conseguí que el pastel saliera adelante y a la perfección.

Por megafonía nos informaron que los jueces ya habían tomado una decisión. La entrega de premios se hacía en el auditorio, una sala contigua a la que habíamos estado. Nos reunieron a todos en el escenario y a los acompañantes los acomodaron en las sillas del auditorio.

A pesar del esfuerzo incansable y la pasión que había volcado en cada detalle de mi creación, el anuncio final del concurso internacional de repostería no me otorgó el primer lugar. Sin embargo, mi nombre resonó entre los diez primeros puestos, lo que en sí mismo era un logro asombroso considerando la competencia feroz a la que me había enfrentado. Ni en mis mejores sueños hubiera pensado que quedaría en tan buen lugar.

La experiencia en el concurso no solo se trató de ganar o perder, sino de sumergirme en un mundo de aprendizaje y crecimiento. Cada paso, desde la selección de ingredientes hasta la meticulosa decoración del postre, me había desafiado a superar mis límites y a perfeccionar las habilidades. Aprendí nuevas técnicas, descubrí combinaciones de sabores audaces y tuve la oportunidad de interactuar con otros apasionados de la repostería, compartiendo historias y consejos.

Quedar entre los diez primeros fue una validación de todo mi arduo trabajo y dedicación. Había dejado huella en el escenario internacional de la repostería, impresionando a los jueces y cautivando a los espectadores con creatividad y habilidad.

Me llamaron para recoger el diploma que me otorgaba el puesto número seis del mundo y aquello fue sublime.

A la salida, mi familia y Merche se abalanzaron sobre mí dándome la enhorabuena. Ciro se quedó a un lado sin querer interponerse entre nosotras. Una vez me hubieron alabado unos cuantos cientos de veces, llegué hasta él.

—¡Enhorabuena, Sara! —me soltó sonriente—. Ya te dije que eras buenísima.

—¡Gracias por hacer esto posible! Si tú no me hubieras inscrito, ni me hubieras gritado para que continuara, esto no habría pasado. ¡Gracias, gracias! Me lancé a su cuello y lo abracé con devoción.

Al separarme nuestros ojos se miraron por varios segundos. Y me besó. No lo esperaba y sin querer, me aparté. No sé lo que se me pasó por la cabeza en aquel momento, pero fue sin pensar.

Ciro se despidió con brevedad y dio unos pasos para marcharse. Pero lo detuve. No quería que pensara que no quería besarlo.

—Perdona, no me lo esperaba. —Lo agarré del brazo—. Quiero estar contigo, tener una vida juntos. Te quiero.

Me armé de valor y solté todo lo que me había estado reprimiendo. ¡Amaba a ese hombre! Y ya nada me impediría estar lejos de él. No se reía, su cara seguía seria y me asusté. En aquel momento, creí que ya no había nada que hacer, que lo había perdido.

—Por favor, no te alejes de mí.

La cita perfecta

Ciro

No pude resistir besarla y cuando lo hice, me largué de allí. Me pidió que no me marchara y acabó confesándome sus sentimientos. ¿cómo iba a dejarla si estaba enamorado hasta las trancas?

—No me alejaré, mi reina. —Y acto seguido, la agarré por la cintura y la conduje hasta mi cuerpo.

Nos besamos sin pudor, con sentimiento. Ella era mía y yo de ella. Nos fundimos en un sincero abrazo.

—Quiero estar contigo —me susurró al oído.

—Ya lo estamos, mi niña —le contesté mirándola a los ojos.

—No, me refiero a estar.

Sabía a lo que se refería, pero quería divertirme un rato.

—Estamos aquí, ¿no lo ves?

Vi cómo puso los ojos en blanco y yo reí por dentro.

—Ya me entiendes, Ciro —soltó nerviosa, jugando con sus manos.

La apreté más a mi cuerpo y en un susurro le dije:

—Claro que te entiendo, pero quiero oírtelo decir.

Entornó los ojos fastidiada, cogió aire y después de llenar sus mejillas de color rosado dijo:

—Quiero que estemos juntos, fo... llar con... tigo —dijo al fin.

Reí a carcajadas por la situación. Oírle decir la palabra mágica me ponía caliente y quería tanto o más que ella lo que me pidió. La cogí de nuevo como un saco de patatas, pero esa vez no estaba enfadada, se reía a carcajada limpia. Ese sonido se convirtió en una hermosa melodía para mis oídos. En ese momento, creí que jamás me cansaría de escucharla reír de esa manera.

Tenía claro dónde iba a llevarla, con mi nuevo salario podía permitirme pagar un hotel bonito en la ciudad. Ella se lo merecía y yo estaba lleno de alegría por haber vuelto con ella. Me sentía lleno de gozo y cuando la metí en el taxi que paramos me preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa.

Me miró divertida y asintió. Se acomodó en el asiento y yo hice lo mismo. Cuando el taxista nos preguntó la dirección del destino, le dije bajito:

—Al hotel Botánico.

Sara ni se inmutó, creo que ni se dio cuenta de que el taxista había hablado. Estaba mirando por la ventana a la nada, pues el conductor todavía no había arrancado el motor del coche.

Siempre había querido entrar a ese hotel, pero la economía no me lo había permitido. Se decía que era de los mejores hoteles del Puerto de la Cruz y estaba dispuesto a comprobarlo.

Nos dejó en la puerta principal y vi cómo a Sara se le iluminaron los ojos tras ver aquel porche alumbrado con luces amarillas y rodeado de plantas y flores de colores. Sara bajó confundida.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Me encanta, pero esto... debe de ser carísimo —contestó al ver que era un cinco estrellas.

—¿Te he dicho que tengo un nuevo trabajo? —le solté divertido.

Me miró ilusionada.

—¿En serio? ¡Oh, cómo me alegro por ti!

Me abrazó y nos cogimos de la mano para subir las escaleras que conducían al interior. Sara

seguía ebria y tenía que encargarme de sujetarla fuerte para que no diera ningún traspiés. No necesitaba más accidentes aquella noche.

La recepción del hotel era preciosa y estaba decorada de manera muy elegante y sofisticada. Sara alucinaba con todos los detalles y yo me sentía el hombre más afortunado del mundo por verla tan feliz.

—Buenas noches —nos saludó el recepcionista con una amplia sonrisa.

—Hola. Una habitación, por favor —le indiqué.

—¿Tienen reserva?

—Eh... no.

—Pues voy a ver si queda algo libre —dijo mientras buscaba en el ordenador una habitación disponible.

—Espero.

Recé porque hubiera alguna. Quería darnos ese capricho y en ese momento que podía permitírmelo...

Y sí, el recepcionista de ojos saltones nos pidió toda la documentación necesaria y pagué una gran cantidad de dinero. Pero merecía la pena. Dicen que las reconciliaciones suelen ser de los mejores polvos, pues yo estaba dispuesto a averiguarlo con Sara, aunque me dejara medio sueldo en ello.

Subimos en el ascensor hasta la tercera planta y entramos en la habitación 351.

—¡¡Oh!! —exclamó Sara—. Esto es... puro lujo —decía mientras observaba el dormitorio asombrada—. ¿Has visto la cama? —Señaló una cama XL situada en el centro—. ¿Y las vistas? —dijo asomándose al amplio balcón con vistas al mar—. Es maravilloso, Ciro. ¡Gracias, gracias!

Parecía una niña en un parque de atracciones y aquello me enterneció. Con seguridad y por lo que me había contado, no estaba acostumbrada a ese tipo de detalles.

—¿Y has visto el baño? —le pregunté. Yo no había entrado todavía, pero me habían informado que era de lo más sensual.

Fue corriendo hasta allí como pudo y al abrir la puerta se quedó pasmada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Esto es para nosotros?

Entré con ella y entendí lo que me habían contado. El baño era casi tan grande como la habitación. Lucía una enorme bañera circular en una esquina y una ducha amplia en la otra.

—Sí, mi niña. Esto es para disfrutar nosotros esta noche.

Se abalanzó hasta mi cuello y me besó con lujuria. Sin pensarlo, la senté en el mueble del lavamanos y la desnudé con frenesí. No podía esperar más a estar dentro de ella y se lo hice saber con besos y caricias.

—Nunca lo hecho en una bañera —me dijo con sensualidad.

La idea de hacerlo allí se me antojó.

—Pues ahora lleno la bañera. Espera afuera —le ordené mientras la bajaba con suavidad y le daba un beso en la frente.

Ella hizo caso y salió del cuarto de baño dando saltitos muy graciosos. Estaba radiante, feliz.

Abrí el grifo y esperé a que la temperatura del agua fuera la adecuada para entrar en calor, aunque bastante calentitos ya estábamos los dos. En cuanto el agua cubrió un poquito más de la mitad de la bañera, cerré el grifo y cogí la cesta de cortesía que el hotel nos había regalado. En ella pude comprobar que había sales de baño que no dudé en utilizar.

Con la bañera lista, salí a buscar a mi chica.

—¿Sara?

La encontré estirada en la cama, pero no dijo nada. Volví a llamarla y tampoco obtuve

respuesta. Me acerqué hasta donde estaba y la vi con los ojos cerrados. ¡No podía ser! ¡Se había dormido! Intenté despertarla, pero no hubo manera. Aunque me molestó que se hubiera dormido en aquella situación, me enterneció verla de esa manera. Dormía plácidamente con la boca abierta y con varios mechones sobre la cara.

Déjate llevar

Sara

La luz entró por la ventana iluminando mi cara. Abrí los ojos sin saber muy bien dónde estaba. Hasta que hice memoria y recordé lo sucedido anoche. ¡Mierda! Me había quedado dormida. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! Con el esfuerzo que había tenido que hacer Ciro para poder pagar esa habitación...

No se merecía eso, aunque sabía a ciencia cierta que no tendría ninguna queja. Él era así. Miré el móvil: las ocho de la mañana. Todavía había tiempo de remediarlo. Después de comprobar que Ciro seguía durmiendo, me levanté de la cama con movimientos lentos y sin hacer ruido para no despertarlo, fui directa al baño. Recordé que me dijo que iba a prepararme un baño y allí estaba la bañera todavía llena de agua. Toqué el agua y estaba fría. No lo dudé ni un segundo, la vacié e hice correr el agua de nuevo. Estaba dispuesta a devolverle la sorpresa que había tenido conmigo.

Cuando estuvo lista, me desnudé y regresé al dormitorio.

Me coloqué a su lado y lo observé. ¡Estaba tan hermoso! Dormía boca arriba, y solo llevaba puesto unos calzoncillos tipo *slip*, dejando al descubierto su cuerpo casi perfecto. Me lamí el labio inferior pensando en lo tentador que estaba, en lo indefenso que lo encontré. Era todo mío.

Me senté sobre su cintura y comencé a besarle el cuello. Oí un leve gruñido que provenía de su garganta. Lo miré, seguía durmiendo. Paseé la lengua por su pecho y fui bajando hasta la cinturilla del calzoncillo. ¡Empezaríamos bien el día!

Mientras jugaba por esa zona, Ciro se despertaba poco a poco sin saber lo que estaba a punto de ocurrir. Seguía medio dormido, pero se movía notando mis caricias. No me contuve más, ver lo sexi que estaba en esa posición, me calentó y fui directa a su miembro. Parecía entender mis intenciones, pues aquello ya estaba duro. Lo besé, lo acaricié y lo introduje en mi boca. Chupé y chupé hasta que oí un gemido muy varonil. Levanté la vista y me encontré con sus ojos y la boca abiertos.

—¡Menudo despertar! —exclamó retorciéndose de placer.

Ese comentario me supo a gloria y me entretuve un rato más en aquel manjar. Sabía que estaba a punto de llegar al clímax, podía verlo en sus ojos, en lo tensos que estaban todos sus músculos. Pensé que, si me esforzaba un poquito más en darle placer, lo llevaría al cielo. Pero no, no me dejó. Se apartó con suavidad de mí y se abalanzó a mi boca con lujuria. Nuestros fluidos se mezclaron en un fogoso beso. Se colocó encima de mí y saboreó mis pechos redondos. Jugó con ellos y no dudó en bajar su mano hasta mi sexo. Masajeó el clítoris con los dedos y sin esperarlo, introdujo uno de ellos en mi interior, mientras al son de mis jadeos, me folló. Entraba y salía una y otra vez y cuando ya estuve lo suficiente mojada, se agarró el miembro y lo colocó en la entrada pidiendo permiso.

—Me pones mucho —me soltó en el mismo momento que me embistió.

Un conjunto de sensaciones me rodeaba mientras entraba y salía a su antojo. Eran como mil mariposas revoloteando en mi estómago y en sus alrededores.

Hicimos el amor durante varios minutos, hasta que llegó al orgasmo. Sin embargo, no se detuvo ahí. Al saber que yo no me había corrido, bajó hasta mi zona íntima y lo besó con dulzura. Mientras lo lamía cada vez más rápido, acompañaba a su lengua con los dedos. Eso era puro placer. Sentía cómo, poco a poco, me estaba haciendo llegar al punto más alto de la cima. Mi espalda se arqueaba cada vez más, igual que los dedos de los pies que se tensionaban por

momentos. Hasta que ahogué un grito y me fui.

—Me encanta ver cómo te corres —me susurró al oído.

—Y a mí que me hagas llegar a lo más alto —le solté satisfecha y exhausta.

—Me apetece una ducha, ¿te vienes?

Entonces caí en la cuenta de que la bañera seguía llena y le sonreí. Me levanté deprisa de un salto y lo arrastré hasta el baño cogiéndole de la mano. Ciro no entendía mi entusiasmo, aunque me siguió sin rechistar y riendo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Agradecerte lo que has hecho por mí —le solté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que ya me lo has agradecido hace un momento —soltó burlón.

No hice caso a su pervertido comentario y entramos en el baño. Cuando vio la bañera con burbujas, me cogió en brazos y me llevó hasta ella. Con mucho cuidado, me ayudó a introducirme en el agua y se metió conmigo. Se sentó detrás de mí y me apretó contra su cuerpo desnudo y mojado.

—Estoy tan a gusto contigo, Sara...

Sonreí, esa confesión me llegó muy adentro.

—Yo también.

Me acomodé en su pecho y cerré los ojos mientras disfrutábamos del agua. Besaba mi cuello con ternura mientras acariciaba mi mojada piel. Sentí puro placer y quise guardar ese momento en un rincón de mi mente para recordarlo en el futuro. Hacía tiempo, pero que mucho tiempo que nadie me había hecho sentir algo semejante.

Volvimos a hacer el amor en el agua, una nueva experiencia para mí y fue inolvidable. Miles de señales eléctricas recorrieron cada músculo de mi cuerpo hasta que llegué al orgasmo, llegamos al orgasmo.

Y el momento de después fue... indescriptible. Entramos en la ducha para quitarnos cualquier resto de sexo que hubiera quedado.

—Date la vuelta —me ordenó Ciro en un tono sensual.

Hice lo que me pidió y me coloqué de espaldas a él. Sentí sus manos rodeando mi cintura y en el momento que me apretó contra él, noté su miembro, duro otra vez, empujando mis nalgas.

«¿Ya está activo de nuevo?», pensé riéndome por dentro.

Pero no, su intención no era penetrarme, sino que cogió el bote de jabón, por cortesía del hotel, y se echó un poco en la mano para después restregarla por mi espalda, masajeándola con suavidad. Seguidamente, me enjabonó el trasero, las piernas y me dio la vuelta despacio. Nuestros ojos se encontraron y se dijeron muchas cosas en su propio lenguaje. Me besó con el agua resbalando por nuestras bocas, ocultado el sabor de nuestros fluidos. Nuestras lenguas jugaban libres y con el calentón en la sangre, me arrodillé para saborear de nuevo su virilidad.

—¿Qué haces? —me preguntó sabiendo exactamente lo que pretendía.

Se sentía tan... tan... bien...

—Ya sabes lo que hago —le contesté pícara.

—No...

¿No?

Apartó mi cara de su sexo y con ternura me levantó. Puso sus manos sobre mi cara y se pasó unos segundos en silencio. Sus ojos se clavaron en los míos y no pude apartar la mirada. Lo que aquellos ojos me decían, era mucho más que un te quiero. Me sonrojé y quise desviar la mirada.

—Mírame, Sara. —Hice lo que me pidió—. No quiero solo esto. —Hizo un gesto con los brazos haciendo referencia a su pene—. Quiero todo contigo.

No esperaba oír esas palabras que sonaron como la verdad más sincera. Tragué saliva confundida y sin saber qué decir. Sentía lo mismo, pero no quise decirlo, no supe cómo decirlo. Pero una acción vale más que un montón de palabras que se las lleva el viento, así que me puse de puntillas, rodeé su cuello con mis brazos y lo besé. Fue un beso de película, de esos que te dejan sin respiración y que lo sientes hasta en la punta de los pies. Fue un beso puro, un beso de verdad. Y ese fue mi «te quiero».

Y en ese instante, se oyó el teléfono de la habitación, interrumpiendo ese momento perfecto entre los dos. Maldije en mi interior porque no quería que aquello que estaba sintiendo se terminara.

Hice caso omiso al sonido y continué besándolo.

—Deberíamos coger el teléfono, ¿no? —soltó apartándose de mis labios y sonriendo.

—¿No podemos quedarnos así un poquito más? —le rogué cariñosa.

Soltó una carcajada y besó mi cabeza.

—Quédate bajo el agua, voy yo en un momento y ahora vuelo.

No me dio tiempo a rechistar, se enrolló la toalla en la cintura y salió a paso ligero del baño.

Al poco tiempo, regresó y me miró divertido.

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha llamado? —Quise saber.

—Pues que son más de las diez.

No entendí lo que quería decir.

—¿Y?

—Pues que teníamos que haber dejado la habitación hace veinte minutos. —Rio.

—¡Oh! ¡Es verdad! —Salí a toda prisa de la ducha, con la mala suerte que el pie derecho pisó el suelo mojado y resbalé. ¡Mierda, mierda, mierda! Iba a caer, iba a hacerme mucho daño, pero en el último momento, antes de caer al suelo, pude agarrarme a algo, a la toalla que tenía Ciro enrollada en su cuerpo. No pude evitar la caída, me pegué un buen porrazo contra el suelo.

Ciro no podía dejar de reír y lo seguí cuando vi que lo había dejado completamente desnudo.

Me ayudó a levantarme y entre risas llegamos hasta la habitación, donde comenzamos a vestirnos. Debíamos dejar la habitación cuanto antes, aunque lo único que me apetecía a mí, era hacerle el amor otra vez.

Amor garantizado

Ciro

Salimos del hotel más enamorados de lo que entramos. Lo que sentía por esa mujer me estaba volviendo loco. Era una sensación tan extraña... No quería alejarme de ella; la necesitaba en mi vida como el respirar. ¿Por qué? No tengo ni puta idea.

Sabía que se acercaba el día en el que ella regresaría a su casa, y solo de pensarlo, se me hacía un nudo en el estómago. Tenía miedo de preguntarle, así que decidí que no hacía falta saber cuándo se iría. Preferí vivir lo que me que me quedaba con ella al máximo, ya sufriría —que estoy completamente seguro de que lo haría— en su momento.

—¿Te apetece desayunar? —le pregunté mientras bajábamos las escaleras de la entrada del hotel.

Me miró risueña y con una amplia sonrisa me contestó:

—Me comería una vaca. —Rio.

—Normal, después de tanto ejercicio... —bromeé.

Puse mi mano en su cintura y noté cómo su cuerpo se estremecía. Me gustó saber lo que solo mi contacto le provocaba.

—¡Pues a por una vaca! Digo... a por el desayuno —solté, apretándola más contra mi cuerpo.

Nos dirigimos a la cafetería más cercana y nos sentamos en una de las mesas de la terraza. El sol acompañaba el día y lo hacía más acogedor. Parecía que nada pudiera estropear ese momento, hasta que lo que más temía apareció de la boca de Sara:

—Ciro, ¿me llevarás pasado mañana al aeropuerto?

Como pensé, saber el día en el que ella desaparecía me dolió, tanto que la angustia impedía que saliera alguna palabra de mi boca. No podía decir nada.

Me miró extrañada ante mi mutismo y en el momento que torció el labio formando una media sonrisa, supe que sabía lo que estaba pensando.

—Sí, te acompañaré —le contesté antes de que ella pudiera decir nada. No necesitaba su compasión.

—¿Quieres hablar de algo?

No, no quería. No quería desnudar mis sentimientos delante de ella. Ya la había confesado de demasiado y si le decía que no quería que se fuera, que deseaba que ella se quedara aquí conmigo, lo único que conseguiría sería que me tomara como un loco. ¡Pero es que estaba loco, loco por ella!

—No, ¿por? —fingí no saber de a qué se refería.

—Ciro... —Calló uno segundos y continuó—: Yo también estoy enamorada de ti.

¡Uf! Esa frase se clavó en lo más profundo de mi ser. Era muy jodido saber que la mujer a la que amabas iba a largarse pronto, pero más jodido era conocer que sus sentimientos correspondían a los tuyos. Porque si los dos nos amábamos, ¿por qué teníamos que separarnos?

Al ver que seguía en silencio, quiso decir algo más. Pero las ansias de besarla y hacerle ver lo que mi corazón albergaba pudieron más. Me acerqué rápido a ella, mis manos cogieron su cara, mis ojos hablaron con los suyos y mis labios le dijeron lo mucho que la quería.

Nos fundimos en un tierno beso del que ninguno de los dos queríamos apartarnos.

—Ejem... —Oímos a nuestro lado. Nos separamos de inmediato—. ¿Qué desean tomar? —preguntó el camarero con una sonrisa pervertida.

Muertos de vergüenza pedimos el desayuno. Y era cierto que Sara estaba hambrienta, porque

se pidió un bocadillo entero de Bacon con queso, mientras que, a mí, me bastó con un simple café con leche.

Disfruté de cada bocado que le dio, incluso sentí envidia. Así que, sin ella esperarlo, me acerqué a su rostro. Sara pensó que iba a besarla de nuevo, por lo que masticó más rápido para dejar paso libre al ansiado beso. Sonreí y me acerqué más a ella. Vi cómo cerró los ojos y aproveché ese momento para hincarle el diente a su bocadillo.

Al ver que no le tocaba, abrió los ojos y se encontró con mi boca llena de comida. Miró el bocadillo, después a mí boca y entendió que el buen trozo que faltaba lo tenía en mi poder.

Agarró el pan, y como si fuera una niña pequeña me dio la espalda.

—Si quieres uno, cómpratelo —bromeó defendiendo lo que era suyo.

—Me gusta ese —le señalé el suyo, pero ella se volvió a girar.

—Este es mío.

—Lo sé, por eso quiero ese, porque está impregnado de ti.

Nunca me hubiera imaginado que por mi boca salieran palabras tan edulcoradas. Yo no era de «esos» que hablaban con romanticismo. Pero tampoco estaba tan mal. Ver la cara sonrojada de Sara, no tenía precio.

Se giró despacio sin apartar la mirada de mis ojos. Sequé mis labios para recibir el beso que estaba seguro de que iba a darme —al menos lo merecía por el cumplido que acababa de darle—, y cuando se encontraba a pocos centímetros de mi boca, me plantó el bocata en la cara.

—¡Es tuyo! —Rio a carcajadas—. Uno a uno.

Me dejó estupefacto. Me la había devuelto, dejándome con una cara de tonto...

No me quedó otra opción. Mordí el bocadillo arrancándole casi la mitad de lo que le quedaba y oyendo sus quejas graciosas.

Este era uno de esos momentos dignos de recordar. No había sexo, no había lujuria, solo ella y yo compartiendo un maldito bocadillo.

Pasamos el resto de la mañana sin mencionar su vuelta a Barcelona.

A media mañana la dejé en casa de su tía, con la promesa de vernos después de mi jornada laboral. Hoy acabaría tarde, sobre las 12:30 de la noche. Pero eso parecía no importarle, tenía tantas ganas como yo de aprovechar hasta el último minuto juntos.

Nos despedimos con un apasionado beso y me fui a casa para cambiarme de ropa. No podía aparecer en el restaurante con la misma ropa del día anterior.

Al llegar al restaurante, la pesada de mi jefa parecía estar de morros. Tenía la intención de pedirle salir más pronto y darle una sorpresa a Sara, pero creí que no era un buen momento y no iba por mal camino, pues a media tarde, despidió a una de las camareras por hacerle ojitos —eso decía ella— a uno de sus clientes que le dejaba más propinas. No podía hacer aquello, pero tenía el poder de hacer lo que le viniera en gana. Ya se inventaría algo para decirle al jefe y este, siempre le hacía caso.

Estaba la teoría de que se tiraba al director, porque mis compañeros no encontraban el motivo del por qué le daba tanto poder en las decisiones. Y no me era nada extraño, porque cada vez que había llegado al restaurante, ambos desaparecían durante un buen rato en el despacho del jefe.

Pasó el resto de la tarde sin ninguna complicación más y al entrar la noche, la gente ya hacía cola en la puerta para cenar.

Deseaba que pasara rápido para poder estar en los brazos de Sara de nuevo, pero se me estaba haciendo eterno.

—Ciro, ¿puedes venir un momento? —me llamó desde el otro lado de la sala la cabrona de la jefa.

¡Oh, no! No se la veía de buen humor y tenía claro que lo que iba a decirme no me gustaría en absoluto.

Asentí, me acerqué pasando por medio de las mesas ya llenas y me detuve frente a ella.

—Dime.

—Necesito que te quedes esta noche para preparar el servicio del desayuno. — No era una pregunta, más bien una orden.

Y me cayó un jarrón de agua fría por encima. ¿Hoy? ¿Tenía que ser hoy?

—Hoy no puedo, si me lo hubieras dicho... —No pude acabar, porque esta me cortó.

—He dicho que tienes que quedarte.

Esa soberbia me cabreaba, pero no iba a darme por vencido. Aunque tenía que ir con pies de plomo, pues acababa de echar a una compañera por mucho menos.

—Lo siento, pero es que no puedo. Si quieres vengo mañana a primera hora, pero esta noche tengo planes importantes.

Me miró por encima del hombro y con una mirada despectiva.

—¿Un plan más importante que mantener tu puesto de trabajo?

«¡Será zorra!», grité en mi mente.

Apreté los puños con fuerza para canalizar la ira, pero me tenía atado de manos y pies. Había deseado este puesto de trabajo durante años y no podía perderlo.

—No, mi trabajo es más importante —dije cabizbajo.

—¡Por supuesto que sí! Cuando se vayan los clientes prepara las mesas.

—De acuerdo, ¿puedo hacer una llamada?

—No, ya sabes que no está permitido el uso de teléfonos móviles en horas de trabajo. —¿Por qué era tan hija de puta? Sé que sabía que tenía que llamar a mi chica, y era por eso por lo que no me dejaba.

Todavía notaba sus miradas lascivas y su cuerpo me indicaba que le atraía, pero no era justo. Ya le había dejado las cosas claras.

Trabajé a disgusto lo que quedaba del día, y en más de una ocasión tuvo que llamarme la atención para que sonriera a los clientes, pero no me salía. Estaba tan enfadado y, además, no tenía la manera de avisar a Sara para anular la cita. ¿Qué pensaría cuando llegara la hora y no apareciera? Intenté escaquearme un par de veces, pero la jefa parecía interpretar mis pensamientos, o eso, o me tenía completamente controlado.

Hasta que encontré la solución, le pedí a un compañero, que todavía no había hecho el descanso, que se pusiera en contacto con Sara y le dijera que tenía que quedarme más tiempo. Que la llamaría en cuanto saliera. Le entregué un papel con su número y así lo hizo. Cuando regresó del descanso me hizo un gesto con los pulgares hacia arriba para indicarme que estaba hecho. Me sentí aliviado.

Llegó la hora del cierre y mi mal humor empeoraba al ver cómo era el único al que la jefa le había pedido que se quedara.

Me puse como un loco a preparar las mesas para el desayuno del día siguiente, pero eran muchas y no veía el final.

—Ciro —me llamó la jefa. Me di la vuelta para ver qué quería esa bruja—, me preguntaba si podía compensarte de alguna manera por quedarte.

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Apareció esa bruja medio desnuda, con ropa interior fina y sexi y unos zapatos de tacón. Se acercaba seductoramente hasta mí, mordiéndose un labio. No os voy a engañar, estaba sexi de cojones. Pero no, En mi mente solo podía ver a Sara. Esa mujer —mala mujer— no entraba en mis planes. Quizá en el pasado no lo hubiera

dudado. La hubiera tumbado en una de las mesas y me la hubiera follado bien duro. Pero ese día no, ese día solo quería estar con Sara.

—¿Se puede saber qué haces? —le dije que de malas maneras.

Un paseo por las nubes

Sara

Llegué a casa de mi tía y me sentía como si estuviera volando en una nube. No me di cuenta de la presencia de mi abuela, que nada más verme la cara me soltó:

—¡Ay niña! Tú estás enamorada.

Me puse seria de inmediato. No quería que ella se enterara de mi vida personal, y más todavía sabiendo que no había hablado con mi marido sobre lo que estaba segura de que iba a ser un divorcio.

—¡Qué tonterías dices abuela! —disimulé como pude, pero no iba a dar su brazo a torcer.

—Soy vieja, pero no tonta. Sé reconocer una cara de enamorada cuando la veo.

—Abuela... yo...

—¡Tonterías! ¿Te piensas que no sé que tú no eres feliz con tu marido?

Aquella revelación me sorprendió. Al parecer todo el mundo sabía que mi matrimonio era un fracaso, todos excepto yo. ¿Tan ilusa era? Me rendí ante ella, y como siempre había hecho, le informé de todo. Desde que había conocido a un chico, hasta que pensaba pedirle el divorcio a mi marido. Y lo más sorprendente de todo, es que ¡estaba de acuerdo!

—¡Quiero conocer al muchacho!

—¿A Ciro? —lo pensé, pero era demasiado pronto para formalidades con la familia—. Creo que no, es muy pronto y no sé dónde nos llevará todo esto.

—¿Y yo soy la antigua? —Rio—. ¡Ay, hija!, deja de controlarlo todo y déjate llevar. Disfruta de la vida.

—Y es lo que estoy haciendo —me quejé.

—¡Pues no lo parece!

Y entonces me acordé de que le pedí que me llevara al aeropuerto. Claro que el fin de ese viaje era traer a mi abuela de vuelta, así que, si él decidía acompañarme, se encontraría sí o sí con ella.

—Abuela... Lo conocerás pasado mañana. Él nos llevará al aeropuerto.

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Y qué hago yo en el aeropuerto? —preguntó extrañada.

—Nos vamos pasado mañana, ¿no lo recuerdas?

Me detuve un momento a pensar. ¿Le había dicho que nos iríamos en dos días? Le cogí el vuelo de vuelta, pero no, no le llegué a decir nada.

—Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo me quedo una larga temporada. Ya lo hablé con tu tía, ¿no te lo ha dicho? —respondió como si nada.

Mi tía tendría que escucharme un día de estos. Ella había planeado todo esto y aunque le estaba muy agradecida, no tenía derecho a manejar mi vida como si fuera una marioneta.

—No, no me lo ha dicho...

—Pues no seas tonta y quédate también —me soltó.

—¡Ya claro! ¿Y mi trabajo?

—¿Ese trabajo que tanto odias y que no te deja tener vida privada? —¿Cómo no me había dado cuenta de lo observadora e inteligente que era mi querida abuela?

Agaché la cabeza y me derrumbé. Había sido una tonta toda mi vida. Y lo sabían todos menos yo. Me arrepentí en ese momento de muchas —por no decir todas— decisiones que tomé a lo largo de los años; de cosas que nunca me atreví a decir y que callé, de muchas cosas que quería hacer y que por estúpida no hice.

Algunas lágrimas cayeron por las mejillas. Solo de recordar la mierda de vida que había vivido, se me hizo el corazón añicos. Podría haber sido feliz con bastante menos, pero siempre quise ser la mujer perfecta, la esposa perfecta, la trabajadora perfecta, ¿para qué? Para tener un trabajo donde no me valoran, para tener un marido que ni siquiera sabía que existía, para no tener amigos, para simplemente vivir algo que no deseaba.

Pero eso iba a cambiar. Estaba dispuesta a poner todo de mi parte para darle un giro a mi vida.

Me puse en pie, mientras me secaba las lágrimas y estaba dispuesta a darle una oportunidad más al amor.

Entré en el dormitorio que estaba ocupando y fui directa al armario. Rebusqué en él algo de vestuario sexi para ponerme esa noche y sorprender a Ciro, mas no logré encontrar demasiado. Mi ropa era tan insulsa —o más— que yo misma.

Pero también eso iba a cambiar. No se trataba de cambiar mi estilo, sino de mejorarlo, modernizarlo.

Llamé a mi tía y le rogué que me acompañara de compras por la ciudad. Necesitaba un ojo experto para que me asesorase y Raquel era perfecta para eso.

Por supuesto no opuso ninguna resistencia, sobre todo después de mencionarle que la abuela no quería regresar y que me había mentido. Aunque no hubiera hecho falta sacar ese trapo sucio, ella hubiera estado encantada de acompañarme igualmente.

Llegó después de comer y nos dirigimos al centro comercial. Allí debía haber varias tiendas que pudieran servirme para contribuir al cambio de vestuario que pretendía.

Y no me equivocaba. Entramos a todas y cada una de ellas. Y cuando digo «a todas» es a todas. Con el consejo de Raquel logré agenciarme varias prendas de ropa que me venían como anillo al dedo. No eran nada sexis, porque yo no me sentía cómoda con ese tipo de prendas, pero sí hacían resaltar mis pechos y caderas.

Compré tejanos con agujeros, de esos que les faltan trozos de tela y aun así te los venden como si fuera oro. Pero era lo que se llevaba y no me sentaban nada mal. Las camisetas que adquirí eran básicas, pero con más escote de lo que solía llevar y algo más entalladas.

Estaba muy contenta con la ropa nueva. ¡Por fin parecería una mujer de mi edad y no de diez años más!

Durante el camino de regreso a casa, recibí una llamada de un número que no conocía.

—¿Eres Sara? —me preguntó una voz desconocida.

—¿Quién eres? —No pensaba decirle nada si no sabía quién era.

—Soy Juan, compañero de trabajo de Ciro.

Cuando escuché el nombre de Ciro, no sé por qué, pero sonreí. Era solo pensar en él y mi mundo cambiaba.

—Sí, soy yo. —Y entonces pensé en por que me llamaba él en vez de Ciro. Me asusté—. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

—No, no. —Se escucharon risillas al otro lado que me tranquilizaron—. Está perfecto. Lo único es que la jefa le ha pedido que se quede más tarde para preparar las mesas del desayuno de mañana.

Por una parte, me calmó la idea de que estuviera sano y salvo, pero por otra, odiaba tener que esperar más tiempo para verle de nuevo. Le agradecí la llamada y me despedí con cortesía.

—¿Quién era? —me preguntó Raquel mientras caminábamos hacia la casa.

—El compañero de Ciro.

—¿Y qué quería? —preguntó interesada.

—¡Eres doña cotilla! —le recriminé entre risas.

—¡Lo acepto! ¿¡Y...? —insistió.

—Pues nada. Me informaba de que Ciro llegará tarde.

—¿Y por qué te llama su compañero y no él? —¡Hostia! No había caído en eso—. Pues ahora que lo dices, no lo sé, pero es raro. ¿Y si le ha pasado algo? —me preocupé de inmediato y el miedo volvió a instalarse en mi cuerpo.

—No lo creo. ¿Por qué te diría que llegaría más tarde? No tiene sentido, Sara. No habrá podido y ya está.

Podía tener razón, pero algo en mi interior no me permitía estar en paz.

—No sé, tía... ¿Y si me acerco a verlo?

—¡No! No seas tan desesperada. —Al ver mi cara nerviosa, soltó—: ¿Y si vas a buscarlo a la salida? Con suerte, a lo mejor está solo y te lo puedes montar ahí con él —se burló entre carcajadas.

—Pues no sería una mala idea —le contesté divertida.

Raquel se puso las manos en la cabeza.

—¿Quién eres y qué has hecho con la sosa de mi sobrina? —dijo teatralizando la situación.

Nos reímos de lo acontecido, pero, aunque pareciera una locura, estaba dispuesta a ir a sorprenderlo.

La fierecilla indomable

Ciro

No me podía estar pasando esto a mí. La veía acercarse con movimientos sensuales hasta donde me encontraba. Contoneaba las caderas de forma muy insinuante y tenía los ojos muy abiertos.

«¡Maldita sea! ¿Cómo voy a librarme de esta?»

La ira me corría por las venas como la pólvora. Estaba a punto de estallar. Ahora entendía por qué tanta insistencia en que me quedara a preparar los desayunos para al día siguiente. ¡Menuda víbora estaba hecha!

—¿Puedes vestirte por favor? —le grité mientras ella se acercaba.

—¿No te gusta lo que ves?

—No, no me gusta, ni tampoco me gustas tú —le solté enfadado.

Pero no se iba a dar por vencida. A cada paso que daba, yo daba uno para atrás, hasta llegar al punto en que me topé con la pared. ¡Acorralado! ¡Me tenía acorralado y sin escapatoria! Y otra cosa no, pero no le pondría un mano encima a una mujer, por muy zorra que fuera.

Llegó hasta mí en poco tiempo y puso sus manos en mi pecho. La aparté de inmediato, pero se aferraba a mi cuerpo como una lapa. Comenzó a besar mi cuello y a poner su mano por dentro de mi camiseta. Intenté zafarme de ella, lo juro que lo intenté, pero sin utilizar la fuerza no pude deshacerme de ella.

—¿Quieres dejarme? Tengo novia. —Era la segunda vez que usaba esa palabra, pero era la verdad, era lo que sentía por Sara. Ella era mía, no como una posesión sino como mi alma gemela, como si sin ella me faltara una parte de mí.

—Tu novia no tiene por qué enterarse —susurró mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Me cansé, era tal el acoso que estaba dispuesto a hacerle daño si era necesario. Si una mujer no tiene por qué aguantar un acoso semejante, yo tampoco.

—O te alejas de mí o...

—¿Ciro? —Se oyó desde el otro lado del salón.

Esa voz... ¡No!

—¡Sara! —Aparté rápido a la estúpida de mi jefa, con tan mala suerte que se torció el tobillo y cayó al suelo.

La dejé ahí tirada, me importaba más lo que mi chica pudiera pensar sobre lo que había presenciado. Y no podía culparla si pensaba que mi jefa y yo... ¡No! Tenía que alcanzarla y aclararle lo ocurrido. No podía dejar que pensara algo que no era.

Me quité el delantal delante de mí jefa.

—Como pierda a la mujer de mi vida... —No quise acabar la frase. No merecía la pena buscar problemas por decirle alguna burrada o amenazarla.

Le lancé en delantal a su lado y me fui de allí.

—¡Ciro! ¡Si te vas ahora, no vuelvas mañana! —me amenazó la muy...

No le contesté. Al día siguiente, en cuanto regresara —porque iba a regresar a mi puesto de trabajo—, tendría unas palabras con ella. Lo que pasara después poco me importaba. Tanto si conseguía arreglar lo de Sara como si no, tenía una cosa clara: no quería trabajar con esa loca.

Salí corriendo y cuando salí por la puerta, vi que Sara estaba parando a un taxi. ¡Menos mal que no se había ido todavía!

—¡Sara! ¡Espera! ¡No es lo que parece!

¿Se puede ser más gilipollas? ¿Cómo había sido capaz de decirle «no es lo que parece?» Es la

típica frase que se utiliza cuando realmente te acababan de pillar con las manos en la masa. Y no, esa vez no era verdad. Yo no estaba haciendo nada malo. No era culpable de la enajenación mental de esa loca.

Abrió la puerta del taxi y me miró como si fuera la última vez que lo hiciera, como si fuera una despedida. Se me paralizó el corazón. Vi lágrimas en su rostro y los ojos enrojecidos. ¡No quería verla llorar! ¡Y menos por un malentendido como ese!

—Sara, por favor. Escúchame —le rogué, le imploré, pero no obtuve respuesta.

Cerró la puerta sin darme la oportunidad a explicarme y la vi marcharse en aquel coche, dejándome destrozado.

Entré de nuevo a por mis pertenencias y mi jefa ya estaba vestida. No se atrevió a decirme nada, giró la cara al verme y se metió en el despacho del jefe —vete tú a saber para qué—.

No tenía ganas de hablar. Preferí esperar a calmarme para no decir nada de lo que pudiera arrepentirme.

Salí de allí como alma que se lleva al diablo. Subí a la moto y no me lo pensé dos veces: fui en busca de Sara. Con seguridad estaría en casa de su tía, porque ¿a dónde más podría ir?

Corrí lo que más pude y me presenté en la puerta. Esperé allí porque eran pasadas la una de la mañana y no quería molestar a su familia. La llamé varias veces, pero no obtuve respuesta. No me quedó más remedio que golpear la puerta con sutileza.

Esperé unos segundos y volví a llamar. A los pocos segundos, abrieron la puerta y salió Raquel en un camisón bastante sugerente.

—¿Ciro? ¿Qué haces aquí? —Salió y miró a derecha e izquierda—. ¿Y Sara? ¿Le ha pasado algo? ¡Fue a buscarte!

Se la notaba nerviosa y me contagió, pues si allí no estaba, no sabría dónde buscarla. Ella no era de aquí, no conocía sitios donde ir.

—No, Raquel. Ella está bien. Pero no sé dónde está ella.

—¿Qué ha pasado? —soltó cruzándose de brazos.

Comencé a caminar de un lado a otro, con la cabeza baja.

—Ella llegó... y yo... —comencé a balbucear—. Ha sido un malentendido —le dije levantando la vista para mirarle a los ojos.

Mi madre siempre decía que decir una verdad siempre era más sincera si lo decías mirando a los ojos. Y fue lo que hice. Quise que reconociera en mis ojos la verdad.

—¿Puedes calmarte y contarme qué ha pasado? —Me cogió del brazo—. Entremos, que tengo vecinos muy chismosos.

Entré con ella y me hizo sentarme en una silla no muy cómoda de la cocina. Ella cogió otra y la colocó junto a la mía.

—Raquel, te juro por lo que quieras que yo no he hecho nada. La bruja de mi jefa...

—¡Ah! Una mujer... —Tras escuchar aquello, se le cambió la expresión de la cara. Sara me contó su mala experiencia con su exmarido, y sin duda, no me lo iba a poner nada fácil para que confiara en mí.

—No es lo que tú crees. —Respiré profundamente—. Mi jefa me ordenó que me quedara para preparar las mesas del desayuno y apareció medio desnuda. —Oí cómo suspiraba—. Me acorraló, le pedí que se alejara —me levanté porque de los nervios no podía permanecer sentado —, le grité que tenía novia ¡joder! Y justo en ese momento, apareció Sara viéndonos en esa tesitura.

—Ya, y tiene que creerte porque...

La fulminé con la mirada, si no me creía su tía, ¿cómo iba a hacerlo Sara? No estaba dispuesto

a darme por vencido.

—Porque la quiero, ¡Joder! Estoy enamorado de Sara. —Estaba perdiendo los papeles porque cada vez lo veía todo más negro—. Créeme cuando te digo, que, si no hubiera estado con Sara, me la hubiera follado allí mismo, pero es que no puedo pensar en otra cosa que no sea ella. ¡Por favor! —La cogí de las manos y volví a decirle una verdad a sus ojos—. Tienes que creerme.

—Te creo. —Respiré aliviado tras escuchar eso—. ¿Pero cómo vas a hacer para que ella lo haga? Porque tengo que decirte algo: Sara había apostado por ti.

Y una mínima esperanza se incrustó en mi pensamiento. Sara había apostado por mí, ella me quería, ella tenía que escucharme y perdonarme.

—¿Dónde puedo encontrarla? —le pregunté angustiado por saber su paradero.

—Yo creo que estará en la playa. A estas horas no conoce muchos lugares a donde ir a pensar. Y para eso, la playa es la mejor medicina.

Tenía razón. ¿Por qué no se me ocurrió a mí antes de molestar a su tía? Aunque hice bien, porque ya tenía una nueva aliada que me ayudaría en caso de necesitarla. Sara confiaba mucho en Raquel, esperaba que eso jugara a mi favor.

Dejé el casco atado a la moto y fui caminando hasta la playa en su busca.

10 razones para odiarte

Sara

Todavía no podía creer lo que acababa de ver en el restaurante. ¡Maldita la hora en que decidí darle una sorpresa! ¡Si la sorpresa me la había llevado yo!

No hay mal que por bien no venga, al menos, acababa de descubrir cómo era en realidad Ciro, antes de que «lo nuestro» —por llamarlo de alguna manera— se hiciera algo más serio.

Me encontraba en la playa, sentada casi en la orilla del mar. Había estado caminando sin rumbo alguno desde que el taxi me dejó en la Plaza del Charco. Le di expresamente esa dirección porque no quería llegar tan pronto a casa de Raquel y que esta me hiciera el gran interrogatorio. Además, necesitaba pensar, pensar en todo lo que había ocurrido esa noche en el restaurante.

Desde allí, comencé a andar en dirección a casa de mi tía. Tenía como unos veinte minutos de caminata, pero pensaba quedarme en la playa para pensar.

Al llegar, me senté cerca del agua. Oía el romper de las olas y era un sonido que conseguía calmar los nervios acumulados. Encontré unas pequeñas conchas y comencé a lanzarlas al agua. Era la única manera que encontré para apaciguar la ira que me estaba consumiendo.

¿Por qué? Parecía todo tan real. Esa misma mañana me había confesado que estaba enamorado de mí. Había pagado una de las habitaciones más caras de la ciudad por mí. No podía creerlo, ¿tan fácil era yo?

El karma, eso tenía que ser. Había sido moralmente incorrecta con mi marido, y así el mundo me devolvía la infidelidad cometida. Infidelidad por infidelidad. Aunque, Ciro no era mi novio ni nada por el estilo, ¿no? Solo quería ser feliz; hacer por una vez en la vida algo por mí y para mí y así acababa todo esto. ¿Dolida y con el corazón roto? El destino me acababa de pagar con la misma moneda y ¡joder si dolía! Ahora podría ponerme en los zapatos de mi marido cuando se enterase de que me había acostado con otro hombre.

«¡Maldita la hora que tuve que conocerte! ¡Maldita la hora que pusiste mi mundo patas arriba!».

—¿Sara? —Escuché detrás de mí mientras maldecía en silencio. Sabía que era él.

No quise darme la vuelta e hice como si no lo hubiera escuchado. No tenía fuerzas para enfrentarme a él y aunque sabía que no conseguiría que se marchara, no podía mirarlo a la cara. ¿Qué hacía él allí? ¿Cómo había sabido dónde encontrarme?

Aunque tampoco había muchos lugares al que pudiera acudir a esas horas de la noche.

Se sentó a mi lado sin ser invitado y miró el mar conmigo. Estuvimos así durante un largo tiempo hasta que tuve el valor de hablar:

—¿Por qué? —Seguía mirando al mar, pero él sí giró la cara en mi dirección y colocó la mano encima de la mía, que estaba apoyada en la arena. Tuve que apartarla. Solo sentir su tacto sobre mi piel me asqueaba, porque sabía que otra mujer que no era yo, lo había tocado.

—Déjame explicarme, por favor —dijo casi en un susurro.

¡No!, grité en mi interior. No quería escucharle. Una imagen valía mil palabras, ¿verdad?, pues ¿para qué quería oír palabras endulzadas que intentasen hacerme cambiar de opinión sobre lo que había visto?

Lo miré fijamente y con ira.

—Solo te voy a decir una cosa —exclamé casi gritando—. No quiero volver a saber nada más de ti.

Y dicho eso, me levanté para irme, pero Ciro no se dio por vencido. Vino detrás de mí y me

agarró del brazo.

—Por favor, Sara, yo no he hecho nada. Ella...

—¡Suéltame! —Aparté con rudeza mi brazo de su mano—. He dicho que no quiero saber nada más de ti. Mañana me voy y me olvidaré de ti. No me llames ni me busques. Adiós, Ciro.

Y no miré para atrás.

A paso ligero —por no decir corriendo—, salí de la arena y caminé por el paseo marítimo hasta la casa de mi tía. Era de madrugada y aunque las calles eran muy seguras, sentí un poco de miedo al no cruzarme con ni un alma.

No estaba muy lejos y ya había pasado el suficiente tiempo para no tener que dar explicaciones a nadie. Suponía que todos dormirían.

Al llegar, la persiana de la ventana que daba al salón estaba levantada y había luz en el interior. ¿Quién de las dos estaría despierta? Debía de ser Raquel, pues con las pastillas de dormir de mi abuela, ni una bomba podría despertarla.

Me quedé en la puerta petrificada sin saber si debía de entrar o no. Raquel no era tonta y tenía la habilidad de leer las caras de la gente, y con la que yo llevaba, con seguridad, sabría que algo malo habría pasado. ¿Podría contarle lo ocurrido con Ciro?

No, no quería hablar con nadie. Necesitaba que ese día acabara cuanto antes y solo había hecho más que empezar. Eran pasadas las cuatro de la mañana, y tan solo esperaba que pasara aquel día que entraba para poder desaparecer de allí y regresar a mi antigua vida. A mi antigua vida sin marido, por supuesto. Una cosa no quitaba la otra. Que Ciro me hubiera fallado, no era razón para seguir con mi farsa de matrimonio. No, eso se había acabado y volvería a empezar de nuevo.

Cogí aire y entré en la casa.

—¡Ay niña! ¿Dónde estabas? Estaba muy preocupada. Cuando Ciro me dijo que te habías ido y no regresabas, pensé lo peor. —Era un nervio puro hablando, tanto que me estaba contagiando a mí.

¿Ciro había estado allí? En ese momento, entendí por qué fue a buscarme a la playa.

—¿Tú le has dicho a Ciro dónde podía estar? —pregunté irritada.

—Por supuesto —soltó orgullosa—. Yo te conozco mejor que nadie, y sé que te encanta el mar para pensar.

—¡¿Por qué no dejas de meterte en mi vida?! —le grité. Las lágrimas comenzaron a asomarse hasta que rompí a llorar—. Ya no soy una niña, Raquel. Puedo cuidarme yo sola.

Y dicho esto, me fui directa a la habitación sin dejar que contestara.

—¡Sara! ¡Espera! —gritó mientras me perseguía a pocos pasos de distancia—. Hablemos, por favor.

Noté arrepentimiento en su voz, pero no me importó. Estaba harta de que ella pensara que sabía lo que era mejor para mí y que se entrometiera en mi vida. ¡No! Ya no iba a permitirlo más.

Me quité la ropa que había escogido expresamente para sorprender a Ciro esa noche y por un segundo, estuve tentada de quemarla. No quería que nada me recordara a aquel día, no quería que nada me recordara a él.

Me puse el pijama y me metí en la cama.

No hace falta que diga que lo que quedaba de noche, no pude dormir, recordando una y otra vez las imágenes de Ciro y aquella mujer juntos.

Cómo deshacerte de tu jefe

Ciro

¿Cómo se había torcido todo tanto? Sara no quería escucharme y con razón. Si lo pensaba fríamente, era lógico que, si había visto lo que vio, pensara lo peor de mí. Pero esa vez no, no había hecho nada. Era la primera vez que había rechazado a una mujer. ¡Joder!

¡El Karma! Ese era el culpable de mi desgracia. Tantas veces había hecho daño de esa manera, y ahora me la devolvía doblada.

Estaba de los nervios, cabreado y lleno de ira. Llamé a Robert porque necesitaba hablar con alguien para desahogarme. Él era la persona indicada. Lo intenté dos veces, hasta que, en esta última llamada, respondió mi amigo con la voz de dormido. Le expliqué rápidamente lo que había pasado y eso hizo que se despertara de golpe con una sonora carcajada.

—¿En serio, hermano? No te creo. Tú te estabas follando a tu jefa —soltó muy seguro de lo que decía. Y lo entendía, él era mi amigo de fechorías y sabía cómo era en realidad.

—Tío, te juro por lo más quiero, que es mi madre, que la rechacé, que la estaba apartando —me defendí.

—Sigo sin creerte, pero te veo muy nervioso. ¿Dónde estás que paso a buscarte? —se ofreció.

—Tengo la moto, y no he bebido, todavía. —Escuché la voz de una mujer al otro lado del teléfono—. ¿Estás con alguien? Si te he interrum...

—No, no. No te preocupes. ¿Cuánto tardas en llegar? Vente para casa y hablamos. A ver si entre los dos encontramos alguna solución.

Acepté y fui directo para allí.

Al llegar a su piso, me abrió la puerta en calzoncillos.

—Podrías haberte vestido, ¿no? —le recriminé en broma.

—Tú ya me has visto desnudo, dudo que te alteres al verme en ropa interior —bromeó—. Pasa, anda.

Entré y me tumbé en el sofá derrotado. Lo que había pasado con Sara me había dejado hecho polvo. No era justo, ella era la mujer de mi vida, de eso estaba seguro, porque ¿por qué sentía todo esto que jamás había sentido por nadie?

—¿Tienes algo de beber? —le pedí, levantándome y dirigiéndome a su mueble bar. Había bastante confianza como para que husmeara entre sus cosas.

—Sírvete lo que quieras tú mismo.

Se sentó en el sillón que había al lado del sofá y esperó a que me llenara una copa para continuar hablando. La llené hasta arriba y casi de un trago me la bebí. Volví a llenarla otra vez y me senté de nuevo en el sofá.

—¿Qué hago tío? —le pregunté.

—A ver, cuéntame exactamente qué es lo que ha pasado.

Le relaté con pelos y señales lo ocurrido desde que terminé la jornada hasta que me sorprendió Sara con mi jefa metiéndome mano. Veía cómo aguantaba la risa tras mi historia. Y no le podía culpar, siempre había pecado y era difícil de creer que pudiera decir un «no» a una tía como mi jefa.

—Y ahora no quiere saber nada de mí —sentencié.

—Te lo mereces, lo sabes ¿no?

—¡Joder! No empieces. —Estaba acabando con mi paciencia—. Sí, lo reconozco: he sido un cabrón. Pero te juro por mi madre que lo que siento por Sara es real. —Respiré profundamente y

solté—: ¡Hermano! ¡Estoy enamorado de ella!

Y lo que vino a continuación fueron unas sonoras carcajadas de mi amigo. Y no podía reprochárselo. ¿Yo enamorado? Aun así, me molesté con él, porque hablaba muy enserio, ¡le estaba desnudando mi alma! Le lancé lo primero que pillé: un mechero de encima de la mesa, pero no logré alcanzarlo, se apartó en el último segundo antes de impactarle.

—¡Ponme otra copa, anda! —le ordené para quitarle hierro al asunto.

—¡A sus órdenes, e-na-mo-ra-do! —Se rio y yo quise estrangularle en ese momento. Aunque me rendí, tenía todo el derecho a descojonarse mí.

Se levantó y lleno las copas.

Pasada una hora, el efecto de todo el alcohol ingerido, comenzaba a hacer efecto. Bebimos una copa detrás de la otra sin control. Yo para desahogar las penas, Robert para... ¿acompañarme?

Cuando ninguno de los dos podíamos pronunciar una palabra en condiciones, solté:

—¡Herrrrrr-manoooo! ¡Tengo una idea! —balbuceó ebrio.

—¿Cu-ááál? —preguntó arrastrando la «a» y más borracho que yo.

—Voy a robaaaaar el víd-eeeeo.

—¿Vídeo? ¿Quééé vídeeo? —Se levantó y casi pierde el equilibrio, por lo que volvió a sentarse.

—¡El víií-deeeeo! El rrrestauraaaante tieeene cááámaraaas.

Continuamos con la conversación de borrachos. Ninguno de los dos podía apenas dar dos pasos sin tambalearse, pero la imaginación no nos fallaba. Planificamos el robo con poco sentido. Básicamente se trataba de llegar al restaurante, entrar con mi propia llave que me habían dejado para cuando abría o cerraba el restaurante y robar el vídeo. Era una tarea muy fácil y no tenía por qué haber ningún imprevisto. Solo debíamos no ser vistos por nadie y para ello, mi amigo buscó —como pudo— ropa oscura en su armario para los dos. Nos vestimos de arriba a abajo con prendas oscuras y guardamos en una mochila y pasamontañas para cada uno. Demasiadas películas de robos habíamos visto o demasiado alcohol habíamos consumido. O quizás ambas cosas.

El caso era que en plena madrugada salimos Robert y yo borrachos y fuimos hacia el restaurante. Por el camino no nos cruzamos con nadie —menos mal—, porque cualquiera que nos hubiera visto, habría desconfiado seguro, pues lucíamos como un par de delincuentes y actuamos como tal.

Íbamos cruzando aceras por las zonas más oscuras para no ser vistos y nos escondíamos entre containers —cuando había— si veíamos las luces de algún coche a lo lejos. Me hubiera gustado que alguien nos grabara para que después nos avergonzara nuestro propio comportamiento, o mejor aún, para reírnos de nuestra locura.

Llegamos al restaurante en una hora y media, casi estaba amaneciendo y no nos quedaba demasiado tiempo para que la jefa abriera sus puertas.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó Robert un poco más sereno.

El alcohol estaba desapareciendo de nuestro organismo, aun así, seguía pareciéndome una buena idea entrar y robar el vídeo. Era mi última esperanza de que Sara pudiera escucharme antes de que se marchara a Barcelona la mañana siguiente.

—Sí, pero mejor espérame tú aquí —le contesté.

—No, voy contigo.

—Hermano, si nos pillan a los dos ¿qué cojones vamos a hacer? —Se quedó pensativo—. Mejor voy yo y tú me esperas aquí, por si pasara cualquier cosa.

Asintió y ni le di tiempo para arrepentirse. Me coloqué el pasamontañas y miré hacia la

derecha e izquierda para asegurarme que no había nadie que pudiera delatarnos. Crucé la calle y con la llave entré en el restaurante. Desactivé la alarma. ¡Mierda! Sabrían que alguien había entrado, pero no me importó en ese momento. Ya pensaría después en lo que podía hacer para ocultar mi rastro.

Me dirigí al despacho del jefe, donde con seguridad, debía tener las cintas de vídeo.

¡Perfecto! No estaba cerrado con llave. Pude acceder sin dificultad. Pocas veces había estado en ese lugar, pero tampoco había mucho que ver. Una mesa con un ordenador, una silla, una estantería de madera con un montón de carpetas y un mueble con cajones.

Comencé a registrar todo el despacho, rincón a rincón, pero no encontré lo que buscaba. ¿Qué estaba buscando exactamente? El efecto del alcohol estaba casi anulado, por lo que estaba empezando a tener conciencia de lo planeado. ¿De verdad que había ido en busca de unas cintas de vídeo? ¿En qué sigo vivía?

Me senté en la silla del escritorio y encendí el ordenador. Seguro que los vídeos se registraban directamente en el ordenador. ¡Menudos idiotas estábamos hechos! Al pensar en ello, perdí toda la esperanza de recuperarlos porque no tenía ni la más remota idea de la contraseña del PC. ¡Bingo! La suerte estaba de mi lado, pues pude entrar sin contraseña. ¿Quién en su sano juicio dejaría sin contraseña el ordenador de la empresa? Allí debería haber mucha información confidencial relacionada con el restaurante. El dueño debía de tener mucha confianza con los empleados. ¡Mejor para mí!

No poseía muchos conocimientos de informática, pero sabía entrar en carpetas o buscar vídeos. Y fue lo que hice. Encontré pasados cinco minutos la carpeta con todos los vídeos de la cámara. No me equivocaba, todo estaba allí, además, ordenado por fechas, que me hizo la tarea mucho más cómoda. Encontré el vídeo de esa noche y lo envié a mi correo electrónico sin dudar.

Miré el reloj, todavía faltaba una hora para que llegara mi jefa. Así que no lo dudé, curioseé el resto de los vídeos buscando algo en concreto. Ojeé vídeo a video hasta que lo encontré.

En ese momento, mi móvil comenzó a sonar.

«¿Qué te queda?», preguntó Robert. Debía estar muy nervioso haciendo guardia y ya llevaba un buen rato allí dentro. Envié también los vídeos que quería y me largué de allí como alma que lleva el diablo.

Puse otra vez la alarma y cerré con llave.

—Has tardado. ¿Qué estabas haciendo? —me preguntó muy nervioso.

Como a mí, ya se le había pasado el efecto del alcohol y actuaba con más raciocinio.

—¿Te apetece ver una peli porno? —le contesté divertido.

Un amor para siempre

Sara

Apenas había dormido y el ruido de la calle me despertó. Varios niños pasaron por delante de la ventana corriendo y gritando. Maldije en silencio, pues yo, lo único que quería hacer, era dormir y dormir. O no levantarme nunca más.

Estaba dolida. Lo que Ciro me había hecho no tenía perdón de Dios y mira que no creía —ni creo— en divinidades. Pero se merecía que el Diablo subiera del infierno y lo castigara una y otra vez. ¿Cómo podía haber jugado con mis sentimientos? Sabía que estaba casada y que había dejado a mi marido por él. No, no podía culparle. Mi relación no tenía futuro y gracias a él me había dado cuenta. Pero aun así... ¡No era justo! Me había ilusionado como nunca, pensé que me quería. ¡Joder!

Me levanté de la cama sin ganas y salí hacia el comedor, con la esperanza de no toparme con mi tía. No tenía ganas de hablar de lo ocurrido con ella —ni con nadie—. No tuve esa suerte. Al entrar en el salón, Raquel estaba sentada en el sofá viendo la televisión con un café en las manos. Parecía muy atenta a lo que estaba viendo e hizo como si no me hubiera visto, supuse que quería darme espacio. Después de todo lo que le dije en la madrugada...

—¿Hay café? —le pregunté para firmar la paz.

—Sí, en la cocina hay recién hecho —contestó como si nada y sin apartar la vista de la televisión. Solo le faltaban las palomitas.

No parecía enfadada, tampoco contenta, solo indiferente, como si fuera un día normal y no hubiera ocurrido nada. No le di importancia y fui a por ese café que tanto necesitaba mi cuerpo.

Al regresar de nuevo al salón, me senté junto a ella y sorbito a sorbito fui revisando el móvil. Más bien releyendo todos los mensajes que Ciro me había enviado. ¡Sí, era masoca!

Y entonces, escuché la voz de Ciro. Levanté la vista del móvil y lo busqué por la estancia, pero allí no estaba. ¿Me estaba volviendo loca oyendo su voz? Pero no, volví a escucharlo, e inconscientemente dirigí mis ojos hasta la pantalla de la tele. ¡No podía ser! ¡Claro que era su voz!

En ella aparecía Ciro con... su jefa.

—¿Qué es eso? —Señalé la pantalla confundida.

—Pues... me lo ha enviado Ciro hará unos veinte minutos —contestó divertida—. Una película muy interesante.

No dije nada. Puse toda mi atención en el vídeo, pero estaba a punto de acabar, pues aparecí justo en ese momento montándole el espectáculo.

—¿Puedes ponerlo desde el principio? —le rogué muy intrigada. Aunque en el fondo no sabía si quería verlo. Pero ¿para qué lo enviaba si podía incriminarse?

Una pequeña esperanza se instaló en mi cuerpo, quizás...

—¡Claro! —contestó haciendo lo que le pedí.

Era un vídeo a color y con voz —poco habitual en ese tipo de negocios—. Nos mantuvimos en silencio mirando el contenido del vídeo. Bueno yo, mi tía solo hacía que mirarme sonriendo. Claro que ella lo había visto desde el principio y conocía el final.

Cuando lo vi todo, suspiré aliviada y emocionada al mismo tiempo. Ciro me había dicho la verdad, no había tenido nada que ver con su jefa. Y no solo eso, sino que se escuchaba cómo le decía que tenía novia. Me sonrojé y lo quise todavía más —si cabía—. ¡Él me quería!

Tenía que verlo, pedirle perdón por no escucharle y hacerle una y otra vez el amor por el

tiempo perdido. Al día siguiente me marchaba y quería pasar todo ese tiempo con él. No lo dudé. Le escribí:

«He visto el vídeo. ¿Puedes venir?».

Podría haberlo llamado, pero lo que tenía que decirle era demasiado importante como para no hacerlo en persona. Estuve pegada al móvil esperando su respuesta, que no debería tardar en llegar, pues en ese mismo momento se encontraba en línea y las aspas de color azul indicaban que ya lo había leído.

Esperando a recibir noticias de él, llamaron al timbre. Mi tía y yo nos miramos porque ninguna esperaba visita y los domingos correos no trabajaba.

Me levanté, abrí la puerta y para mi sorpresa...

—¡Ciro! ¿Qué haces aquí? —exclamé sorprendida.

—Me has dicho que viniera —contestó con una sonrisa tímida.

—Ya, pero no imaginé que lo hicieras tan rápido.

—He estado aquí todo el rato, Sara. Necesitaba que supieras la verdad. —Hizo silencio durante unos segundos y al ver que no respondía continuó—: ¿Has visto el vídeo? Yo no hice nada...

Lo veía apagado sin esa sonrisa en la cara que tanto lo caracterizaba. Me dio pena. Si yo había sufrido, él... también, sabiendo que no era culpable.

—Sí lo he visto.

—¿¿Y??

En ese instante le sonreí para decirle que lo perdonaba. Y no solo eso si no que cuando me correspondió con otra sonrisa, me lancé a sus brazos y a su boca. Quería besarle, quería que supiera cuánto lo quería. Me devolvió el beso sin pensarlo dos veces y nos fundimos en un tierno abrazo. Ninguno estaba dispuesto a perder al otro.

Me separé de él y lo observé.

—¿Por qué vas así vestido? —Me hizo gracia su atuendo. Todo de negro. No recordaba haberlo visto con ropa tan oscura.

—No preguntes. —Rio—. Digamos que he cometido un delito esta madrugada y quería pasar desapercibido. —Lo miré extrañada, a la par que intrigada. Quise indagar más sobre el asunto, pero no me lo permitió—. Ya te contaré, ahora quiero hacerte el amor.

—¿A quién quieres hacerle tú el amor? —interrumpió mi abuela a escasos pasos de nosotros.

Se colocó detrás de mí y yo me quise morir de la vergüenza. La miré con timidez, pero pareció no hacer efecto porque seguía allí divirtiéndose a nuestra costa.

—Haz el amor y no la guerra, dicen ¿no? —soltó Ciro para restar importancia al comentario.

—¿Este es el famoso Ciro? —me preguntó. Asentí cabizbaja y sin saber dónde meterme—. Raquel me ha hablado mucho de ti, porque mi nieta... te tiene muy escondido —bromeó.

¡Maldita Raquel! Siempre metiéndose donde no la llamaban.

—Sí, abuela, este es él. ¿Nos dejas algo de privacidad?

—¡Claro que no! —exclamó molesta y dando dos pasos por delante de mí se dirigió a Ciro—: ¿No tienes hambre? Hay café recién hecho y un bizcochito que hice ayer. —Lo agarró del brazo —. Entra en casa y desayuna.

No fue una pregunta, fue una orden y cualquiera le decía que no a mi abuela. Ciro hizo caso —no le quedó más remedio— y no dejó de sonreír en toda la mañana, que no hacía falta decir que pasamos juntos.

Era nuestro último día. En la mañana temprano cogería el avión de regreso a Barcelona y ninguno quería estar lejos el uno del otro. No dejamos de besarnos, acariciarnos y hacer el amor

en los momentos que nos encontrábamos solos —y en los lugares apropiados—. Pasamos el resto del día juntos, con la esperanza de que no llegara el día siguiente. Ninguno se atrevía a hablar de lo que pasaría después entre nosotros. Porque ¿qué se podía esperar de una relación a más de 3.600 kilómetros de distancia?

Sentí miedo y sé que él también lo tenía, aun así, preferimos disfrutar de lo que quedaba de tiempo, que era más bien poco.

Me quedé a dormir en su casa, aunque dormir... dormimos poco. Entre arrumacos, caricias y un sexo tierno y apasionado nos olvidamos de que esa noche iba a ser la última —por el momento—. Porque yo estaba convencida que no podía acabar así, ese amor tan puro que sentíamos el uno por el otro necesitaba otro final. Uno en el que viviéramos juntos y comiéramos perdices.

Después del último polvo, nos quedamos exhaustos. Eran las cinco de la mañana y en tres horas salía mi vuelo, por lo que podría dormir una hora más. Pero en lugar de eso, pasé ese rato pensando en qué hacer para no separarnos. Y creí que logré una solución, pero la vi tan loca y descabellada que no quise compartirla con él.

Tu casa o la mía

Ciro

Me desperté muy temprano. Había quedado con Robert para que me prestara el coche y poder acompañar al aeropuerto a Sara.

Al verla aparecer en la puerta de mi casa con maletas en mano, mi corazón se encogió. No quería que se marchara, no podía alejarme ahora. Habíamos vivido tantas cosas bonitas, que mi deseo por ella había aumentado en los últimos días.

Me reconoció en el interior del coche y se acercó despacio. Bajé y le ayudé a guardar las maletas en el maletero. Su cara estaba igual que la mía. Hice un último esfuerzo:

—¿De verdad tienes que irte? —La agarré de la cintura y le miré a los ojos—. ¿No puedes quedarte unos días más?

Ella me devolvió la mirada con los ojos apenados.

—¿Y qué ganaríamos con unos días más?

Aquello era cierto. Si se quedaba más tiempo, lo nuestro sería más serio y uno de los dos debería dejar su vida atrás. Y yo no estaba dispuesto a dejar mi isla.

Asentí con desazón y nos metimos en el coche. Ninguno pronunció palabra en todo el trayecto. Yo la miraba de reojo y ella a mí. Ninguno se atrevió a decir nada, porque el primero que hablara, perdía. Perdería la poca cordura que nos quedaba.

Llegamos al aeropuerto y muy a mi pesar, Sara iba con el tiempo justo por lo que no podía quedarse mucho más allí. Si todo esto iba a terminar, era preferible que desapareciera de allí cuanto antes por lo que no veía sentido alargar más aquella tortura.

—Sara, te acompañaría a la puerta, pero sé que me va a costar despedirme de ti. Si no te importa, prefiero quedarme aquí.

Asintió con la cabeza sin decir ninguna palabra. Era posible que si lo hacía comenzara a llorar, o al menos, eso me decían sus ojos. Me acerqué a ella y la abracé todo lo fuerte que pude.

—Te quiero —me soltó de imprevisto, dejándome paralizado.

Se marchó sin esperar a que yo le contestara. ¡Idiota! Debí decirle que yo también la amaba, que estaba enamorado de ella. Pero la vi desaparecer entre las puertas giratorias.

Me quedé allí parado un largo rato, pensando en lo estúpido que había sido. Verla alejarse de nuevo hizo que mi corazón palpitara más rápido. No podía dejarla escapar. Era ella, ella era la mujer de mis sueños. Así que entré al interior. La busqué por todo el aeropuerto, pero no di con ella. Ya habría llegado a las puertas de embarque. Me dirigí allí a toda prisa y la encontré al principio de la cola, entregando su documentación a la azafata para pasar.

Llegué hasta ella sin que se diera cuenta y la abracé por la espalda.

—No te vayas, te quiero —le susurré al oído.

No fue una orden, más bien un ruego. La abracé tan fuerte que pensé que se rompería en pedazos. No quería dejarla marchar.

Se dio la vuelta despacio y me besó ante el resto de los pasajeros que nos vitorearon y aplaudieron.

—Vente conmigo a Barcelona —me soltó de imprevisto.

Levanté la vista y vi sus ojos enrojecidos. Había estado llorando, derramando lágrimas por mí.

—Yo..., yo... —No supe qué contestar en ese mismo momento.

¿Irme yo a Barcelona? Aquella pregunta me desconcertó. ¿Sería capaz de dejar toda mi vida? Acababa de encontrar un trabajo fijo. Hacía años que ansiaba por tenerlo para vivir más

holgadamente, y ahora que lo conseguía, se me planteaba una nueva situación.

—No te preocupes, no pasa nada —dijo apenada—. Ya volveré de visita o tú puedes venir a verme allí.

¡No! No podía dejarla escapar. No quería tener una relación a distancia con ella. Quería vivirlo todo con Sara. Me entregó un dulce beso en la mejilla a modo de despedida, pero no estaba dispuesto a dejar que se fuera sin decirle una última cosa. En el momento que se dio la vuelta para seguir con su camino, la agarré del brazo y la estiré hacía mí. La acomodé en mi pecho y la besé como si no hubiera un mañana.

—Me iré contigo, Sara. Al menos unos días a ver si me adapto. —Aquellas palabras salieron de mi boca en forma de promesa.

Se aferró fuerte a mi cuerpo y sellamos el trato con un beso de película.

Felicidad, después miedo. ¿De verdad sería capaz de dejar mi isla y mudarme a Barcelona?

Un cúmulo de sensaciones extrañas me envolvieron. Ya había dicho que sí y no había marcha atrás, no, si no quería perderla para siempre. Pero nada importaba, porque tenía claro que quería estar con ella, costara lo que costara.

Me dejaron acompañarla casi hasta la entrada al avión. Y la vi marchar con una gran sonrisa en los labios y sin dejar de mirar atrás, en mi dirección. Me lanzó un beso justo en el momento que desapareció por la puerta de embarque y me sentí solo por primera vez en mi vida.

Al llegar a casa, me desplomé abatido en uno de los dos sillones que tenía. Pensé, le di más de diez vueltas al asunto.

«Sí, lo haré», me convencí.

¿Qué podía perder? El trabajo que conseguí recién no era gran cosa. Era cierto que llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como aquella, porque encontrar algo fijo y estable en Tenerife, no resultaba fácil. Pero, por otro lado, puestos de camareros había en todos los sitios, y en la ciudad Condal más aún.

¡Era una puta locura!

Hasta que nos volvamos a encontrar

Ciro

Me reuní con mi madre y mejor amigo en casa. Necesitaba saber que no estaba cometiendo una locura y ellos eran los idóneos para ser sinceros conmigo.

Llamaron a la puerta y fui a abrir. Era Robert, tan puntual como siempre. Lo hice pasar y lo acomodé en el sofá junto a mi madre, que estaba nerviosa por la incertidumbre de no saber qué estaba ocurriendo. En cierto modo lo entendía, nunca la había citado de esa manera, tampoco había sido necesario en el pasado.

—¿Qué es lo que nos tienes que decir? —inquirió Robert intrigado.

—¿Queréis algo de beber? —pregunté como buen anfitrión.

—No cambies de tema, hermano. —Su semblante era serio—. Si nos has mandado llamar a tu madre y a mí, algo gordo has hecho. ¿Tengo que sacarte de la cárcel?

Se me escapó una carcajada. ¿Cómo podía pensar que había cometido algún delito? Porque no es que fuera un inocente, pero de ahí a ser un delincuente...

—¿Qué estás hablando? ¡No delires!

—Bueno, pues dinos de una vez qué está pasando —insistió.

—A ver. ¿Cómo os digo esto?

—¡Ay, hijo! —exclamó mi madre perdiendo la compostura—. Me estás poniendo nerviosa. ¿Quieres hablar de una vez?

—Sí, sí. Perdonad. Pues —lo diría sin preámbulos— estoy enamorado.

Me miraron extrañados, indiferentes.

—¿Para eso tanto espectáculo? —Mi amigo parecía algo molesto.

—¿Tú enamorado? —se burló mi madre—. ¿A quién has engañado?

La eché una mirada inquisitiva. Ella sabía de todos mis ligues, bueno, de la mayoría, pero eran eso, rolletes de una noche. Incluso con mi ex, que fue la mujer con la que duré más tiempo en relación, siempre me advirtió que ella no era para mí. O, mejor dicho, que yo no era para ella. En más de una ocasión me comentó que no era mi chica ideal, que la dejara marchar. Ella sabía todas mis infidelidades y siempre me decía lo mismo: Cuando encuentres la mujer que consiga entrar en tu corazón, serás tú el que sufra. Me avisaba como si todo el mal que estaba haciendo, se volvería en mi contra en el futuro.

«¡Así es el Karma!», me decía.

—Eso, eso. ¿Quién es la afortunada? —soltó Robert con ironía. ¿No será...?

—Sí, es ella —le corté.

—Ella ¿quién? —preguntó mi madre curiosa.

—Sara, se llama Sara —contestó Robert por mí—. Es una chica muy linda. Lo que no sé es qué hace con tu hijo.

Lo fulminé con la mirada y cuando iba a rebatirle, mi madre dijo:

—Pobrecilla... ¿Cómo no le has advertido? —interrogó a Robert.

—No me dio tiempo. De hecho, no me había dicho nada hasta el otro día. Se lo tenía muy calladito el condenado.

—Sí, a ver cuánto le dura esta —le contestó mi madre.

—¡Hola! Sabéis que estoy aquí ¿verdad? —Me estaba cabreando esa conversación a dos bandas, me trataban como si no estuviera allí.

—No le doy ni dos días —continua Robert sin hacerme caso.

—Demasiado son dos días. —Ríe mi madre.

Cansado de escuchar sandeces, decido volver a intervenir.

—Me voy a vivir a Barcelona con Sara.

Y conseguí lo que pretendía. Ambos se callaron y giraron la cabeza hacia mí incrédulos por lo que acababan de escuchar.

—¿Qué te vas a dónde? —se escandalizó mi colega.

—¿Y con quién?

—A Barcelona y me voy con Sara —afirmé risueño.

Se echaron una mirada entre ellos como si les acabara de decir que había visto un perro verde volar.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó Robert

Asentí.

—Pero no sé si saldrá bien. Estoy aterrado —reconocí cabizbajo—. Me voy sin nada y perdería el contrato fijo que acabo de firmar.

—Si la quieres, ve a por ella —me dijo Robert—. Aquí no te ata nada. Además, trabajo de camarero allí encontrarás a patadas.

Agaché la cabeza confundido. Todavía no estaba convencido de que estuviera haciendo lo correcto, pero las palabras de mi amigo me reconfortaron.

—¿Tú crees? Es que no hace mucho que nos conocemos y ¿si no funciona?

—¡Ay, hijo! Si no funciona, aquí tienes tu casa. —interrumpió mi madre.

¿Qué haría yo sin mi madre? Ella era muy buena y bebía los vientos por mí. Desde que nos venimos a España había sido un gran pilar en mi vida. Recuerdo lo mal que lo pasamos los primeros años. No éramos capaces de encontrar trabajos con contrato y era ella la que trabajaba en negro limpiando casas. Durante mucho tiempo ella fue el único sustento para vivir.

Sonreí ante las palabras de aquellos dos. Siempre habían estado a mi lado, en las buenas y en las malas y ese día tampoco me defraudaron. Era lo que necesitaba para atreverme a dar el salto.

—Sí, al menos lo intentaré.

Unas sensaciones extrañas me invadieron. Por un lado, estaba deseoso de volver a verla y estar con ella, por otro, me aterraba la idea de vivir fuera de la isla. Nunca había salido de las Canarias y no conocía a las gentes de otras comunidades españolas.

Se fueron de casa y me dejaron solo. Pasé el resto de la tarde preparando la maleta nervioso por mi nueva vida.

Un día. Tan solo quedaba un día para encontrarme de nuevo con ella. La espera se estaba haciendo eterna. Únicamente hacía que soñar con ella, verla en cualquier sitio. Pero nunca era ella. Nos llamábamos cada pocas horas y los mensajes eran continuos. Parecíamos unos adolescentes enchochados. Y más sabiendo que era libre, que había habado con su marido de lo nuestro y habían roto su matrimonio.

En un inicio, cuando se acercaba el momento de que Sara se sentara con él para explicarle su desliz, me sentía como un verdadero cabrón. No era de hombres acostarse con la mujer de otro, pero no pude resistirme y pudo más lo que sentí por ella que la ley no escrita entre hombres.

Cuando Sara me contó que fue su marido quien rompió porque también se había enamorado de otra persona, solté una carcajada nerviosa que se oyó hasta en la otra punta de la isla. ¿Cómo era posible esa coincidencia? Pero lo preferí así, si iba a empezar una relación con ella —que todavía no era seguro—, no podíamos tener a un ex celoso de por medio. Así que, para mí, aquello fue una gran señal para que lo intentara con ella.

Oír en mi mente el nombre de «Sara» me hacía revivir cada segundo que pasé con ella. ¿Cómo

era posible sentir tanto en tan poco tiempo? Nunca me había pasado esta atracción tan ilógica, tan fuerte por ninguna otra mujer. Pero con Sara...

Ya tenía preparada la maleta para pasar cinco días allí. Después debería tomar una decisión: o dejarla marchar y olvidarme de ella, como si fuera una aventura más, o intentar seguir juntos de alguna manera, aunque fuera en la distancia.

Solo de pensar en lo primero, mi estómago sintió como si un montón de puños le golpearan. No era una opción viable. ¿Pero tener una relación a más de 3.600 kilómetros? ¿Cómo sería vivir en Barcelona? No, ¡qué cojones estaba pensando! No, mi isla era mi isla, no podía abandonarla por un capricho, porque seguramente, Sara lo fuera. ¿O no?

Decidí centrarme en otra cosa para dejar de pensar en ella. Eran tantas preguntas que no podía responderme en ese momento...

Saldría a tomar una cerveza con mi colega. Seguro que con él me distraía y dejaba de pensar en Sara.

—¿Nos vemos? —le dije nada más descolgar la llamada.

—No puedo. Estoy... ocupado —soltó con la voz algo nerviosa.

—¿Estás con una chica? —le pregunté divertido por verle en aquel compromiso.

—Esto... sí, sí. —¿Qué le pasaba?

Estaba muy extraño y no era muy normal que actuara así. Nunca lo hacía. Pero, en fin, él sabría.

—Bueno tío, a ver si podemos vernos antes de mañana que me voy a Barcelona.

—¿En serio? ¿Tan pronto? Pensé que te rajarías—Cambió su tono de voz y pareció alegrarse por mí.

—Pues como ves, no me he echado para atrás.

—¡Ostia! ¡Me alegro! —exclamó.

—Gracias. Bueno, que te diviertas.

Colgué la llamada.

Fuimos canciones

Sara

Llegó el gran día. Apenas pude dormir en la noche, nerviosa perdida por la llegada de Ciro a Barcelona. Me informó de su hora de aterrizaje: a las 15:30 del mediodía. Me quedaba mucha mañana por delante hasta la hora de ir a buscarlo.

Aunque mi hermano me insistió durante días para que nos quedáramos en su casa, no cambié de idea. Era mejor que nos alojásemos en un hotel, al menos hasta que regresara. Si queríamos conocernos más a fondo, necesitábamos nuestra intimidad y, tener a mi hermano todo el día rondando por la casa se haría complicado.

Después de arreglar la habitación, decidí acercarme al hotel donde había pensado reservar. Ciro me pidió que no lo hiciera, que le esperara para compartir gastos, pero estaba nerviosa e impaciente.

Salí de casa y crucé la calle. A dos manzanas tenía la parada del metro. Decidí cogerlo por el tráfico que se acumulaba en el centro de Barcelona.

«Tengo ganas de verte, reina», recibí un mensaje de Ciro.

Nada más leerlo, mi cara cambió y apareció una sonrisa de oreja a oreja en mi rostro. Con el móvil en las manos y mirando la pantalla, di un traspiés que casi caigo rodando por la escalera. Lo metí en el bolso, para evitar provocar una caída. Nada tenía que impedir que pasáramos unos días románticos mi chico y yo, menos una pierna rota.

Y digo mi chico, porque en el fondo, deseaba que lo fuera. Quería saber lo que verdaderamente sentía y si lo que sentí en Tenerife fue real. Me di cuenta de que no estaba enamorada de mi marido gracias a él, ahora necesitaba saber si lo estaba de Ciro.

Después de las casi veinte paradas de metro, llegué al Centro. El hotel no se encontraba muy lejos. Caminé durante seis minutos y me topé con la gran puerta de entrada. No era muy lujoso, pero sí parecía bueno.

El recepcionista que me atendió, de manera muy amable me indicó que solo quedaban un par de habitaciones libres. ¡Qué suerte la mía! No lo pensé, ni siquiera llamé a Ciro para decirle que era mejor reservar la habitación ahora.

—Me quedo una.

—Estupendo. ¿Cuántos días se quedará? —me preguntó sin despegar la vista de la pantalla del ordenador.

—Cinco, cinco días. Y seremos dos —le contesté con la sonrisilla en los labios.

—Necesitaré los DNI de ambos.

—Él no ha llegado todavía. Te lo entregaremos a su llegada —le dije mientras le entregaba mi documento de identidad.

Me miró de reojo, supuse que para saber si podía fiarse de mí.

—Está bien. —Cogió mi carné y comenzó a teclear—. Ok. Aquí tiene —dijo devolviéndomelo —. Son 350 euros. —Pagué con la tarjeta y él esperó a que saliera la operación aprobada—. Perfecto. Habitación 304, planta tres. ¡Que disfruten de la estancia!

Al entrar en la habitación me sorprendí. Me encontré con una estancia lo suficiente amplia como para estar separada en dos ambientes: la parte de dormir y la de relax. Una cama XXL se situaba en un lateral, justo al lado del gran ventanal y al otro extremo, un sofá de piel y una mesita. Inspeccioné el baño. No sé por qué, pero siempre he tenido curiosidad por los cuartos de baño. Era amplio y luminoso, con paredes en blanco y una ducha enorme. No pude evitar

imaginarme a Ciro y a mí metidos allí dentro haciendo cosas pecaminosas. Solo de pensarlo, sonreí. ¡Qué ganas tenía de verlo! Contaba los minutos para que llegara el momento de volver a besarle de nuevo.

Solté mi bolso sobre la cama y esparcí en ella todo lo que había en su interior. La tarde de antes me entretuve comprando detalles tontos para adornar la habitación: pétalos de rosa rojos y velas. Dibujé un corazón con los pétalos de rosa sobre las sábanas e hice un recorrido desde la puerta hasta la cama con las velas.

Nunca pensé que tenía esa faceta de romántica, pero me sentí ilusionada y como una quinceañera. ¿Él sería romántico? ¿Y si no le gustaba o le parecía muy ñoña? Apenas conocía nada de él y un miedo irracional recorrió todo mi cuerpo. La idea de no saber nada de él, de lo que le gustaba y lo que no, me hacía desconfiar de que lo nuestro fuera a funcionar. Tampoco había dejado el luto suficiente entre él y mi marido, pero es que lo que sentía, me hacía actuar así. Siempre me había guiado por las normas, ser perfecta en el trabajo, en casa y con mi marido. Tenía un nivel de responsabilidad extremo y por fin me había liberado de todo aquello que no me dejaba vivir una vida plena.

Y ahí estaba, de pie en la habitación de un hotel esperando a mi... ¿chico? ¡Iba dejarme llevar y apartar cada uno de los temores que se cruzaran en mi camino!

Preparar la estancia me llevó una hora y ya estaba lista para ir a recogerle. Volví a la casa de mi hermano, donde tenía aparcado el coche y conduje nerviosa hasta el aeropuerto. Al ritmo de la música que sonaba en la radio me animó y comencé a cantar. ¿Desde cuándo cantaba en el coche? Tantas cosas habían cambiado en mí, que creí que no era yo misma, sino una mejor versión.

Aparqué en el aeropuerto de El Prat, justo delante de la puerta por donde debía llegar. Esperé durante más de quince minutos, cosa que me saldría cara, el estacionamiento en el aeropuerto era extremadamente costoso.

Y ni rastro de él. Salían personas y más personas, pero ninguna era Ciro. ¿Dónde se había metido? Debería tener ya cobertura, por lo que le hice una llamada, pero saltó el contestador de inmediato. ¡Qué extraño! Quizá no lo habría encendido todavía o se habría dejado el modo avión activado. ¡Seguro que era eso!

Pasada la media hora y cuando el tráfico de gente disminuyó, salí del coche en su busca. Quizá le hubieran perdido la maleta...

Entré por la puerta giratoria y seguí las indicaciones de los carteles donde ponía «Llegadas», lo busqué por todas partes y no había rastro de él. ¿Pero dónde se había metido? Mis nervios surgieron de repente al pensar que algo malo le había ocurrido. Pregunté en la compañía aérea por si llegó a subir al avión, pero se negaron a darme esa información por políticas de privacidad.

Esperé y esperé, nunca apareció. ¿Se habría echado para atrás? Al fin y al cabo, todo fue muy rápido, demasiado inesperado. Todo aquello era una locura.

Desanimada regresé a casa a esperar a tener noticias de él. No podía enfadarme, pues entendía que era difícil dejar toda una vida. Yo misma no sabía si lo hubiera podido hacer. Así que, le escribí un mensaje para hacerle ver que no estaba enfadada:

«No te preocupes si te lo has repensado. Es difícil dejar una vida entera. Así que ya iremos viendo. ¿Me llamas mañana y hablamos? Te quiero». Jamás recibí respuesta.

Culpa mía

Ciro

Con maleta en mano y a punto de salir por la puerta para coger una guagua, tocaron a la puerta. No tenía ni idea de quién podría ser. Las personas de mi entorno sabían que hoy volaba a Barcelona y no esperaba visita alguna.

La abrí sin poder imaginarme quién habría tras ella. ¡No era posible! Tantas veces que me imaginé esa misma situación... Y en ese momento ya no tenía sentido. ¿Qué quería ahora?

—Hola, Ciro —me saludó mi ex con un tono de voz seria.

Estaba preciosa, como siempre. Era de esas mujeres que no te pasan desapercibidas cuando las veías pasar por delante de ti. Lucía un vestido corto y ceñido a sus maravillosas curvas, con un escote que resaltaban sus enormes pechos.

—Nohora —balbuceé todavía sorprendido.

—¿Puedo pasar? —me preguntó. Miró a la maleta que tenía agarrada a la mano—. ¿Vas a algún lado?

—Tengo prisa y sí, tengo que coger un avión.

Se me quedó mirando curiosa. Desde que llegué a la isla, no había viajado con ella, ni sin ella. No conocía ninguna otra ciudad de España que no fuera mi isla bonita.

—¿Con quién? —Al ver que no le contestaba soltó—: Perdón, no es de mi incumbencia. Pero tengo que hablar contigo. —Parecía algo dolida, aunque eso no era posible.

Ella fue la que decidió sacarme de su vida y no dejar que me acercase a ella. Claro que tenía razones para hacerlo, pero le pedí un millón de veces que me perdonara y no me dio ninguna oportunidad. Ahora ya no servía de nada. Cerré la portada de ese libro tiempo atrás y mis sentimientos por ella habían quedado anulados.

—Tengo prisa, voy justo de tiempo. Volveré en unos días. —Eso no era del todo cierto, pero ella no tenía por qué saberlo.

—Es urgente —insistió.

No sé por qué, pero la dejé pasar. ¿Qué podía ser tan urgente para no poder esperar a mi regreso?

Ya conocía el piso, así que fue directa al sofá del salón. Se sentó, cruzó sus largas piernas y esperó a que le acompañara.

—¿Y bien? —Me quedé de pie porque pensaba que, si me sentaba a su lado, la conversación se alargaría y yo no tenía tiempo que perder.

—Pues... cómo digo esto... —comenzó a tocarse las manos de manera compulsiva y a mí me estaba poniendo nervioso.

—Por favor, tengo prisa —intenté meterle algo de presión.

—Estoy embarazada —soltó sin mirarme a la cara.

Silencio.

Si estaba allí, en mi casa, después de dos meses de haber roto, solo podía significar una cosa: ese bebé era mío. ¿Cómo era posible? Mi cabeza iba a mil por hora, intentando recordar el momento exacto en que sucedió, pero me faltaba información.

—¿De cuánto estás? —Las palabras sonaron secas y serias, pero fueron así como me salieron.

—De... de diez semanas. —Hice los cálculos mentales necesarios.

¡Mierda! Era mío. Hacía diez semanas todavía seguíamos juntos.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Iba a ser padre? ¿De mi ex? Me quedé paralizado unos segundos sin

saber qué decir o hacer. ¿Qué se supone que se hacía en estas situaciones? ¿A alguien más le habría pasado lo mismo que a mí? Comencé a dar vueltas por el salón, con las manos en la espalda y con la mirada fija en el suelo.

—¿Es mío? —¡Claro que era mío! De quién si no... estaba conmigo en ese tiempo.

—¿Por quién me tomas? Claro que es tuyo, Ciro. Si no, ¿por qué crees que he venido a decírtelo? Sé que es un palo muy grande para los dos, pero quiero tenerlo.

Quería tenerlo. Yo tampoco estaba a favor del aborto, pero la situación que nos encontrábamos tampoco era la adecuada. Ella y yo no estábamos juntos, yo estaba con ¿Sara? ¡Mierda! Miré el reloj y con seguridad, sino me marchaba ahora mismo, perdería el vuelo. Los nervios aumentaron. ¿Qué cojones tenía que hacer?

—Tengo que marcharme. A mi regreso hablaremos. —Ella se levantó molesta.

—¿Tan poco te importa? ¿Es más importante ese viaje que tu propio hijo?

Y con lo que dijo me desarmó. Tenía razón. ¡Iba a ser padre, joder! No era momento de pensar en mí ni en lo que quería, porque deseaba estar con Sara, en sus brazos, oliendo su dulce aroma.

Me senté en el sofá, coloqué los codos sobre mis rodillas y oculté mi rostro entre las manos. Realmente estaba desesperado ante aquella revelación.

—Está bien. Me quedaré y hablaremos de esto.

Pasamos más de una hora hablando. Estaba claro que ya había perdido el avión, pero eso no era lo importante. Podía viajar más adelante. La conversación que estaba teniendo con mi ex ocupaba todos mis pensamientos. ¡Iba a ser padre, joder!

No entraba en mis planes —no todavía— y menos aún con ella. Si hubiera sido Sara la que estuviera en ese momento sentada a mi lado revelándome esa noticia, otro gallo cantaría. ¿Pero con ella? No me podía estar pasando eso a mí. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando acababa de encontrar a la mujer de mi vida?

Ella se marchó, dejándome trastocado y descompuesto. ¿Qué cojones tenía que hacer ahora? Me serví una copa para calmar los nervios. Creo que es la única copa en mi vida que tenía sentido. La vida se me estaba yendo a la mierda y no tenía ni la más remota idea de lo que tenía —o, mejor dicho— debía hacer.

Porque estaba claro que lo que quería era estar con Sara, pero lo que debía era quedarme aquí y asumir las consecuencias de mi acto. ¿Y si iba a Barcelona y regresaba en unos días? No, no podía hacerle eso a Sara. No se merecía que sufriera más.

Pasaron unas horas más. Hacía media hora que debía haber aterrizado mi avión y enseguida comencé a recibir llamadas y mensajes de Sara. Pero algo en mi interior me impedía hablar con ella. Era un puñetero cobarde que no podía afrontar de una manera razonable ante esa situación.

Sopesé todas las opciones y muy a mi pesar y con el corazón en un puño escogí. Iba a ser el mejor padre del mundo y no iba a permitir joderle la vida a la que, posiblemente, era la mujer a la que más he querido y querré en la vida.

Nunca llegué a contestar a ninguno de los mensajes que me envió. ¿Para qué? Sabía cómo iba a reaccionar. Ella era tan buena, que hubiera sido capaz de dejarlo todo y venirse para aquí. Pero no podía consentirlo, conocía a mi ex y nos haría la vida imposible. No, ella tenía una vida allí y podía volver con su marido e intentar ser feliz.

Definitivamente, estaba muy jodido, pero no había vuelta atrás.

«Adiós Sara, te amo», susurré mirando al cielo desde la ventana.

Devuélveme mi suerte

Sara

Todo mi mundo se vino abajo en las semanas siguientes de recibir la sentencia de divorcio. Manolo se negó a darme la mitad de nuestros ahorros. Y digo nuestros, porque así lo era. Ahí me di cuenta de lo tonta que había sido, de cómo era de ingenua. Todo lo que conseguimos ahorrar para el puñetero piso que él quería, lo metimos en una cuenta que supuestamente era de los dos. Claro está que, para ser de ambos, debía contener el nombre de Sara y Manolo y solo estaba el último. ¿Cómo no me di cuenta? La separación de bienes estaba muy bien para ciertos casos, pero para ilusas como yo resultó ser una verdadera desgracia. Perdí la mitad de casi 30.000 euros, el coche y el piso de alquiler porque todo estaba a su nombre. No tenía suficiente con el divorcio y la desaparición de Ciro, que además tuve que lidiar con deudas —que sí estaban a mi nombre—.

Pasé un infierno. Me quedé en la calle —literalmente— con una mano delante y otra detrás. Fue mi hermano quién me recogió echa un mar de lágrimas y destrozada por dentro.

Seguí trabajando en la cafetería, pero ya no me sentía como en casa. María se jubiló hacía tan solo un mes antes y ya nada era lo mismo.

Tomás se presentó de imprevisto en la cafetería pocos días después de la marcha de María. Recuerdo que un escalofrió recorrió mi columna vertebral al ver a Coral en un estado de serenidad y buen rollo nada frecuente en ella durante toda la mañana. A mi compañera y a mí nos pareció de lo más extraño, pero ninguna preguntó.

Pensé que era el momento de ascender. Yo debía ser su sustituta, todo el mundo lo sabía y creían en mí. Pero no contaban con la arpía de Coral. No conocían cómo durante años había estado manejando los hilos sin que nadie se diera cuenta. No sabían que, mientras odiábamos a Tomás, ella lo manipulaba con astucia, o más bien con pasión.

—¿Podéis venir un momento todas al Office? —dijo dándole la vuelta al cartel de abierto de la puerta.

Faltaba todavía más de quince minutos para cerrar, aunque ya no había nadie sentado. Supuse que era el momento en que hablaría sobre qué hacer después de la marcha de María. Estaba segura de que seguiría las indicaciones de quien fue encargada durante más de treinta años.

Mi compañera y yo nos sentamos en las únicas sillas, mientras que Coral, se apoyó en la puerta con aire desenfadado.

—Bien —empezó—, como ya sabéis, nuestra estimada María ya no trabaja con nosotros. —¿Estimada? Si él no le tenía ningún aprecio—. Por lo que el puesto de encargada está libre. —Me miró con una sonrisa espeluznante que logró ponerme los pelos de punta—. Todas sois muy válidas para el puesto, pero creo que una de vosotras tiene más experiencia y se ha estado esforzando día tras día. —Me estaba describiendo, esas eran mis cualidades, pero algo en mi interior me decía que no hablaba de mí—. Coral, enhorabuena. Tú serás la nueva encargada de la cafetería.

Dejé de ver, oír, hasta de respirar por unos segundos. Mi cuerpo no se movía. Solo podía mirar a Tomás, regocijándose en su venganza. Veía que continuaba hablando porque movía los labios, pero mis oídos habían decidido dejar de escuchar.

No pude aguantar más sentada allí presenciando aquel lamentable espectáculo. Me levanté decidida a salir por la puerta.

—¿Se puede saber dónde vas? —me increpó Tomás.

Lo más tranquila que pude y sin subir el tono de voz, le contesté:

—A escribir una preciosa y merecida carta de dimisión. —Le devolví la sonrisa que me profesó minutos antes.

Estaba decidida a abandonar la empresa. Si Coral era insufrible como compañera, no podía imaginar cómo sería de jefa. Y no estaba dispuesta a averiguarlo.

Me quedaba sin nada, sin marido, sin novio, sin casa, sin dinero y ahora, sin trabajo. Pero me dio igual, no podría permanecer mucho más tiempo allí, así que, ¿para qué esperar la inevitable?

—¡No puedes hacer eso! —gritó desconcertada Coral.

—¡Claro que puedo y lo voy a hacer! —le contesté con rabia.

—¿Puede hacerlo? —preguntó ignorante a Tomás.

No oí la respuesta porque ya me había ido. Llegué hasta el mostrador, cogí un trozo de papel de la libreta de pedidos y comencé a redactar el breve escrito de denuncia al puesto de trabajo.

Oí gritos de Coral y Tomás, pero en cuanto tuve la carta escrita, me largué de allí sin mirar atrás.

Me fui directa para casa de María a explicarle lo ocurrido. Aunque sabía que se preocuparía por mí, ella era como mi segunda madre y necesitaba desahogarme.

Toqué al timbre.

Una.

Dos.

Tres veces.

Pero no contestó. ¡Qué extraño! Pues a esa hora ella solía estar en casa viendo su telenovela. La llamé al móvil y después de siete tonos sin que respondiera, salió en contestador. Volví a intentarlo unas cuantas veces más y nada, se la había tragado la tierra.

Recordé que él balcón de su casa daba a la calle. Di unos pasos atrás y lo vi. Estaba la puerta abierta y había luz. Pensé que estaría en el baño duchándose, por lo que esperé el tiempo suficiente para que una persona de su edad pudiera ducharse con tranquilidad. Volví a tocar el timbre y a llamar por teléfono y al no recibir respuesta, esa vez sí me preocupé. Una voz en mi interior me gritaba a voces que había ocurrido algo.

Hice lo que se hacía en esos casos. Llamé a la policía y les expliqué la situación. Muy amables me respondieron que esperara allí.

Estuve sentada en el banco de enfrente de la portería alrededor de quince minutos, hasta que llegó una patrulla.

—Buenas tardes. ¿Eres Sara?

Me levanté de inmediato para atenderlos. La voz me temblaba al igual que el resto de los músculos.

—Sí, soy yo la que ha llamado.

—¿Cuánto tiempo lleva esperando? —me preguntó uno de los dos policías que se habían acercado.

Miré el reloj y me sorprendí del tiempo que había pasado.

—Cerca de dos horas —contesté cada vez más asustada.

—Hemos llamado a los bomberos, son ellos quienes se encargan de estos casos.

No entendí.

—¿Qué casos? —pregunté muy angustiada.

—De personas mayores que no abren la puerta.

No quería decirme la verdadera razón, pero con lo que dijo me quedó claro. Y el mundo se me vino abajo. No podía creerlo, no era posible.

Lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas con sutileza. No quería montar un espectáculo sin saber qué le había ocurrido a María. Llegaron los refuerzos y no me dejaron acompañarlos.

Dos hombres muy musculados subieron al piso con un artefacto que jamás había visto, pero intuía que era para echar la puerta abajo.

Se escuchó un golpe muy fuerte, después silencio. Un silencio que me puso la piel de gallina.

No tardaron en bajar y los rostros de aquellos muchachos no traían buenas noticias. Se acercaron con paso firme hasta a mí.

—Lo siento —dijeron con la voz más triste que jamás había escuchado—. La señora ha fallecido.

Los miré incrédula y, aunque en el fondo, ya sabía que algo malo había ocurrido, no podía imaginarme que hubiera sido de esa magnitud. ¿María muerta?

Si tan solo había pasado dos días desde que la había visto. ¡Joder! ¡Hacía menos de una semana que se había jubilado! Solo tenía 65 años. Era joven y sin problemas de salud —que supiera—.

Las rodillas me temblaron y no soportaron el peso de mi cuerpo. Cayeron contra el suelo acompañado de un grito de angustia.

No podía ser. María, mi María no.

Los imprevistos del amor

Sara

«Causas naturales» leí en el informe que me entregaron días después tras hacerle la autopsia.

Sin saberlo, era su persona de contacto. Nunca me dijo nada, aunque debí imaginarlo, pues yo era la persona más parecida a una familia que tenía.

Todo estaba mal en mi vida. Acababa de dejar el trabajo, ese que no me hacía nada feliz, pero que al menos, me mantenía. Vivir en casa de Javier sin poder aportar ni un euro no era nada agradable. Aunque a él parecía no importarle.

—Sara, no te preocupes. Con lo que gano y lo que he ahorrado tenemos para un tiempo.

—Pero yo no quiero que me mantengas. Tengo dos manos y dos piernas. Puedo trabajar.

—¿Tú crees? —preguntó—. ¿Cuánto hace que no pasas por la ducha?

Me lo quedé mirando incrédula. ¿Qué estaba insinuando? Revisé mi aspecto y comprobé que tenía razón. Llevaba el mismo pijama desde hacía días y el pelo sucio y apoltronado. Esa no era yo. La tristeza se había apoderado de mí, ya no había ningún rastro de la adorable y sonriente Sara.

Comencé a llorar con tanto desconsuelo, que hasta Javier no supo cómo reaccionar.

—Lo siento. —Sollozaba mientras pedía una y otra vez disculpas a mi hermano.

Corrió hasta a mí y me abrazó con fuerza.

—¡Ay, petita! ¿Qué han hecho contigo?

Continué en los brazos de Javier, refugiándome de la pena que me envolvía por dentro y por fuera.

—No lo sé, pero estoy bien jodida. Sin trabajo, sin dinero, sin amor y ahora, sin María.

—Pobre María, era muy joven...

Todavía me costaba oír hablar de ella y las lágrimas enseguida aparecían. Se me había hecho un mundo aceptar que había fallecido, que ya no volvería a verla nunca más ni escuchar sus sabios consejos o palabras de aliento que acostumbraba a decirme.

—Era como mi segunda madre —sollocé con el corazón encogido de pena.

Me apartó con la suavidad que solo él sabía hacer, me miró serio a los ojos y entonces, soltó:

—Sara, tienes que despertar. No puedes seguir así. Pídele a Manolo tu parte del dinero y rehaz tu vida —dijo de un tirón sin respirar ni una sola vez.

—Pero…

Enfrentarme a él era una de las cosas que más miedo me daba. Desde que le pedí el divorcio, no lo volví a ver. Y mira que él contactó conmigo en numerosas ocasiones, pero yo no estaba dispuesta a hablar con él.

—Pero nada. Ese dinero es tan tuyo como de él. Y sería capaz de poner la mano en el fuego y decir que tú aportaste más que ese capullo.

Y no le faltaba razón. Aporté todas y cada una de las ganancias que conseguí vendiendo mis pasteles, mientras que él solo ahorró una pequeña parte de su salario.

Me puse en pie, decidida a plantarle cara y reclamarle lo que era mío.

—¡Me voy! —alcé la voz como un grito de guerra.

—No pensarás ir así, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Me duché y vestí con rapidez, no tenía tiempo que perder. Necesitaba retomar el control de mi vida y debía empezar por reclamar la parte de mis ahorros que tanto esfuerzo invertí.

Me presenté en mi antiguo piso y llamé al timbre. Tuve que volver a hacerlo pues nadie respondía, pero sabía que Manolo estaba ahí, seguramente, jugando al dichoso juego. Y no me equivoqué tras insistir unos minutos más, su voz apareció preguntando un simple «quién» de una manera borde y seca.

—Soy Sara —dije algo más nerviosa que cuando llegué.

Se hizo un largo silencio.

—Sube.

Abrió la puerta y subí cada escalón como si me fuera la vida en ello. Toda la energía con la que había decidido venir a enfrentarlo se había esfumado y el miedo se instaló en mi cuerpo.

Al llegar a la planta del piso, Manolo me esperaba en la puerta sin camiseta y con unas pintas no mejores que las mías. ¿Cuánto llevaría él sin ducharse ni afeitarse?

Aunque conociéndole, no sería por mi culpa si no por pasar todas las horas del día jugando. Me apostaría lo que fuera a que llevaba días sin dormir.

—Hola, Manolo.

—Hola, Sara — dijo con la voz cortante.

—¿Cómo estás? —No estaba preparada para ese momento. No pensé en qué iba a decirle e improvisé de la mejor manera que sabía.

Me miró de arriba abajo algo confuso.

—Pues no mucho peor que tú —contestó.

Y aunque tuviera razones para pensarlo, me molestó que él me viera de aquella manera. ¿Tanto se notaba mi desdicha?

Como no quise comenzar una nueva discusión, pasé por alto si desafortunado comentario.

—¿Podemos hablar?

—¿De qué quieres hablar? —se acomodó en el marco de la puerta con una actitud desenfadada y con los brazos cruzados—. Llevaba semanas intentado hacerlo y tú nunca respondiste a mis llamadas. ¿Qué ha cambiado? No te habrás arrepentido, ¿no?

—¡No! —ese grito me salió de alma ante la cara de desconcierto de Manolo. ¿Cómo iba a querer volver con él?

Ante aquel grito, reaccionó poniéndose a la defensiva, como si mi monosílabo le hubiera ofendido.

—¿De qué quieres hablar, entonces? —preguntó muy molesto.

—De la cuenta que tenemos en común. Necesito mi parte —le contesté sin mirarle a la cara, con la vista fija en un punto del suelo, más bien, en una diminuta mancha que encontré.

—¿Tu parte? —El tono de su voz cambió a una más burlona—. ¿Y qué parte es esa, Sara?

Clavé los ojos en los suyos. No me estaba gustando la dirección que tomaba la conversación. Volvió a relajarse y se apoyó de nuevo en la puerta, esa vez, con una amplia sonrisa maquiavélica que hizo que se me pusieran los pelos de punta.

—Ya sabes —tragué saliva—, nuestros ahorros. Necesito mi mitad.

—¿Te refieres a la cuenta bancaria donde solo sale mi nombre? —soltó con una sonrisa triunfadora.

¿Qué estaba intentando decir?

—No sé si sale solo tu nombre o el de los dos, pero la mitad de ese dinero es mío —me armé de valor para reclamarle—. Sabes el esfuerzo que me costó reunirlo.

Y claro que lo sabía. Gran parte de ese dinero fue fruto del trabajo que realizaba vendiendo mis pasteles de cumpleaños.

—No sé nada de eso, pero ¿sabes lo que sí que sé? —Hizo una pausa—. Que me pediste el

divorcio un día después de casarnos para irte con otro.

Su respuesta me dejó a cuadros. ¿Cómo se había enterado de eso? No le di importancia, pues la verdadera razón no fue esa.

—En realidad no te dejé por él, eso pasó después, pero ¿qué tiene que ver eso con mi dinero?

Dio un manotazo con fuerza a la puerta y me asustó.

—¿Entonces es verdad? ¿Te fuiste con otro? ¿Estás con otro? —gritó con rabia.

Y entonces lo entendí. No sabía nada y nadie le había dicho lo ocurrido con Ciro, simplemente probó suerte y consiguió que confesara.

—¡No te dejé por otro, lo hice porque antepusiste el maldito videojuego ante mí y mis sueños! —me defendí de sus acusaciones muy molesta.

Si tenía cualquier esperanza de volver a encauzar mi vida, Manolo me la arrebató de un plomazo, o mejor dicho de un portazo. Cerró la puerta en mis narices y desde el interior oí que decía:

—Ese dinero es para compensarme por todo el daño que me has hecho.

¿Que yo le había hecho daño?

Aporreé con fuerza la puerta porque no estaba dispuesta a permitir que se saliera con la suya.

—¡Quiero mi dinero!

After: Aquí acaba todo

Sara

No sé cuánto tiempo estuve en la puerta de ese malnacido llorando. Fue mi hermano quien vino a rescatarme al ver que no regresaba. Llamó a Manolo y este le mencionó la situación en la que me encontraba.

Javier me encontró echa un ovillo en un rincón de la escalera. Había perdido la noción del tiempo e incluso de la razón. Acababa de tocar fondo y acabé por perderme del todo. Mi hermano me cogió y acurrucó en su pecho no sin antes decirle cuatro cosas bien dichas a Manolo.

Me llevó hasta su casa y me acostó en la cama.

Ya no volví a ser la que era nunca más. Pasé semanas en cama, sin querer abrir los ojos si quiera. ¿Para qué? Mi vida no tenía sentido. La depresión llamó a mi puerta y se mantuvo instalada durante mucho tiempo. Javi se sentía muy preocupado de verme así y, por muchas ganas que le pusiera, no encontraba la manera de hacerme salir de la cama. Sé que fue muy frustrante para todos, pero yo solo quería dormir y no despertarme nunca más.

Merche hacía lo que podía, pero solo logró levantarme y meterme en la ducha una única vez. Después solo pasaba por casa de mi hermano, se sentaba en la cama y comenzaba a hablarme de su vida y los gemelos.

Yo la escuchaba, aunque no decía nada. No había luz en mi alma, ya no quedaba ni un resquicio de Sara.

Sé que ellos dos hicieron lo que estaba en su mano, incluso pensaron en llevarme a un centro de salud mental, pero les juré que, si lo hacían, no volverían a verme nunca más. No sabían qué más hacer por mí y yo lo único que quería era desaparecer.

—Sara, tienes una llamada. —Merche llegó con el teléfono en la mano y con un cariño especial intentó entregármelo.

—No estoy —solté malhumorada y sin moverme de la cama.

—Creo que es importante —insistió mi amiga. Se sentó al filo de la cama y me acarició la espalda, a lo que reaccioné apartándome.

—¡Ya está bien! —Merche se levantó muy enojada. Me arrebató la manta con la que estaba tapada hasta las orejas y volvió a gritarme—: ¡Te vas a levantar, vas a entrar en la ducha y después llamarás al abogado que te acaba de llamar para el testamento de María!

—¡No! ¡Déjame…! —Me detuve a pensar en lo que había dicho—. ¿El testamento de María? —le solté más calmada y sin entender.

—Sí, te ha llamado un abogado para levantar el testamento.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas.

—¿Y qué tengo que ver yo en el testamento?

—Pues ni idea. Quizá te ha dejado una mansión —soltó sonriendo. Volvió a sentarse a mi lado y con cariño me dijo—: María te quería mucho, seguro que te ha dejado algo.

¿Que me había dejado algo? La pobre María no tenía nada, que yo supiera. ¿O sí?

—Pero…

—¡Pero nada! ¡Arriba! —Me cogió de la mano y estiró de mí para que me levantara.

Le hice caso, incluso acepté darme una ducha.

Llamé al número que Merche apuntó y el hombre que me atendió, muy amable me citó un día y una hora para hablar del testamento de María.

Me presenté el día indicado en la oficina del notario y cuando comenzó a leer el testamento, no entendía nada. Suerte que Merche me acompañó y en cuanto firmé los papeles que me pidieron, me soltó:

—No has entendido nada, ¿verdad?

La miré indiferente, pues no me interesaba demasiado lo que un abogado tuviera que decirme.

—No. ¿He firmado algo que no tuviera que firmar? —le pregunté. Si lo hubiera hecho, me hubiera dado igual. Estaba sumergida en la miseria y si hubiera heredado deudas, hubieran sido bienvenidas.

—¡Sara, tienes que reaccionar de una maldita vez! —me gritó zarandeándome de los hombros.

—¡No! ¡No me queda nada, Merche! Manolo me dejó en la calle y me robó todo lo que tenía. Ciro me rompió en mil pedazos. Me quitaron el puesto de María. No tengo trabajo. Y lo peor de todo… ¡María, que sabes que era como mi segunda madre, se va! Ya no me quedan sueños ni ilusión. ¿Por qué no lo entendéis y me dejáis en paz?

—Claro que te quedan sueños por cumplir y ahora puedes hacerlo. María te ha dejado su casa y 30.000 euros.

Me detuve en seco y me giré hacia ella sorprendida.

—¿¡Qué!?

—Lo que has oído. ¿No crees que con eso puedes empezar de nuevo?

Sentí un clic en mi cabeza. Algo había cambiado y una sonrisa apareció en mi rostro. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? Comenzaba a ver luz en el túnel. Me había dejado una casa, su casa, y un dinero que tenía claro en qué iba a invertirlo. Ella sabía cuál era mi sueño y me apoyaba. Estaba segura de que es lo que María hubiera querido que hiciera.

María fue un ángel incluso desde el cielo.

En cuanto tuve en mi poder los regalos que mi ángel me ofreció, me puse manos a la obra.

Busqué un local en el centro de la ciudad, que estuviera bien comunicado y ubicado. Además de que tuviera un buen tamaño para emprender lo que mi cabeza imaginaba. Quería crear una pastelería con una sala a continuación para la celebración de fiestas de cumpleaños infantiles.

Recorrí todas las calles de la ciudad en busca del establecimiento perfecto. No sé cuántos llegué a visitar, pero parecía que nunca encajaban en mi idea.

Una tarde, Merche me obligó a acompañarla a comprar ropa con los gemelos y entonces, me enamoré. Pasamos por delante de un restaurante con el cartel de «se traspasa». En un principio, me pasó desapercibido por el mal estado en el que se encontraba, pero a uno de los gemelos le entró ganas de orinar y no me quedó más remedio que acompañarle. Nada más entrar, me quedé deslumbrada. Los techos eran muy altos, median más de cinco metros. La sala era diáfana y de grandes dimensiones. En uno de los laterales había un marco de la puerta que conducía a un gran salón.

Al fin lo había encontrado, ese era el lugar perfecto con el que había soñado.

Me costó convencer al dueño, pues yo no quería un restaurante, si no una cafetería. Pero lo hice. Después de insistirle a diario con mensajes y llamadas, acabó aceptando la oferta.

Los inicios de mi nueva vida fueron difíciles. Me dediqué en cuerpo y alma a levantar un negocio desde la nada.

Reformé el local con el poco dinero que me quedó y no escatimé en detalles. Y en poco más de dos meses, ya estaba funcionando. Estaba cumpliendo mi sueño. Creé tantos pasteles como mi mente imaginaba y conseguí hacerme un nombre en la ciudad. Todo el mundo visita la pastelería y acababa comprando varios de mis dulces.

Me convertí en una mujer imparable con hambre de conseguir la felicidad a toda costa.

Bastante había sufrido ya.

Posdata: te quiero

Sara

Salgo del trabajo muy contenta, como llevo haciéndolo varios años. Bajo la persiana y echo la llave. Me detengo a escasos metros y me doy la vuelta. Miro el letrero y leo para mis adentros: La magia de María. Los recuerdos de hace casi cinco años llegan a mi memoria.

Sin María no hubiera salido de la depresión en que me vi sumergida, sin ella, jamás hubiera podido cumplir mis sueños. ¡Cuánto la echa a de menos!

Había pasado cinco años de todo aquello y parecía que fuese ayer. Miro el escaparate perfectamente adornado con todo lujo de detalles de la pastelería y me siento orgullosa de lo que he conseguido. Ahora estoy mucho más cerca de esa felicidad que buscaba, porque la vida ha dado un giro de 180 grados.

Vuelvo a casa cansada después de un día de duro trabajo. Como siempre, compruebo el buzón por si han llegado cartas —o más bien facturas—. Cojo todo lo que hay sin revisarlo y entro en casa.

Dejo el correo sobre la mesa y me despojo de la chaqueta y la bufanda. Enciendo la calefacción y me siento en el sofá a revisar la correspondencia.

Comienzo a pasar sobres. Factura. Otra factura. Y me detengo al ver entre las manos un sobre blanco con mi nombre escrito a mano en el remitente. Se me para la respiración porque, aunque no sepa quién es, mi cuerpo parece que sí lo sabe. Le doy la vuelta despacio y veo la ciudad desde donde se envía: Tenerife. ¡No es posible!

Me da miedo mirar el remitente.

«Que sea mi tía, que sea mi tía», pienso —más bien, ruego—.

Y leo: Ciro Mendes.

¡No! Dejo la carta sobre la mesa y me quedo con la mirada perdida. Todos los recuerdos de aquella época regresan a mi mente en forma de emociones.

—Sara, ¿estás bien? —Aparece mi hermano en el salón y me encuentra en estado de shock.

Cojo la carta y se la entrego sin desviar la mirada y sin decir nada.

—¡Será cabrón! —grita con rabia. Está apunto de romper el sobre y unos segundos antes de que lo haga se la arrebato de las manos.

—¡Ni se te ocurra! Es mi carta y mi problema.

—¿La vas a leer? —pregunta con calma.

—No lo sé. —Sujeto la carta con fuerza, como si no quisiera que nadie me la quitara.

Es la verdad, no le miento. No sé si quiero leerla.

—Yo no lo haría, Sara. Ese tío te hizo mucho daño.

Tiene razón. Creo que es la época en la que lloré más. Sabe todo lo que sufrí por ese hombre, él estuvo a mi lado todo ese tiempo. Porque entre el divorcio y la pérdida de Ciro, la que estuvo perdida fui yo.

Mi hermano utiliza las palabras con cuidado, más suaves. Ya tuvo que levantarme de la mierda una vez y cree que puedo hundirme de nuevo. Pero no, he cambiado. Ahora soy más fuerte.

Por unos segundos tengo la tentación de coger un encendedor y prenderle fuego, pero ¿de verdad quiero quedarme con las ganas de saber qué pone? Estoy intrigada y quiero saber más.

He tomado una decisión: voy a leerla.

Me voy a mi habitación para crear un ambiente más íntimo ante el descontento de mi

hermano. Pero es mi problema, no el suyo.

Me siento en la cama y comienzo a abrir el sobre. El sonido del papel romperse me pone los pelos de punta. Las ansias de saber lo que pone puede conmigo y aligero lo más que puedo para abrirla.

Leo:

Querida Sara,

No sé cómo empezar esta carta después de varios años sin saber nada de mí. Supongo que primero debo pedirte perdón por no haber sido lo suficiente valiente para enfrentarme a ti y explicarte los motivos del porqué no aparecí ese día, del porqué no fui capaz de cogerte ninguna llamada o de escribirte dándote alguna explicación. Pero no pude, porque si te hubiera visto o si hubiera escuchado tu voz, me habría roto más de lo que estuve.

¿Que él se rompió? ¿En serio? ¿Cómo puede decirme eso cuando fui yo la que estuvo días y semanas sin querer salir de la cama? Niego con la cabeza y pienso en dejar de leer, pero veo que hay varias páginas escritas y me pierde la curiosidad.

Lo siento, sé que con escribirte esto no es suficiente y sé que nada va a compensar lo mal que me porté contigo, pero mereces una explicación, aunque sea cinco años más tarde.

Ese día, ese maldito día, cuando salía por la puerta para ir al aeropuerto, apareció mi ex, dándome una de las mejoras y a la vez, perores noticias de mi vida.

No sé si quiero seguir leyendo. El recuerdo de Ciro ya está borroso y no necesito pensar en lo que sentí por él para que no duela de nuevo. Lo pasé jodidamente mal. La ilusión de estar enamorada, de comenzar un camino juntos, se fue al garete en un abrir y cerrar de ojos. Le estuve esperando varios días. No soltaba el móvil de la mano en ningún momento hasta recibir noticias suyas. A la semana, entendí que él ya no iba a regresar, que me había abandonado y lloré, vamos que si lloré. Si continúo leyendo es probable que vuelva al pasado y no tengo necesidad. Ya lo superé.

La intriga me corroe, quiero saber qué le ocurrió aquel día. Sea lo que fuera no puede hacerme más daño. Sigo leyendo la carta, que la sujeto con más fuerza entre las manos.

¡Iba a ser padre! ¿Puedes creerlo? ¿Padre yo? Ella estaba embarazada de dos meses. ¿Qué podía hacer? No podía irme a Barcelona y abandonar a mi hijo, porque créeme, si hubiera cogido ese avión, me hubiera sido difícil separarme de ti. Eran tan fuerte mis sentimientos que me veía incapaz de pasar un día lejos de ti. Quería que mi hijo tuviera un padre que fuera diferente al que yo tuve. No deseaba repetir la misma historia con él.

Reconozco que hice muy mal en no decirte nada, pero aquella noticia me superó, tanto, que he tardado cinco años en escribirte.

Me pusieron entre la espada y la pared. Y elegí, Sara. Elegí a mi hijo.

Puedo escribir mil veces lo siento, y sé que eso no compensa todo el daño que te he causado, pero créeme que lo siento.

Qué irónica es la vida, ¿verdad? Sin querer me sale una sonora carcajada, que debe haberla escuchado la vecina de al lado.

Continúo leyendo, cada vez más interesada por el contenido.

Se llama Idaira. ¿Recuerdas ese nombre? Una vez me dijiste que te encantaba y que si alguna vez tenías una hija la llamarías así. No sé por qué, pero en el momento que me dijeron que iba a ser una niña, fue el primer nombre que me vino a la cabeza. He tardado tiempo en reconocer el porqué, pero he aceptado que le puse su nombre por ti.

Por ti, Sara. Porque inconscientemente imaginé esa situación contigo. Llámame loco si

quieres, pero es la verdad. Me enamoré de ti y vi en esa niña la vida que quería haber tenido contigo, porque lo quise todo contigo. Te amaba, Sara.

Tras leer la última frase, los recuerdos vuelven a mí y los ojos se inundan de lágrimas. ¡Ya sabía yo esto! Leer esta carta se está haciendo más duro de lo que pensaba. ¡Ciro me quería! No había jugado conmigo tal y como pensé entonces. Ahora más que nunca, necesito saber el final.

Te quiero Sara, nunca he podido olvidarme de ti. Creí que con el tiempo podría superar lo nuestro y después de todo este tiempo, todavía sigo soñando contigo. Sé que lo nuestro es imposible, pero tenía que hacerte saber toda la verdad.

Con esta confesión no pretendo absolutamente nada. Han pasado demasiados años entre nosotros y no hay vuelta atrás, pero tenía la necesidad de contarte todo.

Espero y deseo que tengas una vida plena y llena de felicidad. De nuevo, lo siento.

Siempre tuyo,

Ciro

Pd: Te regalo el colgante que tanto te llamó la atención. La persona que me lo regaló me dijo que quién lo tuviera, encontraría el amor. Yo ya lo encontré, ese amor fuiste tú. Y ahora, quiero que tú lo encuentres, si no lo has encontrado ya. Te mereces ser feliz.

Te quiero.

Rescato del sobre el colgante del que habla en la carta. Lo dejo caer en las manos y me llevo una grata sorpresa. Es la concha, la concha que le regalé cuando era niña. No sé por qué nunca le dije que esa niña era yo. Estoy segura de que el destino ha tenido algo que ver en eso porque tengo la certeza de que Ciro fue mi alma gemela, o debía haberlo sido.

Me lo quedo mirando y las lágrimas vuelven a mí. A cuadros, me ha dejado a cuadros. Con todo lo que tuve que pasar para olvidarme de él pensando que no me quería...

¿Cómo me recompongo yo ahora?

Me quiere, Ciro siempre me ha querido. Todas las lágrimas que derramé aquel día y que duraron días, semanas, incluso meses, las derroché todas y cada una de ellas durante demasiado tiempo. Perdí el apetito, que me dejó con casi trece kilos menos. Pero lo superé.

Me desperté un día y dije «hasta aquí». Me merecía ser feliz y en la cama no iba a conseguirlo.

Me levanté, me arreglé y salí en búsqueda de mis sueños.

Me recompuse y rehíce mi vida. Encontré al amor de mi vida; aquel puro y verdadero; recíproco y para siempre. Y todo se lo debo a Ciro, así que lo único que puedo hacer es darle las gracias en mi mente.

Tengo los ojos enrojecidos de llorar. Doblo con sumo cuidado la carta y la guardo el fondo del cajón. Ciro es solo un recuerdo del pasado, mi verdadero amor es al que tengo en mi presente y al que tendré en mi futuro.

Oigo la puerta abrirse. Levanto la vista y me encuentro cara a cara con mi verdadero amor.

—¿Por qué lloras, mamá? —Se acerca corriendo Samuel y al verme llorando, me abraza como él solo saber hacer para consolarme.

Acerca del autor

Anhara Caribé da nombre a una escritora llena de vida e ilusiones.

A sus treintaicuatro años publicó su primera novela Yo soy Lola sin saber nada sobre el mundo de los escritores. Dos años después, ya cuenta con dos libros más, una bilogía completa repleta de amor, pasión y humor.

Su género predilecto, es sin duda, la erótica, donde destaca su pluma narrando las escenas más excitantes que hayas leído nunca.

Si quieres saber más sobre Anhara, no dudes en adentrarte en alguna de sus historias.

¿Te atreves a explorar el mundo de Anhara? No dudes en seguirla por Instagram @anhara.c.

Otras obras

Yo soy Lola

Tras una infancia terrible, Lola decide construir una doble vida: una mujer de gran éxito profesional por la mañana y una chica alocada y enamorada del sexo por la noche.

Durante los últimos diez años, ha sabido llevar estas dos vidas paralelamente a la perfección, hasta que la rechazan para un nuevo cargo en la empresa. Esto provoca en ella un sentimiento de frustración, y como está acostumbrada a hacer siempre que tiene un mal día, piensa en desahogarse teniendo sexo con un desconocido. Jamás ha creído en el amor, no confía en los hombres y el sexo es el único interés que tiene por ellos. Decide salir a «cazar», pero ¿qué pasa si es ella quien se convierte en presa y acaba «cazada»?

Un acuerdo casi perfecto y Un acuerdo roto

Mi nombre es Natalia, aunque ahora me llaman Nat. A simple vista soy una chica normal y con un trabajo corriente, pero escondo un pequeño secreto que pocos conocen.
Jake, un guapo empresario, necesita una esposa con urgencia, ¿y quién mejor que una simple camarera que no llame demasiado la atención? Lo que él no sabe —tampoco lo preguntó— quién es mi familia y de dónde provengo. No acepté el acuerdo por el dinero que me ofrecía, sino por la estúpida obsesión de mis padres de verme casada con un buen partido. Y, sin duda, Jake lo era.

¿Qué hará cuando se entere que la humilde y corriente camarera, es en realidad la hija del multimillonario Francis De la Vega Ortuño?